
ILUSTRADO POR
SPRINGKOLORS
Agridulce
Francis Elliot
Latidos
EDITORIAL

©Latidos Editorial
Segunda edición en Chile, Julio 2024.
ISBN: 978-956-09673-3-6

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:
©2024, Catalina Giselle Toloza Espinoza
/Springkolors

Editora:
Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:
Catalina Giselle Toloza Espinoza

Digitalización:
Carolina Natalia González Henríquez

Todos los derechos reservados.
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de
los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.

Agridulce

FRANCIS ELLIOT



Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Agradecimientos

Para quienes les dijeron que su existencia era un error.

Les mintieron.

Prólogo

Aún recuerda el brillo del sol y el olor a sandía que se desprendía de la cocina. Su corazón palpitaba con rapidez a causa del miedo que recorría su cuerpo. Había esperado todo el día para poder tener un momento a solas junto a su secreto, y el tiempo con el que contaba nunca le era suficiente. Aunque podía escuchar los ronquidos de su padre, que se encontraba en la sala de estar, y a su madre apaleando la tierra del jardín para deshacerse de las plantas muertas, prefería no arriesgarse a ser descubierto.

Con los dedos, delineó la tela una vez más, atesorando el tacto de aquel pliegue rosa decorado con pedrería de la misma tonalidad. Era suave y rígida a la vez, la combinación estaba ahí para mantener la forma del vestido que llevaba puesto.

Sus pequeños pies dieron pasos cortos hasta llegar frente al largo espejo de bordes de madera de nogal que su madre había colgado en la habitación. Con el reflejo justo ante sus ojos, vio que en su cara se dibujaba una sonrisa tímida. Solo en momentos como ese, en los que aparecía aquella expresión, el miedo desaparecía.

Cuando buscaba en su pasado recuerdos que encapsularan los momentos más felices de su vida, era aquel reflejo sonriente el que aparecía en su mente, junto a la reminiscencia de una sensación cálida en su pecho.

Dio una vuelta sobre sí para que el vestido girara con él. Su mente parecía perdida en el ritual a medida que disfrutaba cada segundo en que se sentía lindo. Llevar la ropa que su prima había olvidado en su casa el verano anterior parecía revelar una parte de su propia alma, una que él nunca dejaba entrever a nadie más que a sí mismo.

Pero aquella fantasía no podía durar para siempre. Estaba mal y lo sabía, porque se lo habían repetido en varias ocasiones, en distintos tonos, incluso con golpes que habían dejado moretones que coloreaban su escuálido cuerpo. No eran solo los vestidos los que estaban fuera de lugar, también lo estaba su cabello, que nunca podría dejar largo, y en ningún caso podía haber entre sus juguetes algo que se pareciera a lo que las niñas llevaban a la escuela. Lo entendía, en el sentido de que nunca cuestionaba lo que los adultos que lo rodeaban le pedían hacer. El problema yacía en que no era feliz así. A los siete años no tenía duda de ello.

Se vio a sí mismo una última vez, procurando retener la imagen en su memoria. Con cuidado se quitó el vestido por la cabeza, lo dobló y volvió a esconderlo detrás del armario, sellando así su mayor secreto. Después, tomó las prendas con las que su madre lo había vestido aquel día y se las colocó rápido. Primero la camiseta a rayas, luego los pantalones color caqui y unas zapatillas azules para finalizar. Cuando estuvo listo, pasó frente al espejo una vez más para mirar su reflejo.

Ollie ya no se sentía lindo.



Capítulo 1

Apenas el despertador de su teléfono comenzó a sonar, dio varias vueltas en la cama intentando abrir los ojos. Tomó el aparato y con el pulgar tanteó la pantalla hasta apagarlo. Parpadeó varias veces y se quedó viendo el techo por unos minutos. Cada vez se le hacía más difícil salir de su cama para comenzar su día. Se pasó las manos por el rostro para detener el estado de letargo que pesaba sobre su cuerpo. Estiró sus brazos y luego colocó los pies sobre el suelo de madera de su habitación. La luz del sol entraba por la ventana y podía escuchar el motor del auto de su vecino iniciando la marcha, de seguro, para dirigirse al trabajo. El tiempo seguía pasando. Una vez más, la alarma empezó a sonar. La apagó asegurándose de ya no tener que escuchar el único sonido que era lo bastante fuerte como para interrumpir su sueño.

Dejó la cama para dirigirse a tomar una ducha, cepillar sus dientes y peinar un poco su cabello. Realizaba su rutina diaria tratando de ignorar la pesadez que sentía en el cuerpo. Una vez listo, caminó hasta su armario. Con tan solo abrir una de las puertas del mueble, era posible notar el patrón de colores suaves que irradiaba su ropa. Pasó su mano por las prendas buscando el suéter rosa que había comprado durante una rebaja en la tienda de ropa usada que frecuentaba. Le había gustado porque le quedaba holgado en los brazos, pero corto en la cintura, donde se acomodaba de manera halagadora. Tomó un par de jeans rotos y se colocó las mismas Converse blancas gastadas que lo acompañaban casi todos los días.

Volvió al baño para mirarse al espejo. Su cabello había crecido bastante durante los últimos meses, y ya podía peinarlo en una coleta. Se dio cuenta de que las raíces ya comenzaban a asomarse; era un fastidio todo aquello de la mantención del color, pero al menos le quedaba tintura rosa y algo de decolorante para arreglarlo durante los próximos días. Se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja mientras se ponía unos aretes de perlas. Atento a cada detalle, se movía frente al espejo para asegurarse de que todo estuviera en orden. Abrió un estuche gastado de *Hello Kitty* que contenía todos sus cosméticos desde hacía años. Con el maquillaje no se demoraba. Por mucho que deseara hacer algo dramático, siempre había una vocecita dentro de su cabeza que le pedía no pasarse de la raya. Era suficiente con su ropa y su cabello. Las personas se lo dejaban

claro con miradas, susurros e insultos que lo tachaban como el payaso del lugar.

Se apoyó contra el lavabo. No tenía ganas de salir, pero le había prometido a su madre que asistiría al instituto para no tener problemas a fin de año. En momentos como aquel, solo podía recordarse que ya no quedaba mucho, su estancia en aquel lugar tenía fecha de expiración, la cual se acercaba con rapidez.

Un año. Eso debía esperar, solo un año.

Comentarios como «marica», «niña frustrada» y «afeminado» eran parte de su día a día. Parecía que nadie lograba entender que él se sentía mucho mejor en aquella ropa que era considerada femenina, antes que en el típico conjunto sobrio y aburrido que llevaría un chico de su edad. El motivo más contundente por el que creía que pasaba esto era que vivía en un pequeño pueblo, el cual quedaba lo suficientemente lejos de la capital como para tener que tomar por una hora y media el tren si querías ir de visita. Se trataba de una zona bastante rural, donde la mayoría de las familias que allí vivían se habían asentado hace generaciones y ahora conformaban una comunidad muy estrecha. Y así se cumplía el refrán: «pueblo pequeño, infierno grande».

Su casa quedaba más alejada de las demás; seguía el camino de tierra que se desprendía desde la calle principal, casi a las afueras del pueblo. Le gustaba vivir allí, aislado, aunque fuera un poco, de aquel diminuto mundo. Su hogar era una pequeña fortaleza, el único lugar seguro que podía reconocer. Sin embargo, aquella lejanía no era suficiente para que la gente no supiera de su existencia, y ellos le hacían saber su descontento.

Sabía que a nadie le agradaba. Las mujeres mayores le dedicaban miradas de desaprobación, los hombres susurraban insultos cuando pasaba cerca y sus compañeros de clase eran lo peor de todo. Aún no lo quería admitir, pero en el fondo sabía que, durante el último tiempo, las cosas habían empezado a descontrolarse.

Podía aguantar las palabras, también podía pasar por alto las burlas, pero ahora los desprecios se habían convertido en agresiones físicas que estaban formando parte de su día a día. La gente lo veía como un bicho raro, así que lo trataban como tal. En el instituto, desde los alumnos hasta los profesores le demostraban su rechazo. Muchas veces el director vio de reojo que era arrastrado por sus compañeros para ser aporreado en medio del patio y, aun así, no hizo nada, como si esa fuera la última forma de corrección que tenía a mano. Esa vez, como muchas otras, no había dicho nada. Las pocas ocasiones en que había denunciado lo que le pasaba, las cosas habían salido peor. El reproche por parte de las autoridades siempre iba dirigido a

él: «¿Por qué te vistes así? Será mejor que cambies eso». «¿No crees que tus compañeros se sienten confundidos cuando te ven? Debemos tener en cuenta ambas perspectivas». «¿Entonces por qué sigues actuando de esta forma? Ya tienes que dar tu brazo a torcer». Simplemente no valía la pena.

Tomó el esmalte de uñas color rosa que tenía en el escritorio, y empezó a pintar cada dedo con esmero. Era muy detallista, rayando en la obsesión. Le gustaba lucir impecable y limpio, por eso repasaba cada orilla y se limpiaba al instante si su pulso le fallaba. Al terminar, se quedó esperando a que se secara la pintura. Mientras tanto, su mirada se paseaba por la pantalla de su teléfono. Hace poco había encontrado un foro de moda que le interesaba y pasaba sus ratos de ocio ojeando las discusiones sobre las tendencias de los próximos meses.



Cuando ya era hora de irse, buscó su mochila de cuero sintético blanco con pequeñas tachas plateadas, y bajó las escaleras para encontrar algo de comer en la cocina. Allí se dió cuenta de que su madre todavía estaba en casa bebiendo café. Pasó por su lado regalándole una sonrisa. A Ollie siempre le había encantado su apariencia. Aunque ahora el rostro de su madre se encontraba marcado por unas ojeras algo oscuras y de su frente colgaba un mechón canoso, su piel seguía brillante y tersa, lo que, acompañado de su cuerpo esbelto, le brindaba un aire juvenil que le favorecía mucho a los cuarenta y cinco años. Le parecía envidiable que pudiera lograr eso con muy poco maquillaje y solo ocupando cremas de marcas de las que ya casi no se escuchaba hablar.

—¿Ya te vas? —le preguntó Amelia.

—Sí.

Amelia miró de reojo a su hijo y dio un sorbo a su café. Se veía ansiosa, pero su compostura no cambió mucho. De todos modos, él podía darse cuenta de que su madre estaba preocupada, siempre lo estaba. Habían tenido muchas charlas al respecto. Después de una serie de conversaciones en las que ambos terminaban llorando, desesperados y colapsados por la situación, habían llegado a un consenso silencioso en el que ella apoyaría a su hijo en lo que este necesitase y no caería en discursos que terminaran haciéndolo sentir desanimado.

Ya tenían suficiente de eso.

—Lleva una manzana de las que compré en el mercado. —Amelia terminó su taza de café y se levantó para lavarla antes de irse—. No quiero que te dé fatiga.

—Claro. —Caminó hasta la mesa y sacó una de las manzanas del frutero—. Debo irme o llegaré tarde.

—Bueno, cariño. Cuídate, ¿sí?

—Sí. Que te vaya bien en el trabajo.

—Te quiero, Ollie.

—Yo también.

Dicho esto, dejó un beso en la frente de su madre y esta se le quedó mirando mientras salía por la puerta. Cuando su hijo se encontró fuera de su vista, Amelia se permitió derrumbarse un poco, tan solo unos segundos. Rogaba al cielo que nada pasara, que estuviese seguro. Luego, se recompuso y salió a su trabajo. El tiempo para lamentarse era corto, pero con los años, aquellos momentos a solas se habían convertido en su escape.

A veces, cuando Ollie llegaba al instituto, se dedicaba a parecer una sombra. Evitaba a toda costa chocar con alguien en el pasillo o siquiera levantar la mirada del piso. Tenía claro que cualquier cosa que hiciera podría molestar a uno de sus compañeros, así que prefería ahorrarse esos problemas. De todas formas, los susurros nunca cesaban y, si agudizaba el oído, podía escuchar cómo la gente se burlaba del suéter que traía puesto. Sacó de su mochila unos audífonos morados que su madre le había regalado para Navidad, y se los colocó mientras ponía «*play*» a la lista de reproducción que había organizado en sus noches de insomnio.

El resto del día pasó sin mayor problema. Solo se ganó un «cuidado, marica» cuando entró al baño y había chicos allí. Eso era su culpa. Se había demorado más de la cuenta en ir. Normalmente, si iba apenas empezara el descanso, no se encontraba con nadie. El baño de mujeres tampoco era una opción, lo había intentado una vez y se terminó ganando una citación a la oficina

del director, donde le advirtieron que la próxima vez que hiciera algo parecido, llamarían a su madre. No quería preocupar a Amelia, así que acató la orden. Los baños eran todo un rollo. Muchas veces se vio llegando a su casa con dolor de vejiga por haber aguantado todo el día las ganas de orinar.

Almorzó, en el pasillo vacío, la manzana que su madre le había pedido llevar. El comedor también era otro lugar que debía evitar. A nadie le agradaba su presencia en la fila para comprar comida y casi siempre le robaban el puesto porque no era capaz de enfrentarse a la gente. Por eso prefería quedarse ahí, sentado con las piernas cruzadas, leyendo un libro o escuchando música.

No tenía amigos. Ni uno solo. Era difícil cuando la mayoría de las personas lo evitaba, y quienes en algún momento plantearon tener un trato cordial, hasta amistoso, fueron rechazados por el resto. Había algunos compañeros de clase que se salían de esta norma, pero prefería ignorarlos porque se sentía culpable. Alejarse de todos era más fácil y hasta la fecha le había funcionado como mecanismo de defensa. La confianza no era algo que floreciera muy a menudo en su entorno, así que le bastaba con tener a su madre como su confidente estrella.

Aquella soledad a la que se veía sometido ya era parte de su rutina y muchas veces se vio reconfortado en ella. Fue en esa soledad que comenzó a darse el coraje para tomar los pequeños pasos hasta convertirse en su versión más genuina, y era en esa soledad que podía ser realmente sincero consigo mismo a través de los pensamientos que surcaban su mente.

La canción que estaba escuchando fue interrumpida. Le había llegado un mensaje. Deslizó su pulgar sobre la pantalla para cambiar la aplicación y revisarlo.

MAMÁ:
Lo siento, hoy no podré ir por ti
Me han doblado el turno en el hospital
¡Llegaré para la cena! Vuelve con cuidado

OLLIE:
No pasa nada
Tomaré el autobús

Mintió. Tiempo atrás, su madre le había pedido tomar el autobús que lo dejaba cerca de su calle, ya que no había otro transporte que llegase hasta ahí, al menos no por la tarde. Por la mañana no había problema. Si se iba temprano, solo se topaba con uno que otro vecino, pero después de la jornada escolar era distinto. Las paradas se atiborraban de estudiantes, y si se cruzaba con alguno que estuviese de mal humor, las cosas podían salir mal. Eso ya había sucedido más de una vez.

Durante las últimas clases estuvo preguntándose cómo podía evitar usar el autobús, y su única conclusión fue caminar hasta su casa. El camino era largo y debía pasar por el barrio de vida nocturna, donde se concentraban algunos bares y dos clubes a los que sus compañeros solían colarse con frecuencia. Aquel lugar le hacía sentir nervioso. La última vez que había estado cerca, la noche había caído y unos hombres comenzaron a seguirlo. Por suerte, pudo encontrarse con su madre y los tipos no insistieron. A pesar del miedo que le generaba aquel recuerdo, prefería arriesgarse con tal de evitar un viaje en el que sería blanco constante de burlas. Una vez que llegara a la parte más rural del pueblo, podría sentirse mucho más tranquilo.

El timbre sonó y salió apurado para así llegar antes a casa. Caminó a paso rápido con la vista pegada al piso y solo un audífono en su oreja izquierda. Los primeros minutos del recorrido fueron tranquilos. A esa hora, el barrio residencial solo alojaba a señoras que paseaban junto a sus niños, los que aún eran demasiado jóvenes como para asistir a la escuela. Sin embargo, aquel día aún no había mucha gente paseando por el centro, lo que lo ayudó bastante en su propósito. Había pequeñas tiendas que, aun con sus letreros de «abierto» en las puertas, no tenían gente dentro, por lo que pudo ir mirando las vitrinas para distraerse. Tenía la suerte de que los locales que frecuentaban sus compañeros después de clases —los puestos de comida y la única sala de juegos en el pueblo— estuviesen hacia el lado contrario.

No fue hasta que llegó a asomarse por el barrio nocturno que las cosas empezaron a desplomarse. Era una calle corta y angosta, por lo que pudo divisar de inmediato al grupo de hombres que se encontraba riendo al costado de un bar cerrado. Bajó la mirada de inmediato. No era la primera vez que se encontraba con una situación así, era el riesgo que debía correr por no querer tomar el autobús. Solo tenía que cruzar rápido, no mirar hacia atrás.

Las palmas de las manos le sudaban, pero siguió acelerando el paso. Tan solo eran unos segundos y podría seguir su camino a casa, en donde se estiraría en la cama, pondría la música a todo volumen, se dedicaría a leer un libro, luego haría la cena, esperaría a Amelia para comer y así terminaría el día. Segundos.

Solo eso.

Pero lo agarraron del brazo y lo obligaron a girarse. La respiración se le cortó de golpe a la vez que el miedo se esparció por su piel.

—Hola, muñequita —escuchó decir a un borracho mucho más alto que él, con ropa sucia y un aliento que le dio ganas de vomitar—. ¿Qué te trae por aquí?

Tragó saliva y buscó el auxilio de alguien que estuviese en la calle, pero no lo logró. Parecía que justo aquel día la gente se había esfumado, dejándolo a la deriva. El tipo seguía sosteniéndolo mientras que él trataba de zafarse sin éxito alguno. Pronto, los demás hombres se acercaron y se vio rodeado por una pandilla de borrachos que lo miraban de forma lasciva. En cualquier minuto iba a comenzar a llorar por culpa del miedo.

—Lindas piernas —dijo otro sujeto palmeando un costado de sus muslos.

Sintió ganas de vomitar.

—¡Déjame! —soltó un grito ahogado. Era como si su fuerza se hubiese desvanecido.

—Solo queremos divertirnos, preciosa. No deberías andar por lugares así tú solita.

El tipo iba a agarrarle el trasero y fue ahí que dejó de lado el miedo que sentía, al menos por unos segundos, y le propinó un empujón con el que pudo alejarse, aunque cayó al suelo después. La adrenalina le ayudó a levantarse a tropezones. Trató de correr, pero, rápidamente, otros dos sujetos lo tomaron de los brazos para inmovilizarlo.

—Oye —le habló en un tono mortificado uno de los sujetos a su compañero—, este no es una chica.

Sintió que todo estaba perdido. Sabía que ese descubrimiento solo aumentaría el enojo de sus captores. El hombre que había empujado se levantó del suelo y dio tres pasos hacia donde estaba para luego, con fuerza bruta, agarrarle sus genitales. No pudo hacer otra cosa que soltar un grito y sollozar en voz baja al sentir el horrible tacto de aquel asqueroso hombre.

—Así que nos encontramos a un maricón. Qué asco.

Y esa fue su sentencia.

Primero vino un golpe en el estómago que lo dejó sin aire, luego otro en las costillas que lo dejó en el suelo. Escondió su cara entre sus brazos cerrando los ojos y rogando que todo parara. El dolor que sentía era punzante, tanto así que se ahogaba con su propia saliva; ni siquiera el piso frío de la calle podía calmar el ardor que estaba sintiendo en todo su cuerpo. Ya no era capaz distinguir de dónde venían los golpes, ni siquiera sabía si usaban los pies o las manos. La vista se le

estaba nublando. Pensó que no podría aguantar otro minuto en esas condiciones y, por un instante, deseó morir para que todo se acabara. No quería seguir en este mundo donde las personas solo le hacían daño.

Cuando ya se estaba entregando al sueño profundo, distinguió una sombra que empezó a alejar a los hombres de él. Ya no sentía dolor, tan solo quería cerrar los ojos para descansar de una vez por todas. La sombra se le acercó y susurró algo que no logró entender. Luego de eso se desmayó.

Capítulo 2

Un dolor punzante en su hombro izquierdo le hizo abrir sus ojos de golpe. Se sentía confundido, por lo que tardó unos minutos en darse cuenta de que no estaba en su casa. Se hallaba recostado en un pequeño sofá de cuero negro, frente a él había una televisión y un montón de revistas desordenadas, además de una pequeña mesa de centro, cuya pintura verde se estaba descascarando. Era una habitación pequeña que no reconocía y eso lo asustó.

Los últimos recuerdos lúcidos que tenía en su mente eran de la pandilla de borrachos que lo había atacado mientras iba de camino a su casa. Apenas las escenas vividas hicieron presencia en sus pensamientos, se sintió sucio, como si el tacto de aquellos asquerosos hombres lo hubiera infectado de alguna forma. Trató de ignorar esos pensamientos porque debía resolver una incógnita mucho mayor. Alzó su vista para mirar a su alrededor, ahora la pregunta que le faltaba responder era: ¿dónde se encontraba?

Colocó los pies sobre el suelo e intentó levantarse, pero fue detenido por un intenso dolor en su costilla derecha. Sin querer, soltó un alarido y rogó en su interior que no le hubiesen roto algo. Bajó su mano y palmeó la zona afectada, consiguiendo otro gemido de angustia. Tal vez sí le habían roto algo con alguno de los golpes que le repartieron. El escenario era muy desfavorable si lo habían secuestrado, porque en ese estado apenas podía moverse. Revisó los bolsillos de su pantalón con prisa. Su teléfono no estaba. Buscó en la habitación. Su mochila se encontraba a un costado del sofá. Cuando iba a levantarse para recoger sus cosas, una voz lo detuvo.

—No trates de levantarte, debes descansar.

Se giró lentamente. Una chica de melena negra y con un costado de la cabeza rapado lo miraba. Le tomó unos segundos reconocerla, pero podía distinguir su rostro porque la había visto algunas veces en la escuela. Apenas la identificó, no pudo evitar preguntarse por qué ahora estaba en lo que a primera vista parecía ser la casa Sophia Neinn.

—Vuelve a sentarte —le pidió ella a la vez que se acercaba.

De todas las personas y todos los lugares que existían, jamás se imaginó que terminaría acompañado de Sophia Neinn. Habían asistido al mismo jardín de niños y a veces jugaban juntos. Sin embargo, su familia se mudó a la capital por temas de trabajo cuando ella se encontraba cursando la primaria. No supo nada más de ella hasta hace unos meses, cuando se enteró de que volvía al

pueblo tras el divorcio de sus padres. Al menos, eso era lo que su madre le había contado un día que volvió del hospital. Ollie no le dio importancia. Hacía caso omiso a cualquier persona en la escuela, por lo que ni siquiera se le había cruzado por la mente la idea de hablar con Sophia. Además, debía admitir que ella había cambiado bastante. De ser una niña pequeña con coletas que le pedía jugar a las escondidas y pintar miles de flores al día, pasó a tener un semblante mucho más duro, aunque la gente seguía tras ella como polillas que buscan la luz. Mientras que Sophia parecía formar parte del rompecabezas que era la vida en el instituto, él era una pieza que no pertenecía a ningún lugar.

—¿Qué hago aquí? —preguntó con suavidad a la vez que sostenía su hombro lastimado porque le dolía un montón.

—Tenías que estar en algún lugar seguro hasta que recuperaras la conciencia. No sabía dónde quedaba tu casa, así que vinimos aquí. Será mejor que esperes recostado.

En ese momento, Ollie se miró a sí mismo. No pudo evitar sentirse cohibido al darse cuenta de que su preciado chaleco estaba rasgado y con manchas de tierra. Odiaba verse así, se sentía asqueroso. Siempre procuraba estar impecable, rayaba en la obsesión de verse limpio. Quería llorar, pero la mirada de Sophia estaba sobre él, por lo que intentó contenerse.

—Quiero irme a mi casa —pidió bajito, necesitaba a su mamá.

—Tomé tu teléfono y pude llamar a tu madre porque es tu contacto de emergencia. Viene para acá, no te preocupes. Iré a comprar algo de hielo. Me imagino que en el hospital te podrán cuidar mejor.

Con eso dicho, Sophia salió de la habitación. Al quedarse solo, sintió una punzada en el pecho. Sus manos temblaban mientras las imágenes del ataque pasaban por su mente. Aprovechando que no había más personas ahí, se permitió llorar un poco, sollozando por lo que le habían hecho. Ni siquiera sabía qué había pasado después de que perdió la conciencia. ¿Cuándo había llegado Sophia? ¿Cómo logró deshacerse de los hombres que estaban ahí? ¿Tendría que ir a la comisaría después del hospital? Se mareó al instante. Solo quería volver a su habitación y no salir de allí nunca más.

Se levantó mirando a su alrededor. Quería lavarse la cara y las manos con urgencia. Se acercó a la primera puerta que encontró, esperando que fuese el baño, pero, al asomarse, se dio cuenta enseguida de que se había equivocado. Había una cama, un escritorio con una *laptop*, lápices desordenados y un cuaderno negro cerrado. Las paredes estaban llenas de papeles y su curiosidad le hizo dar un paso más. Cruzó el umbral y desde allí pudo ver los dibujos en la pared con mayor nitidez. Había de

todo: paisajes, bosquejos de siluetas, retratos de mujeres, hombres, niños, ancianos, algunos animales traídos a la vida con carboncillo. Hasta pudo notar una pintura —según él— al óleo de una casa de campo. Parecía el lugar secreto de un artista. No tenía idea de que a Sophia le gustase dibujar.

Entonces, escuchó el sonido de la puerta principal y pensó que Sophia ya volvía con el hielo, pero no. No había ruido de bolsas y las pisadas que resonaban sobre la madera eran más fuertes que las de la chica. Se estremeció del susto porque no estaba listo para hablar con más desconocidos, así que, rápidamente, volvió al sofá y se recostó para hacerse el dormido mientras observaba por el rabillo del ojo al extraño.

Se trataba de un chico alto que llevaba una chaqueta negra arremangada con una capucha que lo cubría, también traía unos pantalones negros y botas oscuras. Estaba colgando una mochila verde, que antes llevaba al hombro, en uno de los percheros mientras Ollie lo observaba a hurtadillas. A pesar de que intentaba con todas sus fuerzas no moverse, las manos aún le temblaban. Veía la espalda ancha del extraño y un brazo tatuado con el cual se sacó la capucha, revelando así una cabellera negra. Sus orejas tenían expansiones y varios *piercings*. No necesitaba seguir observando para saber de quién se trataba.

Si su cabeza ya se encontraba hecha un lío, ahora se hallaba mucho peor.

—Sé que estás despierto —dijo el chico con un tono de voz grave que lo asustó.

Abrió los ojos, atrapado. El chico se giró y las miradas de ambos se encontraron. No era capaz de hablar, tenía miedo. Aquello duró tan solo unos instantes. El chico no le dijo nada más, tan solo se dio la vuelta para luego encerrarse en una de las habitaciones, la de los dibujos. ¿Aquel día podía ponerse peor? Porque estaba seguro de que, de alguna manera, había molestado a Adrien Davis.

No es como si antes sus caminos se hubiesen cruzado. Ollie había escuchado muchas cosas sobre Adrien y con eso le bastaba para saber que no debía meterse con él. En la escuela, la mayoría lo dejaba tranquilo porque su temperamento era corto y se metía en peleas con facilidad. Además, su apariencia, en cierto sentido, resaltaba tanto como la suya, aunque de distinta manera. Adrien estaba cubierto de tatuajes. Usualmente no se le veían, ya que casi siempre andaba con ropa abultada que le cubría la mayor parte de la piel. Sin embargo, en su cuello resaltaba una rosa con espinas que era suficiente para darle un aire duro a su rostro. Esa combinación, incluyendo sus perforaciones, hacía que el mundo lo tildara como delincuente. Había escuchado que estaba metido en una pandilla o que se

dedicaba a ventas turbias. ¿Había pruebas? No, pero las palabras de las personas creaban realidades y Ollie no se encontraba en una posición idónea para llevarles la contraria. En resumen, Adrien también era una persona que se aislaba del resto, pero no porque le diera asco a los demás, sino porque él mismo lo había decidido. En ese sentido, lo envidiaba.

¿Qué hacía Adrien ahí? Se sorprendió porque, si bien una vez lo había visto conversando con Sophia al final de la clase de matemáticas, nunca se le pasó por la cabeza la idea de que viviesen juntos. ¿Eran novios? Sus conjeturas no debían estar tan alejadas de eso.

En ese momento, escuchó la puerta. Esta vez quien entró al departamento fue Sophia, con una bolsa de hielo en las manos. Ollie intentó reponerse, pero fue detenido.

—No te levantes —lo regañó la chica—. Tu madre viene llegando, te llevará al hospital.

—Gracias. Lo siento por las molestias, no quería estorbarle a ninguno de los dos.

Sophia lo miró confundida, luego asomó su cabeza por el pasillo y fijó sus ojos en la mochila que estaba colgada en el perchero.

—¿Llegó Adrien?

—Sí, hace poco.

—Espero que no te haya asustado, es un tanto tosco. —La chica tomó asiento en el sofá, justo a un lado de sus Converse blancas que ahora estaban llenas de tierra—. Te llamas Ollie, ¿no?

Le sorprendió que la chica recordase su nombre. Aunque, de todas formas, no era muy difícil hacerlo cuando la mayoría de las personas se burlaban a sus espaldas. Sophia de seguro no lo había reconocido por las sesiones de juegos que compartieron cuando pequeños, sino que había escuchado algo sobre él tras volver al instituto.

—Sí.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó? —Ollie asintió levemente, abatido—. Está bien, llamamos a la policía antes de irnos. Se llevaron a los tipos del lugar y cuando te sientas mejor puedes ir a declarar. Adrien alcanzó a golpear a varios antes de que los arrestaran, por si te sirve de consuelo, aunque no creo.

Abrió los ojos de par en par al escuchar lo último. Él se había imaginado que Sophia había sido su salvadora, en ningún momento se le ocurrió pensar que Adrien también había ayudado, sobre todo porque nunca le vio una actitud heroica. Muy por el contrario, varias veces lo había escuchado quejarse cuando lo metían en asuntos que no le incumbían.

—¿Me ayudaron ustedes dos?

—Íbamos pasando, queríamos comprar unas cosas cuando te vimos en el callejón. Me hubiese gustado encontrarte antes, pero al menos logramos detenerlos. Adrien estaba muy molesto.

Iba a darle las gracias una vez más, pero fue interrumpido por el sonido del timbre.

—Debe ser tu madre —dijo la chica levantándose—. Deja que le abra y luego te ayudo a salir.

Cuando Sophia fue a abrir la puerta, no pudo evitar mirar hacia la habitación en donde Adrien se había encerrado. El chico no volvió a asomarse hasta que Ollie se fue. Se quedó pensando en que debía agradecerle por lo que había hecho. El solo pensamiento de lo que le podría haber pasado si ellos no hubieran llegado a su rescate le congelaba la sangre.

Capítulo 3

Se quedó mirando por la ventana. No había dormido más de tres horas durante la noche anterior y ahora estaba preparándose para salir. Miró hacia un lado de su habitación. Algunos de sus dibujos se estaban cayendo de la pared. Dejó una nota mental en su cerebro para comprar más cinta adhesiva cuando fuese a la tienda. Ya era tarde, su boleto decía que debía estar a las diez de la mañana en la estación para dirigirse a la ciudad. Si salía rápido, podría comprarse un café y algo para comer en la tienda que estaban al lado de la boletería.

Ya estaba duchado y se había cepillado los dientes. Buscó una chaqueta en el armario; como se devolvería por la noche, prefería llevar algo abrigador. También sacó un gorro negro de uno de los cajones del ropero para cubrir su cabello, y luego empezó a meter todo lo que necesitaría en su mochila vieja. Casi olvidó su cuaderno, la parte más importante. Arremangó su chaqueta militar hasta los codos, develando su piel cubierta de tinta. Le gustaba cómo habían quedado sus brazos después de las sesiones con su tatuador, todo estaba unido de forma simétrica, como si de una sola pieza se tratase.

En el momento en que se colgó la mochila en los hombros y se dispuso a salir de la habitación, su teléfono comenzó a sonar en su bolsillo. La pantalla estaba iluminada con el nombre «Roman D.». Apenas lo vio, metió el aparato de nuevo en el pantalón. Lo llamaría más tarde si lo recordaba, o al menos le dejaría un mensaje.

Caminó por el pasillo y posó su mirada en el sofá, donde había un visitante no solicitado. Cada vez se hacía más común encontrar a Sophia allí recostada con las piernas cruzadas, haciendo cualquier cosa. Esta vez llevaba un polerón azul marino, con la capucha puesta y amarrada en la cara, lo que la hacía ver como una pelota. Su mirada se encontraba fija en su teléfono, en el que se reproducía un video de cocina. Estaba obsesionada con ellos desde hace un mes. Él no entendía la fascinación y casi siempre quedaba con hambre después de que ella le mostrara alguno.

Sophia había llegado hace una hora y se había quedado allí en silencio. No quiso preguntar. Podía imaginar por qué estaba ahí a esas horas de la mañana, escondida y tratando de distraerse. Siempre y cuando ella no destrozase el lugar, no le importaba dejarla ahí sola mientras iba a la ciudad. Entendía su necesidad

de correr de los problemas.

—Voy saliendo —dijo Adrien—. Vuelvo por la noche. Tengo una llave de repuesto escondida en la orilla del macetero de afuera, cierra bien antes de irte.

Sophia detuvo el vídeo y lo miró.

—¿Vas a lo de Félix?

—Sí.

Félix era su tatuador y su amigo.

—Deberías avisarme con tiempo, quiero ir a la ciudad también. —Sophia soltó un suspiro y volvió su mirada a la pantalla—. Ah, hablé con la madre de Ollie. Fueron al hospital y ya está en casa.

Adrien había estado pensando en cómo estaba el chico durante la noche, pero no preguntó nada. No le gustaba entrometerse en los asuntos de los demás. De hecho, había dudado en intervenir en la pelea. A pesar de ello, la imagen del chico sosteniendo su cabeza con los brazos, soportando cada golpe, no abandonaba su mente.

—¿Crees que esto haya pasado antes? —preguntó Sophia.

Ni siquiera lo tuvo que pensar.

—Probablemente.

No era ningún secreto. Adrien conocía al chico desde que había llegado a aquel pueblo hace casi dos años, y notó enseguida la forma en que la gente lo trataba. En un principio, le llamó la atención; sin embargo, después se dio cuenta de que no entendía lo que sucedía ni el porqué. En cuanto a él, si bien la gente a su alrededor también hacía comentarios respecto a su apariencia, se defendía de ello, aunque eso significase utilizar la violencia a su favor. Por el contrario, el chico en cuestión soportaba todo en silencio y, si era sincero, esa actitud le molestaba. ¿Por qué recibir una paliza cada día y no hacer algo para detenerlo? Eso le parecía de lo más extraño. Así que, por eso, dudó en ayudarlo. No sería la última vez que lo atacarían. ¿Acaso no pensaba hacerse cargo de ello en algún momento o solo esperaba llamar la atención de esa forma por el resto de su vida?

Fue Sophia quien lo tomó del brazo cuando iban caminando cerca del callejón. Gracias al ruido de los golpes y los gritos de Ollie, se dio cuenta de inmediato de lo que pasaba.

—¿Ese no es Ollie?

Oliver Walsh estaba en el suelo recibiendo golpe tras golpe. ¿Le hubiese importado en un día normal? No estaba seguro. Fue la imagen de uno de los matones agarrándole los genitales lo que encendió el interruptor de su modo automático, y pronto se vio a sí mismo repartiendo golpes entre el grupo de atacantes.

Durante bastante tiempo había ignorado la presencia de aquel

chico extraño con éxito. Por más que usase ropa femenina con colores pasteles, o que a inicio de semestre se tiñese el cabello de rosa, nada de eso le quitaba el sueño. Se trataba de un enigma. Una vez, saliendo del baño del instituto, lo escuchó llorar dentro de un cubículo. Adrien se quedó quieto, pensando: si era tan difícil vivir de esa forma, ¿valía la pena seguir intentando? Para él, la vida era clara, se regía por la ley del más fuerte. Si querías algo, debías demostrar que eras más fuerte que los demás para tenerlo. Llorar y lamentarse jamás solucionaría las cosas.

Cuando los hombres estuvieron en el piso, su mirada viajó hacia el cuerpo de Ollie. Se veía como una mariposa a la cual le habían arrancado las alas para luego pisotearla. Mientras Sophia llamaba a la policía, se acercó al chico intentando revisar cómo se encontraba, cuidando que nadie más se abalanzara sobre él. Desde esa posición, pudo verle el rostro de cerca, lo que era algo nuevo. Tenía las pestañas largas y parecía que las cejas le crecían en un orden meticuloso. Su párpado estaba adornado por una línea diminuta de delineador y una sombra rosa con brillos. Su piel se veía suave, a pesar del moratón en su mejilla, que pronto oscurecería. Los labios pálidos delataban su mal estado, aunque eso no impedía que pareciera sacado de *The gift of sight* de Annie Louisa Swynnerton.

Cuando llegaron al apartamento, dejó a Ollie en el sofá y salió a la calle a fumar un par de cigarrillos. Sophia limpiaba el rostro del chico desmayado con una toalla húmeda. Al cerrar la puerta, los miró sin entender a dónde iba a ir a parar todo eso. ¿Era preocupación lo que sentía? Le costaba verlo así, en realidad, estaba algo frustrado. No culpaba al chico por recibir la paliza, claramente la gente que hacía esas cosas eran los verdaderos responsables, pero sí le era difícil creer que alguien se quedaría sin hacer nada después de lo que había pasado. O mejor dicho, después de lo que le pasaba en su día a día.

—La gente es una mierda. —Sophia lo sacó de su trance—. Malditos hijos de puta.

Se sintió algo molesto consigo mismo al verse afectado por lo que le pasó a un chico con el que no había cruzado palabra alguna. Sin embargo, se dijo que tan solo sería por un momento. Una vez que saliera de su apartamento, el breve colapso que se había generado en sus mundos dejaría de existir. Al menos, eso creyó. Ahora estaba sorprendido porque la cara del chico seguía apareciendo en sus noches de insomnio sin razón alguna.

—Cuando vuelva al instituto, hablaré con él —sentenció Sophia —. Es más, los dos deberíamos hablar con él, ¿no te parece?

Adrien soltó una risa burlona.

—No, gracias.

Salió del apartamento y comenzó a caminar. De verdad le hacía gracia. A simple vista, se podía ver lo distintos que él y Ollie eran. Si bien Sophia tenía la capacidad de hacerse amiga de cualquier persona, cosa que había demostrado desde que se conocieron, metiéndose en su vida como si no fuera un gran logro, él era todo lo contrario. No le gustaban los grupos de personas grandes, las interacciones sociales cotidianas le daban dolor de cabeza, había aprendido a ir por la vida dependiendo del mínimo contacto humano y, hasta el momento, le había funcionado. Por ello, hablar con Oliver Walsh era algo que, sinceramente, no tenía cabida de ninguna forma en sus planes.



Capítulo 4

Cuando llegó a casa y su madre lo dejó a solas en su habitación, empezó a llorar. Haciendo un esfuerzo, se metió más de tres veces a la ducha con el deseo de quitar de su cuerpo la horrible sensación que le habían dejado las manos de sus atacantes. Se miraba al espejo, directo a los moretones. Era asqueroso. No solo le dolía físicamente, sino que sentía el alma fragmentada. La frustración de su día a día ahora era desbordante y creyó que no podría con ello. ¿Cuánto tiempo más podría seguir viviendo de esa forma? Dolía demasiado. Le había tomado años poder salir a la calle vestido como quería. Aquel momento había sido liberador, como si un gran peso se hubiese liberado de sus hombros, lo que le permitió caminar erguido por primera vez. Pero todo en la vida tenía un precio y parecía que ahora estaba pagando el de su efímera felicidad.

Se ausentó por el resto de la semana al instituto y se quedó en cama viendo series y películas, intentando distraer a su cerebro con otras ideas para no tener que pensar en lo que había sucedido. Su madre se tomó unos días del trabajo para cuidarlo. Iba a su habitación con comida y trataba de iniciar una conversación. Ollie estaba cansado, respondía de forma evasiva, sobre todo cuando ella le preguntaba si deseaba volver a terapia. No quería eso. Cuando era pequeño había asistido, y aún podía recordar la forma en que lo medicaron, a la espera de que aquello fuese suficiente para enderezar su psiquis torcida. Como era evidente, eso no había funcionado y la idea de volver a una consulta con un terapeuta le ponía la piel de gallina.

El lunes de la semana siguiente, cinco días después del ataque, decidió volver a clases. Aún tenía el labio roto y las costillas le dolían, pero podía movilizarse sin problemas. Su madre había vuelto a trabajar y no quería quedarse solo en la casa por más tiempo. Además, le preocupaba su asistencia. Había estado preparando todo para poder graduarse antes que el resto de su generación, no quería arriesgar aquello faltando y que no aceptaran su solicitud después. Uno de los puntos importantes que le especificaron cuando tuvo la reunión a principio de año con la consejera y su madre, fue que cualquier tipo de avance académico no solo requería del cumplimiento de los créditos mínimos, sino también un récord de asistencia casi perfecto. Por eso, no podía arriesgarse.

Esa mañana se levantó temprano y se tomó su tiempo para

alistarse. La ropa que eligió era mucho más sobria de lo normal, lo cual fue bastante difícil tomando en cuenta que su clóset no era el mejor lugar para encontrarla. Hace años había comenzado a deshacerse, de manera paulatina, de prendas que lo hacían sentir incómodo, y las sustituyó con trazos de tela de colores suaves, algunos brillantes, otros con texturas que le hacían sentir seguro, pero nada de eso le serviría en esta ocasión. Aún no se sentía lo suficientemente seguro como para lucir sus llamativos conjuntos de siempre. Incluso se quitó la pintura de uñas. Solo dejó su cabello intacto, aunque se le pasó por su cabeza la idea de teñirlo en los días siguientes.

Cuando entró a la cocina, su madre ojeaba una revista de cocina en la sección de postres. La saludó con rapidez. El día anterior habían discutido un poco por su decisión abrupta de volver al instituto cuando aún le quedaban unos días de licencia. Sin embargo, no dio su brazo a torcer.

—¿Cómo te sientes? ¿Aún te duele?

Le dolía, pero prefería mentir para que no se preocupara de más.

—Ya está mejor.

—Me iré contigo, avísame cuando quieras salir.

—No es necesario…

—Si tú puedes hacer lo que quieras, yo haré lo que quiero y me iré contigo. Punto.

Seguía enojada y, en el fondo, lo entendía. Amelia siempre estaba dispuesta a escuchar sus peticiones, rara vez se encontraban en lados opuestos de la discusión. Pero esta vez, Ollie había tomado por sí mismo una decisión que, era evidente, ella no aprobaba.

Ahora había un aire tenso entre ambos.

El camino se realizó en silencio. Su madre iba sentada a su lado en el autobús mientras leía un libro que parecía no terminar nunca. La miraba de reojo, se veía concentrada en su lectura. Recordó que cuando era un infante se pasaba horas viéndola hacer cualquier cosa. Siempre le había parecido que cada movimiento que llevaba a cabo traía consigo una elegancia que quedaba flotando y generaba un aura peculiar. Amelia llamaba la atención de las personas, aunque no tanto como su hijo. Era una mujer seria pero bondadosa, tenía buena reputación con sus pacientes del hospital y trabajaba mucho más de la cuenta para poder ser el sustento de su pequeña familia. Era inteligente, de seguro podría haber optado por seguir escalando académicamente, pero siempre prefirió cuidar de Ollie. Aquella era una de las razones por las que quería ser capaz de valerse por sí mismo y poder llevarse a su madre a la ciudad para que empezasen una

vida juntos sin las preocupaciones que les aquejaban en ese maldito pueblo.

Se separaron antes de llegar a la escuela. Amelia depositó un beso en la mejilla de su hijo y luego se la acarició con ternura.

—Te recogeré donde siempre —dijo ella y Ollie asintió—. Si tienes cualquier problema, me llamarás, ¿cierto?

—Sí. No te preocupes.

—¿Te quitaste la pintura de uñas? —Ollie volvió a asentir, ahora mirándose las manos—. Qué bien. He visto unos tonos que te quedarán geniales, te los compraré cuando salga del trabajo.

No pudo evitar sonreír un poco. Su madre tenía el don de hacerlo sentir mejor con tan solo unas palabras.

—¿Me las pintas después? —La pregunta logró sacar una sonrisa de los labios de Amelia.

—Claro. Creo que hasta puedo hacerte unas flores que vi en internet el otro día.

Luego se despidieron. Con eso ya se sentía más tranquilo, por lo que pudo seguir su camino al instituto. Contrario a lo que la mayoría pensaría, llevar aquella ropa parecía asfixiarlo. Si bien el lado racional de su cerebro entendía que se trataba de un método de defensa efectivo, pues la gente pasaba de su presencia cuando optaba por descartar sus atuendos femeninos, también sabía que aquel era el camino fácil: la adecuación, esconderse cada vez que algo malo sucedía para darse un descanso.

Sin embargo, todo eso le hacía sentir igual que cuando era niño. Atrapado. Su cuerpo era una jaula, la única llave que podía abrirla era ser fiel a sí mismo. Pero ¿por qué era tan difícil usarla?

Entró a la institución a través del gran portón gris que la rodeaba, con la mirada gacha y las orejas cubiertas con sus auriculares. La entrada principal del lugar se estaba atochando con estudiantes que llegaban para la primera clase del día, por ello, Ollie intentaba tomarse su tiempo para evitar encontrarse dentro del tumulto. Ya podía sentir las miradas que se le pegaban a su espalda, así como también los leves susurros, ahogados por la música de sus auriculares, de gente que lo señalaba y hablaba a costa suya. Aquello era parte de su rutina, por lo que no se preocupó demasiado.

Iba por el pasillo cuando escuchó la voz de su profesor de matemáticas, quien hablaba con un alumno. Por el tono, pudo notar enseguida que el hombre no estaba contento. Levantó la mirada unos segundos debido a la curiosidad. El señor Ondell, un caballero de pelo gris y gafas redondas que siempre llevaba el

bigote bien peinado, se encontraba de espaldas y, frente a él, un alumno con capucha lo escuchaba, aunque no parecía prestarle mucha atención. Apenas sus ojos se posaron sobre los del chico, se dio cuenta de quién era. Ahora la escena le hacía mucho más sentido, ya que Adrien Davis era el protagonista.

Los profesores parecían siempre tener algún problema con él y este, por su parte, parecía pasar de las opiniones que las personas adultas le daban. No era la primera vez que veía cómo le hablaban golpeado en medio del pasillo. Los docentes de su instituto también eran parte del tradicionalista elenco de un pueblo pequeño, el que sobre todo estaba compuesto por adultos mayores, quienes aún creían que la vergüenza pública servía de algo para enderezar la actitud de un estudiante. El problema era que a Adrien no le interesaba lo más mínimo lo que pensasen de él o, al menos, Ollie creía que así era, porque nunca se veía alarmado durante momentos como esos.

¿Le tenía un poco de envidia? Claro que sí. A pesar de que Adrien no hablase con muchas personas y la mayor parte del tiempo anduviese vagando solo por la escuela, la verdad es que era muy popular entre sus compañeros. Mientras los chicos querían ser como él, las chicas morían por su atención. Pero, por más que lo intentasen, ninguno de los grupos lograba su objetivo, porque Adrien pasaba de todos ellos como si nada significasen. Quizá por eso, desde la primera vez que lo vio con Sophia, había asumido que entre ellos pasaba algo.

Recordaba el día en que Adrien había aparecido en el instituto, eso ya hace dos años. Llevaba una camiseta manga larga de una banda que Ollie no supo identificar, unos *jeans* gastados y zapatillas negras. La mochila le colgaba a un costado y el cabello negro estaba lo suficientemente largo como para que le tapase un poco las orejas y parte del cuello. Apenas lo vio le pareció atractivo. Tenía un rostro definido, la nariz ancha y ojos almendrados que dejaban en evidencia la injusticia de la naturaleza al momento de la repartición de la belleza. Nunca había visto a un chico así.

Aquel día, un sujeto mayor, que en el presente ya se había graduado, trató de hablar con Adrien y este no se molestó ni en mirarlo. Ese gesto fue suficiente para que el tipo se plantara frente a él en busca de pelea. Sin embargo, todo el mundo se sorprendió, Ollie incluido, cuando Adrien le hizo frente en el encuentro y dejó al chico con la nariz rota y rogándole que parase. A partir de ese momento, la mayoría podría haberlo rechazado y convertido en un marginado, pero lo curioso fue que se dio el efecto contrario: ahora sus compañeros lo respetaban y querían ser sus amigos.

A pesar de que su aspecto había cambiado bastante, dando paso

a una imagen mucho más madura e inalcanzable, el aura que le acompañaba seguía siendo el mismo. Era una combinación entre su aspecto, su actitud y el hecho de que parecía que nadie podía entrar a su mundo por más que lo intentara.

A veces, se encontraba preguntándole al universo por qué no podía correr con la misma suerte. Era como ver dos lados de la misma moneda, pero le había tocado soportar la mala cara de las personas a causa de su forma de ser. Trataba de que los pensamientos negativos no se apoderaran por completo de su mente porque solo empeorarían su situación, pero a veces era imposible. Debido a eso, dejaba que la envidia que sentía por Adrien Davis se asentara en su interior. Era como una vía de escape que necesitaba con urgencia.

No obstante, ahora la situación era un poco distinta. Había sido atacado y Adrien Davis lo había defendido. Eso era mucho más de lo que había recibido por parte de cualquiera de sus compañeros durante toda su estadía en el instituto. Quería agradecerle al menos. Ni siquiera sabía si eso era una buena idea, pero no podía fingir que nada había pasado, no cuando el mero pensamiento de lo que hubiera ocurrido si él no hubiese intervenido le atormentaba durante las noches.

Así que, cuando el señor Ondell lo dejó ir, Ollie lo siguió tratando de no parecer tan obvio, pues aún estaba juntando el valor para hablarle. Esperaría a que llegasen al final del pasillo para hacerlo. La mayoría de los estudiantes ya se había ido directo a clases y parecía que solo faltaban ellos dos. El paso de Adrien era rápido, sus pies tenían que dar el doble de pasos para alcanzarlo. Sin embargo, se sobresaltó cuando el chico se volteó y se le plantó en frente de sopetón. Parecía que no había sido tan discreto como deseaba.

—¿Qué haces?

Aún existía una cierta distancia entre ambos que Ollie prefería mantener. Ahora que estaba ahí, frente al intimidante Adrien Davis, su mente se había quedado en blanco y sintió calor en el rostro.

Hablar con él iba a ser mucho más difícil de lo que había anticipado.

—Yo quería hablar contigo.

Adrien alzó una ceja, extrañado. Ollie también lo estaba. Se arrepentía de haber creído que sería una buena idea hablar con él. De seguro su acercamiento lo pondría incómodo, debió mantenerse al margen mientras podía. ¿Qué tan malo sería irse de ahí en ese preciso instante para llegar a su clase de inglés?

—¿Sobre qué? —le preguntó. Tenía la voz grave.

A Ollie le temblaron un poco las manos.

—Solo quería agradecerte por lo del otro día. Sophia me contó cómo me ayudaste. De verdad, gracias.

Se dijo que aquello era suficiente.

—Ah. —Se encogió de hombros—. Ya veo.

La incomodidad entre ambos era latente. Se quedó quieto esperando una excusa para terminar la conversación. Sin embargo, no pudo quitarle la mirada de encima. La mochila que había visto colgada en el perchero aquella vez ahora iba en su hombro. Aquello le recordó una vez más lo sucedido, el hecho de que había recibido su ayuda.

—Deberías irte —dijo Adrien—, las clases van a comenzar.

Ollie asintió. Esa era su señal para largarse. Se dio media vuelta, pero, antes de empezar a caminar, escuchó la voz del chico una vez más:

—¿No estás cansado de esto, Mariposa? ¿No piensas hacer nada?

Se preguntaba cómo debía interpretar su tono. No entendía si existía un poco de reproche o burla en el sobrenombre que le había dado de la nada. «Mariposa» no era algo que le hubieran dicho antes, así que le tomó por sorpresa. Eso, junto al hecho de que el chico no parecía mirarlo con desprecio ni asco, le parecía una contradicción enorme. Podía ser un apodo inofensivo, así que le daría el beneficio de la duda. Tuvo que recordar que no podía esperar mucho de él, ya que no se conocían, por lo que debería sorprenderle el hecho de que no le hubiese dicho algo peor hasta el momento.

Se dio vuelta y lo miró sin enojo. Tampoco sabía a qué se refería exactamente con sus preguntas. Pensaría en el significado de «Mariposa» en otro momento.

—No me gusta meterme en los asuntos de los demás. —Adrien siguió hablando mientras colocaba sus manos en los bolsillos de su pantalón, parecía incómodo—. Pero creo que deberías hacer algo para defenderte, ¿no? Piensa en cómo terminarás si sigues viviendo de esta forma.

El desdén en sus palabras le dejaba en claro que no se trataba de un gesto de preocupación, sino de una recriminación directa a lo patética que era su situación. Quizá ya era hora de enojarse, mas no encontraba esos sentimientos. Se sentía observado, no, pero de la manera en que acostumbraba, con los susurros en su espalda y las miradas de disgusto que parecían seguirlo a cada rincón. Esta vez era distinto, porque sentía que Adrien no dirigía su reproche a lo superficial, lo que se discutía de manera constante y sin su permiso, sino que mucho más allá, hacia el lugar que parecía no importarle a nadie. Por ese motivo, ahora estaba inquieto. Las palabras del chico resonaban en su cabeza.

Pero no alcanzó a contestar. Adrien se fue primero, dejando su cabeza hecha un lío.

Capítulo 5

Cuando vio a Sophia acercarse y sentarse a su lado en medio del pasillo, pensó que se lo estaba imaginando. No pudo evitar dar un saltito a causa de la impresión cuando sus hombros se rozaron. Por suerte, la chica no se dio por aludida y empezó a comer de un paquete de galletas que traía en las manos. Ollie no levantó la mirada, estaba leyendo un libro que llevaba un tiempo queriendo terminar, así que intentó seguir con su lectura, pero fue en vano. Ya se había desconcentrado y las letras del libro no hacían sentido alguno.

En ese momento, se dio cuenta de que Sophia miraba en su dirección.

—¿Qué lees? —le preguntó ella.

Titubeó un poco antes de responder.

—*Sputnik, mi amor*. Es de Haruki Murakami.

—Ah, ¿es bueno? Me gustaría leer más, pero no soy capaz de terminar ningún libro que comienzo.

Ollie asintió como respuesta. Cuando conoció a Sophia en su infancia, recordaba que se le había acercado de la misma forma. Al parecer era su costumbre aparecer de la nada y hablar con cierta confianza que ella misma creaba en el momento. En aquellos años, los unió su curiosidad por el gato que visitaba el jardín de tomates que estaba en el patio del jardín infantil. Sophia se le acercó mientras Ollie acariciaba al minino y comenzó a hablar como si se conocieran de toda la vida. Cuando eran pequeños, parecía que todo era más fácil; las conversaciones, los juegos, las amistades. Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado, estaban rodeados por un ambiente diferente, más frío y juicioso. Era fácil notarlo, porque los pocos ojos que había en el lugar se dirigían directamente a ellos.

—Este lugar sigue siendo igual. Es como si el tiempo no pasase en este pueblo. —Su voz ahora era más ronca, lo que iba a la perfección con su exterior.

Ollie volvió a asentir. Se le dificultaban las conversaciones, pero no quería parecer grosero, por lo que trató de seguir el hilo de la charla.

—¿Por qué volviste? —preguntó. No podía admitir en ese instante que ya tenía cierta información del tema gracias a su madre y las habladurías del lugar.

—Mis padres se divorciaron —contestó Sophia en un tono suave,

como si no fuese la gran cosa—. Mi familia materna es de aquí, mi abuela aún vive y mi madre la extrañaba. Me fui con ella, aunque debo admitir que no era una opción muy atractiva, ¿me entiendes?

Ollie se rio bajito. Sin duda, ese pueblo no tenía nada de atractivo.

—Sí, lo entiendo.

— Tú tampoco has cambiado —dijo—. Eso me gusta.

El semblante de la chica denotaba complicidad.

Ollie no alcanzó a decir nada antes de que ella siguiese hablando:

—¿Tienes algo que hacer el viernes?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué preguntas?

Sophia sonrió comiendo otra galleta.

—Hay una fiesta, ¿no quieres venir?

Ollie no hacía planes para ningún día, ya que solo contaba con su propia compañía cuando quería ir a algún lugar. Debido a eso, que Sophia estuviese invitándolo a salir, le parecía algo demasiado extraordinario, casi intergaláctico. Se demoró en contestar por lo mismo. Por su mente surcaba la idea de que, quizá porque la chica había vuelto hace poco, no estaba del todo enterada de cómo la gente lo percibía y evitaba.

—No creo que pueda —respondió levantándose para irse.

Sophia también se levantó, pues ya había terminado de comer.

—Bueno, si puedes, me avisas. Dame tu teléfono y yo te doy el mío.

Ollie pensó que no servía de nada negarse a lo último, así que le pasó su teléfono y ella comenzó a deslizar sus dedos por la pantalla, grabándose como un nuevo contacto. Su amabilidad seguía pareciéndole extraña, porque no podía saber qué pensaba ella en realidad. Dudaba que Sophia estuviese ahí para hacerle algo malo, pero la posibilidad de que le tuviese lástima no lo hacía sentir mejor.

Cuando terminó, le devolvió el teléfono, no sin antes guardar el número de Ollie en el suyo.

—Mándame un mensaje cuando quieras. Nos vemos.

Sophia se fue por el pasillo, dejándolo solo. Aún había un par de cabezas mirando hacia donde se encontraba. Ollie se quedó observando el nuevo contacto que tenía en su teléfono, tratando de hacer caso omiso a los ojos que parecían querer incinerarlo.

Por unos segundos, se imaginó en un escenario distinto. ¿Qué pasaría si fuese más normal?, ¿si volviera a vestirse como antes?, ¿si ya no se pintaba el cabello o las uñas? ¿Qué sucedería si abandonaba la búsqueda de su felicidad e intentaba vivir una vida normal? No tenía idea de si eso era posible,

porque aún cuando era pequeño parecía que la gente ya se daba cuenta de que había algo torcido haciéndose notar en él. Aunque le tomó mucho más tiempo darse cuenta de ello, los demás lo leían con facilidad. Siempre se preguntaba si aún existía la posibilidad de adoptar la forma de alguien más, alguien que pudiese encajar y salir con quien quisiera cuando fuera que lo invitasen.

Estaba cansado, triste. Sabía que había un mundo afuera en donde podría tener una mejor oportunidad de encontrar a gente que lo entendiera, pero ahora las limitaciones eran demasiadas. Aún no terminaba el instituto, debía pensar en el futuro. Ese era su único consuelo. ¿Pero qué tan adelante podía mirar? Parecía que una vida larga no era lo que se esperaba de personas cómo él.

Guardó su teléfono para volver al salón antes que sus compañeros. Por el resto de la semana, se quedó pensando en la propuesta de Sophia.

El viernes por la tarde, su madre estuvo todo el día en casa gracias a un permiso que le habían dado. A esa hora estaban los dos frente a la televisión viendo una película antigua. Ollie no prestaba atención, estaba ocupado haciendo *scroll* en el foro de moda en donde usuarios de diversos lugares del mundo posteaban prendas intervenidas. Le impresionaba cada tela, cada detalle. Gracias a ello, había empezado a batallar con la vieja máquina de coser de su madre, tratando de hacerla funcionar a la vez que reproducía videos tutoriales. Aquello le estaba tomando más tiempo del esperado y, aunque le desesperaba, a ratos seguía intentando. Hasta el momento, no había sido capaz de seguir ninguna pasión sin aburrirse a medio camino. Su madre también lo había notado, y ahora lo observaba con atención mientras él tenía la mirada fija en la pequeña pantalla del celular.

—¿Estás viendo qué quieres hacer? —preguntó Amelia y Ollie asintió.

—Hay unas faldas que quiero intentar, pero son difíciles. Debo practicar más.

Amelia se acercó a su hijo.

—¿Me las muestras?

Aquellos momentos eran los más íntimos entre ambos. Le gustaba estar así con su madre. Parecía que se podían aislar del resto tan solo rodeándose de una pequeña muralla que estaba revestida por todas las infidencias que les pertenecían. Amelia era la única con la que hablaba de cosas que le surgían desde adentro, de ese tipo que uno tiende a guardarse por miedo a ser juzgado. A cambio, su madre lo escuchaba y le tendía una mano en la cual apoyarse para seguir adelante. Aquella conexión no era algo que surgía de la nada, sino que era el producto de las vivencias que habían enfrentado para llegar a donde estaban.

Para Ollie, su madre era un pilar fundamental en su vida, y esperaba en algún momento poder retribuirle todo lo que ella había hecho por su bienestar.

Mientras ambos estaban viendo un vestido rojo que Ollie había guardado en su carpeta de favoritos, un mensaje apareció en la pantalla. El nombre de Sophia fue lo primero que leyó. Se alejó un poco de Amelia para ver el mensaje que le acababa de llegar.

SOPHIA:
Quería recordarte lo de hoy!! Te mando la dirección.

El mensaje adjuntaba una ubicación. Ollie lo leyó varias veces recordando su conversación con ella en el pasillo.

Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que su madre analizaba cada uno de sus movimientos. Como Amelia estaba con la mirada puesta en la pantalla, pudo leer el mensaje antes de que su hijo se apartara. El nombre de Sophia le sonaba y recordó a la chica que la había llamado cuando Ollie había sido atacado. Pensó que no estaba enterada de que fueran amigos.

—¿Quieres salir, Ollie? —preguntó Amelia con suavidad. Las mejillas de su hijo se encendieron.

—No. Solo me invitaron, pero diré que no iré.

Ella sabía que su hijo no tenía amigos, era un tema que no se hablaba mucho en casa, pero no podía ignorarlo por completo. Conoció a la chica cuando fue a buscar a Ollie. A pesar de que su intercambio de palabras fue corto, se veía amable. Amelia era del tipo de persona a la que le importaban demasiado las primeras impresiones, y estuvo atenta a cada pequeño movimiento de Sophia sin que esta se diera cuenta.

—¿Y por qué no? ¿Pasó algo con ella?

Ollie negó de inmediato.

—Entonces, ¿estás seguro de que no quieres ir?

Esta vez su hijo no se movió. Parecía que existía cierta batalla campal en su interior y podía notar su miedo. Amelia se hallaba igual. Era muy difícil confiar en las personas teniendo en cuenta lo que habían vivido como madre e hijo. Pero, a la vez, no quería que Ollie viviera su vida encerrado, no cuando era tan joven y aún existía la posibilidad de que pudiese hacer amigos.

Con esta resolución, se tragó sus preocupaciones de madre y las depositó en una pequeña caja dentro del fondo de su ser.

—Puedo ir por ti si no te sientes cómodo, a cualquier hora. Solo tienes que llamar, ¿ya?

Al parecer eso fue suficiente, porque Ollie susurró un «Gracias, mamá», y se fue a su habitación mientras respondía el mensaje de Sophia.

OLLIE:
voy
nos podemos ver en algún lado antes?

Capítulo 6

Uno, dos, tres y ahora descartaba el cuarto *outfit* para la salida de esa noche. La cabeza de Ollie estaba hecha un lío. No tenía idea de qué era lo apropiado para esas ocasiones. El no tener experiencia en el ámbito de la convivencia social ahora le estaba jugando una muy mala pasada.

Después de recorrer en círculos su propia habitación unas cincuenta veces, decidió ponerse unos *mom jeans* que había encontrado en la ropa de segunda mano junto a un *top* blanco de cuello alto y sin mangas que le llegaba un poco más arriba del ombligo. Era ropa con texturas agradables y eso fue lo que le convenció. Si iba a vivir ansioso el resto de la velada, quería al menos estar cómodo.

Luego se concentró en su rostro. No quería excederse con el maquillaje, por lo que optó por un delineado que hizo con su paleta favorita de sombras. Lo demás fue corrector para cubrir sus ojeras y los granitos que acumulaba por culpa del estrés. Finalizó con colorete y *gloss* en los labios. Al terminar, se miró al espejo concentrado; aún no estaba seguro de si aquello era demasiado, pero ya no tenía tiempo para cambiarlo.

Horas más tarde, la encontró con su espalda apoyada contra la fachada de la parada de autobús. Fumaba un cigarrillo y miraba su teléfono. Bajo la luz del farol de la esquina, Sophia se veía mucho más inalcanzable. Por unos segundos, la parte ansiosa de su cerebro comenzó a hacerle dudar de la invitación. ¿Quizá se lo había inventado? Si era así, ahora era el momento para correr de vuelta a su casa y esconderse bajo las sábanas hasta el día siguiente.

Cuando lo vio, Sophia gritó su nombre moviendo la mano de un lado a otro.

—¡Qué bueno que llegaste! —Una vez cerca, le dio un abrazo—. Tengo que decir que amo el delineado.

Ollie se cohibió y susurró un «gracias», esperando que su cara no estuviese tan roja.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te costó mucho llegar?

—Bien. La verdad es que no.

Las palabras se resbalaban por su garganta con rapidez. Estaba nervioso y se notaba.

—Maravilloso. —Sophia apagó el cigarrillo y luego lo tiró en el basurero de la parada—. Debo confesar que tenía miedo de que

me dejaras plantada, así que me alegra mucho verte.

Asintió, la verdad es que no se equivocaba del todo.

—Bien. Como sabes, la fiesta es en la casa de un amigo que va a la universidad en la ciudad. —Sophia sonreía al hablar—. Se llama Finley. Es un buen tipo, vivía aquí antes.

—Ah, ¿en serio?

—Sí. Habrá más gente de la ciudad, pensé que te sentirías más cómodo en un ambiente así.

La voz de Sophia era tranquilizadora, pero en su interior persistían los mismos miedos sobre lo que se venía. Nunca había conocido a gente de la ciudad y, aunque en el futuro pensaba construir su vida allí, eso lo ponía nervioso. Trató de concentrarse solo en Sophia, la chica había sido amable al invitarlo, por ende, esperaba quedarse a su lado por el resto de la noche.

—De todas formas, si no te sientes a gusto, nos podemos ir en cualquier momento.

Era como si le hubiese leído la mente, y Ollie no pudo evitar sonreír agradecido. No podía negarse ni a sí mismo que Sophia le inspiraba confianza y se sentía más tranquilo en su presencia. Considerando eso, pensó en que haría todo lo posible para que esa noche fuese una buena experiencia para ambos, como agradecimiento.

Mientras caminaban conversaron nimiedades. Sobre las clases y profesores, sobre la comida no muy apetecible de la cafetería y sobre el delineado de Ollie. Sophia decía que su pulso no le permitía llegar a ese nivel, a lo que Ollie le contestó que no lo necesitaba en absoluto; lo de ella eran las sombras brillantes para que sus ojos verdes resaltaran aún más.

La noche se sentía fresca ya que no había mucha gente en la calle. Sophia seguía hablando sobre el tipo de maquillaje que le gustaba cuando Ollie miró hacia el cielo, encontrándose con la luna en su fase menguante. La luz pálida parecía ser tragada por una oscuridad misteriosa que llamaba a su curiosidad. Lo primero que se le pasó por su cabeza fue la figura del chico que no abandonaba sus pensamientos hace días.

—¿Adrien también vendrá?

La pregunta salió de sus labios y, de inmediato, se arrepintió. No quería parecer entrometido o algo por el estilo.

—Ni me lo recuerdes —respondió ella poniendo los ojos en blanco, frustrada—. Es un ermitaño, así que, aunque empleé mis mejores técnicas de convencimiento, solo me dijo «tal vez». Ya veremos si le apetece aparecer.

No lo quería decir en voz alta, pero albergaba una leve esperanza de poder verlo esa noche. La curiosidad era algo que

siempre se apoderaba de él cuando pensaba en el chico. Se había preguntado si podría conocer más de su vida fuera del instituto, lejos del escenario usual que compartían. Aquello le parecía fascinante. Adrien era un enigma ante sus ojos.

Se detuvieron frente a una casa azul con techo negro y dos ventanas en la fachada delantera. Era del tipo de construcción sencilla que era fácil de encontrar en el pueblo; sin embargo, Ollie no conocía muy bien el sector. Sophia llamó al timbre y un chico alto, de cabello castaño que le cubría parte del cuello, ojos oscuros y sonrisa grande contestó la puerta. Llevaba una camisa de franela azul sobre una camiseta negra y *shorts* de mezclilla.

Saludó a Sophia animado y luego miró a Ollie.

—Este es mi amigo, Ollie —intervino Sophia apuntándolo—. Vamos al mismo instituto, aunque en realidad nos conocemos desde niños.

—Un placer Ollie, me llamo Finley.

Se saludaron de mano. Ollie estaba nervioso. En general, la gente lo miraba de reojo cuando lo conocían, pero su anfitrión parecía más concentrado en explicarle a Sophia el problema que había tenido en la cocina cuando los primeros invitados apenas llegaban.

Finley los invitó a entrar y a que se sintieran como en casa. El lugar era más grande de lo que parecía por fuera, también había música y mucha gente conversando con vasos en la mano. Sophia lo tomó del brazo para que no se separasen mientras iban saludando y pidiendo permiso entre el tumulto.

Se sentaron en un sofá cercano a las cosas para comer y los bebestibles. Ollie se permitió respirar en ese momento.

—¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes.

Sophia le entregó un vaso de bebida para comenzar y, al tragar, Ollie miró a su alrededor. Se dio cuenta de que no había nadie a quien conociera, lo que le hizo sentirse relajado al instante. Uno de los miedos que tenía era encontrarse con compañeros del instituto y que estos le hicieran saber que no pertenecía a ese lugar, al igual que cada día que trataba de pasar desapercibido aunque las miradas y murmullos lo siguieran.

Sophia le hizo una seña para llamar su atención.

—Finley es de confianza, siempre ha sido un tipo muy relajado, así que estamos en buenas manos. Tú concéntrate en pasarla bien.

Ollie asintió. Una punzada de culpabilidad atravesó su pecho.

—Lo siento —dijo mirando a Sophia—. Es un poco tenso salir conmigo, ¿no?

La chica tenía un semblante confundido.

—Claro que no —respondió ella de inmediato—. Solo quería compartir contigo y estar en un ambiente de confianza. Si soy sincera, desde que volví al instituto he querido hablarte, pero no parecía que quisieras que se te acercaran, lo que es entendible.

—¿En serio? —Ollie estaba muy sorprendido. A pesar de que conocía a Sophia desde que eran pequeños, no esperaba que ella se acordara de él.

—Sí. ¿Recuerdas cuando jugábamos a las muñecas? Juro que eras la única persona que podía crear historias tan interesantes, me hacías desear que el juego no terminase nunca. —Sophia soltó una risa cordial—. Cuando me dijeron que volvería a este pueblo, esperaba que nos reencontráramos.

—Lo recuerdo. —Las mejillas de Ollie se pusieron rojas—. Tenías una muñeca con un caballo tan lindo, creo que me obsesioné un poco con ese juguete por un tiempo.

Ambos rieron. Ollie sentía que era fácil hablar con ella. Si comparábamos el tiempo que habían pasado juntos versus la separación, en realidad no habían compartido muchos momentos. Sin embargo, parecía haber una química innata cada vez que estaban juntos.

Algo que Ollie recordaba con nitidez de su tiempo en el jardín infantil eran los ratos jugando con Sophia, platicando, durmiendo la siesta con las manitas entrelazadas. Jamás se había sentido incómodo, quizá eso era lo que más le sorprendía. No solía cruzarse con personas que le hicieran sentir de esa forma.

—Aquí están.

Finley llegó con una bebida y se sentó a su lado.

—¿Así que se conocen de niños? —Finley parecía un tipo agradable, al menos para Ollie, que aún no bajaba del todo la guardia. Solo por si acaso.

Sophia tomó el mando de la conversación con naturalidad, contando pequeñas anécdotas de su tiempo juntos y pidiendo a Ollie rellenar los detalles desde su punto de vista. ¿Cuándo fue la última vez que había tenido una plática así? Ni siquiera lo recordaba. Al lado de Sophia, parecía que había ingresado a un nuevo mundo, el cual había desconocido hasta la fecha.

—Y, ahora que estoy de vuelta, nos verás juntos más seguido —dijo Sophia y Finley sonrío.

—Le deseo suerte a Ollie, porque eres todo un caso, Sophia.

—¡Es que no entienden mi humor!

En ese momento, un chico se les acercó a paso rápido llamando a Finley. Cuando el desconocido estuvo enfrente del grupo, lo primero que hizo fue pasear su mirada de arriba abajo por el

cuerpo de Ollie, y luego frunció el ceño. Sintió miedo, pero de inmediato Sophia se enderezó como una madre loba lista para defender a su cachorro.

—¿Algún problema? —preguntó lo suficientemente fuerte como para que el chico no fingiera que no la había escuchado.

El desconocido apartó la mirada de Ollie.

—No… No. Lo siento.

Luego preguntó a Finley en dónde podía encontrar más cosas para comer, ya que se estaban acabando. Sophia no dejó de mirarlo hasta que se fue con el grupo que lo esperaba en la otra esquina de la sala de estar. Ollie se dio cuenta de que empezaban a hablar entre ellos, dando miradas furtivas en su dirección. Si era sincero, que nada malo sucediera en un escenario como este hubiese sido demasiado bueno como para ser real.

—Son unos idiotas —dijo Sophia con el ceño fruncido.

—Ya se darán cuenta de lo distinto que es el mundo afuera —contestó Finley tomando un sorbo de su vaso—. Aquí les parece que se cae el cielo cuando ven algo diferente; sin embargo, el mundo es muy grande, más grande que este pueblo.

La música resonaba en los oídos de Ollie, quien se encontraba perdido en sus pensamientos. Finley tenía razón, por eso había decidido ir a la universidad en la ciudad. Si bien quería estudiar una carrera que tuviese que ver con el diseño de modas porque era algo que le apasionaba, la verdad es que existía otra razón de mucho más peso para querer irse del pueblo: deseaba dejar atrás todo lo que había vivido en ese lugar y comenzar desde cero una vida en que no tuviese que vivir con miedo, lejos de la gente que nunca le había aceptado, en un ambiente que no le hiciese sentir como si fuese una abominación.

El resto de la velada pasó sin más acontecimientos. Sophia lo invitó a bailar, pero se negó. A pesar de que lo estaba pasando bien, prefirió no dejar que la atención volviera a dirigirse a su persona. Se centró en conversar con Sophia y Finley. Este último, aunque desaparecía de vez en cuando para atender al resto de invitados, volvía para seguir charlando. Era un chico simpático y sencillo, por lo que a Ollie le costó muy poco congeniar con él.

Quizá ya podía tachar la salida como un éxito.

—Creo que necesito ir al baño —dijo Sophia mirando a Ollie—. ¿Me puedes acompañar?

—Claro.

El baño estaba al final del pasillo o, al menos, eso era lo que Finley les había dicho. Se dirigieron hasta allí y cerraron la puerta. Ollie aprovechó de retocarse un poco el maquillaje

mientras Sophia buscaba algo en el pequeño bolso negro que traía cruzado en el pecho.

—No quería preguntarte esto ahora, pero creo que es importante —la voz de Sophia resonó en un eco generado por las baldosas de las paredes—. ¿Hay algún pronombre que prefieras?

Ollie detuvo el movimiento de su mano sobre su cara. No odiaba este tipo de preguntas, lo que le molestaba era más bien la ansiedad que le generaba no tener una respuesta concreta. Él la estaba buscando desde que tuvo conciencia de sí, y aún no era capaz de encontrarla. Deseaba ser el tipo de persona que pudiese encontrar un sentido a su existencia y vivir con ello, apoyarse en una comunidad o una etiqueta. Pero todo eso lo agobiaba, parecía que jamás terminaba de encajar en ningún lado.

—Los masculinos están bien —contestó—, creo. No sé mucho de eso, la verdad.

—Entiendo —contestó Sophia poniendo una mano en su hombro—. No pienses que lo digo para que me expliques todo tu mundo interior ahora ya. Solo quiero saber qué palabras te hacen sentir cómodo.

Ollie asintió. Sophia era muy amable.

—¿Y tú? —preguntó Ollie—. ¿Prefieres algún pronombre en específico?

—Femeninos están bien. Hasta el momento, la única crisis que me ha alcanzado es la de mi orientación sexual. Aunque uno jamás termina de conocerse, ¿no?

El chico asintió. Creía que por eso mismo le era difícil articular una respuesta precisa respecto a su identidad de género. Además, le asustaba averiguarlo. Apenas podía vivir su vida como lo hacía ahora, conocerse más significaba abrir otras heridas que aún no era capaz de visitar. Con lo poco que tenía claro, trataba de navegar el día a día, sin mucho éxito.

En ese momento cayó en cuenta de lo que Sophia había dicho.

—¿Te gustan las chicas? —Notó demasiado tarde que su pregunta era muy directa, quizá la incomodaría—. No tienes que responder si no quieres…

Sophia jugueteó con el cabello de Ollie.

—¡No te preocupes tanto! La respuesta es sí. Tengo novia… o tenía. La verdad es que es un poco complicado, pero lo que sé es que los chicos no me van.

A pesar de que sentía curiosidad por las palabras de la chica, se dijo a sí mismo que no debía inmiscuirse tanto. Siguieron arreglando su maquillaje antes de salir. Las horas ya habían pasado y, con la llegada de la madrugada, parecía que pronto tendrían que irse.

Sophia miró su teléfono y resopló.

—Supongo que no vendrá.

—¿Quién?

—Adrien. Esperaba que me dejara quedarme en su casa.

Salieron del baño. Pudieron notar que su espacio en el sofá había sido ocupado, por lo que prefirieron quedarse en el pasillo.

—Cuando te vi en su apartamento, creí que eran novios —confesó Ollie, sintiéndose un poco idiota después de la conversación que acababan de tener.

—Oh. Entiendo el por qué, pero me dieron escalofríos de solo imaginarlo. —Sophia hizo una cara de asco que le sacó una risa a Ollie—. En realidad solo somos amigos, según yo, aunque Adrien puede que ni siquiera me considere su amiga. Ya sabes lo tierno que es.

—Aunque —siguió Ollie—, creo que lo que más me sorprendió fue que viviera solo. No es algo que se vea mucho.

—Sí. A mí también me pareció extraño. Pero me aprovecho de ello.

—¿Y sus padres? ¿Los conoces? Me pregunto…

Lo siguiente pasó demasiado rápido. Ni siquiera la cara de horror de Sophia fue aviso suficiente para que evitara el error que cometió.

Hay momentos en los que sabes que todo irá mal y, casi siempre, vienen acompañados de una voz a tu espalda muy molesta.

—¿Y a ti que mierda te importa?

Capítulo 7

Dos golpes se dirigían a su mandíbula, pero alcanzó a levantar los brazos para bloquearlos. El siguiente iba a su estómago. Era la señal perfecta, así que aprovechó de balancearse con rapidez y golpeó de manera directa la cara de su contrincante, quien cayó de bruces y no se levantó. Tras diez segundos, el réferi lo declaró vencedor.

El público a su alrededor vitoreaba, era el favorito de la velada así que la mayoría se alegraba de presenciar cómo ganaba otra pelea más. Adrien también estaba contento, había obtenido el dinero para sus gastos mensuales antes de lo previsto.

Llevaba aproximadamente un año asistiendo a aquellas peleas clandestinas que le había sugerido Félix. Recordaba estar harto de sus trabajos de medio tiempo en los que era tratado como la mierda y donde sus jefes jamás pagaban lo suficiente. Se mantuvo en esa rutina durante demasiado tiempo, pero ya se había cansado de tener que vender un poco de su dignidad para poder pagar sus gastos.

Lo cierto era que se sentía un tanto culpable de que el primo de su madre, el tío Roman, además de haberle conseguido un lugar para vivir por su cuenta, le pagase una parte importante del alquiler. Su tío jamás le cobraba el dinero, y seguramente le hubiese dado más, pero Adrien se negó de plano. De hecho, se ofreció a trabajar en su taller de muebles para agradecerle por los favores que le hacía.

Sabía que su tío tenía una familia y que el hijo de una prima no era más que una carga económica. Debido a eso, al principio le costó aceptar la ayuda que él le extendió y solo dio su brazo a torcer una vez que se aseguró de que podía compensarle todo con trabajo y costear por su cuenta lo demás. Como el tío Roman había conocido su testarudez desde el principio, dijo que sí a sus condiciones. Quizá por eso también terminó aceptando la proposición de su amigo y tatuador cuando este le contó sobre las peleas. No era como si disfrutara de ello, pero, apenas el dinero entró en la conversación, le pareció que aquella era una oportunidad caída del cielo.

Así fue como, con la ayuda del tío Roman y el dinero que ganaba por las luchas, se pudo mantener a sí mismo.

Solían llamarlo cada dos fines de semana para pelear y cada vez ganaba más, ya que se había transformado en uno de los favoritos del público. No había tenido muchos problemas con sus

contrincantes, pues eran fáciles de leer. A veces llegaban unos tipos enormes, como el de su último combate, pero tan solo le tomaba recibir un par de golpes para luego llevar el ritmo de la pelea, lo que le permitía ganar tras unos pocos ganchos, que eran sus favoritos. La mayoría de los que practicaban el deporte eran aficionados que visitaban el gimnasio un par de veces a la semana y creían que sabían lo que hacían. Adrien se reía para sus adentros. Pelear y tener el cerebro vacío no era una buena combinación, él mismo lo había aprendido.

Cuando era pequeño, siempre se sintió atraído a las artes marciales y al boxeo. El tío Roman había practicado lo último durante su juventud y, cuando notó su interés, se ofreció a enseñarle las bases. Tenía un talento nato, era competitivo, metódico y muy estratégico. Su tío se convirtió en su entrenador personal, aunque él no tenía idea de que participaba en peleas clandestinas porque Adrien dudaba que fuese a darle el visto bueno para seguir. Le hubiese gustado practicar el deporte de manera profesional, pero eso era muy caro. Ya no estaba tan mal de dinero como lo estuvo en un momento, pero los grandes lujos seguían fuera de su alcance. Así que se conformaba con ganar lo suficiente por ahora.

—Toma, Remedy —le dijo el encargado de las apuestas, quien se hacía llamar McKing—. Destrozaste a ese tipo, aunque ya no me sorprende. Te llamaré cuando organicemos la siguiente pelea.

El intercambio siempre era el mismo. Había preferido usar un seudónimo, el cual era una referencia a su pintora surrealista favorita, Remedios Varo, cuando asistía a las peleas. Entendía que no se trataba de un ambiente amigable ni seguro, no conocía a esas personas y solo se dedicaba a hacer lo que debía para luego retirarse, sin confundir todo ese mundo con su vida cotidiana. En ese sentido, prefería ser precavido.

—Gracias —contestó guardando el dinero en su mochila, para luego acomodarla en su hombro—. Nos vemos.

Aunque le dolían los nudillos, sentía más cansancio mental. Siempre le pasaba lo mismo después de las peleas, como si algo en su cerebro le estuviera pidiendo a gritos que presionara el botón de apagado. Pensó en irse directo a dormir después de tomar una ducha y comer algo rápido.

Se apresuró a tomar el autobús. Se sentó al lado de la ventana y revisó su celular. Tenía unos mensajes de Félix y otros de Sophia. El primero decía:

FÉLIX:
Llegaron las máquinas nuevas

Vienes para que las probemos??

Podemos usar el diseño que me mostraste la última vez

Contestó que iría la próxima semana, tenía que terminar el dibujo antes de llevárselo a Felix. Luego leyó el mensaje de Sophia:

SOPHIA:

No olvides la fiesta de Finley!!

Te mandé la dirección arriba

Ya empezó, dijiste que pensarías en darte una vuelta

Contestó el primer mensaje, mas no el segundo. Recordaba la invitación y la insistencia de Sophia para que fuese a la fiesta del tal Finley. Ya podía escuchar en su cabeza la voz de la chica al reclamarle que jamás hacía otra cosa que ir donde Félix y al gimnasio. Parecía una madre preocupada de que su hijo no socializara lo suficiente. Adrien no solía hacerle caso. No le gustaba mucho salir. Los espacios con mucha gente le hacían sentir extraño. Sin embargo, había dicho que tal vez se presentaría, lo que para Sophia, de seguro, había sido una confirmación.

Rendido pensó en que solo iría a saludar, estaría con Sophia un rato y luego se devolvería. Con eso haría acto de presencia y se distraería un poco después de la pelea. No era el escenario ideal, pero haría el esfuerzo.

Siguiendo las instrucciones de su teléfono llegó hasta la casa de Finley sin problema. Desde afuera podía escuchar la música y las voces de quienes estaban adentro. Un chico alto fue quien lo recibió, Adrien le dijo que venía con Sophia y, de inmediato, lo hizo entrar.

—Creo que está ahí conversando con su amigo —Le señaló el pasillo.

—Gracias.

Se hizo paso entre las personas bailando y las que estaban de pie bebiendo en la sala de estar. Cuando llegó al pasillo notó enseguida una cabellera rosa inconfundible junto a Sophia.

No tenía idea de que Ollie estaría allí.

Fue cuando estaba a unos pasos de ellos que su sangre hirvió.

—Aunque, creo que lo que más me sorprendió fue que viviera solo. No es algo que se vea mucho. —Era la voz del pelirosa—. ¿Y

sus padres? ¿Los conoces? Me pregunto…

Antes de que pudiese terminar, Adrien habló:

—¿Y a ti que mierda te importa?

Ollie se dio vuelta con rapidez. Su cara estaba pálida, pero eso no logró disminuir el enojo de Adrien. También notó su labio tembloroso, lo que seguía sin ayudar, es más, le sacaba de quicio.

—¿Te gusta meterte donde no te llaman? —siguió escupiendo sus palabras—. ¿Necesitas información para correr rumores?

—Y-yo… L-lo siento.

—¿Acaso nadie te enseñó a no meterte en la mierda de los demás?

Si había algo que odiaba era la gente que husmeaba en su pasado, no confiaba en que de ello pudiese salir algo bueno. Adrien protegía su privacidad, muchas de sus vivencias podían ser vistas como debilidades y, bajo ninguna circunstancia, expondría su fragilidad frente a nadie.

—Lo siento… Yo solo…

—Y una mierda. No quiero escucharte.

El chico no parecía tener el ímpetu para contestarle y Adrien no sabía si eso era algo bueno o malo. Ante la confusión y el calor del momento, las palabras que salieron de su boca se transformaron en balas que tenían un solo objetivo.

—Oye, no porque te haya ayudado el otro día somos amigos ahora, ¿oíste? Si hubiese sabido que eras así de idiota, te hubiese dejado ahí para que se encargaran de ti en el callejón.

Al comienzo, había mucha seguridad en su voz, pero conforme terminaba la frase, se vio a sí mismo convertido en un idiota de primera. Esta vez, Ollie no desvió la vista, así que pudo notar el preciso instante en que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Lo siento —susurró Ollie secándose el rostro con la mano—. No volveré a molestarte, lo prometo.

Lo vio caminar hasta la puerta y no fue capaz de decir nada para detenerlo. Su propia conciencia le recordaba que él mismo había elegido esas palabras y que no dejaría que nadie supiera nada de su vida privada porque eso le hacía sentir vulnerable y no podía permitírselo. Aunque la justificación era escueta, trató de aferrarse a ella. Ollie pasó por su lado y se dirigió a la puerta, pero antes de salir del lugar pronunció unas últimas palabras de despedida:

—Estaba llegando a pensar que eras un buen tipo.

Luego se fue.

Sophia estaba a su lado con cara de asombro. Parecía no poder creer lo que había escuchado. Adrien se sintió expuesto, la rabia que había sentido hace tan solo unos segundos casi había

desaparecido por completo, dejando tras de sí una sensación de culpa. Fue la chica quien rompió el silencio que se había generado después de la salida del chico.

—¿De verdad piensas eso?

La pregunta le enfrío la sangre; era un completo idiota. Sus palabras no representaban sus verdaderos pensamientos, solo estaba encabronado. Sin embargo, su impulsividad lo había dejado con el alma vacilante, mientras que en su cabeza se repetía la imagen de las lágrimas de Ollie cayendo por sus mejillas.

—Iré por él.

Tras eso, salió del lugar.

Caminó por varias cuadras hasta que encontró al chico sentado en la parada de autobús. Abrazaba sus piernas y ocultaba el rostro entre ellas, seguramente porque seguía llorando. Ahora que estaba ahí, no sabía cómo disculparse. Se acercó a paso lento. Pensó que debió haberle pedido a Sophia que lo acompañara, quizá ella podía mediar la situación de mejor manera, pero sería actuar como un cobarde.



A Adrien lo que menos le gustaba era la cobardía.

Aclaró su garganta un par de veces hasta que logró que sus miradas se encontraran. Ollie lucía como un animalito asustado y Adrien como el cazador que había disparado.

—Oye, yo no… —trató de comenzar, pero el chico lo detuvo.

—No importa, yo me equivoqué, no debí haberle preguntado a Sophia sobre tu vida privada. —Las mejillas de Ollie estaban rojas a causa del llanto—. Además, me han dicho cosas peores. De verdad no importa.

Adrien podía notar que el chico trataba de convencerse a sí mismo a medida que hablaba y eso le hizo sentir como el ser más pusilánime que hubiese existido. Se quedó de pie pensando en qué decir para no cagarla más, pero en su cabeza cada escenario era peor que el anterior. Sin una idea de cómo mejorar la situación, dejó que su impulsividad actuara, nuevamente, en su nombre.

—Vamos a comer —soltó de la nada—. Hay un restaurante de comida china abierto aún. Al menos déjame hacer eso por ti.

Sí, bastante estúpido y patético.

Ollie lo miraba sin entender y Adrien fingió tener todo bajo control. Si las palabras no eran suficientes, supuso que al menos podía comprarle algo de comer como modo de disculpa por haberlo hecho llorar. ¿No era un intercambio equivalente? La verdad, no quería que nadie le respondiese esa pregunta.

Ollie se puso de pie y pensó que lo dejaría ahí hablando solo. Lo entendía. Quizá ese era el mejor resultado, irse cada uno por su lado y no volver a molestarse. Sin embargo, Adrien no sabía que el chico que tenía enfrente estaba lleno de sorpresas.

—Está bien —contestó restregándose los ojos con ambas manos.

—¿De verdad? —preguntó de inmediato, no lo creía del todo.

—Sí. Tengo mucha hambre.

Capítulo 8

El corazón de Ollie latía tan rápido que le asustaba.

Caminaba justo detrás de Adrien, quien no le había dirigido ni una mirada desde que lo invitó a comer. Se le hacía rara la inesperada cercanía que ahora existía entre ambos y, por eso, caminaba a unos dos pasos de él. No estaba dispuesto a que se volviera a molestar. Admitía que haberle preguntado a Sophia sobre sus padres no había sido apropiado; sin embargo, la reacción de este le dolió de una forma distinta. Había escuchado muchas cosas parecidas durante sus dieciséis años de vida, pero había algo diferente en que esas palabras las dijera alguien que lo había ayudado y, de cierta forma, defendido.

Cuando llegaron al restaurante de comida china, Adrien se encargó de abrirle la puerta para que entrase, lo que Ollie le agradeció con timidez. Era gracioso ver cómo Adrien le contestaba solo con gestos: un movimiento de cabeza o sus dedos largos señalando dónde podrían sentarse. Quería pensar que él tampoco sabía qué decir en esos momentos.

El lugar era una vieja casa remodelada. Habían cambiado la fachada para que se pareciera a un palacio, las paredes de madera habían sido pintadas de blanco con dibujos de linternas de papel que parecían moverse por ellas, las mesas y las sillas eran de caoba oscura y los manteles rojos tenían bordados dorados que las hacían destacar.

Se sentaron en el lugar más alejado del mostrador, uno frente al otro. Al costado había una ventana que daba hacia la calle. Ollie veía la luz tenue del semáforo contra la piel blanca de Adrien mientras este tomaba el menú impreso en papel reciclado y ojeaba las opciones.

Ollie comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa. Sus uñas perfectamente pintadas y limadas en forma circular lograban hacer ruido. Notó la forma en que Adrien le miraba las manos, así que se detuvo.

La camarera llegó a atenderlos con una sonrisa. Dejó dos vasos de agua sobre la mesa y les tomó la orden.

—¿Y tú qué vas a pedir, querida?

Ollie tomó el menú y pidió un platillo con verduras. Ella anotó todo y luego les indicó que volvería pronto. Cuando se quedaron solos, notó que Adrien lo miraba con más insistencia que antes.

—¿Pasa algo? —le preguntó. Se sentía demasiado observado como

para dejarlo pasar.

Adrien se encogió de hombros.

—Solo me llamó la atención una cosa: ¿por qué no le dijiste que eres un chico?

Le sorprendió la pregunta.

—Es algo sin importancia, ¿no crees?

El chico asintió y bebió un poco del agua que les habían llevado.

—Claro. Solo me surgía la duda de si es que quieres que la gente te trate como una chica. He escuchado de eso, ya sabes…

Adrien no dijo nada más. Tampoco Ollie.

No esperaba que ese día tuviese que hablar dos veces sobre su identidad y, si era sincero, no le apetecía en absoluto. Al menos no ahora. Y es que consideraba que las respuestas que estaban al alcance de sus dedos eran una reducción aguda de lo que ocurría en su interior. Podía responder sí o no, negro o blanco, me gustaría usar esto u odio mi cabello de esta forma. Admitía que esa parte era la fácil, exteriorizar la parte simple de su identidad, aunque el noventa por ciento del tiempo no lograba hacerlo. Lo que realmente le asustaba era lo que venía después. Cuando le preguntaban por qué, dónde radicaba la causa, cuál era el motivo detrás.

Simplemente no quería admitir frente a los demás que él mismo seguía buscando esas explicaciones.

Tras unos minutos, la camarera les llevó sus pedidos y los dejó frente a cada uno. Mientras comían, el ambiente incómodo crecía, por lo que Ollie pensó que no podía seguir ignorando la pregunta.

—Me gusta usar ropa de mujer y hacer cosas que las personas llaman femeninas; me siento cómodo y lindo con eso. Si alguien me hubiese preguntado al nacer qué me hubiese gustado ser, hubiese respondido que mujer para poder expresarme sin que se burlaran de mí. Pero no me incomoda mi cuerpo en lo absoluto. Lo que no me gusta es el hecho de que debido a él los demás se burlen de mi forma de ser porque, según ellos, no debería actuar así. La diferencia entre los conceptos chico o chica no hace conexión en mi cerebro. Para mí, las cosas que hago, uso o me gustan son eso: lo que hago, uso y me gusta.

Eso fue todo. Adrien se quedó en silencio, meditando. Ollie no hablaba a menudo de lo que sentía y, aunque había muchas otras cosas que podría haber dicho, le parecía que con eso ya era suficiente.

Por un segundo, pensó que Adrien insistiría con preguntas sobre el mismo tema, pero en vez de eso dijo:

—¿Y dejas que los demás se burlen de ti sin hacer nada?

Ollie alzó la mirada y volteó los ojos.

—La violencia solo trae más violencia.

—Ah, un pacifista. La violencia existe en el mundo por algo. Además, no hablo de golpes necesariamente, pero sí de alzar la voz. He visto cómo te tratan y nunca haces nada, ¿por qué?

—Te he respondido ya dos preguntas, ahora me toca a mí. —Adrien bufó, pero no le hizo caso—. ¿Por qué me invitaste a venir aquí?

Sus ojos estaban sobre los del otro, expectantes.

—Lo que te dije fue una mierda —comenzó—. Estaba enojado y lo dije sin pensar. No quiero ser el tipo de persona que te hace la vida imposible.

—Entonces, deberías entender por qué actúo de la forma en que lo hago.

Adrien no pareció convencido.

—Pues yo soy de los que cree que cada uno debe solucionar sus problemas, y parece que tú no quieres hacerlo.

—Me quedo callado porque no me interesa iniciar una guerra interminable que solo me cansará más. La gente no entiende mi forma de ser y no está dispuesta a hacerlo, no me desgastaré por algo que no tiene solución.

Ollie no titubeó, y pudo ver en el semblante de Adrien que este seguía sin entender. Sin embargo, el chico soltó una risa suave y dijo:

—Hablas bonito. Casi me haces ponerme de tu lado, ¿tendrás alma de político?

Sintió que sus mejillas se enrojecían.

Adrien haciendo bromas era algo que no había pensado que presenciaría en esta vida. La yuxtaposición de esa imagen con la del chico que había conocido en el instituto estaba causando un colapso en su mente. Si bien él odiaba que la gente lo juzgara en razón de su apariencia y lo que se decía de él a sus espaldas, Ollie se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había hecho con Adrien.

Ahora quería saber más. Conocer más. Entender todo respecto a él.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Dieciocho —respondió—. Me atrasé un año en la primaria.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Estoy en un interrogatorio? —La mirada de Adrien estaba sobre la servilleta de papel que había comenzado a doblar—. ¿No crees que ya me toca a mí?

Ollie soltó una risita.

—Creo que no somos buenos tomando turnos…

—Bueno, para seguir un poco el tema, ¿qué edad tienes tú?

—Dieciséis aún.

—¿Perros o gatos?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —rio.

—Es una pregunta tipo. Ya sabes, ¿invierno o verano?, ¿playa o montaña?, ¿café o té? Solo estoy tratando de basar toda tu personalidad en una respuesta.

Ollie puso los ojos en blanco, Adrien se veía divertido.

—Prefiero los perros, ¿y tú?

—Me gustan ambos, aunque nunca he tenido mascotas, ¿tú sí?

—No, pero siempre he querido un perro.

—¿Lo pediste como regalo de Navidad y no te lo dieron? —Al hablar, no pudo evitar imaginarse a un pequeño Ollie llorando en la víspera de Navidad por no haber recibido al cachorro que esperaba. Triste pero muy tierno.

—Claro que no. No podría pedirlo.

—¿Y eso por qué?

—Pues… El dinero, los cuidados, el alimento, cosas así. No me gusta pedir ese tipo de cosas a mi madre, así que el querer un perro no es algo que le haya expresado. —El tema era algo sensible para Ollie, quien no quería demostrar su tristeza—. Quizá en un futuro, cuando viva por mi cuenta, pueda tener mi propio amigo peludo.

Adrien se metió las manos en el bolsillo del pantalón.

—Creo que debí preguntar mejor si te gustaba la playa o la montaña.

—Montaña.

La conversación comenzó a fluir desde ese punto. Cada vez el nerviosismo de Ollie disminuía en intensidad. Mientras respondía las preguntas sobre cosas triviales, como sus gustos musicales, animales favoritos e intereses, Ollie se mantuvo atento a las manos de Adrien. Sus dedos eran largos y podía ver pequeñas venas azules asomándose bajo sus nudillos. El chico se tomó su tiempo, pero terminó haciendo un cisne con la servilleta y lo dejó en medio de ambos.

Ollie no tenía idea de lo interesante que podían ser un par de manos.

Cuando terminaron de comer, Adrien pidió la cuenta, la cual, a pesar de los intentos de Ollie por dividirla en partes iguales, fue pagada por el primero. La camarera les dio las gracias y los despidió en la puerta, no sin antes decirle al pelirosa que le gustaba su cabello.

Así, salieron a encontrarse con la madrugada y la luz de los faroles. Caminaban de regreso a la parada de autobús. Ya era tarde, pronto los recorridos terminarían y Ollie debía volver a

casa.

—¿Cuál fue tu primer tatuaje?

—Un reloj de arena en mi brazo izquierdo —contestó Adrien—. Muy cliché, pero está decente. Me lo hice a los trece.

—¿Duele mucho? —seguía preguntando porque el tema de los tatuajes era un mundo nuevo para él. Había pensado más de una vez en hacerse alguno, pero no sabía si sería capaz de soportar el dolor que ello conllevaba.

—Es soportable, si no nadie se tatuaría —indicó Adrien encogiéndose de hombros—, aunque no todos tenemos la misma tolerancia.

—Supongo que tú ya estás acostumbrado.

—A veces me quedo dormido en las sesiones. —Ollie lo miró sorprendido—. Ya se me hace muy habitual. Además, el chico que me tatúa tiene el tacto suave.

—¿Eso es posible?

—Claro que sí. Aunque al principio me quejaba bastante, era muy miedoso. En comparación, las mujeres que iban a la tienda eran muy buenas soportando el dolor.

Ollie se tapó la boca y rio. Se le hacía tan extraño que alguien como Adrien se encontrase a su lado hablando de temas mundanos. Los profesores lo catalogaban como un caso complicado y no les daba pena demostrarlo. La mayoría de ellos había optado por dejarlo en paz, ya que ninguno de sus sermones era capaz de alterar su comportamiento. Ollie pensaba que, en ese sentido, tenían algo en común. Sus profesores también se habían rendido con él y hacían como si no existiera cuando asistía a clases. La diferencia entre ambos radicaba en que Adrien sabía defenderse solo y Ollie no.

—¿Tu tatuador diseña los tatuajes?

—Es un trabajo en conjunto, yo dibujo lo que me gustaría y Félix se encarga de adaptarlo a mi cuerpo.

—¿Son amigos?

—Sí, se dio de forma natural, es la única persona que me ha tatuado. Fui su primer lienzo humano y tuve suerte de que el maldito tuviese un talento innato. Bueno, eso y el hecho de que llevaba practicando varios años en cáscaras de naranjas. Los pros de ser un conejillo de indias es que no tuve que pagarle ninguno de los tatuajes hasta que dejó de ser aprendiz y, como lo ayudo con los diseños para sus otros clientes, siempre me hace descuentos.

—¿Y hace cuánto dibujas?

Ansiaba hacer la pregunta y, ahora que Adrien lo había mencionado, tenía la excusa perfecta para no dejar en evidencia que había entrado a su habitación sin que este estuviera

presente. Ollie recordaba uno de los retratos que alcanzó a ver. Era de un anciano que sonreía. Ese le había gustado mucho porque parecía que el hombre se encontraba emocionado por algo. Se preguntaba si aquella era una persona real o si era alguien inventado por el chico.

—Desde siempre, creo. Es lo que mejor sé hacer.

—De seguro entrarías a alguna academia de arte si presentas tus dibujos.

—Para eso necesito dinero y no lo tengo, así que no es para mí.

Fue ahí que Ollie se preguntó dónde estaba la familia de Adrien. ¿No se suponía que debía estar viviendo bajo el mismo techo que sus padres o algún familiar directo? Además, de algún lado debía salir el dinero para costear todo.

—¿Y tus padres no podrían pagarlo?

El tema le incomodaba demasiado, así que optó por contarle a Ollie la anécdota sobre su primer tatuaje y lo nervioso que estaba, lo que fue un acierto porque el chico lo escuchó con atención.

Estuvo casi todo el día debatiéndose entre si debía hacerlo o no, puesto que existía la enorme posibilidad de que todo resultara en un fiasco y tuviese que cargar con un maldito error en su piel por el resto de su vida. Pero Adrien no era de los que se arrepentían con facilidad y, gracias a los azares del destino, se ganó una obra de arte en su cuerpo. Bueno, él lo consideraba así; el tatuaje tenía algunos detalles, pero la perfección nunca fue lo que buscaba cuando pensaba en arte.

—¿Puedo verlo?

El chico alzó la manga de su chaqueta. El tatuaje en cuestión estaba ubicado en el antebrazo izquierdo. Ya no se encontraba solitario, aunque seguía siendo la pieza más grande. De hecho, estaba trabajando en más diseños que le ayudaran a cubrir su brazo por completo en algún momento.

—Wow —susurró Ollie.



Estaba embobado con lo hermoso que era el tatuaje. Aunque hubiesen pasado cinco años desde que se lo hizo, las líneas que

delineaban el reloj de arena seguían sólidas, y el color grisáceo resplandecía bajo la luz del farol que estaba sobre ellos. A Ollie siempre le llamaba la atención todo lo que tuviese que ver con las personas haciendo arte, así que estuvo perdido en el tatuaje unos minutos, hasta que lo escuchó volver a hablar.

—¿No sería mejor que le sacaras una foto? —su tono era juguetón—. Así podrás verlo siempre que quieras.

Ollie desvió la vista avergonzado y Adrien volvió a cubrir su tatuaje.

Sin darse cuenta, ya estaban a una calle de la parada de autobús. No quedaba mucho, así que Ollie dijo:

—Puedes irte. Esperaré el autobús por mi cuenta.

—Esperaré contigo, luego me iré a casa.

Se sentaron ambos en la parada. Ollie sacó su teléfono para avisarle a su madre que ya iba de vuelta. También tenía un mensaje de Sophia, quien le pedía que salieran otro día para compensar lo de la fiesta. Le dio las gracias y le pidió que hablasen después. Adrien le había comentado, mientras comían, que le había avisado dónde estaban, y Ollie se sintió fatal porque ni siquiera había pensado en ella. Le tranquilizó saber que, al menos, el otro chico se había preocupado de informarle.

—Tus tatuajes son —la voz de Ollie era dulce y baja— geniales.

—Ahm… Gracias, supongo.

Ahora venía la parte incómoda en la cual ninguno tenía idea de qué más decir, pero a la vez no deseaban que su extraña e improvisada velada terminara. Uno se miraba las zapatillas sucias y el otro se concentraba en el cielo. No querían que sus miradas se encontraran porque, de seguro, ambos quedarían con las mejillas sonrosadas.

Ollie fue quien se encargó de seguir con la conversación.

—Tus tatuajes te hacen ver un tanto intimidante, pero no eres tan malo como dicen.

La frase tomó por sorpresa a Adrien. A sus ojos, Ollie era totalmente diferente a él. Había un aire de fragilidad a su alrededor y parecía que cualquier cosa podía romperlo, como si fuese de cristal. Quizá por eso omitió dar las gracias por el cumplido y cambió el tema de la conversación.

—Cuando te molesten —empezó de manera titubeante. Sabía que no era su asunto, pero no podía evitarlo—, sea quien sea, mándalos a la mierda.

Ollie sonrió entristecido.

—Yo no les hago caso, no quiero hacerlo…

—Lo sé —lo interrumpió Adrien con rapidez, tratando de

ocultar su frustración—. Pero, créeme, debes ser duro con ellos o jamás te dejarán en paz.

—Yo no…

—*Tú* sí —insistió—. Ya basta de mierdas pacifistas y de que nada importa, debes defenderte.

—Ni siquiera sé dar un golpe.

—Pues deberías aprender.

Ollie quedó un poco sorprendido ante la idea y, por un segundo, su corazón latió muy rápido. Esa amabilidad que le demostraba Adrien le cortaba la respiración, pero el efecto no duró mucho. Se dio cuenta de que apenas esa noche quedase en el pasado, ambos volverían a sus rutinas y ni siquiera se mirarían en los pasillos. Cuando pensaba en esto, divisó el autobús y levantó su mano para detenerlo. El bus se estacionó a un costado y ambos chicos se miraron, sabiendo que era hora de despedirse.

—Ya me voy. Gracias por lo de hoy —susurró Ollie con las mejillas coloradas y el labio tembloroso por el frío. Las puertas del autobús se abrieron y puso un pie arriba, pero el agarre de la mano de Adrien en su brazo lo detuvo.



—Está bien —dijo este—, pero hablo en serio. El lunes, después de clases, te estaré esperando en el gimnasio.

Ollie no supo qué decir.

El conductor del autobús le preguntó si iba a subir y él se apuró a responder que sí. Adrien también escuchó y lo soltó para que subiera de una vez. Antes de que la puerta se cerrase y los separara de manera definitiva, lo escuchó decir:

—¿Te veo el lunes?

Y Ollie asintió.

Capítulo 9

Ollie se pasó la mano por el cuello. Estaba muy nervioso.

Ese día se levantó mucho más temprano de lo normal. Le tomó al menos una hora escoger su atuendo, el cual terminó siendo una camisa celeste más unos *jeans* blancos y unos botines color rosa que su madre le había regalado por su cumpleaños. Si hubiese contado las veces que se miró al espejo, le hubiesen faltado dedos. Peinó su cabello para desenredarlo y maquilló sus ojos con el mismo rubor que utilizaba siempre, el que combinaba a la perfección con su tinte. De lo inquieto que estaba, se lavó los dientes unas tres veces.

Había pasado un fin de semana entero y de su mente no se alejaba el recuerdo de Adrien ni de su conversación. Era cierto que el solo hecho de haber hablado con él durante gran parte de la noche ya le había sorprendido, pero eso no le servía de preparación para lo que se venía.

Era lunes y eso significaba que se encontrarían en el gimnasio cuando las clases terminasen. No es que estuviera emocionado por aprender a defenderse, no le venía la violencia en sí, pero tener una excusa para acercarse de nuevo parecía ser suficiente para hacerle aguantar el suplicio. ¿Y por qué quería que eso sucediera? Simple curiosidad, hubiese respondido, aunque no estaba seguro.

Por eso se esmeró tanto en arreglarse. Esperaba que el chico tatuado notara el esfuerzo que había puesto en verse lindo. Aunque no se tratase de una cita, a Ollie le gustaba que lo viesen impecable siempre.

Así que se fue al instituto con el corazón acelerado y miles de escenarios ficticios en su cabeza. Lo que no le agradaba del asunto era que, estaba tan emocionado, que el día se le volvió eterno, como si las clases se hubiesen puesto mucho más tediosas y los profesores hubieran decidido en conjunto hacer todo a una velocidad paupérrima.

Ollie estaba perdido en sus pensamientos; tampoco era como si pudiese hacer otra cosa. No tenía algún amigo con quien hablar o contarle de su día a día y, aunque ya estaba acostumbrado a eso, a veces, en medio de sus divagaciones, empezaba a añorar aquella cercanía. En sus escenarios imaginarios más alocados, se dejaba seducir por la idea de que ahora Adrien cumpliría ese rol.

El día siguió tan lento como esperaba. De vez en cuando, Ollie alzaba su cabeza en el pasillo para ver si se topaba con el

semblante serio de Adrien y así poder confirmar que su invitación seguía en pie. No obstante, por más que esperó, no se encontró con el chico en ningún momento.

Desanimado, asistió a las últimas clases del día y un sentimiento de incertidumbre comenzó a llenar su cuerpo. Había pasado toda la jornada en una nube, pero eso no omitía el hecho de que las cosas habían estado demasiado tranquilas para su gusto. En un día normal, Ollie podía recibir más de un insulto de parte de sus compañeros y jamás faltaba la broma pesada sobre él durante las clases, así que el hecho de que nada de eso hubiese ocurrido en horas lo inquietaba.

Cuando la clase de matemáticas terminó y salió al pasillo, creyó que su buena racha había llegado a su fin al toparse de golpe con dos chicos de un año superior que siempre se encargaban de humillarlo apenas lo veían. Ollie sabía que todo había sido muy bueno para ser verdad y que debía volver a su rutina. Sin embargo, cuando se cruzó con ellos, ocurrió algo muy extraño y que lo confundió aún más: los chicos lo miraron de pies a cabeza sin decir nada. Pasaron de su presencia para seguir caminando por el pasillo, casi como si Ollie no les molestara.

Aquello era insólito. Se quedó quieto unos minutos, tratando de procesar lo ocurrido hasta que el timbre que marcaba el fin de la jornada escolar comenzó a sonar, lo que significaba que era hora de ir a su encuentro con Adrien.

Se reunirían en el ala sur del instituto, así que comenzó su travesía mirando a todos lados, a la espera de toparse de camino con el chico que, por lo visto, aún no se dignaba a aparecer. Sentía un nerviosismo latente en su cuerpo.

El gimnasio era grande. Consistía en una cancha de básquetbol que también usaban en la clase de gimnasia para hacer el acondicionamiento físico cuando hacía frío. A un costado se encontraban las gradas de color verde, en donde se sentaban para actos ceremoniales o presenciar los partidos. Si bien el equipo de básquetbol siempre entrenaba los lunes por la mañana, Ollie los había visto jugando afuera, pues usaban la cancha exterior durante el verano.

Cuando llegó a su destino, el lugar se encontraba vacío, así que se sentó a esperar. Tras quince minutos, decidió quedarse media hora. Llegando la media hora, dijo que solo esperaría diez minutos más. Pasaron los diez minutos y pensó que diez más no le harían daño. Estuvo ahí por una hora antes de darse por vencido.

Adrien no vendría.

Se levantó de las gradas, triste. Se había tomado en serio las palabras del chico y ni siquiera sabía por qué se había ilusionado en primer lugar. Quizá, Adrien había querido ser amable porque su situación le parecía deprimente. En su momento,

pensó que la lástima que las personas sentían por él no le afectaba en lo más mínimo; ahora que se encontraba en esa situación, se daba cuenta de que era lo contrario.

Cuando abrió la puerta del gimnasio para irse a su casa, se dio cuenta de que había alguien con el ceño fruncido al otro lado, quien tenía puesta una camiseta de mangas rasgadas que dejaba ver sus tatuajes, unos *shorts* y zapatillas deportivas negras. Además, llevaba un saco de boxeo al hombro y, en el otro brazo, un pedazo de fierro en donde había visto que colgaban ese tipo de equipamiento.

—Maldita sea, los idiotas del equipo de lucha se demoraron una mierda en pasarme el saco.

Eso era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir de su parte, así que, con rapidez, le abrió la puerta para dejarlo entrar y lo siguió en silencio, tratando de que no se notara que sus manos habían empezado a temblar de los nervios.

—Jay es un idiota. Hablé todo el día con el entrenador para convencerlo de que me prestara el saco y el imbécil no quería entregármelo. Se cree el rey y eso que podría darle un buen golpe antes de que fuese capaz de reaccionar, pero, si lo hubiese hecho, con mayor razón no me lo hubiesen pasado.

Sonaba muy enojado, por lo que se quedó a un costado y asentía a todo lo que decía.

—¿Aún no te cambias?

Esta vez el ceño fruncido estaba dirigido hacia su persona y Ollie se atragantó.

—¿C-cambiarme?

—Obviamente, ¿o pensabas que te ejercitarías con esos zapatos, Mariposa?

Miró sus botines. Eran sus zapatos preferidos, porque estaban cubiertos por cuero sintético color rosa pálido; los consideraba demasiado lindos, aunque nada cómodos cuando se trataba de hacer ejercicio. Había estado tan preocupado de dar una buena impresión que no pensó en los detalles.

—No tengo ropa deportiva —admitió en un susurro y Adrien volteó los ojos mientras abría su mochila.

A la cara de Ollie lanzó una camiseta negra y un short del mismo color. Miró las prendas un poco asustado, eran demasiado grandes como para que él las usara.

—Imaginaba que algo así podría pasar. Ve a cambiarte ahora para que empecemos —dijo Adrien.

Ollie no protestó y se fue directo a los camerinos a colocarse la ropa.

Como temía, nada era de su talla. Apenas se colocó la parte de abajo sintió que, si se movía mucho, se le caerían. Por otro

lado, la camiseta negra podía pasar, con facilidad, como un vestido. No tenía un espejo a mano, pero eso no le impedía saber que se veía como un niño que le había robado la ropa a su padre.

Sus quejas mentales fueron interrumpidas por los golpes de Adrien en la puerta del camerino.

—Sal de ahí, Mariposa.

—¡No! ¡La ropa me queda enorme!

—¡¿A quién le importa?! ¡Solo estamos tú y yo en el gimnasio!

Ollie suspiró desganado y abrió la puerta para encontrarse con Adrien frente a él.



A pesar de que llevaban atuendos parecidos, no se veían igual. El *short* que usaba Adrien le llegaba hasta la rodilla sin problema, mientras que los que le había prestado parecían haberse agrandado en la lavadora. Además, todo se le ajustaba al cuerpo, no como a Ollie, quien se sentía ridículo. Al parecer, Adrien

captó la misma idea, ya que apenas lo vio rompió en risas.

—No quiero salir así —chilló Ollie haciendo puchero.

—No jodas, Mariposa. Empecemos antes de que se nos siga haciendo tarde.

Al volver al gimnasio, Ollie se dio cuenta, por un lado, de que el saco de boxeo ya había sido colgado en un rincón, lo bastante alejado de la pared para que no tuviesen problemas con el rebote y, por otro, que si no se conseguía un cinturón, tras golpear esa cosa, quedaría con los pantaloncillos en los pies.

—Primero lo primero —sentenció Adrien—: golpéame con toda la fuerza que tengas.

Ollie abrió los ojos de par en par ante la descabellada idea. Por obvias razones, negó con la cabeza de inmediato y Adrien frunció el ceño ante la respuesta.

—Es solo una prueba. Golpea mi palma.

Era un mandón y Ollie ya se estaba hartando de eso, así que usó esa frustración para empuñar su mano y dirigirla a la palma derecha del chico. Usó toda su fuerza y, pese a eso, Adrien lo miró con una ceja levantada.

—Me estás molestando, ¿cierto? —lo escuchó resoplar cansado y Ollie se sonrojó—. Tendremos que empezar desde cero. Prepárate para sudar, Mariposa.

Capítulo 10

Hubo un momento en que le cedieron las rodillas y se dejó caer al piso mirando hacia el techo del gimnasio y a las luces que seguían encendidas. Todo su cuerpo dolía, le faltaba el aliento y sentía un mareo ligero. Hubiese dado lo que fuera por tomarse al menos dos litros de agua en ese mismo instante, pero ya le habían dicho que esa no era la mejor idea.

—No te he dicho que descanses, Mariposa.

La voz de Adrien retumbó en sus oídos, pero Ollie no era capaz de moverse. Había descubierto que, además de no tener mucha paciencia, cuando se trataba de hacer ejercicio, el chico se convertía en uno de esos entrenadores que no te dejaba en paz hasta verte sin piernas.

Habían empezado con estiramientos, nada complicado para el pequeño cuerpo de Ollie; Adrien enfatizaba que el calentamiento era una parte muy importante. Pero después de eso, todo se transformó en una pesadilla.

Adrien primero le había dicho que correrían por la cancha. Para la tercera vuelta, el pecho de Ollie ardía por no tener la costumbre de ejercitarse, pero poco importó porque, aún entre quejas, tuvo que completar las diez vueltas. Como segundo ejercicio, le tocó hacer abdominales, los que fueron una verdadera tortura porque sus costillas aún se le contraían al respirar como resultado de la intensa carrera que acababa de dar. Quería rendirse, pero Adrien no se lo permitió, es más, apenas cumplió con las series exigidas, lo puso a golpear el saco de boxeo pidiéndole, a cada minuto, que aumentase la intensidad. Sus manos estaban entumecidas cuando Adrien le dio una pausa. Cuando creyó que aquello era el fin, sin darse cuenta, ya se estaban preparando para dar otras vueltas más a la cancha.

Lo peor del asunto era que Adrien hacía los mismos ejercicios, pero con el doble de intensidad. Mientras Ollie corría, el chico podía dar fácilmente dos vueltas a la cancha o triplicar la cantidad de abdominales. Ahora que estaba tirado en el piso sin poder moverse, Adrien saltaba la cuerda con rapidez, como si fuese la cosa más fácil del mundo.

—Te juro que no puedo más —jadeó Ollie apenas recuperó el habla.

—Este es un entrenamiento de principiantes para que comencemos a exigirle a tu cuerpo más resistencia.

Ollie sintió que había una gran posibilidad de que se

desmayara en ese mismo instante. Sin muchas fuerzas, logró enderezarse y mirar a Adrien, quien seguía saltando.

—¿Estás en algún equipo deportivo que tienes tanta resistencia?

El chico rió ante la idea.

—¿Tanto te parezco un profesional?

Ollie refunfuñó. Quizá el cansancio le estaba quitando la inmunidad a los comentarios sarcásticos de Adrien.

—Con un «no» bastaba.

Odiaba estar sudado, necesitaba una ducha con urgencia, pero tenía la impresión de que su súper entrenamiento estaba muy lejos de llegar a su fin. Adrien dejó de saltar la cuerda para luego tirarla a un costado, acercarse al saco de boxeo y propinarle varios puñetazos y patadas muy certeras. Ollie lo veía muy atento, absorto en la fuerza que empleaba. Él jamás podría alcanzar ese nivel, ya que no era grande ni tenía la capacidad física.

—Levántate, Mariposa.

Ollie quería negarse y gritar que ya no podía más; sin embargo, durante el día había aprendido que Adrien era inmune a sus lloriqueos, así que se levantó sin decir palabra mientras se hacía un nuevo nudo con el cinturón del short para que este se mantuviera en su lugar. Cuando estuvo de pie, pensó que caería; sus piernas estaban tan entumecidas que apenas las sentía. Adrien lo miraba con una sonrisa burlona en el rostro y él frunció el ceño porque se suponía que debía ayudarlo, no convertirlo en un chiste.

—No me mires así —lo riñó y Ollie volteó los ojos.

—Te estás burlando de mí —contestó enojado.

—Solo me hace gracia lo agotado que estás y eso que es el primer día.

—No acostumbro a ejercitar.

—Ya lo había notado —dijo con un evidente tono de burla—, eres demasiado delicado.

—¿Y qué tiene de malo ser delicado?

Los cinco pasos que los alejaban fueron desechados de sopetón cuando Adrien se acercó para detenerse casi encima de Ollie. Pudo notar que su corazón comenzaba a latir con fuerza por culpa del cansancio y la cercanía. Además, sentía la respiración del chico contra su cara.

—Te hace débil y eso no sirve.

Dicho eso, Adrien se volvió a acercar al saco de boxeo. Ollie tragó saliva sonoramente y decidió no hacer comentario alguno. Tampoco era como si tuviese algo que agregar.

—Ven aquí —fue llamado—, te enseñaré algo.

Ollie caminó hacia el saco. Allí, su entrenador se ubicó detrás de él sin previo aviso. Ollie no alcanzó ni a respirar cuando este posó una mano en su abdomen, lo que le hizo sentir la vergüenza más grande de toda su vida.

—Tienes que mantener la tensión aquí cuando des el golpe —susurró el chico, quien estaba tan cerca de su oreja que Ollie pensó que se desmayaría en cualquier momento.

—¿Qué?

—Tensa el músculo, Mariposa.

Apenas podía concentrarse en la petición, el corazón le saltaba en el pecho y no supo si era por el cansancio o la cercanía. Para no ganarse un regaño, le hizo caso, aunque se le hacía demasiado difícil al sentir el contacto tan directo de la mano del chico sobre su vientre.

—Ahora golpea.

Su brazo estaba flojo y apenas podía mantenerse de pie, por lo que tuvieron que repetir el ejercicio muchas veces. Adrien seguía con la mano en la misma posición y le pedía que siguiera tensando. Fueron los quince minutos más largos de su vida, tenía la cara roja a más no poder y se le hacía imposible inhalar y exhalar de forma correcta.

—Ya, descansa.

Palabras más dulces jamás habían sido escuchadas por los oídos de Ollie, quien enseguida se zafó del agarre de Adrien con la cara roja, ahora de vergüenza. Por suerte, podía mentir diciendo que se debía al calor que le había provocado el ejercicio.

Se dejó caer sobre el frío piso del gimnasio como hace un rato, pero mucho más cansado.

—Después de un par de sesiones más, aprenderás —dijo Adrien tendiéndole una botella de agua—. No bebas de golpe, solo mójate la boca y escupe.

Ollie soltó una risa. Tomó la botella y dio un pequeño sorbo, no se veía capaz de escupir agua en medio del gimnasio.

—Si no eres parte de ningún equipo, ¿cómo es que sabes tantos ejercicios y esas cosas? —Adrien lo miró con una ceja alzada—. ¿Vas a un gimnasio?

—Algo así —respondió el castaño.

—¿Y dónde?

—En realidad mi tío me enseñó. Él practicaba boxeo de joven. También hago otras cosas.

Adrien lo veía a los ojos, pero Ollie evitaba su mirada con vergüenza. Es así que se topó con los brazos tatuados de su entrenador, por los que se deslizaban pequeñas gotas de sudor. Tuvo que tragar saliva a causa de los absurdos pensamientos que se le venían a la mente. Debía dejar de pensar en que Adrien se

veía demasiado guapo en ese momento.

—¿Qué cosas? —preguntó tratando de que no se notara su alterado estado.

—Cosas en donde utilizo los puños.

El tono de Adrien era burlón, Ollie podía notarlo.

—Está bien si no me quieres decir —dijo un poco frustrado.

Adrien no lo admitiría en voz alta, pero que su discípulo estuviese haciendo un pequeño berrinche le hacía mucha gracia.

—Si quieres puedes venir, aunque no creo que te guste —dijo Adrien sin pensar antes de hablar, lo que le sorprendió a sí mismo—. Participo en unas peleas clandestinas para ganar dinero. No es un lugar amigable. Las personas se divierten haciendo apuestas, pero también pueden ser una mierda si se lo proponen.

Ollie abrió los ojos un tanto sorprendido. Nunca había escuchado de algo parecido, a menos que se tratara de una serie o película, pero, con lentitud, varios hilos hicieron conexión en su cerebro. Era evidente que Adrien, al vivir solo, necesitaba generar algún tipo de ingreso para cubrir sus gastos. Aunque, incluso teniendo en cuenta la fama que precedía al chico, nunca hubiese imaginado que podría dedicarse a algo así.

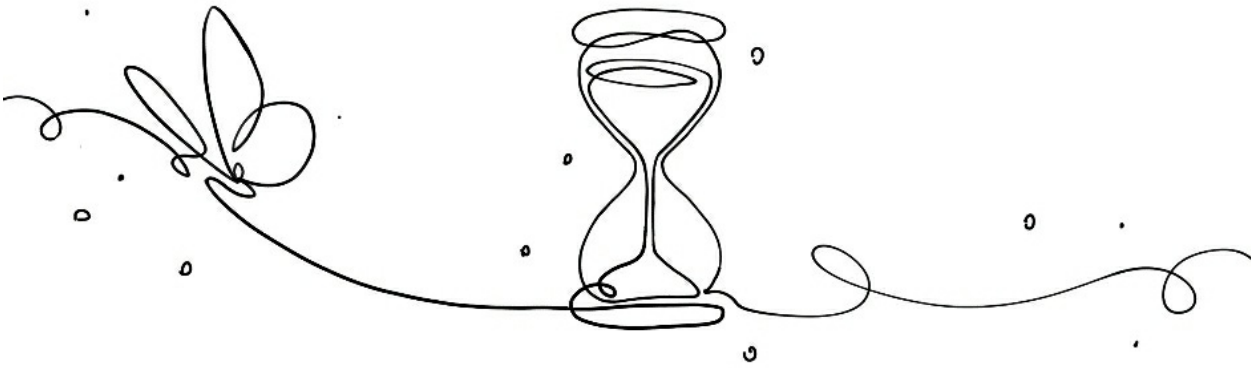
—¿De verdad puedo ir?

Los videojuegos violentos o los deportes de este mismo estilo no llamaban su atención. Era fácil darse cuenta de que el público objetivo no tenía nada que ver con su persona. Desde pequeño había notado su aversión a muchas cosas que se consideraban de entretenimiento masculino. Teniendo todo esto en cuenta, ir a ver una pelea de boxeo clandestino estaba muy fuera de su zona de confort. Y aún así, sin importar que la parte racional de su cerebro estuviese gritando que era una pésima idea, la balanza se inclinaba a favor de ella, gracias a la curiosidad que sentía por Adrien.

¿Cómo negarse a ver una faceta nueva del chico?

—Sí. El viernes podemos ir. Te dejaré al frente para que veas todo.

El solo hecho de pensar en pasar más horas con Adrien le colocaba la piel de gallina. Sin embargo, ahí se encontraba, sin retroceder ni un poco.



Ollie no se había sentido tan cansado desde…, bueno, desde nunca.

Llevaba una semana con tres días de ejercicio y ya parecía que no iba a poder moverse más. Los entrenamientos con Adrien se repetían y el sufrimiento los acompañaba sin falta. Jamás se había preocupado por su estado físico ya que comía sano y siempre creyó estar en forma, pero ahora que entrenaba junto a Adrien se arrepentía de todas las veces en que había decidido usar la escalera eléctrica.

Ya era viernes, la escuela había terminado y se encontraba echado en su cama sin querer moverse. El día anterior había golpeado tanto el saco de boxeo que se hizo un par de heridas en los nudillos y eso lo hacía sentir muy enfadado. No le gustaban las cicatrices y el sudor era su pesadilla mortal, así que estar expuesto a eso lo hacía estar de mal humor todo el día. Pese a lo anterior, no quería renunciar a los entrenamientos. El pasar tiempo con el chico se estaba volviendo adictivo, tanto así que había pasado esos días esperando con ansias el viernes por la tarde para presenciar el encuentro de Adrien.

Apenas volvió a su casa, se duchó y vistió para luego comenzar a colocar sobre las heridas de sus manos unas banditas de color rosa. Estas últimas las había comprado su madre a petición suya, eran necesarias teniendo en cuenta lo mucho que se lastimaba —o más bien, lo lastimaban— en el instituto.

Mientras estaba en eso, la puerta de su habitación fue abierta y Amelia entró por ella. En el instante que vio sus manos, un semblante de preocupación se dibujó en el rostro de la mujer.

—¿Qué te pasó? —le preguntó y él se encogió de hombros.

—Nada grave, no te preocupes.

—Tienes las manos heridas, eso no es nada. ¿Alguien te hizo daño en el instituto?

Por alguna extraña razón, Ollie no sabía cómo explicarle a su

madre lo de Adrien. No era porque no hubiese confianza, al contrario, su madre era la única con quien podía hablar de cualquier cosa. Pero, si lo ponía en perspectiva, ni siquiera Ollie tenía una respuesta concreta al porqué se había afanado a seguir los consejos del chico, presentándose a sus prácticas y esforzándose por mejorar. ¿Eran amigos? No tenía idea de cómo saberlo, y es que tampoco podía decirle a Amelia que Adrien era un enigma que se le había presentado y que ahora estaba empeñado en resolver. Todo era muy complicado todavía, así que decidió guardar silencio hasta que entendiera mejor lo que estaba sucediendo, al menos, por un tiempo más.

—No, solo me caí —respondió arreglando su cabello.

—¿Y ahora saldrás?

—Te dije el otro día.

—¿Seguro que no pasa nada, Ollie?

Odiaba preocupar a su madre, lo cual era algo que ocurría casi desde su nacimiento. Le dolía verla gastar su vida cuidando que no le pasara nada a causa de su forma de ser. Era agotador para ambos.

—Te prometo que estoy bien.

Besó la frente de Amelia antes de salir de la habitación. Ella suspiró cansada, pero confiaba en su hijo. Además, hace mucho no lo veía sonreír de forma tan dulce, por lo que decidió creerle que todo se encontraba bien, al menos por el momento.

Capítulo 11

Adrien estaba en la esquina de su edificio, mirando el teléfono mientras esperaba a que Ollie llegara a la parada de autobús. Le habían enviado la ubicación de la pelea, esta vez sería en el estacionamiento subterráneo de un edificio abandonado que se encontraba a las afueras del pueblo. Ya había tenido otros encuentros en ese lugar, por lo que sabía cómo llegar. Solo le hacía falta su acompañante para esa noche.

No se preocupaba mucho por el enfrentamiento. Había escuchado rumores sobre su contrincante. Tenía unos veinticinco años y era más alto. Al menos eso decían quienes frecuentaban las peleas como público. En cuanto a su estilo de pelea, era un fanfarrón. Se concentraba más en el *show* que en conectar golpes, lo que le daba una gran ventaja. Por esto, no creía que la diferencia de altura fuese un problema.

Adrien solo se presentaba a las peleas por el dinero y, en el último tiempo, gracias a su fama, las apuestas crecían al igual que la parte de las ganancias que le correspondía.

Empezó a revisar el portafolio de un tatuador que Felix le había enviado para que viese su trabajo. Le iba a responder el mensaje en el momento en que sintió unos pasos demasiado cerca. Cuando subió la mirada se encontró con la cabellera rosa de Ollie y sus mejillas sonrosadas.

El corazón le dio un brinco.

Estaba acostumbrado a ver a Ollie con sus tonos pasteles y su perfecta coordinación de prendas; sin embargo, no pudo evitar fijarse en la forma en que iba vestido para la ocasión. Llevaba una camisa blanca bajo un chaleco de lana de color celeste; calcetas del mismo color; unos *shorts* negros que le quedaban sobre la rodilla, los cuales había ajustado con un cinturón de evilla dorada; y zapatos negros. No era una tenida que él se pondría, pero no pudo evitar pensar en que nunca había tenido ganas de decirle «lindo» a otro chico.

—¡Lo siento! —se disculpó Ollie apenas llegó a su lado—. Me retrasé un poco esperando el bus.

Adrien se enderezó, ignorando la sensación en su pecho.

—Para la próxima, me iré sin ti, Mariposa.

Ollie hizo un leve puchero que logró hacerlo reír.

—Es broma. Aún nos queda tiempo.

Tras eso, ambos comenzaron a caminar. Ollie se cruzó de brazos

mientras seguía de cerca a Adrien, intentando que sus pasos no se quedaran atrás.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—¿Conoces el edificio a las afueras del lado oeste que iba a ser un bloque de departamentos pero fue abandonado? La pelea será en el estacionamiento subterráneo.

—No. No conozco mucho por aquí si soy sincero.

—No es la gran cosa, así que no esperes mucho.

Caminaron durante unos veinte minutos mientras conversaban de manera pausada sobre los entrenamientos. Adrien le explicaba lo que se venía para las próximas semanas y Ollie ahogaba pequeños quejidos de solo imaginarlo. Se reían del otro y parecían sentirse cómodos en aquel ambiente.

Ollie no se había dado cuenta de lo mucho que podía hablar cuando Adrien estaba cerca y el chico, por su parte, lo escuchaba con atención cuando contaba cualquier nimiedad que estuviese en su cabeza. Las palabras duras seguían presentes, pero cada vez se convencía más de que aquello no era más que la superficie de la persona que era.

Llegaron al lugar y lo primero que vieron fue el tumulto de gente. A primera vista, podría decir que se trataba de unas cincuenta personas, aunque no estaba seguro. Sobre las separaciones no terminadas de los lotes de los autos, había unas luces colgadas de manera improvisada que iluminaban el centro del estacionamiento, el cual parecía un escenario. No podía creer que ese sería el lugar exacto en donde Adrien pelearía. También escuchaba música estridente, lo que se imaginaba que era normal en momentos previos a la pelea, pues un ambiente festivo debía ser la antesala al combate.

Adrien fijó su mirada en Ollie. Su rostro era fácil de leer, se notaba la sorpresa y quizá algo de miedo ante lo que podría pasar durante la pelea.

—¡Eh, Remedy! —escucharon al entrar. McKing se acercó a ellos —. Te estábamos esperando, ya llegó tu contrincante. Es más alto y corpulento. Si no te parece, me avisas.

—Ya lo sabía, no importa —contestó Adrien ante la advertencia —. Me vendo las manos y empezamos.

Ollie, de forma inconsciente, se pegó a la espalda de Adrien como un niñito que se esconde detrás de su madre cuando el miedo ataca. El extraño que se les había acercado cayó en cuenta de su presencia y le sonrió antes de volver a dirigirse a Adrien.

—¿Es tu novia? —preguntó y Ollie tragó saliva.

—No te importa —masculló Adrien.

El chico posó su mano sobre el hombro derecho de Ollie para alejarlo de McKing, llevándolo un poco más cerca del bullicio.

Adrien no era estúpido, dejar a su acompañante ahí sin supervisión no sería una buena idea, por eso tenía un plan.

De repente, Adrien sintió una mano sobre su hombro.

—Por fin llegas. Para la próxima no tomaré el tren tan temprano, fue un desperdicio.

Se volteó para encontrarse frente a su amigo, quien se veía algo molesto, aunque dudaba que lo estuviese en realidad. Félix era el tipo de persona que tenía una cara seria en cualquier situación; sin embargo, tendía a ser mucho más paciente y comprensivo de lo que Adrien sería jamás.

Por esa, y otras razones, había llamado a Félix. No conocía a nadie más en quien confiara lo suficiente como para dejar a Ollie a su cargo.

—Gracias por venir —dijo y tendió su mano para un apretón de manos—. Este es Ollie, viene a verme pelear por primera vez. Necesito que no lo pierdas de vista.

Al escuchar su nombre, dio un paso al frente estirando su mano hacia Félix.

—Un gusto.

Para Adrien, la escena era muy cómica.

Ollie se veía como una hormiga al lado de su amigo, quien era más alto que el mismo Adrien por un par de centímetros. Además, Félix y él tenían algo en común y eso era el estilo de ropa que les gustaba usar. Ese día, su amigo había elegido una camiseta blanca que apenas se veía gracias a la campera negra que se había puesto, la cual le quedaba unas dos tallas más grande; Félix amaba todo lo *baggy*. Eso, en conjunto con sus pantalones negros holgados y zapatillas blancas, le hacía parecer alguien con actitud. Además, hace un mes se había cortado casi todo el cabello para luego teñirlo de verde neón. El resultado era simple: se veía como un tipo rudo.

—Hola, soy Félix, amigo y tatuador de Adrien. —La voz del chico era grave, lo que intimidó a Ollie.

—Bien, no tenemos mucho tiempo para presentaciones así que eso bastará por ahora —interrumpió Adrien, luego se dirigió a Ollie —. Te quedarás al lado de él cuando empiece todo, ¿ya?

Él asintió.

Adrien se detuvo para sacar de su mochila las mismas vendas que ocupaba para golpear el saco de boxeo en el gimnasio. Ese fue el momento en que Ollie le tomó el peso al hecho de que la pelea iba a iniciar. Había logrado olvidarse de la ansiedad mientras caminaba junto a Adrien, pero ahora esta volvía a dominar su interior. Hasta ahora, no había querido darle muchas vueltas al hecho de que Adrien se estaría peleando a golpes con otra persona. Cualquier cosa podía salir mal y ya no podía seguir

haciéndose el desentendido.

—¿Cuántas veces has peleado? —le preguntó mientras se preparaba.

—Bastantes —contestó Adrien—. No se me da mal.

Ahora, desde ese lugar, el sonido de la música retumbaba en los oídos de Ollie. Miró hacia el frente, por sobre el hombro de Adrien, y se topó con una enorme fogata sobre un contenedor, la que habían colocado a un lado de quien debía ser el árbitro, pues el hombre llevaba un silbato en el cuello. Se aferró a la ropa del chico, intentando que el miedo no lo paralizara.

—Si no te sientes bien, puedo decirle a Félix que te lleve a otro lado y que me esperen ahí —dijo Adrien al notar el cambio en su expresión y postura—. Termino aquí y te busco, no es necesario que te obligues a quedarte si te incomoda.

Pero Ollie negó con la cabeza.

—Estoy bien.

Sintió la mano de Adrien acariciándole la cabeza. El contacto provocó cierta electricidad en su espina dorsal y sus mejillas se volvieron a encender hasta el punto de combinar con el tono de su cabello.

—No te separes de Félix. Yo iré por ti cuando termine, ¿bien?

—Bien.

Adrien ya estaba listo. Alguien a lo lejos comenzó a organizar a las personas para que formasen un círculo. Los vitoreos retumbaban en los oídos de Ollie.

—No me tardo, Mariposa.

Lo había notado antes, pero ahora le era más obvio el hecho de que cada vez que veía la espalda ancha de Adrien sentía una necesidad enorme de abrazarlo. Se mantuvo observando cómo se alejaba de su lado. Su mano se alargó hacia la dirección del chico y, apenas se dio cuenta, la bajó rápido, intentando fingir que nada había sucedido.

Félix fue quien lo sacó de su trance diciendo:

—Ven, buscaré el mejor lugar para que puedas verlo todo.

Cuando vio a Adrien frente a su contrincante, un hombre intimidante, fornido y alto que llevaba la cabeza rapada al cero y solo unos *shorts* deportivos, lo único que pudo hacer fue rogar en su mente que no le sucediese nada.

Junto a Félix, formaban parte de la primera fila del círculo que podía considerarse el lugar del público. Se dio cuenta de que ahora las personas que lo rodeaban se encontraban esperando a que el réferi diese la señal para comenzar, no sin antes usar tiza para dibujar el límite del improvisado *ring*. Ollie podía escuchar a la multitud vitoreando a Adrien, a pesar de que este aún no se movía. No necesitaba verlo pelear para saber que el chico era

bueno en lo que hacía.

—Ya conocen las reglas, muchachos —gritó el réferi—. La pelea termina cuando uno de los dos se rinda o no pueda seguir luchando. No tienen permitido salir del círculo ni ocupar objetos de cualquier tipo para herir a su oponente. Fuera de eso, quiero un combate de boxeo limpio.

A Ollie le dolía el estómago por el mero hecho de pensar en todas las cosas que podrían suceder durante el encuentro.

—Mantente cerca de mí —advirtió Félix—. A veces empujan mucho.

Asintió y se acercó un poco más a él. Desde donde estaban, tenía una vista perfecta del perfil izquierdo de Adrien, quien se giró para regalarle una sonrisa socarrona.

El cuerpo entero de Ollie tembló.

Ambos contrincantes fueron presentados antes de iniciar. El seudónimo de Adrien era Remedy y el de su oponente, Onix. Luego, ambos se acercaron y se dieron la mano antes de volver a sus posiciones. La gente seguía gritando. Ollie observaba el ceño fruncido en el rostro de Adrien y no pudo evitar pensar en lo guapo que se veía.

Fue sacado de sus pensamientos gracias a que el réferi alzó las manos avisando que en cualquier segundo empezaría la pelea. El gigante movía los brazos para animar al público mientras que Adrien se ponía en posición, calmado y a la espera. El corazón de Ollie latía demasiado rápido y no estaba seguro de si podría soportar más tiempo así.

—¡Sin más preámbulos —gritó el réferi sacando una bocina en lata del bolsillo—, que comience la pelea!

La bocina improvisada sonó y desató el caos. Ollie fue empujado por la gente que quería estar más cerca del espectáculo. Aunque Félix alcanzó a agarrarlo del brazo para que no se cayese, de todas formas recibió empujones a diestra y siniestra. Le era difícil mantener el equilibrio, pero se obligó a hacerlo para poder ver a Adrien.

El chico estaba con los brazos en guardia y las piernas en fila. Su contrincante lo miraba de forma burlesca y fue quien se acercó primero encajándole un golpe directo en el abdomen. Ollie ahogó un grito. Adrien retrocedió, pero no bajó la guardia. Onix le asestó al menos tres golpes más en el mismo punto, logrando así que Adrien hiciese una mueca de dolor.

La pelea acababa de empezar y Ollie ya se encontraba con los nervios de punta. Dio un paso al frente con el propósito de pedirles que dejasen de pelear o alertar a Adrien de lo peligrosa que era aquella situación. Era fácil darse cuenta de que no estaba pensando con claridad, por eso Félix lo detuvo al instante.

—Ni se te ocurra —le escuchó decir—. Él está bien, puedes verlo por ti mismo.

Y no se equivocaba, porque mientras Onix se jactaba con burlas de su inminente victoria, Adrien contraatacó con un golpe directo a su mandíbula. El mundo enloqueció por un segundo, incluso Ollie quedó con la boca abierta. Lo siguiente pasó muy rápido. Adrien se dirigió al pómulo de su contrincante con una combinación de puñetazos que le rompieron el labio. El tipo se tambaleó debido a lo aturdido que estaba, así que aprovechó de atacar su abdomen.

Ollie ya no respiraba por culpa de la tensión. Ver al chico haciendo de las suyas dentro del círculo era algo que lo estaba dejando sin palabras.

Onix lanzaba unos golpes torpes que Adrien lograba esquivar con la ligereza de una pluma. Sus puños, al igual que sus pies, se movían de forma ágil hacia el cuerpo del grandulón. La gente vitoreaba cada vez que él se movía y Ollie estaba absorto en el espectáculo.

Cuando su rival se tambaleó hacia atrás, Adrien le asestó su puño en la cara, directo en el mentón, y lo dejó en el piso. Fue un *knock-out*.

El réferi comenzó a hacer una cuenta regresiva a la espera de que el chico se levantara, pero este no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos y quejarse del dolor. Cuando llegó al número uno, el hombre caminó hasta Adrien y levantó su brazo para anunciar que él era el ganador del encuentro.

Esta vez, Ollie gritó de felicidad junto a los demás espectadores.

La multitud avanzó hacia Adrien para celebrar su victoria y Ollie fue arrastrado por ella, a pesar de que Félix trató de impedirlo. Hizo el intento de volver hacia donde se encontraba; sin embargo, en medio de las celebraciones, no pudo divisar a Félix ni a Adrien.

Hubo un momento en que Ollie se sintió ahogado y tuvo que luchar para alejarse del mar de gente que ahora saltaba vitoreando. Odiaba verse sometido a estar rodeado de un montón de personas que lo empujaban, le costaba demasiado respirar. Luchó un buen rato, fue empujado y se ganó un par de insultos al avanzar, hasta que por fin salió del caos y pudo llenar sus pulmones con aire renovado.

Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que se había alejado demasiado de la fogata y que volvía a estar en el lado más oscuro del estacionamiento. El cuerpo le tembló de miedo cuando escuchó unos sonidos extraños proviniendo de la pila de cajas desarmadas que tenía enfrente. Se dijo a sí mismo que debía volver lo más pronto posible a encontrarse con Félix.

Dio media vuelta, gritando el nombre del chico para así encontrarlo más rápido, cuando un tipo mayor con una lata de cerveza en la mano se cruzó en su camino. Ollie se detuvo en seco, preso del pánico, al mismo tiempo que los recuerdos de la paliza que le dieron los borrachos en aquel callejón volvían a su mente como ráfagas de viento.

—Hola, preciosa —lo saludó el extraño con el aliento apestando a cerveza barata.

Tragó saliva evitando que sus miradas se toparan. Se podía notar a leguas que los nervios afloraban de sus poros. Tan solo deseaba poder encontrar a Adrien en medio de la enorme multitud que seguía celebrando.

—¿Te vas conmigo después de la pelea? —El borracho sonrió y se acercó a Ollie, quien automáticamente retrocedió temblando—. No haremos nada que no quieras.

No pudo evitar que el sujeto diera dos pasos hacia él y lo tomara por la cintura, obligándolo a pegarse a su pecho. Al oler el aliento de aquel extraño tan cerca, sintió unas arcadas acumulándose en la garganta, al igual que unas lágrimas por no saber qué hacer.

Pero el inconveniente no duró mucho, ya que el borracho fue apartado de su lado con un empujón que lo dejó en el suelo. Entonces, su mundo se quedó en silencio.

Ollie pensó que Félix había llegado a su rescate, pero estaba equivocado.

—Vuelves a ponerle un dedo encima y te mato —lo amenazó Adrien, pateando lejos la lata de cerveza de la mano del extraño.

La multitud se arremolinó sobre ellos para ser testigos del nuevo espectáculo en primera fila, mientras Ollie estaba tan tieso como una estatua.

—Tranquilo, chico —se disculpó con torpeza el borracho, quien trataba de ponerse de pie—. No sabía que era tu novia…

—¡Cállate antes de que te rompa la boca!

Ollie se escondió tras la espalda de Adrien. A pesar de todas las cosas desagradables que lo había escuchado decir, jamás había percibido aquel tono tan amenazador en su voz. No quería que las cosas se pusieran peor, así que le tomó la mano con cuidado, lo que llamó su atención de inmediato.

—Estoy bien —susurró en la oreja del chico—. De verdad.

Adrien se le quedó mirando por unos segundos, luego apretó sus dedos un poco más, afianzando el agarre. Ollie notaba en el rostro del pelinegro algo que no había visto antes: genuina preocupación. El tacto de sus dedos provocaba reacciones contradictorias, una electricidad que le llegaba hasta el pecho y una tranquilidad que surgía del hecho de que se sentía a salvo

junto a él.
Tras esto, ambos se abrieron paso entre la gente y salieron del lugar. El corazón de Ollie no dejaba de latir con fuerza.

Capítulo 12

Fue arrastrado por Adrien lejos del estacionamiento, la fogata y la gente. Como seguía en estado de *shock*, tropezaban con cada paso, pero Adrien no miraba hacia atrás, solo seguía caminando. Ollie sentía el estómago revuelto y su mente solo se concentraba en sus manos entrelazadas. Se llegó a preguntar si su imaginación le había jugado una mala pasada, porque todo le parecía muy irreal. Lo único que probaba que no estaba soñando era el dolor que sentía en el brazo a causa del agarre. Al parecer, el chico no se daba cuenta de la fuerza que estaba ejerciendo en ese momento.

La luz de unos pocos focos les iluminaba el rostro. Ollie aún no tenía idea de qué era lo que debía decir, y por eso se mantenía en silencio. Solo agradecía que Adrien no lo mirase, pero la tranquilidad le duró muy poco.

—¿Cómo te alejaste tanto? —empezó el chico—. Cuando vi a Félix estaba solo y no te encontraba.

—Me perdí cuando la gente se abalanzó sobre ti —se excusó—. Félix intentó sostenerme. Con tantas personas encima comencé a sentirme mal, lo único que quería era salir de allí, así que caminé hasta alejarme. Ni siquiera estaba atento a dónde me dirigía.

Adrien se detuvo de golpe y Ollie chocó con su espalda. Cuando levantó la cabeza, se encontró una mirada seria y tembló un poco ante la cercanía.

—¿Tú estás bien? — preguntó Adrien, lo que lo tomó por sorpresa.

—Sí, lo estoy —le aseguró—. ¿Y tú cómo estás? ¿Te duele algo?

Adrien negó. Se encontraba en perfectas condiciones a pesar de los golpes que había recibido al principio de la pelea. Lo único anormal, o casi, era el enojo que sentía desde que había visto al maldito borracho tan cerca de Ollie. Fue como si la sangre se le calentara en un segundo y ni siquiera se detuvo a pensar en sus acciones.

Eso le asustaba bastante.

—Yo estoy bien.

En ese momento, un chico llegó corriendo hacia ellos. Se trataba de Félix.

—¡Aquí están! —dijo, luego se tomó unos segundos para recuperar el aliento—. ¿Estás bien, Ollie?

—Sí —respondió avergonzado por toda la situación—. De verdad lo siento.

—No tienes que disculparte. Estas cosas son así, la gente se pone loca y no les preocupa empujar a los demás. Solo importa que no te haya pasado nada.

Ollie se fijó en el chico a su lado, quien con su semblante daba a entender que algo sí había pasado. Iba a hablar, pero fue interrumpido por el teléfono de Adrien, el que recibía una llamada que no les permitió seguir con la conversación. Por esto, el dueño del aparato metió la mano en su bolsillo para sacarlo y contestar.

—¿Hola? ¿Qué pasó?

Ollie escuchó que una voz femenina le respondía al otro lado de la línea.

Adrien les pidió con un gesto que lo esperasen y luego caminó unos pasos para seguir con la llamada. Cuando ya no estuvo cerca, Ollie suspiró cansado. Había tantas cosas que lo mareaban, y el hecho de que el cuerpo se le electrificara cada vez que estaba cerca de su compañero de instituto era la principal. Lo observó por un rato. Sobre lo que fuera que estuviese hablando, no debía ser nada bueno, porque en su cara se empezaba a formar un ceño fruncido.

—¿Y hace cuanto son amigos? —Félix llamó su atención con esa pregunta.

¿Amigos? ¿Ya podían considerarse amigos?

—O sea, vamos al mismo instituto, pero hace poco empezamos a hablar…

—Me sorprendí cuando me pidió que viniera a hacerte compañía —continuó el otro. Su semblante era sereno, los labios estaban dibujados en una línea recta que no revelaba un segundo sentido en sus palabras.

Ollie se rio intentando ocultar su confusión. Sabía que Félix era una persona cercana a Adrien y una parte de sí confiaba en el criterio de este último respecto a las personas. Eso lo había comprobado debido a que Sophia era también su amiga.

—¿Vives en la ciudad? —preguntó y Félix asintió.

—Soy citadino de nacimiento. Conocí este pueblo solo por Adrien. Bueno, por eso y porque amo viajar en tren, así que es una buena excusa para venir de vez en cuando.

Pasaron un par de minutos antes de que Adrien colgase la llamada para luego volver a donde ellos se encontraban esperando. Sentía que, con solo mirar al chico, podía notar que se encontraba un poco frustrado.

—¿Qué pasó? —le preguntó, esperando no ser inoportuno.

—Sophia tuvo un problema en su casa y me pidió quedarse en la

mía con una amiga.

—¿Por qué? ¿Pasó algo muy grave?

—Lo mismo de siempre. Ella no se lleva bien con su madre, y no la culpo —luego se dirigió hacia Félix—. Te toca el sofá hoy, Sophia ocupará la habitación.

Ollie pudo notar que ya era hora de su retirada. Le había prometido a su madre que volvería a casa apenas se desocupara. Además, no quería parecer mal tercio. Quizá no tenía amigos, pero sí contaba con sentido común.

—Yo debo irme —dijo—. Ha sido un gusto conocerte, Félix. Y, Adrien, nos vemos en el instituto.

Giró sus pies para caminar hacia la parada de autobús más cercana, pero Adrien le puso una mano en el hombro para detenerlo.

—¿A dónde vas?

—Tomaré un autobús a casa —respondió.

—Voy a acompañarte.

No fue solo Ollie quien abrió los ojos ante la sorpresa, sino también Félix. Podría decir que esa era la primera expresión facial auténtica que le veía hacer.

—No es necesario —trató disuadirlo—. Además, debes irte con Félix.

—Él ya conoce el camino a casa como la palma de su mano —contestó Adrien sin dejar espacio para que Ollie se negara—. No quiero que te vayas solo. Ya es muy tarde.

Ollie miró a Félix en busca de ayuda, ya que no quería ser una molestia. Para su mala suerte, él tenía otros planes.

—Por mí, perfecto.

Adrien asintió como diciendo que a Félix no le importaba. Por su lado, Ollie estaba dividido. Creía que no debía estorbar, pero pasar más tiempo con Adrien a solas sonaba demasiado tentador como para seguir negándose.

—Muy bien, está decidido. Te veo al rato —dijo Félix acercándose a Adrien para darle un abrazo de despedida—. Fue un gusto conocerte, Ollie. Espero que nos encontremos en otra ocasión, así puedo contarte algún secreto vergonzoso de este sujeto.

Luego le dio otro abrazo a Ollie y se fue caminando hasta perderse entre las calles.

—¿Vamos? —preguntó Adrien.

Él asintió.

El camino a casa fue más silencioso de lo que esperaba, y es que ambos chicos iban perdidos en sus pensamientos. En la cabeza de Ollie se materializaba, casi como una película en bucle, el cuerpo de Adrien moviéndose rápido, esquivando los golpes que

venían en su dirección. Se desplazaba con tanta destreza que parecía más una danza coreografiada que una pelea clandestina. Si había algo que amaba en este mundo, era precisamente la belleza que se podía encontrar en las cosas que menos esperaba.

—Jamás había conocido a alguien que se dedicase a pelear —dijo Ollie.

Todo estaba muy silencioso a esa hora de la noche, casi podían escuchar sus pensamientos mientras sus pisadas marcaban un ritmo sobre el frío asfalto. Ollie encontraba cierto sosiego en el ambiente. Muchas veces el ruido del día a día lo asfixiaba hasta el punto en que solo se encontraba en paz cuando llegaba a su casa y se alejaba de todo.

—De alguna forma debo pagar las cuentas —le contestó Adrien, quien llevaba las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Eres bastante popular.

—He estado ganando. A la gente le gusta apostar por el campeón, ¿no te parece?

Ollie asintió, pero sabía que no solo por eso las personas apostaban por Adrien. Cuando lo vio pelear, no pasaron ni dos minutos y ya estaba seguro de que él ganaría. Aquella forma de analizar al oponente o mover los pies con la ligereza de una pluma podía ser considerada, fácilmente, un talento. Además, se trataba de un *show,* y él había dado uno de los mejores que había visto.

—No creo que solo sea eso —dijo casi en un susurro.

Llegaron a la parada y tuvieron suerte de que el autobús solo tardara un par de minutos en pasar. Se sentaron en la parte de atrás, Ollie en la ventana y Adrien en el pasillo. Solo había dos personas más aparte de ellos, quienes parecían ir dormidos y no notaron su presencia. Ollie se quedó mirando el paisaje que dejaba atrás el autobús.

El pueblo se veía distinto de noche. Las calles se mezclaban y los locales que iluminaban las aceras pasaban por novedades. Ollie casi nunca salía de noche y, si lo hacía, era en compañía de Amelia. Se preguntaba cuántas cosas se había perdido por culpa del miedo, cuántas sensaciones nuevas que los demás chicos de su edad ya habían experimentado seguían fuera de su alcance.

Dejó su ensoñación y aprovechó de mirar a Adrien, quien iba con la mirada fija en su regazo, ya que jugaba con una pulsera que se había colocado en la muñeca izquierda. Desde esa distancia, Ollie encontró nuevos detalles que pasarían a formar parte de su memoria: el perfil del chico dejaba ver una pequeña desviación en el puente de su nariz; las cejas que se sentaban sobre sus ojos eran rectas y espesas; sus pestañas no eran tan largas, pero tenían una encantadora curva natural; sus pómulos

eran prominentes y definidos; su piel estaba ligeramente bronceada y la textura suave le hacía desear a Ollie pasar sus dedos por aquel rostro.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó Adrien.

No pudo evitar sonrojarse.

—Ya nos vamos a bajar —contestó cambiando de tema.

Ya fuera del autobús, solo les quedaba una caminata de cinco minutos para llegar a su destino.

—Mi casa está en la próxima calle.

—Nunca había estado en esta parte del pueblo —dijo Adrien, y Ollie no tenía idea de si se trataba de algo positivo o negativo.

Caminaron un poco más hasta quedar frente a la casa de Ollie. Era un lugar pequeño con un antejardín lleno de flores que su madre cuidaba con devoción, y una reja negra tipo victoriana que envolvía los límites de la propiedad. Se trataba de una casa vieja que su madre había encontrado en el mercado después de que empezaran a vivir solos. Llevaban la mayor parte de su vida viviendo ahí y no podía recordar la última vez que había traído consigo a alguien más.

—Las luces están encendidas —señaló Ollie—, mi mamá debe estar esperándome.

Rápido, buscó las llaves de la casa para abrir la puerta de la reja. Mientras tanto, su visita se quedó mirando cada centímetro del lugar.

«Muy Ollie», pensó Adrien.

—Tienes claveles —habló con la mirada puesta en el arbusto frente a él.

—Son los favoritos de mi mamá.

Una vez abrió la reja, miró a Adrien. Era momento de despedirse y se sentía un poco cohibido, pues no sabía cómo hacerlo.

—No te preocupes —le dijo como si le hubiese leído la mente—. Te veo entrar y me voy enseguida.

—Yo…

Sus palabras fueron interrumpidas con el sonido de la puerta principal, por la cual se asomaba su madre.

—¡Ollie!¡Ya llegas…!

No era difícil de imaginar que su madre se sorprendería al ver a su único hijo, quien no tenía amigos, plantado frente a la casa con un chico que no conocía.

—Hola, mamá —dijo intentando no parecer nervioso—. Adrien me trajo a casa, es mi compañero de instituto.

Amelia abrió la reja y le sonrió.

—¡Hola, Adrien! Soy Amelia.

La mujer estiró su mano y este la tomó con torpeza.

—Hola. Disculpe que haya venido sin avisar. Acompañé a Ollie para que no volviera solo tan tarde.

A Amelia se le iluminó el rostro. De forma maternal, puso su otra mano sobre la unión de la suya con la de Adrien.

—Eres muy amable. ¿Te puedo ofrecer algo de beber?

—No, no se preocupe. Ya debo irme.

—¿A esta hora? —Amelia miró a Ollie—. ¿Dónde vives?

—Cerca del centro del pueblo. Faltan treinta minutos para el último autobús, así que no hay problema.



—No, no —respondió Amelia—. Es muy tarde, ¿por qué no entras, comes algo y te quedas a dormir?

El corazón de Ollie latió con fuerza dentro de su pecho.

—No puedo dejar que te vayas si ya te tomaste todas las

molestias de acompañar a mi hijo —siguió Amelia—. Me dejaría mucho más tranquila saber que pasas aquí la noche. Puedo hablar con tus padres si quieres.

Ollie pudo notar que Adrien se tensaba. Ni siquiera él le había preguntado aún sobre su situación familiar.

—No es necesario, no vivo con mis padres —aclaró—. Y, claro, si no hay problema, puedo quedarme.

La respuesta del chico le sorprendió. Ollie había estado casi seguro de que se negaría rotundamente; sin embargo, ahí estaban. Amelia sonrió e hizo un gesto para que entraran de una vez.

—Pasa Adrien, esta es tu casa.

Abriéndose paso por el jardín, llegaron hasta la puerta principal. Adrien iba detrás, sin dejar que ningún detalle del lugar se le escapara. La entrada era un pasillo color crema donde estaban colgadas fotos de Ollie cuando pequeño. Pronto llegaron a la sala de estar, en la cual la televisión estaba encendida, de seguro porque Amelia se encontraba viendo alguna película antes de que llegaran.

—Toma asiento en el sofá, Adrien —dijo ella—. Ollie, acompáñame a la cocina para preparar algo para comer.

Obedeció de inmediato, pero antes le dio una mirada a Adrien. No estaba seguro de cómo procedían este tipo de visitas. Nunca había traído a algún amigo a casa. No porque no lo hubiese intentado, al menos cuando era más pequeño sí lo había hecho, sino que el problema radicaba en que ninguna de las madres de sus compañeros quería que sus hijos pasaran tiempo con él. Las razones eran claras.

El chico le devolvió la mirada, se veía tranquilo. Tras eso, Ollie siguió a su madre hasta la cocina, donde esta ya había sacado varios refrigerios que guardaban para ver películas durante los fines de semana. Para ayudar, Ollie se encargó de los bebestibles. Mientras hablaban de lo que faltaba y de cómo llevarían las cosas hasta la sala de estar, su madre le dijo con una sonrisa dulce que adornaba su rostro:

—Me alegro de que estés haciendo amigos.

Fue una frase mundana, nada especial, y aún así su corazón danzó al ritmo de la alegría. Ollie agradecía aquellos momentos junto a Amelia. Sabía que se preocupaba por él y que intentaba ocultarlo para tomar la forma un pilar dispuesto a ayudarlo contra viento y marea, una madre inamovible. Lo entendía, pero en el fondo rechazaba la idea de que ella sintiera incertidumbre con respecto a su vida y futuro. Y si aquel pequeño encuentro lograba nublar todos esos sentimientos, al menos por una noche, debía darle las gracias a Adrien.

Cuando volvieron con la comida, su visita estaba con su mirada

puesta en la televisión. Ollie le ofreció unas papitas y el chico comenzó a comer sin decir mucho más que un «gracias». Tuvo miedo de que estuviera aburrido. No era difícil de imaginar, dada su inexperiencia sobre las convenciones sociales, pero esperaba que no ocurriese tan rápido.

—Ollie —habló Amelia—, le pasarás tu cama a Adrien. Ve a buscar el colchón inflable que guardo en el armario para que lo lleves arriba y duermas en él. Pueden llevarse la comida.

Como Ollie no quería dejar a Adrien solo con su madre, ya que temía que esta le contase alguna anécdota vergonzosa de su infancia, lo tomó del brazo y se lo llevó hacia la escalera.

—Mi habitación es la primera puerta a la derecha, espérame allí. Yo llevaré la comida.

—Claro —respondió Adrien antes de darse vuelta y mirar a la madre de Ollie —. Buenas noches, señora. Muchas gracias por dejar que me quede.

Ella seguía sonriendo.

—Tienes permiso para llamarme Amelia. Y no te preocupes, gracias por acompañar a mi hijo. Buenas noches, Adrien.

Este último bajó la mirada para que no se notara lo avergonzado que estaba, y subió las escaleras. Siguió las instrucciones de Ollie al pie de la letra hasta que llegó a una puerta decorada con flores celestes. No dudó ni un segundo sobre si aquella era la habitación donde pasaría la noche.

Tras girar la perilla, entró en territorio desconocido. La habitación de Ollie podía resumirse en dos palabras: acogedora y rosada. Parecía que allí no vivía un chico de dieciséis años, sino una princesa de esas películas de Disney. A pesar de que no estaba del todo ordenado, lo que entendía ya que su visita había sido de último minuto, reflejaba el carácter meticuloso del dueño. Las paredes tenían decoraciones en tonos pálidos y pósters de modelos de alta costura. Los muebles blancos contrastaban con los floreros llenos de tulipanes de papel maché y marcos de estilo victoriano que había repartidos por el lugar, además de los diversos libros que se encontraban apilados en los rincones. En esos momentos, se dio cuenta de lo detallista que podía llegar a ser Ollie cuando se trataba de su propio espacio.

Debió haberse quedado quieto mientras esperaba, pero sus ansias de inspeccionar, al menos un poco, el nuevo planeta que estaba pisando le ganaron al buen juicio. Dio vueltas por todo el lugar observando cada detalle. Al lado izquierdo estaba la cama más una mesita de noche, frente a él había un tocador blanco y por el lado derecho había un armario, donde asumió que se encontraban todas las vestimentas que caracterizaban a Ollie. Desde que conoció al chico se había preguntado si toda su ropa era de color rosa y tonos pasteles. No pudo evitar sonreír; de

todas formas, no podía imaginarlo con otro tipo de ropa.

«Además, el rosa le queda lindo», pensó, aunque no podría admitirlo en voz alta.

Mientras seguía dando vueltas por la habitación, se acercó a la cama. Había ropa recién lavada a los pies de esta. Unos pantalones de mezclilla claros, una camisa con dibujos de corazón que estaban pintados a mano, una chaqueta celeste y, por último, una ropa interior que se robó toda su atención.

Ropa interior de encaje, de colores claros, blanco, rosa y damasco.

Adrien casi se atragantó con su propia saliva. Sentía hirviendo la cara o, quizás, el cuerpo entero. La figura de Ollie apareció enseguida en su mente. La combinación de su imaginación y lo que tenía enfrente estaba a punto de hacer estallar su corazón.

Y entonces, la perilla se giró.



Capítulo 13

La velocidad de la luz en el vacío es de 299.792.458 kilómetros por segundo, pero cualquiera que hubiese visto la forma en que Adrien se alejó de la cama para hacer como si nada hubiese pasado diría que el chico había superado esa cifra por creces.

Ollie abrió la puerta con ayuda de su espalda, pues llevaba a rastras un enorme colchón inflable.

—Juro que nunca ocupamos esta cosa —dijo el chico.

Adrien se encontraba con la vista pegada en el piso.

Si había algo peor que compartir el mismo metro cuadrado con la persona que te hace sentir cosas extrañas, seguramente sería el imaginar en ese preciso instante a la misma persona vistiendo bragas de encaje…, solo bragas de encaje. Adrien consideró seriamente la opción de saltar por la ventana.

Ollie ni se imaginaba lo que estaba pasando por la mente del otro chico, por lo que instaló el colchón inflable con tranquilidad. A su vez, Adrien tenía las manos sobre las piernas e intentaba disimular la erección que se le había formado dentro de los pantalones.

Fue cuando Ollie, se dio vuelta para ver la cama que notó el desorden de la ropa. Había olvidado por completo que había dejado las prendas ahí para guardarlas en su armario apenas volviera a casa. No era algo grave, pero fue el detalle de la ropa interior el que lo hizo sentir observado. ¿Cómo pudo ser tan idiota? Adrien parecía estar en su mundo, por lo que aprovechó el momento para ocultar toda la ropa en el canasto que tenía en un rincón, al mismo tiempo que le rogaba al cielo que el chico no se hubiese dado cuenta de su estupidez.

—¿Necesitas que te preste un pijama o algo así? —preguntó Ollie, tratando de parecer lo más relajado posible. Nada estaba pasando.

Adrien sabía que era un mal momento para perderse en sus pensamientos, sobre todo cuando se preguntaba qué estaba usando Ollie bajo la ropa. Enojado consigo mismo, y también con el chico por haberlo provocado sin siquiera darse cuenta de ello, decidió que debía irse a dormir antes de que su cuerpo actuara de forma estúpida.

—No —respondió a secas.

Ollie se extrañó. Adrien estaba actuando muy raro y no entendía por qué. No se notaba molesto cuando había hablado con

su madre, muy por el contrario, se comportó de forma educada y suave. Trató de imaginar todos los escenarios que pudiesen explicar su cambio de humor, pero no logró hallar una respuesta certera, así que no le quedó más remedio que preguntarle al chico directamente:

—¿Pasa algo?

«Pasa mucho», quiso decir Adrien.

—No.

—¿Estás enojado? —insistió Ollie.

«Ni cerca», pensó Adrien.

—No.

—¿Seguro?

«Sí, estoy bastante seguro de que lo que siento no es enojo», respondía Adrien en su cabeza. «Mi problema es que estoy actuando como un estúpido».

Pero la insistencia de Ollie le hizo perder la paciencia.

—¡Que estoy bien! —gritó metiéndose de una vez a la cama, de espaldas a Ollie.

Vaya que era un idiota por culpa de los nervios. Pudo haber inventado algo o, simplemente, ser más amable e ignorar sus pensamientos impuros. Pero no, siempre tenía que actuar de manera reprochable. Y, pese a que le dio la espalda al chico para no mirarlo, aún no lograba sacar la imagen de las bragas de Ollie de sus pensamientos.

La poca experiencia que tenía en estos escenarios había sido con chicas y ni siquiera en esos momentos se había sentido tan estimulado. Muy por el contrario, mantenía la distancia; sus encuentros nunca involucraron sentimientos. Las relaciones le parecían un dolor de cabeza y ya tenía bastante en su plato como para darse el lujo de gastar su tiempo en algo así.

Pero ahí estaba Ollie. Vibrante, resplandeciente; apareciendo en su camino de un día a otro, revolviendo todo a su paso como un tornado. Un chico. Un chico muy femenino. La cosa más delicada que había visto jamás. Todo lo contrario a Adrien y, sin importar nada de eso, era la primera persona que le hacía sentir tan fuera de sí.

Aunque seguía perdido en sus pensamientos, escuchó unos sollozos provenientes del otro lado de la habitación.

Adrien nunca sintió lástima por otras personas, ni siquiera cuando las veía llorar, solo se le hacía incómodo; él mismo se prohibía mostrarse de aquella forma frente a los demás. Pero decir que no sintió nada cuando los sollozos de Ollie llegaron hasta sus oídos, sería mentir de forma descarada.

Los separaba un metro de distancia, pero Adrien se obligó a no darse vuelta para mirar al chico, quien entre sollozos apagó la

luz de la habitación y se recostó en su cama improvisada. Era difícil hacer que Adrien se sintiera mal, pero aquella noche se arrepintió de que su carácter explosivo hubiese herido a Ollie. Intentaba procesar muchas sensaciones nuevas en ese momento y creyó que podría mantenerlas al margen; sin embargo, con su cabeza hecha un lío, no podía evitar dejarse llevar por estas nuevas emociones.

Así que, por una vez, hizo algo noble en su vida y se levantó para sentarse en la orilla de la cama de Ollie. Todo estaba a oscuras, mas podía ver el perfil del chico gracias a los rayos de luna que se filtraban por las delgadas cortinas color crema. A pesar de que tenía la nariz roja y los ojos aguados, Adrien consideró que seguía viendo algo bonito.

—Lo siento, Mariposa —susurró despacio para no asustarlo.

—Lo siento… —sollozó él—. No quiero que me odies…

Adrien jamás se había dado cuenta de cómo unas simples palabras podían destrozarle el corazón a alguien. No tenía que ser un genio para entender por qué el chico se imaginaba un escenario tan extremo.

—No te odio —le informó, a la vez que estiraba su mano en busca de los dedos de Ollie.

—Fui muy insistente… y te molesté… De verdad, lo siento.

Adrien se sentía como un idiota.

—Hazme un espacio —le pidió con la voz más suave que pudo—, por favor.

Obediente, aunque sin dejar de llorar, Ollie dejó un costado de su cama libre para Adrien. En el colchón cabían bien ambos, pero aún así quedaron muy juntos. Podía sentir el aliento del otro chico en su cara y eso hacía que la piel se le erizara. Ya no podía más, se negaba a seguir escuchando a Ollie llorar, así que entrelazó sus dedos para brindarle un soporte.

Por su lado, Ollie estaba con el corazón latiendo a mil, concentrado en el tacto de sus dedos con los de Adrien. Se preguntaba si aquella calidez reconfortante tenía que ver con el talento creativo que corría por esos dedos o si solo estaba imaginando cosas.

—Cuéntame algo de ti —le pidió para distraerlo.

Ollie se pasaba su mano por sus propios ojos con el fin de secar las lágrimas.

—¿Qué cosa?

—Cualquier cosa.

De a poco, Ollie dejó de llorar para poder hablar y que Adrien le entendiera.

—Mi cumpleaños es en una semana. —Miraba cómo el castaño le acariciaba los nudillos—, el 30 de agosto. Mi mamá me hace un

pastel todos los años.

Otro golpe al corazón de Adrien. Se sentía un idiota por no saber casi nada de Ollie y tenía claro que durante los siguientes días tendría que ponerse al tanto con eso, pero, por ahora, solo le quedaba una cosa que hacer. Con cuidado alzó los brazos y tomó la cara de Ollie para obligarlo a que lo mirase a los ojos.

—Escúchame, Mariposa —le dijo—. No te odio, lo que pasa es que soy un idiota y no sabes cómo me gustaría golpearme a mí mismo por haberte hecho llorar. Nunca más volverá a pasar y tampoco dejaré que alguien vuelva a ponerte una mano encima.

Ollie intentaba reprimir su sorpresa al escuchar todo lo que Adrien le decía, aunque, dentro de sí, el corazón le latía a mil por hora. La cercanía del chico era algo difícil de entender. A pesar de que era algo nuevo, una sensación de familiaridad lo llenaba por completo. Parecía como si en una vida pasada, todo eso ya hubiese sucedido y que aquel fuese el momento que había buscado repetir por años.

Una sonrisa se le dibujó en los labios.

—¿Puedo hacer algo sin que te enojes? —la pregunta de Ollie llegó como un susurro a los oídos de Adrien.

—Claro.

Y apenas la frase salió de su boca, los labios de Ollie se estamparon suavemente contra los suyos.

El mundo se detuvo en ese instante. Adrien tenía los ojos bien abiertos y no se movió ni un milímetro. El calor de la cara de Ollie le indicaba que aquello no era su imaginación. Sintió las manos del chico posándose en su nuca, acercándolo más, enterrándose en su boca con insistencia y delicadeza, la contradicción perfecta. Cuando se separaron, sus miradas se encontraron por unos segundos. No se equivocaba al decir que Ollie era una caja llena de sorpresas y, quizá, lo más inesperado era lo bien que se sentía con ello.

Adrien pensó en su siguiente movimiento. Las posibilidades eran infinitas, pero su corazón dictaba solo una respuesta correcta. Quería repetir lo que había sucedido. Deseaba pedir, o quizá suplicar, que le concedieran unos segundos más, un nuevo intento para guardar en su mente el recuerdo de la cercanía de Ollie.

Sin embargo, se quedó con un montón de palabras atrapadas en la garganta.

—Buenas noches —susurró Ollie.

El chico se dio vuelta, ahora solo podía ver su espalda. Apenas entendiendo qué había pasado, Adrien también se giró. Estuvo el resto de la noche intentando sacarse a Ollie y a sus labios de la cabeza.

Capítulo 14

—¿Adrien? ¿Me escuchaste?

El chico se sorprendió cuando escuchó la voz de su tío, quien requería su atención. ¿Hace cuánto le estaba hablando? Llevaba todo el día con su mente lejos de lo que debería estar haciendo.

—¿Sí?

—¿Puedes pasarme el destornillador verde que está a tu izquierda?

Se levantó de la silla en la que estaba y estiró el brazo hacia la pared donde varias de las herramientas colgaban sobre la mesa de trabajo. Luego le tendió el destornillador a su tío, quien tenía las gafas en el puente de la nariz y lo miraba por sobre estas.

—Te ves distraído —le dijo Roman mientras volvía a su labor de desarmar el armario que estaba renovando.

Adrien hizo como que no escuchó, no quería admitir que su tío tenía razón. Su cabeza estaba llena de pensamientos y todos ellos tenían que ver con solo una persona: Ollie.

Después de haber pasado la noche en casa del chico, todo se había vuelto caótico. El beso que compartieron, corto y dulce, se reproducía sin descanso en su cabeza. ¿Qué era lo que le preocupaba? Primero, todos los sentimientos nuevos que afloraron de forma abrupta. Creía que era una persona impermeable, levantó muros a su alrededor y se alejó de todo lo que pudiese afectarle; sin embargo, ahí estaba, volviéndose loco por un chico. Eso lo llevaba al segundo punto de preocupación: Ollie se estaba metiendo bajo su piel y no sabía cómo enfrentarlo. Temía que, porque eran dos chicos, todo se complicase aún más.

Ese día, pensó que sería una buena distracción trabajar en el taller de su tío. Le ayudaba casi todos los fines de semana a hacer muebles o reparar mobiliario viejo que se podía clasificar como antigüedad, a modo de retribución por el dinero que este le daba para el pago de su alquiler.

El trabajo en el taller era, por sobre todas las cosas, silencioso. Roman no era un hombre de muchas palabras y Adrien tampoco. Se abstraían en las tareas que les tocaba y a veces no se daban cuenta de que la noche había caído hasta que alguno de los dos se quejaba de la falta de luz. La verdad es que Adrien no sabía si podía definir su relación con el hombre como buena, pero ambos tenían un carácter parecido, lo que les ayudaba a respetar los límites tácitos que existían dentro de su convivencia.

Cuando el tío Roman apareció en su vida, él aún vivía en el orfanato. Le dijo que le ayudaría a asentarse en el pueblo en el que vivía y que lamentaba haberse enterado de su situación tan tarde. Adrien desconfió al principio. No tenía idea del futuro que le depararía si seguía a su tío, pero no le quedaban más opciones. No vivirían juntos porque en la casa del hombre no había espacio, ya que tenía tres hijos, una esposa y a su suegra viviendo con él. Fue ahí que le ofreció vivir por su cuenta en un apartamento que él pagaría. A Adrien no le gustó para nada la idea, el estar en deuda con alguien le parecía lo peor. Sin embargo, el tío Roman, con su carácter imperturbable, no dio su brazo a torcer. Decía que era lo menos que podía hacer por el hijo de su prima, con quien había compartido momentos muy felices durante su infancia.

Fue con el tiempo, cuando se enteró de a qué se dedicaba el hombre, que Adrien le ofreció ayuda para el taller. El lugar en que su tío ejercía su oficio quedaba cerca de su departamento. Se trataba de una tienda antigua, con fachada de ladrillos y letreros de madera. El interior era como un museo. Los mejores ejemplares estaban tras la vitrina, mientras que los muebles más comunes estaban esparcidos por la tienda para que la gente los probase.

Roman había heredado la tienda y la profesión de su padre, quien era un artesano de tomo y lomo. Ahora él estaba tratando de ampliar el negocio. La creación de muebles y la restauración eran mundos muy distintos, pero el hombre había aprendido ambas técnicas con esmero para poder expandir sus horizontes.

Adrien debía admitir que le fascinaba todo ese mundo. La atracción de su tío por los muebles era muy parecida a lo que él sentía por la pintura o, más bien, el arte en general. Había aprendido mucho desde que trabajaba allí, la dedicación y la atención a los detalles que su maestro tenía al momento de trabajar se traspasaba a través de la enseñanza y lo llenaban como si fuese una fuente de conocimiento. En momentos como ese, era que podía notar que eran familia.

—Creo que ya puedes empezar a barnizar eso —dijo Roman llamando la atención de Adrien, de nuevo.

Quizá había sido una mala idea ir. Se suponía que debía estar terminando una mesita de noche que había empezado hace un par de semanas, pero no había avanzado mucho desde su llegada al taller. Otra cosa que le molestaba era sentir que no progresaba en su trabajo.

—Sí —contestó—. Lo siento, me he demorado mucho.

—No lo decía por eso. Además, aún estamos dentro del plazo, no es necesario que te apures, no somos máquinas.

Asintió. Normalmente, ahí terminarían sus pequeñas

conversaciones, pero ese día parecía distinto.

—¿Todo bien en la escuela? —le preguntó Roman sin quitar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Sí —contestó confundido, no era usual que su tío indagara en su vida. Siempre había confiado en que se manejara de forma autónoma y, hasta el momento, les había funcionado.

—Bien. Es importante que estudies. Ya sabes, para hacer lo que quieras después…



El chico no era tonto, sabía adónde se dirigía esa conversación. Adrien no se oponía a seguir sus estudios en la universidad, pero estaba consciente de que era algo muy

improbable dentro de su realidad. No era un estudiante sobresaliente y, además, el único campo que le interesaba estudiar era el de Bellas Artes. Tampoco podía convencerse de que era una buena idea endeudarse por ese motivo.

¿Pero era necesario decírselo a su tío?

Adrien estaba pasando por demasiadas cosas y sus preocupaciones le hacían creer con firmeza que, lo que fuese que estuviese pasando entre Ollie y él, no era buena idea. ¿No había sido él mismo quien en principio no quería entrometerse en la situación del chico? A pesar de que Sophia deseaba lo contrario, su filosofía de vida era que cada uno debía hacerse cargo de sus propios problemas. Lo había aprendido por las malas.

Pero luego estaba la atracción imperiosa que sentía cuando estaba cerca de Ollie. Como el canto de una sirena escuchado por un navegante perdido, el chico aparecía en su camino y no podía evitar sentirse atraído.

—Creo que me iré —dijo, no quería ser un estorbo—. ¿Necesitas que te ayude en algo más?

—No, tengo todo listo por aquí —contestó ajustándose las gafas —. ¿Quieres cenar en casa hoy?

—No. Tengo cosas que hacer para el instituto.

No era la primera vez que Roman lo invitaba, pero siempre se excusaba rápido. Creía que sería un estorbo si se presentaba.

—Pues no dudes en pasar si cambias de opinión.

Ordenó sus cosas dentro de la mochila y se fue del taller. Por suerte, la caminata a su departamento no duraba más de cinco minutos. Una vez que llegó al complejo, se dio cuenta de que el elevador no funcionaba, así que tuvo que subir las escaleras hasta el cuarto piso, lo cual no era mucho, pero sentía que, últimamente, la mala suerte lo perseguía.

Cuando llegó a su puerta, lo primero que notó fue la silueta de una persona sentada en el piso. Llevaba una gorra que le tapaba el rostro, pero, como Adrien ya estaba acostumbrado, podía reconocer quién era.

—¿De nuevo peleaste con tu mamá? —le preguntó a Sophia, quien alzó la vista y le sonrió.

—Hola a ti también. ¿Qué hacías?

—Estaba en el taller de mi tío. ¿Tú?

—Mi madre tenía visitas. Traté de comportarme, pero nunca es suficiente, ¿no?

La chica se levantó y sacudió su ropa mientras Adrien aprovechaba de abrir la puerta para que ambos entraran al departamento.

—¿Vas a quedarte? —preguntó a la vez que dejaba sus cosas en el sofá donde Sophia se había sentado para después encender la

televisión.

—No. Voy a volver en unas horas, solo necesitaba un respiro.

—Bien. Estaré en mi habitación.

Ella se dio media vuelta y apoyó la cabeza sobre el respaldo del sillón. Tenía en el rostro un semblante travieso.

—Así que, Ollie…

Debió haber esperado algo así de Sophia. Desde que se conocieron, cuando ella volvió al pueblo, la chica insistía en que Adrien debía abrirse más a las personas, que no era necesario que todos fuesen sus amigos, pero que, al menos, no actuase como un viejo cascarrabias todo el tiempo. Se preguntaba cómo era posible que ellos dos fueran amigos a pesar de sus claras diferencias.

Sophia era una mariposa social, no tenía problemas al entablar conversaciones con extraños y sabía manejarse dentro del mundo, o al menos se empeñaba en demostrar eso. Siendo sincero, cuando ella empezó a hablarle no le prestó mucha atención, pero la chica no se rindió, pese a que él apenas le dirigiese la palabra.

No fue hasta unas semanas después de la primera vez que hablaron que Adrien conectó con ella, lo que pasó, para su sorpresa, un día que se encontró con ella y su madre peleando cerca de su edificio. Estaban gritando lo bastante fuerte como para que las personas de alrededor se detuvieran a escuchar. Por su parte, él solo quería llegar a casa, por lo que apenas se percató cuando Sophia se alejó de su madre y chocó de bruces contra él. Al darse cuenta de con quién había chocado, la cara de ella se puso roja. Adrien no quería ser parte de aquello, así que siguió caminando como si nada hubiese pasado hasta que se dio cuenta de que Sophia lo estaba siguiendo.

—¿Qué quieres?

—¿No tienes asilo para una pobre alma perdida como yo? —el tono era juguetón, pero no cambiaba el hecho de que su rostro expresaba tristeza.

—No —negó de inmediato y Sophia le rogó.

—Por favor. Sé que no te caigo bien, pero solo será esta vez. No te molestaré más.

Adrien soltó una risa.

—¿En serio?

—Sí.

Fue con esa promesa que la llevó a su departamento. Sophia se derrumbó en el sofá y parecía otra persona. Aquella luz tintineante que venía de su interior se había extinguido como si se hubiese quedado sin combustible. Él se sorprendió, pues no esperaba verla tan vulnerable.

—Lamento lo que viste —dijo tapándose la cara con las manos—.

Pongo mis fuerzas en evitar pelear con ella, sobre todo si estamos en público, pero estoy cansada.

Adrien escuchó sin decir nada mientras Sophia hablaba atropelladamente.

—Me culpa del divorcio como si yo fuera la fuente de todo. Ni siquiera estaba dentro de mis planes enamorarme de una mujer, ¿no es injusto?

Ahora entendía un poco mejor la situación.

—Quedarme con mi padre hubiese sido peor. Bueno, eso si él me hablara. Ya no sé qué esperan de mí. Me lo quitaron todo y aún así no es suficiente.

Entonces Adrien preguntó:

—¿Y la chica que te gusta?

Sophia emitió una risa triste.

—Tampoco me habla después de que mi madre les pidiera a sus padres que me dejase en paz. Estoy sola.

Si había algo que Adrien conocía bien era la soledad. Mirando a Sophia en su sofá, se dio cuenta de que, pese a su radiante exterior, la chica estaba hecha un lío por dentro. ¿Sintió lástima? Quizás. Aunque no entendía muy bien lo que sentía, solo pensó en hacer lo que tenía a mano sin involucrarse demasiado.

—Puedes venir aquí si peleas con tu madre. Yo paso en mi habitación, así que el sofá es tuyo.

Con esa frase, firmó un pacto cuyas repercusiones no alcanzaba a imaginar. Desde ese día, Sophia pasaría en su departamento. A él no le importaba su presencia, ya que ella no lo molestaba cuando dibujaba y se atenía a quedarse en el sector de la sala de estar. Sin embargo, eso no significaba que la chica no intentase intervenir en su vida personal.

—¿Qué piensas de Ollie?

La pregunta que le hacía era fácil y complicada a la vez. A Ollie lo veía como un chico lindo, delicado y débil. Desde que lo había conocido no entendía por qué aguantaba todas las cosas que le pasaban sin explotar de la rabia. Era difícil ponerse en sus zapatos porque eran polos opuestos en cuanto a carácter. Aún así, Adrien ahora se encontraba cada vez más fascinado por su belleza e intelecto. Cuando sabía algo nuevo del chico, se quedaba dándole vueltas durante el día. Jamás había sentido aquella necesidad por comprender a alguien, solo a Ollie.

¿Le gustaba el chico? ¿Acaso en eso culminaba todo su enredo mental? ¿Si la respuesta estaba frente a su nariz porque no la aceptaba? ¿A qué le temía?

—Nada —contestó.

Y mentía, sabía perfectamente que mentía.

Capítulo 15

Un beso podía tener tremendas repercusiones en el trato entre dos personas. Ollie y Adrien se encontraban viviéndolas.

Al otro día, después de haber compartido el espacio personal del uno con el otro, despertaron casi al mismo tiempo. Los dos llevaban las mejillas sonrosadas debido al silencio incómodo que se había instaurado entre ambos, y ninguno fue capaz de hacer algo al respecto. Como cobardes, mantuvieron sus miradas fijas en el piso hasta que Adrien escapó al baño dejando tras de sí un pequeño balbuceo de disculpas.

Ollie se sentía perdido.

Sí, se había atrevido a besarlo, pero aquella valentía se esfumó al despertar. No sabía qué decir, ni cómo actuar. Ver a Adrien igual de confundido no dejó espacio para que pudiera hacer mucho más.

Durante la mañana, mientras el otro chico se bañaba, Ollie ordenó la habitación e intentó no pensar tanto en lo sucedido. Tras la ducha, Adrien ya estaba con la mochila sobre sus hombros diciendo algo que apenas se le logró entender, para luego casi correr hacia la calle. Ollie se le quedó viendo sin saber cómo sentirse en realidad.

Y la semana estuvo aún más rara.

Ollie se presentó al gimnasio solo por curiosidad. No tenía idea de si el entrenamiento seguiría en pie, pero acudió de todas formas. Apenas vio a Adrien colocando el saco de boxeo en la barra, el estómago se le llenó de mariposas y las manos le temblaron. Pensó que allí hablarían, pero no. Ollie se acercó sin decir nada y así se mantuvieron hasta que completaron el entrenamiento del día. No hubo un «¿cómo estás?», o alguna charla trivial que los ayudara a romper el hielo. Adrien se limitaba a indicarle qué ejercicios debía hacer y le corregía las posiciones al lanzar puñetazos sin tener mucho contacto con Ollie. Este último estaba hecho un mar de nervios y ni siquiera sabía qué hacer ante la actitud fría de su entrenador.

Sí, tenía claro que lo más probable era que Adrien no sintiera lo mismo por él, pero, de todas formas, no se arrepentía de haberlo besado. Lo había hecho porque tenía ganas de hacerlo, pese a que sabía que corría el riesgo de ser rechazado. Entendía que era un chico, uno muy afeminado, pero un chico ante ojos de Adrien a fin de cuentas, aunque él no se considerara muy afín a la categoría. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la

idea de ir más allá de un beso. Por eso, que ignoraran lo que había sucedido, lo carcomía por dentro.

Así pasaron los días. Lo único que escuchó por parte de Adrien fue el número de repeticiones que le mandaba a hacer. Ya cuando llegaba el momento de irse, el chico ordenaba sus cosas, bajaba el saco de boxeo y se despedía con un movimiento de cabeza. Ollie siempre se le quedaba mirando hasta que desaparecía por la puerta; suponía que Adrien no tenía idea de que se llevaba su corazón consigo.

El viernes llegó a su casa fatigado y sin ganas de nada. Su madre lo recibió con un sándwich que no sirvió para subirle el ánimo, pero sí para combatir el hambre y, luego de comerlo, se quedó en la cocina divagando en silencio un buen rato.

—Invitarás a Adrien a la cena de tu cumpleaños, ¿no?

Las palabras de su madre lograron hacer que se atragantase con el jugo que estaba bebiendo. Ollie bajó la mirada porque ahora ni siquiera podía contar con Adrien como un amigo.

—No creo que él pueda venir —respondió de la manera más indiferente posible, aunque aquello se le daba fatal.

—¿Estás seguro? No quiero que sientas que estás obligado a compartir solo conmigo.

—A mí me gusta estar contigo —se defendió.

—Lo sé, pero te vi tan feliz cuando me lo presentaste. Se nota que la pasan bien juntos.

A Ollie se le estrujó el corazón al oír eso. Claro que lo pasaba bien al lado de Adrien. A pesar de lo distintos que eran, habían tenido una conexión, o al menos eso quería pensar. También estaba el hecho de que, cada vez que lo miraba, su estómago se volvía un revoltijo, lo que era algo nuevo para él. Debía empezar a admitir que la «curiosidad» ya no justificaba su fijación por Adrien.

En definitiva, disfrutaba del tiempo que pasaba con él, pero parecía que todo se había arruinado después del beso. Y, aunque creía que nada bueno saldría de invitarlo a la fiesta, le haría caso a su madre para verla feliz.

Cuando subió a la habitación, tomó el móvil entre sus manos con determinación. Tenía el número de Adrien y solo bastaba con apretar un botón para hacer la llamada. Le tomó al menos quince minutos controlar los pequeños temblores de su cuerpo antes de atreverse a deslizar su dedo por la pantalla. Allí, hecho un maldito mar de nervios, escuchó los pitidos de la línea hasta que una voz se hizo presente.

—¿Hola? —el chico sonaba confundido.

—Hola. Yo solo llamaba… Eh, lo siento si te incomoda. Bueno, no hemos hablado, pero esta idea fue de mi madre y no quiero

decepcionarla. Ya sabes, va a ser mi cumpleaños y hacemos una cena especial cada año. Ella quiere que te invite y eso estoy haciendo… De todas formas, te puedes negar porque no es tu obligación, ni siquiera sé por qué querrías venir en primer lugar, pero nunca está de más la invitación. Así que creo que eso es todo. Si no te presentas, no importa, le diré que estás enfermo. Adiós.

—Oye…

No pudo terminar de escuchar lo que Adrien tenía que decir porque colgó la llamada. Prefería hacerse desde ya mismo la idea de que el chico no se iba a presentar.

Esa noche pensó mucho en lo que sentía por Adrien y se dio cuenta de que era algo que, en simples palabras, jamás había sentido por alguien más. Desde que había empezado la pubertad, su vista solía desviarse hacia los chicos que lo rodeaban; sin embargo, no sentía nada más allá de un simple cosquilleo en el estómago. El gustar de alguien le resultaba algo muy ajeno, que de pronto había aparecido en su conciencia.

Era difícil ponerlo todo en palabras, pero se sentía en una nube cada vez que recibía atención por parte del chico o cuando este lo llamaba «Mariposa», aunque aún no estaba seguro de si se trataba de un apodo cariñoso. El corazón se le aceleraba en su presencia y la lengua se le enredaba cuando tenía ganas de decirle algo. Todo eso, más el hecho de que fue mandado directo a Neptuno cuando sintió los labios Adrien contra los suyos, lo llevaban a la conclusión de que él le gustaba demasiado.

Esa noche se durmió soñando con besar a Adrien una vez más.

El sábado llegó rápido y con este su cumpleaños. Como era tradición, por la mañana su madre había entrado en su habitación para desearle un feliz cumpleaños con un pequeño pastel de chocolate y una vela encendida. Aún adormilado, Ollie apagó la vela mientras Amelia le pedía que desease algo.

Se quedó pensando en ello, pues no se le ocurría qué desear exactamente.

El resto del día le dio unas cinco vueltas al supermercado ya que a su madre siempre se le olvidaba algo de «vital importancia» para la cena, según ella. Decoraron la casa con globos de color rosa y serpentinas doradas. Amelia preparó la mesa con tres puestos utilizando platos y servicios que solo desempolvaba en ocasiones especiales, y Ollie se hizo el tonto mientras limpiaba las sillas de madera, a pesar de que sabía que solo ocuparían dos de ellas.

Estaba tan acostumbrado a pasar los cumpleaños con la única compañía de su madre, que jamás pensó cuánto le afectaría que Adrien no apareciese. Repetía hacia sus adentros que no debía sentir nada, pero el latido de la decepción lo atormentaba lo

suficiente como para que el rostro del invitado fantasma no saliese de sus pensamientos.

Apenas estuvo todo listo, subió las escaleras para cambiarse de ropa. Escogió unos jeans anchos y una camiseta ajustada de color lila. Tomó unos collares y se los colocó para después limarse las uñas y pintarlas de un tono parecido. Había pensado usar otro conjunto, más acorde con la ocasión especial: una falda que su madre le había ayudado a hacer y un top blanco adornado con piedras que él mismo había colocado una por una. Sin embargo, no se sentía a gusto. Mejor dicho, estaba triste y no podía negarlo.

Cuando escuchó a su madre gritar que ya todo estaba listo, se dio una última mirada al espejo, casi como preparándose para confesarle que, otra vez, pasarían su cumpleaños ellos dos solos.

Apenas bajó, su atención fue robada por las decoraciones que su madre había colgado alrededor de la habitación, la mesa con comida —que de lejos se notaba que era demasiada para solo tres personas— y el pastel de cumpleaños justo en medio. Sintió una punzada de culpabilidad en el pecho. Su madre estaba tan emocionada que no pudo contenerse con los preparativos.

¿Cómo iba a confesarle que nadie aparecería y que, como siempre, solo serían ellos dos?

—¿Te gusta? —preguntó Amelia con una sonrisa vibrante en el rostro—. Creo que exageré.

—Es… perfecto. Muchas gracias, mamá.

—¿Cuánto crees que tarde Adrien en llegar? Me pregunto si ya debo sacar los refrescos.

Ollie miró al piso avergonzado. Había llegado el momento, ya no podía retrasar la verdad.

—Mamá…

Entonces, el timbre de la puerta principal sonó. Ollie miró a Amelia y esta empezó a aplaudir emocionada y luego le hizo una seña para que él fuera a atender. Hizo caso y se acercó temeroso a la puerta. Una parte de sí había empezado a ilusionarse, pero era imposible. Se negó a tener expectativas y se hizo la idea que al otro lado solo lo esperaba uno de esos vendedores ambulantes que, de vez en cuando, llegaban hasta allí para ofrecer sus productos.

Cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue a Adrien y a Sophia. La escena lo desconcertó, sobre todo cuando se dio cuenta de que Adrien llevaba una caja enorme entre sus brazos.

Adrien sonreía. Esperaba que su mente guardase esa imagen por mucho tiempo.

—¡Feliz cumpleaños, Mariposa! —lo saludó el chico en cuanto estuvo lo suficientemente cerca como para dejar la caja de cartón

con una cinta rosa a sus pies.



—¿Qué haces…?
Pero su pregunta fue interrumpida por un ladrido que resonó en

el interior de la caja.

Cuando deshizo el moño y levantó la tapa, vio un par de ojos redondos y marrones que lo miraban atento. Ollie se sintió intimidado y a la vez muy emocionado. Su regalo comenzó a lamerse una de sus cuatro patas. Se trataba de un cachorro de pelaje negro y orejas que le caían sobre los ojos cuando se movía. Apenas Ollie le acercó la mano a la cabeza, el pequeño perro la lamió con gusto, como si confiara en él de manera instintiva.

—¡Es precioso! —sus palabras fueron un chillido.

—Se veía asustado cuando lo metí a la caja —le contó Adrien—. Creí que me mordería o algo, pero es muy tranquilo.

Ollie tomó al cachorro con gusto entre sus brazos y lo apretó contra su pecho. Estaba emocionado de ver a Adrien parado ahí después de pensar que no aparecería, y eso le impedía hallar las palabras correctas para agradecerle.

Interrumpiendo sus pensamientos, Sophia se acercó y le dio un abrazo.

—Lo siento mucho por colarme, pero cuando Adrien me pidió ayuda para tu regalo, tuve que obligarlo a traerme. Tenía que ver la cara que pondrías y ha valido la pena.

A Ollie no le molestaba la presencia de la chica, por el contrario, se sentía fatal porque no se le había ocurrido invitarla en primer lugar.

—No te preocupes, mi madre ha preparado comida para un regimiento.

Adrien se acercó hasta Ollie con una ceja alzada.

—No soy muy bueno dando regalos…, pero estaba seguro de que te gustaría.

—No creí que vendrías.

Antes de que pudiese decir algo más, Amelia se acercó al grupo muy emocionada.

—¿Todo bien? Pasen, no decoramos todo para que se queden en la entrada.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Ollie con ojos brillantes. Le acercó al cachorro y ella lo tomó en brazos.

—Oh, Dios —exclamó mientras acariciaba al perro y, sin que Ollie se diera cuenta, le hizo un guiño a Adrien—. Jamás pensé que me harías abuela tan joven.

Al mirar a su madre, Ollie no pudo evitar recordar cuando, de camino al jardín de infantes, encontró un cachorrito en la orilla del camino. Se veía tan decaído, que no pudo evitar rogarle a su madre que lo llevaran al veterinario para que se pusiera mejor. Amelia accedió y pasaron el resto de su día en la clínica de mascotas esperando tener noticias del cachorro. Ollie ya se imaginaba a ese pequeño animal siendo su mejor amigo y, cuando la

veterinaria salió a decirles que todo estaba bien, creyó que su sueño se haría realidad. Sin embargo, más tarde escuchó a su madre consultando los precios del alimento de mascotas, las vacunas y los suplementos. En el rostro de su madre atestiguó el mismo semblante de cuando le llegaban las cuentas a casa y Ollie miraba escondido cómo ella las leía en el sofá. Por eso, cuando los llamaron para ver al cachorro, dijo que quería que este se quedara en adopción, ya que deseaba hacer a otro niño feliz. Amelia no entendió al principio, pero Ollie insistió hasta que la veterinaria intervino diciendo que había una familia que conocía que estaba buscando adoptar un perro. Cuando se despidió del cachorro, le deseó buena suerte y le dijo que esperaba que fuera feliz.

Muchas veces había enterrado en lo más profundo de su ser aquellos deseos inocentes por miedo a la decepción, pero ahora que veía al nuevo miembro de su familia, pensó en lo mucho que había anhelado que este se cumpliera.

Sophia se acercó a Ollie y entrelazó los brazos de ambos.

—Ahora abre mi regalo —pidió la chica extendiendo una bolsa de cartón con dibujos de flores y un lazo rosa—. Quizá no es un compañero para toda la vida, pero espero que te guste.

Ollie asintió y abrió el paquete. Sophia le había regalado un par de aretes dorados con forma de nubes y el libro *Life isn’t binary* de Iantaffi y Barker.

—Te he visto leyendo más de una vez, así que espero que disfrutes de esta lectura. Muy reveladora, aunque prefiero no decir más para no darte *spoilers*.

No pudo evitar sonreír.

—Muchas gracias, de verdad.

Luego Amelia dijo:

—Yo guardaré mi regalo para cuando comamos el pastel, ¿les parece? Ahora vamos a sentarnos, deben estar hambrientos.

Tomaron un lugar en la mesa que su madre había preparado. Ollie tenía su asiento en la punta y a cada lado se ubicaron Sophia y Adrien.

¿Se imaginó que algo así fuera posible? Claro que no, no se lo habría permitido ni en sus sueños más locos. Cuando era pequeño, fantaseaba con una fiesta de cumpleaños llena de amigos, en donde pudiera vestirse de princesa y jugar todo el día. Aquello nunca sucedió, por ello se negó a siquiera pensar en las posibilidades.

Sin ser una sorpresa, Sophia tomó el rumbo de la conversación y le contó la historia de cómo habían dado con el cachorro. Una pequeña odisea que involucró tomar el tren a un albergue que pertenecía al amigo de un amigo de la madre de Sophia. Si bien Sophia había visto un poodle que parecía perfecto para Ollie, fue

Adrien quien encontró al pequeño que, finalmente, se llevaron.

—Este cabezota se acercó un par de segundos al perro y listo, no quería llevar a ninguno que no fuese ese —dijo Sophia pasándose las manos por la cara, frustrada—. Tuve que hablar con el dueño para saber si estaba en adopción. Estoy segura de que cree que tiene un sexto sentido perruno o algo así.

Ollie no pudo evitar soltar una risa. El cachorro en cuestión estaba lo suficientemente cómodo en sus brazos como para dormir una siesta.

—Me recordó a ti —interrumpió Adrien mirando a Ollie.

Ante esto Sophia alzó una ceja, intrigada.

—¿No habías dicho que fue porque la mancha que tiene en el estómago parece una mariposa?

Apenas escuchó esas palabras, sintió sus mejillas arder. No sabía adónde mirar, sobre todo porque los ojos de Adrien seguían ahí, observando sus movimientos. ¿Qué debía decir?: «¿Gracias por acordarte del apodo que me pusiste y que aún no entiendo qué significa?». ¿O acaso era mejor solo hacerse el desentendido?

—Es lo mismo —respondió Adrien y Ollie pensó que sus mejillas podrían explotar del calor.

—¿A qué te…?

Fue un excelente momento para que Ollie viera a su madre salir de la cocina con unas magdalenas recién horneadas.

—¡Realmente hice mucha comida! —dijo Amelia colocando la bandeja en la mesa—. Así que, por favor, espero su cooperación para acabar con todo este festín.

—Muchas gracias —contestó Sophia—. Me encantan los dulces.

El resto de la fiesta siguió entre conversaciones y risas. Sophia y Amelia congeniaron de inmediato gracias a su interés por la gastronomía. Ollie, por su lado, miraba furtivamente a Adrien, quien estaba ocupado comiendo todo lo que su madre le ponía enfrente.

—No tienes que esforzarte en comer —le dijo en voz baja, aprovechando que las mujeres en la mesa se mostraban unos videos de cocina.

—¿Y dejar una mala impresión? —Adrien negó con la cabeza—. Claro que no.

Se sorprendió ante aquellas palabras. ¿Adrien preocupado por lo que pensara su madre? ¿El mismo Adrien que se mostraba ajeno a las opiniones de otras personas? A Ollie le pareció divertido y tierno. Cada día que pasaba se encontraba con un detalle nuevo sobre el chico y eso lo impresionaba.

—¿Quieren comer el pastel? —preguntó Amelia y todos asintieron, a pesar de que ya habían comido bastante.

Normalmente, la parte en que se canta el cumpleaños le

resultaba tediosa y, sobre todo, incómoda. Ollie no sabía adónde mirar, si cantar al mismo tiempo o qué se debía hacer con las manos, pero esta vez fue diferente para él. Las luces se apagaron. Lo único que iluminaba la estancia era la llama de las velas que formaban el número diecisiete. Miró a un lado, Sophia era quien cantaba más fuerte; justo en frente, su madre grababa todo en la cámara de su teléfono y Adrien murmuraba la canción a su lado.

En ese momento, recordó uno de los últimos cumpleaños que tuvo con personas que lo rodearon de ese modo. Era un niño pequeño, muy pequeño. Tuvieron que poner cojines para que su cara quedase por encima de la mesa. Casi podía escuchar las voces del pasado mezclándose con las del presente.

—¡Ahora el deseo!

De pequeño, su deseo siempre fue el mismo: despertar y ser una chica para no tener más problemas en casa. Ahora, ¿qué más deseaba? Su madre lo amaba por cómo era, parecía que ya tenía amigos y hasta había un chico que le gustaba.

Sintió la mano de Adrien sobre su hombro.

—Debes cerrar los ojos.

Ollie hizo caso.

Y deseó que ese momento no terminara nunca.

Capítulo 16

Se sentó en la cama, con el cachorro esperando en sus brazos. Sophia había ido al baño y, tras ello, todos subieron a su habitación para ver cómo arreglarían las cosas para que pudieran quedarse a dormir, cosa que Amelia había insistido sin querer dar su brazo a torcer. Así, decidieron que Ollie y Sophia compartirían la cama, mientras que Adrien dormiría en el colchón inflable de la última vez.

Ahora se encontraba esperando a la chica, a quien le prestó un pijama para que durmiera cómoda. Adrien había dicho que tenía que hablar por teléfono y salió. Desde la ventana de su habitación podía ver su silueta en el patio, fumando y con el teléfono en la oreja. Se quedó observando un poco más, perdido en el ritmo constante con el que el cigarrillo tocaba sus labios para luego dejar salir el humo que había contenido en su garganta. Los mechones de su frente se movían gracias al viento nocturno.

Hubiese querido tocarlo en ese momento.

¿Y acaso eso no era algo que se estaba volviendo más frecuente durante el último tiempo? La necesidad de contacto, el deseo de fijarse en cada uno de sus movimientos, el no poder detener a su mente cada vez que Adrien aparecía en sus pensamientos.

Escuchó la puerta del baño y luego vio a Sophia asomándose por la puerta.

—¿Y Adrien?

—Afuera, hablando por teléfono.

Ella se sentó a su lado y acarició al cansado perrito.

—¿Cómo vas a llamarlo?

—Aún no sé. Iba a preguntarle a Adrien si tenía alguna idea… Como él me lo regaló.

La chica asintió, aunque le dio una mirada pícara que lo hizo sonrojar.

—Bueno, bueno. Sabíamos que esto pasaría y ya no podemos evitarlo —empezó Sophia—, y como intentar sacarle información al energúmeno de Adrien es un trabajo muy complicado, prefiero dirigirme a otra fuente confiable. ¿Pasa algo entre ustedes?

Ollie abrió los ojos de par en par.

—¿A qué te refieres?

—Yo solo vengo a recabar información. Han sucedido algunas

cosas muy interesantes últimamente. Primero, desde la fiesta de Finley cada vez están más juntos y las citas en el gimnasio no son tan sutiles, aunque Adrien jure que sí. Segundo, de la nada me pide ayuda para darte un regalo, cuando ese chico odia dar regalos. La evidencia solo se acumula, Ollie. ¿Qué tienes para decir en tu defensa?

Bajó la vista. ¿Qué tenía que decir? Pues nada, él estaba lleno de preguntas y no de respuestas. Todo era complicado o, al menos, así se sentía en su interior. ¿O acaso tenía miedo de admitir sus sentimientos?

—No sé… No estoy seguro.

Sophia sonrió.

—Entiendo. Me quedaré con esto por ahora, pero espero que, cuando estés seguro, me des unas migajas de información.

La chica bromeaba, pero Ollie estaba más interesado que ella en saberlo. Quizá por eso cerró la ventana y le pidió que cuidara del cachorro mientras él iba a buscar unas cosas, sin especificar su verdadero objetivo.

Bajó rápido. Notó que su madre ya se había retirado a su propia habitación, por lo que, con cuidado, abrió la puerta trasera para salir al patio sin hacer ruido. Adrien aún estaba al teléfono, Ollie se mantuvo lo suficientemente alejado para no escuchar, pues no quería interrumpirlo. Su misión era otra.

No pasó más de un minuto antes de que lo viera guardar el teléfono en el bolsillo. Aún no terminaba el cigarrillo.

—¿Adrien?

Él lo miró y le hizo una seña con la mano para que se acercara. Ollie se apoyó en la pared a centímetros de Adrien. Estaba nervioso, había llegado hasta allí, pero no sabía muy bien qué decir. Se dio cuenta de que no había pensado a fondo su idea y que, otra vez, era víctima de su propia precipitación.

Por suerte, Adrien llenó el silencio.

—¿Cómo está el torbellino?

Le divertía la forma en que el chico se refería al cachorro que le regaló.

—Se porta muy bien. Sophia me preguntó por su nombre, pero aún no sé. ¿Alguna idea?

—Baekdu.

Ollie alzó una ceja.

—¿Qué significa?

—Es el nombre de una montaña que estoy dibujando. Suena bien, ¿no?

No pudo evitar reír.

—Sí. suena bien. Será Baekdu.

La sensación de calor en las manos se negaba a abandonar su cuerpo.

—¿Crees que fue mucho regalarte un perro?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Si era sincero, pese a que se sorprendió, esto se debió más al hecho de que Adrien hubiese recordado lo que le había confesado aquella noche en el restaurante de comida china.

—Fue perfecto —contestó con honestidad.

El chico dejó escapar una pequeña sonrisa. Las mejillas de Ollie ardían.

—Tuve que hablar con tu madre antes de hacerlo —confesó—. Hubiese sido bastante irresponsable que apareciera con el travieso como si nada. En fin, a lo que quería llegar es que, aunque no le dijeras nada a tu mamá, creo que ella sabía.

Ollie cambiaba el peso de su cuerpo entre sus pies.

—¿Tú crees?

Adrien asintió.

—No es que habláramos mucho, pero estaba feliz de que me hablaras sobre algo que querías y no le sorprendió que fuera un perro. Yo creo que estaba esperando a que se lo dijeras, aunque no quería presionarte.

Sí, esa era su madre. Amelia se esforzaba por darle su espacio y tiempo para poder seguir cualquier camino que quisiera explorar. Si la paciencia y el cariño fuesen una persona, Ollie estaba seguro de que se trataría de ella. La mujer que lo había acompañado en sus momentos más difíciles y no le recriminaba ninguno de los muchos sacrificios que había tenido que hacer para que pudieran llegar hasta donde estaban.

—Es una buena madre.

La voz de Adrien era rasposa, quizá porque le había dado una calada a su cigarrillo antes de hablar. Ollie se acercó un poco más. Sus brazos se rozaban. La piel de Adrien estaba tibia. Una electricidad recorrió su espalda. Con el chico siempre había más que desear. Acortar la distancia ahora se convertía en una necesidad.

—No me gusta preocuparla.

Adrien seguía mirando a la nada cuando sintió los dedos de Ollie buscando los suyos. Entonces, lo miró a los ojos.

—Lo entiendo —le contestó.

Sus palmas juntas. Ollie escondió su cara en el hombro de Adrien. No estaba acostumbrado a nada parecido. Era la primera vez que creía que moriría si no lo besaban en ese preciso instante.

¿Era el único perdido en ese bosque espeso de emociones?

—Lo siento por no hablarte estos días —susurró Adrien

apagando el cigarrillo en la cajetilla de metal que llevaba a mano—. No sabía qué significaba todo esto.

Ollie levantó la mirada.

—Yo tampoco sé…, pero me gustaría averiguarlo.

Esta vez fue Adrien quien cambió su posición y, con la mano que le quedaba libre, acercó sus dedos al rostro de Ollie. Estaba un poco asustado de tocar, como si ante sus ojos hubiese una figura de porcelana. ¿Se atrevería? Ollie no iba a esperar, él mismo acortó la distancia para que la mano de Adrien pudiera jugar con su cabello. Sus ojos se encontraron frente a frente, sin interrupciones, en lo que parecía ser la primera vez desde aquella noche en su habitación.

—Tienes un talento para sorprenderme —dijo Adrien y Ollie sonrió.

—Podría decir lo mismo.

Oían a los grillos que habían salido de sus escondites durante la noche. Era como si estuvieran perdidos en un lugar remoto, lejos del resto de la civilización. Ollie pensó que podría quedarse allí para siempre, repitiendo el momento.

—¿Puedo hacer algo sin que te enojes?

Esta vez quien hizo la pregunta fue Adrien y, al igual que Ollie, no esperó la respuesta antes de tomar su rostro entre sus manos y juntar sus labios con suavidad. Esta vez, el beso fue profundo, devorador. Sus bocas se abrieron al mismo tiempo y sus lenguas se encontraron a medio camino. Ollie enrolló sus brazos en el cuello de Adrien, aún queriendo sentirlo más cerca, como si fuese posible. Las manos del último encontraron su lugar en su cintura, apretando lo suficiente para que Ollie sintiera que se derretía. ¿Cómo se podía capturar un instante? ¿Cómo podían vivir en aquel lapso de tiempo entregados en el abrazo del otro?

Cuando se separaron sus pechos subían y bajaban. Sus frentes chocaron despacio, dando tregua al enfrentamiento que sus labios habían comenzado.

—Me gusta esto —susurró Adrien—. Me gustas tú.

Apenas escuchó las palabras, Ollie depositó un pequeño beso en su mejilla.

—También me gustas, Adrien.



Capítulo 17

—Ollie.

Le costó abrir los ojos. Su cuerpo le gritaba que necesitaba dormir un poco más. Cuando, después de mucho esfuerzo, logró enfocar la mirada, vio a Sophia, quien ya se había levantado y vestido sin que él se diera cuenta.

—Debo irme —dijo la chica—. ¿Me puedes abrir la puerta?

Hace tan solo unas horas se habían ido a dormir, después de que Ollie y Adrien volvieran a la habitación. Sophia había tenido la sensatez de no mencionar sus mejillas sonrojadas ni la mirada evasiva de Adrien, lo que agradeció en silencio. Los tres se quedaron conversando más de lo que debían, sobre los intentos de confeccionar ropa de Ollie y los vídeos *mukbang* que obsesionaban a Sophia, hasta que sus ojos empezaron a cerrarse por sí solos. A pesar de estar cansado, se sentía feliz. Aquellos momentos de diversión, conversaciones de madrugada y risas ahogadas eran algo con lo que nunca se atrevió a soñar.

Se levantó y miró hacia el otro lado de la habitación. Adrien seguía durmiendo, sin enterarse del movimiento. Sonrió y apuró el paso. Sophia le había dicho antes de dormir que su madre iría por ella temprano y ya debía estar afuera esperándola en el auto.

Cuando bajaron, Ollie abrió la puerta principal y vio un auto gris estacionado fuera de su casa.

—Es bastante puntual —dijo Sophia—. Espero que la hayas pasado bien en tu cumpleaños.

—Ha sido el mejor hasta la fecha —respondió con sinceridad abrazando a la chica.

Apenas cerró la puerta, notó que tenía sed. Antes de volver a su habitación decidió ir por dos vasos de agua, por si Adrien quería uno cuando se despertara. Con cuidado de no hacer ruido, subió las escaleras de la manera más silenciosa posible y dejó los vasos en el escritorio. Aún dormido, Adrien cambió de posición para ahora recostarse sobre su hombro, dejando el rostro en el lugar preciso para que Ollie pudiera ver cada una de sus facciones.

Se sentó a un lado del colchón inflable, perdido en el paisaje frente a sus ojos. La forma en que el tatuaje de una rosa en escala de grises se posaba entre el cuello y el hombro robaba toda su atención. Adrien se había dormido vistiendo una camisa sin mangas que llevaba puesta el día anterior, por lo que sus brazos estaban expuestos, lo que había dejado a Ollie embobado.

Quería memorizar cada una de las figuras que en su piel estaban tatuadas.

Fue inevitable empezar a delinear cada uno de los tatuajes con su dedo índice. Comenzó con la rosa para luego bajar al hombro, donde había un enorme y feroz dragón, muy parecido a Adrien cuando se ponía a pelear. Siguió bajando para encontrarse con un ojo realista por encima del antebrazo, hasta podía jurar que la luz de la noche hacía que la pupila brillara. Ollie sonreía complacido mientras seguía con su tarea de forma exhaustiva y detallista. Encontró el tatuaje del reloj de arena y, bajo este, una luna junto a un sol danzando entrelazados bajo un manto de estrellas.

No pudo evitar pensar en que ellos se parecían demasiado a aquellos astros: eran muy distintos el uno del otro, casi completamente contrarios pero, sin importar las diferencias, en algún punto lograban acercarse. Ollie se dio cuenta de que su relación con el chico había comenzado de esa forma: con un punto de conexión que se dio como si estuviese predestinado. Igual que el sol y la luna.

Siguió acariciando cada centímetro de piel sin cansarse. El pelinegro se veía tan relajado que Ollie llegaba a contagiarse. Una paz enorme lo invadió a la vez que miraba el pecho de Adrien contraerse cuando inhalaba. Jamás había sentido algo tan hermoso y le daba un poco de miedo que aquel chico estuviese provocando todas esas cosas dentro de su ser. Como un eco constante en su mente, había momentos en que se cuestionaba la veracidad de lo que estaba viviendo.

¿No era demasiado bueno para ser real?

—Molestar a alguien mientras duerme es de mal gusto.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el susurro de Adrien, quien seguía con los ojos cerrados. Ollie soltó una risita porque, pese a estar supuestamente dormido, no podía dejar de ser un gruñón de primera, como siempre.

—Tú estás durmiendo, no deberías quejarte —le respondió ahogando otra risa.

Adrien se acomodó, pero siguió rehusándose a abrir los ojos. Ollie le mostraría una foto de ese momento a quien dijera que el chico jamás podría ser tierno.

—No me dejas dormir.

—No me dejas hacer lo que quiero.

Adrien abrió un ojo a medias para ver a Ollie, quien seguía bastante divertido recorriendo la piel de su brazo. Cada vez que sentía su tacto viajar por su cuerpo, una enorme corriente eléctrica golpeaba su espina dorsal.

Se sentía raro, con Ollie siempre se sentía raro.

—¿Y qué quieres hacer? —le preguntó.

—Quiero conocerte mejor.

Aquella afirmación pareció despertar a Adrien por completo. Una vez tuvo ambos ojos abiertos, se encontró con el rostro de Ollie iluminado por la luz que se filtraba por la cortina. Casi quedó embobado por el brillo de su piel, y la forma en que el chico sonreía le hacía parecer un ángel caído tratando de llevarlo al más bello de los infiernos.

Con esos ojos fijos en los suyos, se sintió demasiado expuesto. Ya no existía ninguna barrera que le impidiera a Ollie entrar para ver todo lo que él era en verdad. Se preguntaba si estaba listo para develar sus secretos o si era mejor gritarle para que se volviera a alejar. No estaba seguro, porque ahora, desde lo más recóndito de su ser, también sentía la necesidad de dejarlo entrar.

Tenía miedo, mejor dicho, estaba muerto de miedo.

—¿Y qué pasa si lo que te muestro no te gusta? —preguntó casi desecho—. Jamás podré ser lo que tú quieres que sea, por eso preferí alejarme cuando me besaste esa noche. Estás esperando demasiado de mí y jamás podré cumplir todas tus expectativas. No quiero que te decepciones, Mariposa.

Ollie sonrió nuevamente y Adrien quiso gritarle que dejara de hacerlo, porque cada vez su corazón latía con más fuerza, incontrolable.

—Yo quiero que seas tú mismo, porque es así como me gustas. Con tatuajes y todo, aunque aún no los haya visto todos.

Fue inevitable, intentó detenerse, pero no pudo. Cuando Ollie terminó de hablar, lo tomó por el cuello para besarlo. Juntó sus labios y, a pesar de que quería ser cuidadoso, le devoró la boca. Necesitaba sentir la lengua de Ollie jugando con la suya, la suavidad traducida en gestos. Su corazón ya desbocado saltaba de felicidad como si le dijera: «Por fin haces algo bien». Y es que, por más que lo negara, la única verdad era que Ollie sabía adentrarse en su ser como si nada.

Después de lo que le pareció una eternidad, se separaron y Adrien se levantó del colchón. Si no lo hacía ahora, no lo haría nunca. Por un segundo, Ollie pensó que se iría, pero cuando lo vio quitándose la camiseta se le cortó la respiración. Solo un movimiento bastó para que el torso de Adrien quedara descubierto.

Ollie quedó con la mirada perdida en este nuevo escenario que se abría frente a él. Con algo de torpeza, se levantó de la cama y alzó su dedo índice para comenzar a delinear cada dibujo en el cuerpo esculpido de Adrien. Sobre el pecho tenía un enorme tatuaje de unas manos que se asemejaban a las de *La creación de Adán*. Luego, en el abdomen encontró, dentro de un rectángulo, el

dibujo de una mujer sosteniendo a un niño. Se parecía a una pintura de Klimt, pero no recordaba a cuál. Debajo de esto, había una frase en inglés:



Adrien estaba quieto, respiraba con dificultad. La mano de Ollie bajó hasta que sus dedos se encontraron y se entrelazaron. Si algo sabían ambos, era que aún quedaban muchas cosas nuevas que aprender del otro.

¿Acaso algo podía ser más emocionante?

Capítulo 18

—Adrien, ven aquí.

El pequeño levantó la cabeza y sonrió. Jugaba con las flores y su robot mientras esperaba que su madre preparara el almuerzo. La voz interrumpió su espera, así que tomó sus cosas rápido para entrar a la casa de campo.

—Mi lindo bebé —le dijo su madre cuando llegó a la entrada—, ve a lavar tus manos.

Como el niño obediente que era, corrió hacia el baño en menos de un santiamén. Siempre fue un infante inquieto y su madre le tenía la paciencia suficiente como para no desesperarse. La relación entre ambos era muy fuerte porque su pequeña familia no tenía más miembros. Su padre había fallecido antes de que naciera, al igual que sus abuelos paternos y maternos. Solo eran ellos dos, madre e hijo contra el mundo.

Adrien se entretenía con la espuma que se acumulaba en sus manos, sin darse cuenta de que su madre lo miraba desde el marco de la puerta. Sonreía, su hijo era una preciosidad y esperaba poder hacer todo lo que estuviese a su alcance para que nunca se sintiera solo. No importaba que fuera una madre soltera criando a un niño de cinco años, lo daría todo por él. Esperaba que, en un futuro, se encontrase con personas de buen corazón que lo rodearan de cariño y apoyo, con quienes pudiese construir su propio núcleo, una familia.

El niño notó que ella lo miraba por el espejo y le sonrió de vuelta. Como era pequeño, jamás le dio importancia a que, cada cierto tiempo, su madre se encorvara haciendo una mueca de dolor casi imperceptible. Adrien recordaba la mano de la mujer apoyada en su cintura, buscando soporte después de cargarlo, y las veces que le dijo que no podía jugar con él porque le dolía un poco la espalda. Cosas como esas solo tuvieron sentido cuando creció, porque en ese momento, perdido en su inocencia, no tenía ni idea de que el cáncer se estaba expandiendo dentro de su madre y que, en un tiempo más, se la llevaría de su lado.

Las paredes del edificio eran blancas y no le gustaban. Quería dibujar sobre ellas como su mami dejaba que lo hiciera en su habitación. Con un poco de color todo se vería mucho más lindo y, quizá, eso ayudaría a los doctores para que pudiesen curarla mucho más rápido. Al menos, eso pensaba dentro de su pequeña cabecita.

El cumpleaños número siete de Adrien fue celebrado en un

hospital. A su madre le habían detectado un cáncer terminal, aunque no tenía idea de lo que eso significaba. Tan solo notaba que tenía las ojeras marcadas, la piel pálida y que había perdido todo su lindo cabello, que era del mismo tono que el suyo. No le gustaba verla así, tan triste y envejecida. Siempre pensó que una de las razones por las que ella seguía enferma eran esas feas paredes que se estaban descascarando a su alrededor. Aquel lánguido escenario no ayudaría a nadie a sentirse mejor. Muchas veces se había quejado de ello con el doctor y solo recibió risas ahogadas de su parte, pero ninguna solución.

Ese día, ya harto de esperar, tomó una de las hojas que las enfermeras le habían regalado para que se entretuviese y, mientras esperaba a que el médico dejase de examinar a su madre, hizo un enorme dibujo de ambos en su casa, jugando y riendo. Se lo daría para que se sintiera mejor y así podrían volver pronto a su hogar.

Adrien estaba concentrado en colorear el vestido con el que había dibujado a su madre, cuando oyó a una de las enfermeras llamar a otra para luego correr por el pasillo. Levantó la cabeza sorprendido. El ambiente tranquilo que siempre imperaba durante el día en esa ala del hospital fue quebrado por un choque de agitación. En menos de un minuto, todo el equipo médico se movía de un lado a otro, lo que asustó a Adrien. Dejó de hacer su dibujo para bajarse de la silla e ir hasta la habitación de su mami, con ella se sentiría más seguro.

Dio varios pasos con sus delgadas piernitas mirando a cada uno de los doctores que entraban en el cuarto. Extrañado, apretó sus puños, gesto que se había hecho costumbre cuando la confusión o el estrés se apoderaban de su cuerpo. En ocasiones como esa, su madre tomaba sus manos y dejaba sobre sus dedos un beso que le daba a entender que todo estaría bien.

La necesitaba ahora, era lo único que tenía claro.

Cuando estuvo frente a la puerta, alzó la cabeza para mirar hacia el interior. Por culpa de su altura, solo pudo ver la camilla y una parte del rostro de su madre, quien tenía los ojos cerrados. Quiso ir a despertarla, pero, cuando intentó hacerse paso entre el mar de gente, fue detenido por una enfermera.

—No puedes entrar allí. —No se dio cuenta de que a la mujer le temblaba la voz.

—Por favor, quiero ver a mi mami.

Por la cara de la enfermera comenzaron a rodar lágrimas, y con sus brazos rodeó al pequeño niño que acababa de quedar huérfano.

Su mirada estaba fija en el cuadro en la pared. No era una pintura ni una reproducción, sino una imagen impresa de *El puente japonés* de Monet. Claro que no era un detalle que le importara

demasiado en ese momento de su vida. Solo se concentraba en las pinceladas que parecían querer sumergirlo en el paisaje. Adrien agradecía que en esa fea oficina alguien tuviese un poco de buen gusto, ya que, gracias a eso, podía entretenerse mientras escuchaba la charla número cincuenta y seis sobre su comportamiento.

—¡Eres incorregible! —gritaba la mujer sentada en el sillón de cuero, quien se proclamaba, según una placa sucia que tenía sobre el escritorio, como la directora del orfanato estatal—. ¡Encerraste a una de las cuidadoras en el armario de limpieza y casi incendias el orfanato entero! ¿Acaso no te arrepientes?

Tenía trece años. Su madre siempre le había inculcado que debía ser sincero aunque la verdad doliese y, en honor a su memoria, no iba a faltar a ninguno de sus principios.

—No.

La directora siguió vociferando sobre que él era un niño problema y que terminaría en la correccional por no saber cómo comportarse en el entorno que lo rodeaba. Adrien ya había escuchado esas mismas palabras unas mil veces antes, por lo que prefería concentrarse en la pintura, esperando tranquilo su sanción.

La directora sabía que ya no la escuchaba y su enojo floreció. Rápidamente, se levantó de su asiento con el ceño fruncido y abrió la cerradura del cajón de su escritorio. Ella odiaba a los niños irrespetuosos y pensaba que sus malos comportamientos solo podían corregirse con un buen castigo.

—Esta vez serán veinte. —La mujer le tomó las manos para estirarlas sin cuidado alguno sobre el escritorio, luego recogió una vara de madera—. Y agradece que no he sacado el cinturón. ¡Vuelve a estirar tus palmas ahora!

Adrien obedeció. Sus ojos se cerraron con fuerza. Conocía la forma en que su piel ardería con cada golpe, las palpitaciones que tomarían lugar en su carne y el dolor que lo despertaría por las noches hasta que la hinchazón bajase. Aunque por dentro temblaba de miedo, no iba a demostrar lo asustado que estaba, así que se mantuvo firme. A nadie le daría la satisfacción de verlo indefenso.

Los orfanatos no eran lindos.

Al no tener un familiar directo que se hiciese cargo de él después de la muerte de su madre, Adrien fue ingresado al sistema y quedó bajo el cuidado de un orfanato estatal. Cuando las personas hablaban con pánico de los niños que terminaban en esos lugares, lo hacían con justa razón. Desde los ocho años, edad en la que llegó de forma definitiva después de haber residido en varios hogares temporales, había sido testigo de cómo los adultos trataban a los niños con golpes y malas palabras, para luego

dejarlos en un rincón al igual que un trapo sucio olvidado. La comida era pésima y podía escasear si no cumplías con los deberes que te asignaban. Vivían prácticamente hacinados, al punto que debían compartir una cama hasta con tres compañeros. Así que no, en los cinco años que Adrien llevaba viviendo ahí, nunca volvió a ser feliz.

Ahora estaba recibiendo un castigo que no merecía. Al escuchar cómo hablaba la directora sobre él, cualquiera pensaría que era rebelde a propósito, pero aquello no era más que una vil mentira.

Lo que en realidad había pasado durante la madrugada fue que había encontrado a la cuidadora de turno, una mujer espeluznante y rabiosa, golpeando a un niño mucho más joven que él con un palo de escoba en la cocina. Adrien se le tiró encima, gritándole que se detuviera porque el pequeño estaba casi convulsionando en el piso. Entre el forcejeo, la mujer golpeó la pared con su espalda y él aprovechó de abrir la puerta de un armario para encerrarla y trancar la puerta con una silla.

Ayudó a su compañero a levantarse para salir de allí, pero, debido al forcejeo y posterior huida, no notaron que la mujer había dejado la cocina encendida con una olla de agua hirviendo y un paño encima. No tomó mucho tiempo para que el pedazo de tela fuera alcanzado por el fuego. Mientras los dos niños huían del lugar, las llamas empezaron un pequeño incendio que fue apagado cuando unos de sus compañeros sintieron el olor y alertaron a los demás cuidadores y a la directora.

Cuando lograron sacar a la mujer del armario, esta les había dicho que todo había sido obra de Adrien, el chico problema que siempre causaba líos por defender a sus compañeros, lo que, según ella, solo hacía para llamar la atención. El compañero a quien había ayudado quiso defenderlo, pero no lo dejó; prefería recibir todo el castigo y evitar que la encargada se ensañara más con el pequeño.

Por eso, mientras recibía los golpes de la vara sobre las manos, siguió mirando la pintura, aguantando el llanto.

Todos los días extrañaba a su madre. Los recuerdos seguían vivos dentro de su mente y parecía ser lo único que le ayudaba a no sentirse desamparado en ese horrible lugar. Desde que llegó al orfanato, su semblante cálido fue cambiado por una mirada fría e indiferente; quedaba muy poco de ese niño pequeño, tan tierno y sonriente. Aquello fue desapareciendo hasta dar la impresión de que se había perdido a sí mismo para siempre.

Estaba solo en un mundo donde era tratado como basura.

Fue ese día que decidió que ya no podía seguir viviendo en el orfanato. La vida se le consumiría si se quedaba allí y lo único que deseaba era buscar más pinturas, como la de la pared, que lograran llenar de color su vida, la cual ahora solo veía en

blanco y negro.

Solo tenía trece, no debía estar pensando en esas cosas, sino disfrutar de su niñez, pero la vida se la había arrebatado. No había otra opción que escapar. Aunque ni siquiera tuviese una mochila, al menos tendría la oportunidad de construirse un nuevo camino.

Cuando el golpe número veinte llegó, sus manos estaban rojas e hinchadas. Ya tenía cicatrices a causa de otros castigos que había recibido antes y, ahora, estas se encontraban al rojo vivo, como una señal de que era tiempo de no aguantar más esas atrocidades.

—Aprenderás —dijo la directora—, aprenderás aunque tenga que castigarte todos los días.

Adrien cerró los ojos. Una semana después, recibió la visita que cambiaría su vida.

—La directora te está buscando —le dijo uno de sus compañeros cuando abrió la puerta.

Adrien dibujaba en uno de los cuadernos que el Estado les enviaba al inicio del año escolar. Dejó de concentrarse en lo que hacía y rodó los ojos con impaciencia.

—¿Para qué?

—No me dijo. Solo quiere que vayas a la oficina, ahora.

Se levantó del piso y se sacudió los pantalones. Estaba casi seguro de que se trataba de otro sermón, aunque no recordaba un motivo exacto. Caminó hasta el despacho de la directora y tocó la puerta dos veces. Cuando escuchó la voz de la mujer desde el interior dejándole entrar, le sorprendió el tono cantarín con que lo recibió. Normalmente, los gritos empezaban apenas avisaba que había llegado.

La directora no estaba sola. Un hombre con una chaqueta azul y pantalones negros estaba sentado frente a ella de espaldas a Adrien. Lo primero que pensó fue que parecía un policía. Quizá debía empezar a preocuparse.

—Toma asiento, Adrien —dijo la mujer apuntando una silla desocupada justo al lado del hombre—. Tenemos que conversar.

Se acercó tratando de ser cauteloso. Cuando por fin pudo ver el rostro del hombre, estuvo seguro de que no se le hacía conocido. Tenía unos cuarenta años, iba vestido con una camisa perfectamente planchada y gafas redondas que lo hacían ver más serio, al menos a los ojos del chico.

—Bien, Adrien —siguió la directora una vez que se acomodó en la silla evitando la mirada de ambos—. Este hombre es Roman Davis, es un primo de tu madre. ¿Por qué no lo saludas?

Apenas escuchó esas palabras, volvió a mirar al hombre. Tenía un semblante serio pero no amenazador. Además, ¿era familiar de

su madre? Cuando cayó en el sistema, lo primero que le explicaron fue que habían intentado contactarse con familiares, pero no habían tenido suerte. ¿Por qué ahora aparecía una persona que decía tener algún lazo de sangre con él? ¿Qué era lo que quería?

—Debes estar muy contento, Adrien —la voz de la directora sonaba lejana. Estaba confundido, no sabía qué pensar—. El señor Davis se enteró de tu situación y vino de inmediato a conocerte, ¿no es maravilloso?

Pero Adrien no tenía idea de si aquello era maravilloso.

El hombre, con su rostro impasible, fue quien habló después:

—Lo siento por la demora.

Le explicaron que las cosas cambiarían, puesto que en unos días se iría con el desconocido a vivir una vida nueva. Adrien estaba dividido. Se había planteado escapar porque la vida en el orfanato empeoraba con el paso de los días, pero nunca imaginó que su salida se daría gracias a un hombre que tomaba su custodia. Roman no mostró mucha emoción durante el resto de la reunión y eso le frustraba. No podía descifrarlo, lo que significaba que debía estar en guardia.

Pero, sin importar lo que pensaba, cuatro días después, con la maleta vieja que encapsulaba toda su vida bajo el brazo, se fue con Roman Davis.

Era domingo, todos habían ido al parque, a excepción de Adrien y Roman.

Este último había dicho que tenía que trabajar en su taller del garaje. Adrien, por su parte, aunque había sido invitado por la esposa de Roman a ir a pasear junto a los tres niños, se negó. Prefería quedarse solo dibujando. Aún se sentía incómodo en el lugar, por lo que los momentos que se daban para estar en soledad se habían vuelto mucho más valiosos.

Fue durante la tarde que decidió salir a tomar un poco de aire fresco. Cuando salió al antejardín, se dio cuenta de que la puerta del garaje estaba abierta y pudo ver a Roman sobre lo que parecía ser una silla muy antigua. En un principio, intentó desviar la mirada, pero pronto se encontró mirando con detenimiento cada acción de su tío. Pese a que Adrien creía que el hombre tenía una imagen estoica, le sorprendió la delicadeza con la que tomaba los pinceles y las herramientas de trabajo. Incluso podía notar que dejaba de mover su nariz en ciertos momentos, como si temiera que su respiración arruinase un detalle importante.

El garaje estaba lleno de muebles, las paredes eran grises y, en la que colindaba con la entrada de la casa, había una luz que apuntaba hacia una mesa de trabajo muy grande. Adrien se concentró en la pared de herramientas porque ahí también había

fotos enmarcadas: una del matrimonio de Roman, otra en la que salía del hospital sosteniendo a uno de sus hijos —quizá el menor —, pero la fotografía que más lo sorprendió fue una de Roman, en lo que parecía ser un combate, usando un guante de boxeo y lanzando un golpe.

—¿Me puedes pasar el pegamento que está en la caja verde del fondo?

Dio un respingo al escuchar la voz de Roman. Pensó de inmediato que se había metido en problemas, por lo que corrió hacia donde el hombre le había indicado y, en un santiamén, le entregó el envase de pegamento.

—Gracias.

Esperó la reprimenda, pero los minutos pasaron y su tío seguía igual de concentrado en la silla. Tampoco le pidió que se fuera, por lo que Adrien se mantuvo ahí, observando en silencio.

Las conversaciones que había tenido con Roman seguían siendo limitadas a sus necesidades diarias. Sabía que él trabajaba con muebles, pero no se le había ocurrido preguntar qué significaba eso. Si era sincero, se había sorprendido al verlo tan inmerso en la zona, casi como le pasaba a él mismo cuando dibujaba.

Encontrar algo en común con el hombre le generó una extraña sensación de confianza en su interior.

—¿El de la foto eres tú? —preguntó Adrien señalando la fotografía del guante de boxeo.

Roman se acomodó los anteojos y la miró.

—Practiqué boxeo de joven. ¿Te interesa?

Un mundo nuevo estaba a punto de abrirse ante sus ojos.

Unas manzanas rojas brillaban a través del ventanal. Al lado había peras y naranjas. Todo estaba en distintos canastos de mimbre dentro de la pequeña tienda, lo que las hacía parecer bastante apetitosas para cualquiera que paseara por la calle principal a esa hora de la mañana.

Sobre todo para Adrien, quien babeaba por un mordisco.

Vivir en la casa de Roman fue mucho más difícil de lo que llegó a pensar, aunque no de la manera que acostumbraba. La casa de por sí era pequeña y la cantidad de gente que vivía ahí no ayudaba en absoluto. Sabía que, en realidad, su presencia estaba de más, así que solo comía lo justo y necesario y luego salía de la casa para interrumpir lo menos posible la dinámica familiar.

Apartó la mirada rápido antes de que su estómago comenzase a sonar.

Siguió caminando por la vereda mirando los escaparates, tratando de distraerse con las distintas tiendas que encontraba por su camino. Se mantuvo arrastrando sus pies hasta que a un costado se encontró con un ventanal que estaba lleno de dibujos.

De inmediato, su atención fue captada por ellos, mientras que por encima de su cabeza se acababa de encender un letrero neón con letras estilo gótico.



Adrien siguió observando todos los dibujos, embobado. Le gustaba la forma en que el trazo del lápiz era utilizado para lograr profundidad. Los bocetos eran variados, desde flores y plantas hasta objetos del día a día que pasaban a tener un protagonismo diferente. Demasiado bello; nunca pensó que un tatuaje podría ser tan artístico como una pintura. Siguió observando cada diseño con atención por al menos diez minutos, parecía no querer alejarse de ese lugar.

—¿Vienes a tatuarte?

Se asustó al ver un chico un poco más alto que él asomado por la puerta de la tienda. Este le sonreía, lo que le causó cierta incomodidad. No quería que lo echaran de allí como ya había pasado en otras tiendas.

Aunque se sentía cohibido, negó con la cabeza, listo para marcharse.

—No tengo dinero —contestó mirando hacia el piso.

Iba a caminar, pero pronto escuchó la voz del chico.

—¿Pero *quieres* tatuarte?

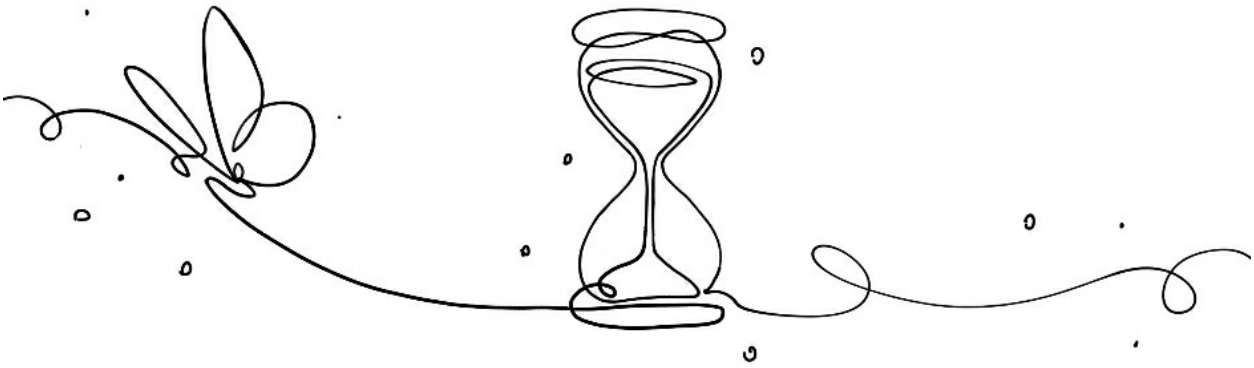
Adrien detuvo el paso en seco. Jamás lo había pensado. Durante toda su vida había admirado cada una de las formas de arte que había podido contemplar; el hecho de que pudiese plasmar algo así en su piel parecía ser de otro mundo.

—Me llamo Félix. Soy aprendiz aquí y necesito un lienzo para comenzar a tatuar, no importa si no tienes dinero. ¿Te animas?

Adrien lo miró de reojo. Quizá era una estupidez, pero una oportunidad así no se repetiría.

—Yo… Claro.

Felix abrió la puerta de par en par y ambos entraron a la tienda.



—Le pedí a Félix que me tatuara el reloj de arena solo porque fue el primer diseño que me llamó la atención. —Adrien soltó una risita—. Las cosas mejoraron después de eso. Mi tío Roman encontró el departamento en el que vivo ahora y me mudé allí a los dieciséis. Aunque en principio quería hacerse cargo de todos los gastos, no podía permitírselo. Ya había hecho demasiado. Aún me manda dinero de vez en cuando, aunque no debería, yo puedo hacerme cargo de mí mismo.

Ollie lo escuchaba con atención, sin intervenir en ningún momento. Cuando miraba a Adrien caminando por el pasillo de la escuela, lo único que se le pasaba por la mente era lo rudo que se veía con todos esos tatuajes adornando su cuerpo. La mayoría pensaba que por eso era lo suficientemente fuerte como para deshacerse de cualquiera que lo hiciera enojar. Él también había sido influenciado por esos rumores y temía a un Adrien sin sentimientos.

Ahora sabía que él no era así.

Había pasado por mucho, y aquel brillo de tristeza que a veces veía en sus ojos se debía a eso. El corazón se le estrujó, pero no por lástima sino por admiración. Al menos Ollie tenía a su madre para apoyarse en ella en los momentos difíciles. Adrien debió salir adelante solo, sin tener a alguien que lo abrazara cuando las cosas parecían caerse a pedazos.

Con cuidado, acortó la distancia que había entre ellos. Los ojos oscuros del otro chico estaban fijos en Ollie, quien posó una de sus manos sobre el pecho de este y la otra por detrás de su cuello. Con su palma derecha podía sentir sus latidos, los que se aceleraban bajo la tinta debido a su tacto.

—No quiero tu lástima —dijo Adrien y Ollie negó con la cabeza.

—No tengo. Eres maravilloso.

Adrien volteó los ojos.

—No tengo paciencia, golpeo gente para ganar dinero, soy un

puto dolor de culo para cualquiera que me conoce. ¿Eso es ser maravilloso?

Ollie seguía mirándolo y en su rostro se asomó una sonrisa.

—No te tengo lástima —repitió —. Me gustaría ser tan valiente como tú.

Adrien tomó el mentón de Ollie con sus dedos. Le parecía un sol que podía iluminar su vida en menos de un segundo. Además, en esa posición se veía como la pintura más bella que alguna vez vio, ni el más azul de los océanos o el bosque más frondoso podía hacerle justicia a ese hermoso rostro.

—Tú eres más valiente que yo, Mariposa.

Sus labios buscaron los de Ollie y sellaron así una noche de historias que había tenido a la luna de testigo.

Capítulo 19

La aguja comenzó a pasar por su piel, lo que trajo consigo aquel ardor que conocía a la perfección. Adrien había tenido que levantarse temprano para ir a la última sesión del tatuaje de su pierna derecha con Félix. Iba de mal humor en el tren, ya que se había quedado chateando con Ollie hasta la madrugada y había alcanzado a dormir muy poco.

—Relaja la pierna —lo regañó Félix, quien empezaba a rellenar el tatuaje—. No voy a terminar nunca si estás tan tenso.

Soltó un gruñido. Estaba de estómago sobre la camilla, ya que el tatuaje se hallaba en su pantorrilla, y esa posición no le ayudaba a calmarse. En un intento de buscar la pizca de paciencia que quedaba dentro de él, se colocó los audífonos para escuchar algo de música. Eso siempre lo ayudaba.

El tatuaje que estaban terminando era de un hombre sentado frente a un atril mientras pintaba. Félix había seguido su diseño y le agregó un fondo estrellado. Aquello representaba el sueño inalcanzable de Adrien de vivir de la pintura. Si no fuera porque las escuelas de arte eran tan costosas, quizá no hubiera tirado su deseo a la basura. Apenas tenía para vivir cómodamente, no podía darse el lujo de pagar algo así.

—¿Y qué pasa con el tal Ollie? —preguntó Félix como si nada mientras limpiaba la tinta, lo que captó su atención.

Se sacó los audífonos.

—¿A qué te refieres?

—Solo curiosidad. Nunca hablas de las personas que te gustan, así que al principio, cuando me pediste ir a la pelea, asumí que se trataba de una chica.

Adrien hizo una mueca.

—Eres igual de metiche que Sophia.

—Culpable. Pero, en mi defensa, esta es una faceta que en años de amistad nunca había atestiguado.

Félix le limpió la tinta de la piel por enésima vez.

—Entonces… ¿Eres gay?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué lo dices?

Se miraron y Félix alzó una ceja.

—A menos que no haya entendido algo, ¿no es Ollie un chico?

—Sí.

—Es decir, ¿te gustan los chicos?

—No… O sea, ¿creo? No lo sé.

Adrien era una persona densa, lo tenía claro. Hasta el momento, se había cuestionado sus sentimientos hacia Ollie desde una óptica que apuntaba a si en su vida había espacio para una relación con otro ser humano. Ni siquiera se había detenido a pensar qué significaba todo eso para su orientación sexual. No era algo que le importase mucho.

Además, sentía que Ollie era una persona irrepetible, sin importar su género.

—Bueno, no es necesario que te definas —dijo Félix intentando apaciguar su confusión—, solo quería preguntar.

—No sé cómo explicarlo. Solo me gusta y ya, ¿no es suficiente?

Su amigo sonrió.

—Claro que es suficiente.

Adrien no pudo evitar reír. No sabía qué decir porque todo era demasiado nuevo para él, en todo sentido. La poca experiencia que tenía en relaciones la había tenido con mujeres. Ollie era todo un universo que se abría ante sus ojos y quería conocer cada una de sus constelaciones.

¿Cómo poner en palabras todo lo que sentía?

—A decir verdad, no creí que escucharía esas palabras de ti —continuó Félix—. ¿Cuántas citas han tenido?

—¿Citas?

Detuvo la máquina tatuadora. No quería que hubiese ruido para que así la información entrase sin problemas en la cabeza de su amigo al explicarle cómo funcionaban ciertas normas sociales de cortejo.

—Sí. No quiero asustarte, pero la gente suele tener citas para conocerse. Ya sabes, lo que se ha hecho durante varios siglos.

—No hemos ido a una cita.

Félix miró a Adrien a los ojos.

—Eres un idiota.

No tuvo que explicárselo, Adrien también se sentía como un idiota.

Cuando llegó al instituto, el timbre que avisaba la hora de término de clases ya había sonado. Lo único que quería era ver si tenía la suerte de encontrar a Ollie por los pasillos, lo que por desgracia no ocurrió. Apenas compartían una clase y sus horarios eran muy distintos. De hecho, ese día tuvieron que ponerse de acuerdo por mensajes para encontrarse en el gimnasio y entrenar cuando las clases terminaran.

Durante toda la mañana, Adrien solo estuvo pensando en una cosa y esa era cómo invitar a Ollie a una cita. Sabía que era algo sencillo, pero el solo hecho de imaginarse haciendo la pregunta y recibiendo de vuelta un «no», le hacía entrar en

pánico. De seguro arruinaría la cita y el chico jamás querría verlo de nuevo. Deseaba que la inspiración divina llegase a él para así estar seguro de que no echaría a perder lo que ya tenían.

Pero le preguntaría, de eso no había duda.

Sin perder ni un segundo, salió al pasillo para caminar hacia la bodega, que quedaba algo alejada del edificio principal de la escuela, de donde retiraba el saco de boxeo. Esperaba llegar antes que Ollie para así poder ensayar lo que le iba a decir.

Con el saco en mano, comenzó su marcha hacia el gimnasio. La escuela ya estaba desocupada y apenas quedaban un par de almas dando vueltas. Adrien aceleró el paso al adentrarse una vez más en el pasillo. A pesar de que estaba bastante concentrado, no pudo evitar distraerse con un fuerte ruido. Se detuvo porque escuchó varias voces gritando desde el gimnasio, aunque no pudo entender qué decían.

Su mente no fue lo bastante rápida para descifrar lo que estaba pasando.

Dio varios pasos hasta llegar a la puerta del gimnasio. Cuando entró, se encontró con un grupo de al menos seis chicos, quienes tenían a alguien acorralado contra las gradas como una manada de depredadores.

Adrien dejó el saco de boxeo a un lado con cuidado, para que no notaran su presencia, y agudizó la vista para tratar de identificar de quién se trataba.

Hubiese preferido no ver nada. Hubiese preferido no escuchar aquel sollozo desgarrador. Hubiese preferido que cualquiera menos Ollie estuviera siendo tomado por el cuello de la camisa y recibiendo golpe tras golpe.

Conocía el rostro de los atacantes. ¿Cómo olvidarlo? Era el mismo grupo de idiotas que hace un tiempo se había topado en el baño fumando a escondidas. Normalmente, hacía caso omiso a las cosas que decían sus compañeros. Sin embargo, ese día fue diferente.

—¿Crees que salió con su culo intacto? ¡Claro que no!

Risas. Muchas risas.

—Mi tío trabaja en la comisaría y me lo dijo. Además, dudo que un marica así no haya regalado el culo apenas se le presentara la ocasión.

—Yo creo que le gusta. Solo hace escándalo para llamar la atención, pero si va vestido así, es obvio lo que busca.

—Aunque no sé quién podría querer algo con ese marica.

Más risas.

—Puta y marica. Walsh no puede ser peor. Deberíamos hacerle una visita, hace tiempo no nos divertimos con él.

Ese día tomó a uno de ellos por el cuello y les dijo que, si los oía hablar una vez más de Ollie o si se atrevían a ponerle una mano encima, acabaría con todos. ¿No fue suficiente su amenaza? A pesar de que juraron, muertos de miedo, que no lo harían, ¿se atrevieron a desobedecer?

Enojo. Eso es lo que le consumía. El enojo más legítimo y rabioso que nunca había sentido. Había esperado que sus palabras hubiesen sido suficientes para proteger a Ollie, pero se equivocó. Ahora se daba cuenta de que el chico vivía a la merced de la violencia de la gente que le rodeaba. Las simples amenazas no servirían para detener aquello. Debía contestar de la misma forma.

Fue como si algo se apoderara de su cuerpo, porque ni siquiera se detuvo a pensar en la situación. Poco importó que ellos fueran más. Corrió hacia el círculo que se había formado para empujar a todo el mundo y arremeter a quien sostenía al chico contra las gradas. Ambos cayeron al piso, desatando el caos.

Ellos habían tocado a Ollie y lo pagarían.

Capítulo 20

ADRIEN
te parece si nos vemos en el gimnasio para entrenar después de clases?

Ollie leyó el mensaje y de sus labios se escapó una sonrisa. Sin perder tiempo tecleó la respuesta, un eufórico: «allí estaré!». Había estado esperando esa señal durante toda la mañana y se sentía muy feliz de que por fin hubiese llegado.

Ya quería ver a Adrien.

Aquello había sido lo más interesante de su día. A pesar de que su vida había cambiado bastante durante las últimas semanas, su rutina escolar se mantenía intacta. Seguía siendo un fantasma que escuchaba los susurros de sus compañeros cada vez que pasaba por el lado de ellos. La diferencia estaba en que ya no le afectaba tanto como antes, ahora tenía mejores cosas de las que preocuparse, cosas que le hacían bien.

Sabiendo que ese día sería el primero en que vería a Adrien después de la mañana de confesiones, estaba agradecido de haber puesto un poco más de esfuerzo en su atuendo. Había elegido una camisa floreada de color durazno más una chaqueta de cuero azul, también traía unos diminutos *shorts* blancos y zapatillas del mismo tono. Durante el almuerzo, se arregló las uñas con la lima que siempre traía en su bolso, y Sophia aprovechó de pedirle que le ayudara con las suyas. Por último, usando su espejo de mano, delineó sus ojos y se puso un poco de sombra rosa, la que combinaba perfectamente con su cabello.

Estaba listo para que Adrien lo viese y le diera algún cumplido.

A pesar de que el resto del día se le hizo bastante largo entre Química y Álgebra, por fin escuchó el bendito timbre sonar y pudo salir del salón para ir en busca del chico tatuado. Se colgó la mochila en la espalda y, bastante distraído, salió en marcha hacia el gimnasio.

Estaba emocionado desde la noche anterior. Habían hablado por horas y le dolieron las mejillas de tanto sonreír. Aunque su conversación fue más bien trivial —sobre lo que hacían o él mandando fotos de Baekdu jugando con sus zapatos—, a veces había momentos en los que Adrien le decía cosas que le revolvían el

mundo entero y que le hacían enamorarse cada vez más.

Durante la noche, pensó en lo que deseaba. Definitivamente, Ollie quería ser algo con Adrien. La verdad es que no sabía cómo definirlo, pero aquello era lo que más repetía su corazón cada vez que pensaba en él. Quería que ambos fueran conscientes de que algo existía entre ellos, poder tomarle la mano en el momento que fuese y que él lo mirase a los ojos sonriendo. Que el resto supiera que estaban juntos.

Esperaba que no fuese mucho pedir.

Iba tan ensimismado que no se percató de que lo seguían de cerca. Como si nada, siguió su paso con la imagen de Adrien en su mente y, cuando estuvo a mitad de camino, sintió un fuerte agarre en su muñeca. Luego fue empujado con brusquedad contra la pared.

Ollie abrió los ojos preso del pánico cuando vio a Freddy, el líder de los chicos que le hacían la vida imposible hacía años, frente a él. Él era alto, tenía el cabello oscuro y unos dientes grandes que se parecían más a los colmillos de un lobo hambriento. Aquella imagen había aparecido más de una vez en sus pesadillas.

—Sígueme, marica.

Sin poder evitarlo, fue arrastrado hacia el gimnasio. Intentó zafarse y varios compañeros suyos vieron lo que pasaba, pero aun así nadie intentó ayudarlo. Ollie no esperaba más, a las personas les seguía sin importar lo que pudiese o no pasar con él.

Se detuvieron en las gradas, donde cinco de sus otros compañeros estaban esperando su llegada. Pudo escuchar que alguien cerraba las puertas a su espalda. Sin cuidado alguno, Freddy lo estampó contra el asiento y Ollie soltó un chillido de dolor.

—Adrien ya no está aquí para defenderte, perra.

Tras eso, comenzó una lluvia de golpes sobre su débil cuerpo.

No era la primera vez que Ollie era atacado con violencia. Ya había recibido empujones y uno que otro golpe en la cabeza, pero ahora era distinto. Todo se estaba sintiendo demasiado fuerte, demasiado doloroso. Ni siquiera entendía por qué Freddy y sus amigos estaban tan ensañados con él. Además, durante las últimas semanas habían pasado de su existencia. ¿Qué había cambiado?

Hubo un momento en que apenas pudo respirar por culpa de los diversos puñetazos que estaba recibiendo, la sangre se le había subido a la cabeza y estaba tan mareado que veía borroso. Ya no podía siquiera moverse para tratar de zafarse del agarre. Hasta el intento de respirar dolía, como si sus pulmones se hubieran transformado en un fuego vivo.

Estaba sin fuerzas y desamparado. Cuando sus ojos comenzaron a cerrarse, la imagen de Adrien apareció en su cabeza. Le hubiese gustado tener el poder de teletransportarse, porque así podría estar en menos de un segundo en los brazos del chico, donde se sentía seguro y querido.

Sintió que estaba a punto de desmayarse, ya no podía seguir resistiendo los golpes. Sus ojos se cerraron por completo y fue rodeado por una oscuridad que estaba lista para hacerlo dormir… Pero, unos segundos antes de que su cerebro se fuese a blanco y perdiese la conciencia, fue soltado por Freddy y cayó de bruces al piso.

A causa de la caída, sus ojos se abrieron y el pulso se le aceleró. El grupo ya no lo rodeaba, sino que estaba concentrado justo enfrente. Sin entender qué pasaba, buscó con la mirada a Freddy, quien estaba siendo brutalmente golpeado por alguien que estaba encima de él.

Adrien había llegado a su rescate.

Si antes Ollie estaba algo adormilado, ahora estaba más despierto que nunca.

La escena parecía sacada de una película. Mientras Adrien golpeaba a Freddy, fue tomado de los brazos por dos de los matones, quienes lograron ponerlo de pie pero no retenerlo. El pelinegro se zafó del agarre y, tomando la misma posición de cuando peleaba en el círculo, noqueó a ambos idiotas en unos segundos. Al ver esto, un tercer chico lanzó un golpe que le dio en la nariz, pero Adrien no tardó en encajarle, directo en la quijada, un puñetazo que lo dejó en el suelo. En ese momento, Freddy ya estaba de pie y se lanzó una vez más contra él, una idea muy mala. Apenas se acercó lo suficiente, Adrien le dio otro golpe, esta vez en la boca del estómago, el cual lo dejó cayendo de rodillas al piso, sin aire.

Ollie era testigo de todo ese caos con sus dos manos sobre la boca. Apenas quedaban otros dos chicos de pie, quienes miraban con cara de asustados a Adrien.

—Vengan —los desafió—. Tengo mucho más para ustedes dos.

Ante la amenaza, se miraron entre sí y salieron corriendo por el pasillo. Los únicos que quedaron de pie fueron Adrien, quien recién bajaba la guardia, y Ollie, adolorido y en pleno estado de *shock*.

—Vamos, Mariposa.

Adrien fue en busca del saco de boxeo, lo puso sobre su hombro y tomó a Ollie de la mano para comenzar a correr por el pasillo, dejando atrás a quienes se quejaban en el piso. Ollie apenas podía correr, pero no le importó, pues quería alejarse de ahí lo más rápido posible. Ni siquiera se atrevió a mirar atrás, tenía

miedo de que Freddy volviese por ellos, así que se concentró en la espalda de Adrien, que se veía tensa por debajo de la camiseta negra, y que ahora estaba empapada con sudor.

Unos segundos después, llegaron a la bodega del equipo deportivo del instituto y cerraron la puerta tras de sí. Al menos ahí podrían esconderse y respirar. Adrien se sentía demasiado enojado y cansado. Se recostó contra una pared y Ollie se le acercó preocupado. Al examinar su rostro notó que le sangraba la nariz y tenía el labio roto.

—¡Mierda! —sollozó, y es que las lágrimas se le habían acumulado—. ¡No debiste haberte expuesto así, no debiste!

Adrien hizo una mueca.

—Esos malditos… ¿Tú estás bien?

Aunque Ollie asintió con una sonrisa, Adrien podía ver a través de su acto.

—Yo estoy bien… Aquí importas tú.

Su cara pálida, la mano sobre el estómago, los raspones sobre la piel de sus brazos, el hecho de que sus movimientos fueran mucho más lentos y el ojo morado que parecía que comenzaría a hincharse dentro de poco eran cosas que no podía esconder, mucho menos de alguien como Adrien.

Con la manga de su chaqueta Ollie trató de limpiar la sangre que estaba en la cara de Adrien, no sin antes dejar escapar una pequeña mueca al alzar el brazo. A pesar de todo, Adrien había salido con pocos hematomas; de seguro, los otros chicos amanecerían peor al otro día.

—Mariposa… Mariposa, detente.

Adrien tomó su mano con suavidad, Ollie pensó que le estaba haciendo daño. Sus ojos se encontraron como si no se hubiesen visto hace mucho y, dentro de ambos, una corriente de calor recorrió sus estómagos. Sin importar lo que había pasado, ni la situación en la que se encontraban, aún no podían controlar la forma en que reaccionaban sus cuerpos a la cercanía del otro.

—Debo decirte algo —susurró Adrien.

Ollie se asustó.

—¿Qué tienes?

Quizá el escenario no era el más favorable, pero necesitaba dejar salir lo que tenía atorado en el pecho o se ahogaría. Tenía justo frente a él al rostro de un ángel, un ángel lastimado por el que haría cualquier cosa, hasta se metería en peleas peores solo para conservar su sonrisa intacta.

—¿Quieres tener una cita conmigo?

Ollie no pudo evitar soltar una risa combinada con lágrimas. No importaba qué tan asustado estuviera, Adrien Davis siempre encontraría la manera de hacerlo sentir seguro y en paz.

—Claro que sí.

Capítulo 21

—Deberíamos ir de compras —dijo Sophia.

Ella era la segunda persona a la que le había dicho que Adrien lo había invitado a una cita. La primera fue Amelia. En plena emoción, se había dado de bruces con un hecho crucial: él nunca había tenido una cita. No sabía con exactitud qué debía esperar. Aunque Adrien le había dicho que se encargaría de todo, también quería estar a la altura. Una de las cosas que más le preocupaba era su vestimenta. Por eso, cuando la chica se ofreció a acompañarlo a buscar algo, se sintió agradecido.

—¿En serio? No quiero molestarte si estás ocupada.

Ella rodó los ojos.

—¡No es ninguna molestia! Somos amigos, ¿recuerdas? Los amigos hacen este tipo de cosas.

Aún se sonrojaba al escuchar la palabra «amigos» salir de su boca. Era esa misma ineptitud social la que le hacía creer que podía arruinar la cita.

Después del instituto, Sophia esperó a Ollie apoyada en el portón de la salida. La gente aún hacía notar lo extraño que era el par al dirigirles miradas curiosas y confundidas. Sin embargo, si algo podía decir de su amiga, es que parecía ser a prueba de habladurías. Nunca mencionaba los susurros que se escuchaban cuando gritaba su nombre y agitaba la mano antes de ir a su encuentro, o el hecho de que, cuando estaba con él, las personas no se le acercaban como de costumbre. Era como si no lo notara y, si lo hacía, no iba a decir nada al respecto.

—¿Tienes alguna tienda en mente? —preguntó Sophia.

—Hay una tienda de segunda mano a la que voy con mi madre, tienen una buena selección de prendas.

—Pues vayamos.

Estar con Sophia era divertido. Como Ollie no era un gran conversador y se inclinaba más por escuchar, la chica llenaba los silencios sin problema. No le avergonzaba en absoluto dar a conocer sus opiniones o sus creencias, mas la prepotencia era algo que en ella no se encontraba. Podía escucharla hablar por horas. Era muy inteligente y tenía un humor que no dependía de burlarse de los demás. Entendía a la perfección por qué era tan popular entre sus compañeros y la gente en general.

—Siento que ahora tengo como amigo a un alien —dijo Sophia cuando iban caminando por la vereda—. ¿Adrien planeando una cita?

Qué locura.

—También me sorprendió. Siempre que creo que lo he descifrado, luego me doy cuenta de que no.

—El amor, ¿no? ¡Qué envidia!

Recordó lo que habían hablado brevemente en la fiesta de Finley. Ese día se había enterado de que a Sophia le gustaban las chicas; sin embargo, no había querido ser invasivo y preguntar mucho más. Quizás, ahora era el momento adecuado.

—Cuando estábamos en la casa de Finley dijiste que tenías novia o algo así, ¿a qué te referías con eso?

La cara de la chica se ensombreció, pero eso solo lo notaría alguien que le pusiera mucha atención a los detalles, porque seguía sonriendo como si nada.

—Terminamos, creo. O sea, ella me dejó de hablar porque nuestros padres se enteraron de nuestra relación y no la aprobaron. Supongo que así también se pueden terminar las relaciones.

—Lo siento mucho. ¿Llevaban mucho tiempo juntas?

—No alcanzamos a cumplir seis meses, pero fui muy feliz durante ese tiempo. Ella es muy hermosa, el hecho de que solo mirase en mi dirección ya era perfecto.

—Debió ser muy doloroso separarse y que tuvieras que venir aquí.

—Creo que alejarme me sirvió un poco. Estar en el mismo lugar que ella y que no me hablase me hacía pedazos. Al final, si bien mi madre insistió en que me viniera con ella, podría haber peleado por seguir en la ciudad. Pero no sé cómo habría terminado eso.

—¿Ya habías tenido otras novias?

—Nada serio. Estuve con una chica que salió del instituto hace unos años. Esta fue mi primera relación real, por así decirlo —Sophia miró a Ollie—. ¿Y tú? ¿Adrien es tu primer chico?

Ollie asintió sonrojado.

—Vaya, eso es ser valiente —contestó mientras reía—. Elegiste un espécimen sin igual.

Rieron al mismo tiempo.

La tienda a la que llevó a Sophia estaba algo alejada del centro del pueblo y era manejada por una anciana que adoraba a Amelia. Por lo mismo, era uno de los pocos puntos en los que se sentía seguro, aunque casi nunca iba solo hasta allí. El establecimiento estaba en una esquina. Sus paredes estaban pintadas de morado y los bordes de la vitrina eran color amarillo pato, lo que le hacía resaltar demasiado entre los demás locales. Al entrar, los clientes se topaban de frente con maniquíes que habían sido pintados de un fucsia neón y vestidos con conjuntos

de ropa distintos. Era un lugar extraño. La dueña les había dicho que sus decisiones sobre la decoración eran para atraer a un público más joven, aunque Ollie pensaba que no estaba dando mucho resultado.

—Me encanta —dijo la chica apenas se abrieron paso en el lugar.

No sabía cómo lo hacía, pero la anciana siempre lograba llenar los percheros con prendas de calidad y en tendencia, parecía un superpoder en toda regla.

—¿Vienes aquí con tú mamá? —preguntó Sophia mientras revisaban la sección de vestidos.

—Sí. Es amiga de la dueña.

—Genial. Ojalá pudiera ir de compras con mi madre. Siempre terminamos peleando porque odia cómo me visto. «Eres una dama, compórtate como tal, bla, bla, bla».

—Suena intimidante.

—Lo es.

No tenía recuerdos de la madre de Sophia, al menos no de su época de jardín de infantes. El vistazo que había tenido de ella el día que fue por la chica a su casa después de su cumpleaños era borroso, casi indistinguible.

—¿Piensas volver a la ciudad después del instituto? —preguntó curioso.

Sophia tomó una de las camisas que había encontrado y la puso contra su cuerpo para ver si le quedaba.

—Ese es el plan. Aunque no tengo idea de qué estudiar. ¡Odio tomar decisiones!

Se probaron ropa durante horas. Sophia había encontrado un nuevo pasatiempo y ese era vestir a Ollie, casi como si jugase a las muñecas. Le colocó vestidos, faldas de todos los tamaños, pantalones, camisetas y más. No paró hasta que encontraron el atuendo perfecto para la cita. Al verse al espejo, Ollie sonrió.

—Creo que, a este paso, yo también me enamoraré de ti —bromeó la chica.

Una amistad de ese tipo era algo con lo que Ollie había soñado gran parte de su vida. Cuando veía a las chicas del pueblo paseando o yendo de compras sentía envidia. Deseaba aquel vínculo de confianza, aquellas risas compartidas. Una amiga. Una confidente. La amistad femenina siempre le pareció algo bellísimo y lejano. Pero ahora estaba ahí, con una chica que quería ser su amiga, que no le importaba que la vieran a su lado.

—Gracias —susurró—. Por esto y todo, en realidad.

Sophia parecía confundida.

—¿A qué te refieres?

—Has sido muy amable conmigo —contestó mirando el piso—.

Pudiste haber actuado como los demás y no lo hiciste.

La chica frunció el ceño.

—Eso es lo mínimo, Ollie. Y no creas que hago esto solo por amabilidad —Sophia tomó aire antes de seguir—. Cuando te dije que recordaba el tiempo que pasamos juntos de niños, lo decía en serio. Estaba muy emocionada de verte otra vez. Siempre has sido alguien muy genuino, incluso de pequeño, eso es algo que nunca olvidé y que me ayudó también a entender los líos que tenía en mi interior cuando empecé a cuestionarme. Creo que este pueblo te ha metido en la cabeza que no tienes valor, pero es todo lo contrario. Espero que puedas verlo por ti mismo algún día.

Sintió calor en la garganta. No quería llorar.

—A lo que voy —siguió—, es que no debes agradecerme nada.

La palabra «gracias» estuvo a punto de salir por inercia de sus labios, pero la reprimió.

—¿Es lo que hacen los amigos? —preguntó Ollie.

Sophia le pasó el brazo por el hombro, sonriendo.

—¡Eso es lo que hacen los amigos!



Capítulo 22

—Han estado de suerte. El fuego no alcanzó a llegar a las paredes y solo quemó la cocina. Un poco más y hubiesen incendiado el departamento entero…, quizá hasta el edificio hubiese corrido peligro.

Adrien escuchaba lo que decía el bombero sin levantar la mirada. Jamás se había sentido tan idiota en su vida como en ese momento. Además, Ollie estaba a su lado aguantando una risa y eso no le ayudaba a soportar la vergüenza que le invadía por ser un distraído de primera. Le hubiese gustado salir corriendo para desaparecer un par de horas o, al menos, hasta que todo el mundo hubiese olvidado lo ocurrido.

Qué manera de arruinar una primera cita.

—Será mejor que para la próxima vayan a un restaurante —siguió diciendo el hombre, mientras anotaba algunos detalles para el reporte de lo sucedido—, es más práctico.

En serio quería enterrarse vivo cuatro metros bajo tierra. Había hecho demasiadas cosas estúpidas durante su vida, lo podía reconocer, pero aquello superaba su marca personal. Y es que arruinar una cita por completo era algo que jamás pensó que sería capaz de hacer.

Apenado, miró a Ollie, quien estaba envuelto en una manta rosa de los bomberos, la que, como todo lo que es rosa, hacía juego con su cabello. Este notó que era observado y lo único que hizo fue sonreír. Adrien no entendía por qué lo hacía si todo lo que había planeado se había arruinado. ¿Acaso estaba loco?

—No sé por qué estás tan feliz —lo cuestionó al fin.

Ollie se encogió de hombros.

—Según yo ha sido una noche memorable, ¿no crees?

No pudo evitar asentir, y es que Adrien lo creía al cien por ciento. Definitivamente, jamás olvidaría esa noche ni ese día porque, durante 24 horas seguidas, todo le había salido mal hasta terminar con la peor cita que ha existido en el transcurso de la humanidad.

Qué idiota…

—¡Adrien, levántate ahora o llegarás tarde a recoger tu traje!

Sus ojos estaban cansados y apenas podía abrirlos.

La voz de Sophia resonaba en su cabeza mientras intentaba estirar sus brazos hasta la mesa de noche, donde su celular yacía olvidado. Cuando la pantalla iluminó su rostro, lo que le molestó

por completo, se fijó en la hora. Apenas le quedaban quince minutos para ir por su traje y eso le hizo saltar de la cama para luego vestirse como alma que lleva el diablo.

—¡Mierda! —Era lo único que podía decir mientras trataba de encajarse los zapatos en los pies correctos.

Nunca en su vida había rentado ni comprado un traje, lo suyo eran los jeans rotos y las chaquetas de cuero, pero Sophia había insistido tanto en que sería un lindo detalle vestir bien para su cita con Ollie, que al final accedió. Lo malo era que ahora iba tarde y, si no se apuraba, podría perder la maldita reserva del único traje que le había quedado a la medida. Se suponía que había puesto la alarma para que aquello no sucediera, pero su celular se había negado a cooperar con él ese día.

Sintió una corriente de frío que le hizo abrocharse la chaqueta y salió de la habitación listo para una carrera con el fin de ahorrar tiempo.

—¡Cómprale flores! —gritó Sophia cuando se disponía a salir.

—¿Para qué necesita flores? —preguntó confundido, a lo que su amiga volteó los ojos.

—Solo hazlo y se las das, idiota.

No quiso contestarle porque eso le tomaría tiempo con el que no contaba, así que tan solo se limitó a salir por la puerta y comenzar a correr hacia la tienda.

Debió haber imaginado o, al menos, sospechado que las cosas saldrían mal desde el momento en que el traje que había alquilado no estaba disponible debido a su tardanza. Pese a que discutió con el tipo que manejaba el lugar, no pudo conseguir mucho, tan solo le dieron la opción de escoger otro. El problema era que, por más que buscó, terminó llevándose a casa uno que le quedaba gigante y se le caía, aunque era el más decente dentro de los otros que vio. Intentó darse ánimos diciendo que, de seguro, Ollie no lo notaría, aunque de inmediato se corrigió al recordar lo detallista que era el chico.

Rendido, se dirigió a su siguiente objetivo: las flores.

Le costó unas dos horas encontrar una florería abierta para poder cumplir su cometido. Era como si el mundo estuviera conspirando para que perdiese la paciencia. Tuvo que respirar muchas veces para calmarse y, tratando de hallar la poca serenidad con la que había nacido, entró a la única tienda que encontró, pero, al estar allí, no tuvo idea de qué elegir.

—¿Buscas algo en especial? —le preguntó la florista.

—Pues… No. Solo quiero flores para una cita.

Ella sonrió y se acercó para ayudarlo.

—La mayoría da rosas rojas para esas ocasiones porque tienen un aire muy romántico. Podría hacerte un ramo si gustas.

Adrien pensó en Ollie, en su cabello al aire, en la forma en que aquellas flores serían el fondo perfecto en un retrato suyo, y dijo que sí.

Con las flores listas, corrió de vuelta al departamento para vestirse mientras repasaba todo lo que sucedería cuando el reloj marcase las ocho. Su plan era llevar a Ollie a un restaurante en la ciudad, donde había pedido una reservación hacía ya una semana, apenas obtuvo la afirmativa del chico para su cita. Después de disfrutar de la cena, lo llevaría hasta el puente de la ciudad que quedaba sobre el río; aquello también fue idea de Sophia, aunque él no diría nada para poder llevarse todo el crédito. Por último, tomarían el tren de vuelta, lo iría a dejar a su casa y, con un poco de suerte, todo saldría muy bien y hasta podría ganarse algo más que unos besos.

Se colocó la chaqueta y luego terminó de peinarse. No sabía si lo estaba haciendo bien, así que salió para que Sophia lo viera.

—¿Todo bien? —preguntó y su amiga sonrió.

—Todo bien.

Se sentó en el sofá para seguir esperando a que el tiempo pasara, hasta que sintió su teléfono vibrar en el bolsillo. Lo sacó pensando que se trataría de Ollie, pero cuando vio que tan solo era un número desconocido, contestó de mala gana, pues ya había perdido toda la paciencia que tenía reservada para ese día.

—¡¿Cómo que han cancelado mi reservación?!

Adrien se negaba a creer que eso estaba pasando. Se había dado el trabajo de escoger un restaurante bastante elegante para que Ollie se sintiese especial y ahora los idiotas le salían con que, por un error en la agenda, su mesa no estaba disponible en realidad. De seguro, si hubiese tenido al encargado enfrente, hubiese descargado su rabia con unos cuantos golpes o, por lo menos, le hubiese gritado hasta quedar sin cuerdas vocales.

Maldijo hasta que la llamada terminó. Miró la hora otra vez y se dio cuenta de que tenía quince minutos para encontrar un nuevo lugar. Parecía que su única opción sería llevar a Ollie al local de comida china que habría las 24 horas, donde cenaron después de lo sucedido en la fiesta, lo cual aún atormentaba a Adrien.

—¿Y si cocinas tú? —le preguntó Sophia y él se rió de forma sarcástica.

—Claro, si quieres también vuelo en una escoba después.

—No es tan mala idea —insistió mostrándole un video en su teléfono—. Esta receta de pasta con camarones es sencilla y elegante. ¿A quién no le gusta la pasta? Puedo ir corriendo a la tienda a conseguirte lo que necesitas.

—¿De verdad crees que pueda hacerlo? —Él sabía que no era capaz ni de cocinar un arroz decente.

—No tienes muchas más opciones.

Pronto dieron las ocho. Sophia ya se había ido, no sin antes ayudarlo a preparar los camarones. Como la chica le había dicho, se guiaron de un vídeo de Youtube, aunque fue ella la que dio las órdenes que Adrien siguió al pie de la letra. En aquel territorio, era la experta. En silencio lavaron, cortaron y esperaron a que hirviera el agua. Con la comida casi lista, Sophia se despidió y dejó a Adrien preparando la mesa, perdido en su ansiedad. Se encomendó a todos los santos que conocía para que la racha de cosas malas que habían iniciado desde temprano se detuviera y lo dejaran respirar.

Cuando bajó la llama de la salsa, escuchó el timbre de su departamento. Entonces se le aceleró el corazón y tragó saliva repetidas veces. Quería respirar normal, pero estaba tan nervioso que se le hacía imposible. Resignado, se estiró y luego caminó con lentitud hasta la puerta, botó el aire que tenía atrapado en los pulmones y, por último, abrió la cerradura.

Ahí estaba Ollie, más bello que nunca.

El chico iba vestido con una camisa blanca perfectamente planchada, un blazer rosa encima, pantalones negros y zapatos igual de blancos que la camisa. Se había maquillado y los colores que había elegido iluminaban sus ojos. A pesar de ello, bajo la base aún se podía notar la hinchazón de su ojo, aunque ya estaba mucho mejor. Su mirada descendió un poco más, posándose sobre sus labios, que se veían demasiado apetitosos gracias al brillo rosa que se había colocado en ellos. En serio, estaba embobado con la imagen que Ollie le estaba regalando y lo único que quería era estrecharlo entre sus brazos.

—¿No me invitarás a pasar? —preguntó Ollie riéndose bajito.

Adrien salió de su trance y asintió con torpeza.

—Claro. Entra, Mariposa.

El chico pasó por su lado y cerró la puerta. Tener a Ollie vestido así, estando tan cerca, le hacía sentir un montón de cosas dentro del estómago. Jamás pensó que ese chiquillo sería capaz de hacer aquello con él, quien siempre se mostraba tan reacio ante cualquier cosa que involucrase encariñarse con alguien.

Ollie se estaba transformando en algo muy especial y dudaba poder detenerlo ahora.

—Sé que no era el plan —informó de inmediato—, pero nos quedaremos aquí a cenar. Yo cocinaré.

Ollie alzó una ceja confundido.

—¿Cocinas?

—Te sorprendería, Mariposa. Por cierto, tengo algo para ti.

Adrien tomó el ramo de rosas de la mesa donde lo había dejado

y, con una sonrisa, le estiró el regalo, casi dándoselo en la cara. Ese día estaba mucho más bruto de lo normal debido a lo nervioso que se sentía y esperaba que Ollie no lo notara, aunque, para ser sinceros, era casi imposible. Al menos las flores ayudarían a que pasara por alto aquel comportamiento torpe que estaba teniendo. Según Sophia y la florista, eran la cosa más romántica a la que nadie podía resistirse y, de seguro, Ollie le daría las gracias de forma tierna, como siempre lo hacía.

Pero lo único que recibió de su parte fue un estornudo.

Bueno, mejor dicho, uno tras otro y otro.

El chico estornudó cinco veces seguidas mientras alejaba el ramo de su cara. Adrien se le quedó mirando confundido, en tanto Ollie trataba de controlar lo que hacía su cuerpo. Definitivamente, aquello era muy raro.

—¿Estás bien, Mariposa? —le preguntó cuando lo vio recompuesto.

—Soy alérgico a las rosas…

Y es así como las cosas comenzaron a ir de mal en peor.

Capítulo 23

Si había algo que la ciencia podía comprobar con facilidad y de manera tajante, era que Adrien Davis estaba teniendo la peor de las suertes ese día. O al menos eso era lo que él pensaba ahora que ni siquiera había podido regalarle unas malditas flores a Ollie sin echarlo a perder. Ni siquiera tenía idea de que se podían hacer tantas cosas mal durante una primera cita, era todo un descubrimiento y uno que no le traía regocijo alguno.

—Mierda —maldijo al tirar el ramo de flores a la basura—, esto debe ser una broma.

Dejó a Ollie estornudando en la sala de estar mientras él se iba al ducto de la basura del edificio. Lo único que era capaz de hacer en ese minuto era atacar a todo el mundo en su mente, preguntándose por qué era que todo le salía tan pero tan mal.

Primera vez en su vida que hacía algo por alguien que no fuese él mismo y parecía que nada, por más simple que fuese, quería funcionar. La verdad era que, si la situación fuera distinta, ya se habría dado por vencido hace horas, saldría a fumarse un cigarrillo y caminaría sin mirar atrás hasta que sus pies dolieran, pero esa ya no era una opción para él, porque una dulce mariposa lo esperaba en el sofá.

Cuando volvió al departamento y vio a su cita, primero se fijó en su nariz roja y ojos húmedos. Se sintió mal, no solo por el hecho de haber provocado aquella reacción alérgica, sino porque no podía dejar de pensar en que Ollie se veía demasiado tierno así.

Estaba siendo un verdadero idiota.

—¿Necesitas algún medicamento? —Ollie soltó un pequeño estornudo.

—Ya se me quitará, no te preocupes…

—Si tú lo dices. —Adrien se frotó las manos con nerviosismo, ya no sabía qué decir para no quedar como un completo estúpido—. Supongo que iré a terminar de cocinar, espérame aquí.

Sophia le había dicho que no terminara la salsa de inmediato, que era mejor servirla caliente. Debía esperar la consistencia perfecta, pero se estaba demorando más de la cuenta, por lo que prefirió subir la llama a la espera de que eso sirviera. De verdad se estaba concentrando en cada detalle para no arruinarlo, no podía permitirse ser la causa de la alergia del chico y, además, obligarlo a comer algo que supiese mal.

Satisfecho con su trabajo, se estiró para relajarse un poco antes de volver a la sala de estar.

Sin poder evitarlo, se quedó un momento apoyado en el marco de la puerta, desde donde podía ver a Ollie jugando con el teléfono. Parecía estar de lo más concentrado en un juego, ya que arrugaba la nariz cada vez que una maniobra no salía conforme lo esperado. Adrien se fijó en cada sección del rostro del pelirosa, hasta en las ojeras que se le habían formado por culpa de los golpes que había recibido en el gimnasio. No importaba qué tan lastimado estuviese, Ollie jamás perdía ese encanto que lo hacía tan peculiar.

—Sé que me estás mirando.

Al escucharlo, se sintió atrapado. Ni siquiera espiar se le daba bien.

—¿Algún problema con eso, Mariposa?

Vio cómo Ollie sonreía y sintió que el cuerpo entero se le derretía.

—Ningún problema, señor gruñón. Pero podría hacerlo más de cerca. —Palmeó el asiento vacío del sofá—. Ven, siéntate conmigo.

Adrien ladeó la cabeza como haciéndose de rogar, lo que le sacó una risita. Por más que fingiera, sabía que no podía resistirse a lo que Ollie le pidiese. Estaba seguro de que, si iba a tener un punto débil, ese sería aquel chiquillo con cabello de algodón de azucár.

Caminó hasta el sofá, donde se dejó caer al lado de Ollie. Apenas estuvieron cerca, el chico posó suavemente la cabeza sobre su hombro, casi como un osito buscando acurrucarse. Adrien miró hacia el frente tratando de no temblar. No tenía ni la menor idea de cómo controlar todas las cosas que Ollie le hacía sentir. Quizá se veía duro en el exterior por el montón de tatuajes y *piercings* que decoraban su fachada, pero la verdad era que se sentía cada vez más débil cuando sus pieles se rozaban, como si fuera kriptonita pura para él.

—¿Y qué estás cocinando?

—Es sorpresa —contestó—. ¿Cómo sigue tu ojo?

—Duele menos. ¿Cómo está tu labio?

—Ya no siento nada. Fue un simple rasguño.

—O, quizá, tú eres demasiado bruto para sentirlo. —Ollie soltó una risita divertida—. Ya sabes, a los chicos malos nunca se les permite decir que algo les duele.

—¿Chico malo? ¿En serio crees que soy un chico malo?

Ollie se enderezó mientras le daba una vista periférica a todo lo que era Adrien en general, fijándose en los detalles interesantes que saltaban a su vista. Él se sintió demasiado observado, por lo que fijó los ojos en el piso para evitar la

vergüenza que le consumía. Poco le importó a Ollie, que no se detuvo.

—Bueno, ahora no eres un chico malo —concordó mordiéndose un poco el labio—. El traje te hace ver muy tierno, eso no ayuda con tu reputación.

Adrien puso cara de ofendido.

—¡Eso es por pasármela contigo! Haces que mi reputación se vaya por el retrete, Ollie.

—¡Oye, eso no es mi culpa!

—Claro que sí, Mariposa. Tú y toda tu ternura están haciendo que me vea menos amenazante.

—Entonces no te juntes conmigo —dijo cruzándose de brazos en pos de un digno berrinche de niño pequeño.

—No quiero dejar de hacerlo. Me gusta pasar tiempo contigo, Mariposa.

Sus ojos se encontraron. Adrien ya había mirado muchas veces a Ollie directo a los ojos, pero esta era la primera vez que veía un verdadero brillo de felicidad en ellos. Algo en su interior se estrujó al saber que él era el causante de aquella singular luz en las pupilas del chico que le gustaba. Era un tipo grande, pero se sentía demasiado pequeño y temeroso porque no quería arruinar de ningún modo lo que había entre ellos.

—¿Te gusta pasar tiempo conmigo? —le cuestionó en un susurro Ollie y él asintió.

—Bastante.

—¿Por qué?

No estaba seguro de cómo responder, así que lo resumió en una frase corta pero que definía lo que sentía a la perfección:

—Me haces sentir bien, Mariposa.

Ambos sonrieron. Después de esa frase, fue como si sus cuerpos se transformasen en imanes que comenzaron a acercarse. Adrien posó su mano en el mentón de Ollie, fijándose en sus labios rojos. Se le hacían tan apetecibles, como si le hubiese puesto la cosa más dulce justo enfrente.

—Me gustas, Adrien —dijo Ollie un tanto ido, logrando que los vellos de sus brazos se erizaran.

—Y tú me gustas a mí, Mariposa.

Las bocas de ambos se juntaron con suavidad, las lenguas comenzaron a coquetear y los cuerpos se deshicieron del espacio que existía entre ellos. Dentro de Adrien había una explosión de colores llenándolo de felicidad. Sentía que siempre había pertenecido allí y que haría cualquier cosa para quedarse de esa forma, con Ollie en sus brazos, para siempre.

Besar a Ollie se sentía perfecto, como si los hubiesen creado a ambos solo para que sus labios se encontrasen.

Ni siquiera se dieron cuenta de cómo las cosas comenzaron a avanzar hasta el punto en que ambos cayeron sobre el sofá, Ollie debajo de Adrien. Allí, comenzaron a acomodarse buscando la forma de conocerse más. Ollie posó sus pequeñas manos en la espalda que siempre había visto tan grande y fuerte. Le gustaba sentir con sus yemas la forma en que los músculos se contraían bajo su tacto. Tenerlo tan cerca le parecía un paraíso del que nunca creyó que podría ser parte y del que de a poco se estaba convirtiendo en adicto.

Por su lado, Adrien devoraba la boca del chico que lo traía loco. Saboreó cada centímetro de sus labios, deleitándose con los sonidos que salían de su garganta cada vez que se movía un poco encima de él. Los movimientos ocurrían por instinto, su poca experiencia no servía de nada ya que nunca había actuado con sus sentimientos tan a flor de piel en un escenario como aquel. Disfrutaba de tener a Ollie así, tan entregado a él. Si era sincero, no necesitaba nada más y, por muy tajante que sonase, podría hasta morir, porque se sentía demasiado feliz.

Se separaron lento. Adrien aprovechó de acariciar la cara del chico con devoción, como si quisiera guardar en su memoria cada detalle. Fue ahí que un pequeño temor comenzó a esparcirse por su cuerpo: Ollie era tan frágil y él solo deseaba protegerlo del mundo entero para no dejar que nada le pasase. Hubiese dado lo que fuera para volver el tiempo atrás y haberse dado cuenta antes de que aquella hermosa criatura estaba en el mundo para así evitar su sufrimiento.

—No dejaré que nadie vuelva a tocarte nunca más, Ollie. Eso te lo puedo prometer.

El chico lo miró conmovido y posó su pequeña mano sobre la mejilla de Adrien.

—No es necesario que lo hagas…

—Es necesario para mí, yo quiero hacerlo. Necesito saber que estás bien y que nadie te hará daño porque… Mierda, eres la cosa más perfecta que he visto en mi puta vida. Necesito mantenerte a salvo, necesito saber que estás bien para yo estar bien. No puedo hacer como si no me importaras o como si no me afectara lo que te pasa, porque sí lo hace. Me mueves todo aquí dentro.

Señaló su estómago y Ollie dejó escapar una risa.

—Adrien…

—Déjame terminar, Mariposa. Quiero que sepas que estoy seguro de que tú puedes con esto, eres demasiado fuerte, ni un pedazo de mierda puede contra ti… Pero quiero que esa carga que traes hace tanto tiempo sobre tus hombros sea más llevadera, lograr que las cosas sean más fáciles para ti. Soy un idiota de primera, pero voy a ayudarte… en lo que sea, yo…

—Adrien, espera…

—¡No quiero seguir esperando! Fui un idiota durante años al ignorar un montón de cosas que pasaban frente a mis narices y que te hacían daño porque siempre me preocupé por mí y solo por mí. Por favor, solo…

—¡Basta, Adrien! —gritó Ollie empujándolo para que se levantasen, lo que lo dejó de lo más confundido—. ¡Hay humo en todo el departamento!

En ese instante, Adrien miró hacia el techo y se encontró con una enorme nube de humo gris. Por sus fosas nasales entró un pesado olor a quemado. Casi tropezando, se levantó del sofá y corrió hasta la cocina, donde la llama que había dejado encendida creció lo suficiente como para casi tocar el techo debido a que un paño de cocina había sido olvidado demasiado cerca.

Ahora sí que lo había arruinado todo. Tanto la cocina como su declaración.

Capítulo 24

Jamás en la vida se había sentido tan avergonzado, y es que todo había quedado hecho un desastre. Los bomberos tomaron nota de los daños, los que no fueron tantos como creyó, pero eso no cambiaba el hecho de que ahora su cocina estaba reducida a un pedazo de chatarra color negro por culpa del fuego que la había consumido. Ni siquiera tenía idea de qué haría para remediar todo ese alboroto ni qué excusa le daría al tío Roman.

—No es tan malo como parece —susurró Ollie por sobre su hombro en un intento de consolarlo.

Adrien agradeció, para sus adentros, el intento de hacerle sentir mejor y soltó un suspiro pesado.

—¿Quieres salir de aquí? —preguntó Adrien—. Esta es mi excusa para intentar remediar la peor cita que ha existido en la vida.

Ollie asintió.

Las calles que recorrieron estaban vacías. Parecía que eran las únicas almas despiertas, lo que les permitía caminar disfrutando de una privacidad que no se conseguía a otras horas del día. Adrien tenía la mirada perdida en el asfalto mientras daban paso tras paso. En su mente trataba de idear algo que pudiese hacer para rescatar la velada, aunque ya tenía hasta miedo de respirar cerca de Ollie. Incluso algo tan simple como eso podría resultar en una catástrofe horrible y no estaba dispuesto a seguir cometiendo errores.

—¿Estás bien?

Alzó la mirada hacia Ollie, cuyos ojos brillaban bajo la luz de los faroles. No podía creer que, a pesar de todo, siguiese ahí, caminando a su lado, cuando él había estropeado hasta lo más sencillo. Debió haber hecho algo muy bueno en alguna de sus otras vidas para merecer que este chico tan solo lo mirara.

—Sí, Mariposa —contestó metiendo sus manos en los bolsillos de la chaqueta—. Es solo que quería que todo saliese bien hoy, ya sabes, pero lo arruiné por completo.

Lo escuchó frenar su marcha en seco. Adrien hizo lo mismo y, cuando se dio vuelta a mirarlo, notó que Ollie estaba con el ceño fruncido, como si lo que acababa de decir fuese algo estúpido. Ahora sí que no entendía nada de lo que estaba sucediendo. ¿Acaso ni hablar se le daba bien? Eso era demasiado injusto.

—Idiota.

El tono de reproche era evidente, quizá por eso le dieron

ganas de reír, porque venía de quien menos se imaginaba insultándolo. Si alguien más se lo hubiese dicho, estaría enfadado, pero ahora se le hacía de lo más tierno. En serio, ¿qué estaba haciendo Ollie con él?

—¿Por qué?

—Porque hiciste de esta cita algo maravilloso. Idiota.

Tragó saliva y el corazón le comenzó a latir desbocado. ¿Por qué Ollie debía decir esas cosas y hacerlo sentir tan débil cuando se suponía que él no dejaría que nadie lo hiciera?

—Mariposa…

—No —lo interrumpió de una vez—. Todo lo que hiciste para que tuviésemos nuestra cita ha sido lo más tierno que han hecho por mí. Además, lo que me dijiste en el sofá fue… lo fue todo, ¿sabes?

Adrien estaba petrificado. Tantos años fingiendo ser el tipo de persona a la que no le afectaba nada, que nada tenía influencia sobre su vida, demasiado desligado del mundo por su propio hacer. Solo le tomó encontrarse en su camino a un chico de mejillas rosadas para que toda su fachada se desmoronara. El acto había caído, no tenía escapatoria. No estaba listo para todo eso, ni un poco, y aun así se iba a entregar a lo desconocido.

—Ha sido una noche maravillosa —siguió diciendo Ollie y, en medio de sus palabras, le sonrió con todos sus dientes, como a Adrien le gustaba que lo hiciera—. En serio lo fue.

En ese momento, se sentía sobre un montón de nubes que danzaban en el cielo. Adrien siempre se había limitado al hablar de sentimientos, le asustaba dejar su corazón al azar porque ya había sufrido mucho durante su infancia como para tolerar el dolor que el amor traía consigo. Por eso, se había alejado de todo lo que pudiese recordarle aquello.

Y ahora estaba allí, totalmente cautivado por Ollie.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó con voz queda y mirándolo directo a los ojos—. No lo entiendo.

—¿Hacer qué?

Adrien tomó su rostro con ambas manos, dando paso a un beso dulce. No importaba cuántas veces lo besara durante su vida, siempre parecía que era la primera vez que le robaba el aliento. Fue allí que se dio cuenta de lo que estaba pasando justo frente a sus narices, algo demasiado grande que no podía detener por más que lo intentase.

Se separaron. Ollie sonrió y Adrien también.

—Esto —respondió al fin—. Ser tan tú y hacerme caer en tu trampa.

—Yo no te he tendido ninguna trampa.

—Dile eso a mi corazón.

Adrien se estaba enamorando de Ollie, el chico de pelo rosa a quien siempre veía llorar en los pasillos, ese que en un principio odiaba porque no entendía su incapacidad para defenderse, el delicado y detallista pelirosa; su completo opuesto.

Con eso dicho, Ollie pasó ambos brazos por el cuello de Adrien para que ambos pudiesen fundirse en un abrazo apretado. Ya no quedaba espacio entre ellos, y lo agradecían. Necesitaban sentir la presencia del otro lo más cerca posible, como si quisieran asegurarse de que todo eso era real.

—Te quiero demasiado…

Aquel susurro le movió el mundo. Ollie le hacía sentir cosas que eran demasiado para él.

—Te quiero más, Mariposa, mucho más.

Dejó un beso simple en sus labios antes de buscar sus dedos para entrelazarlos. Jamás le había tomado la mano a alguien al caminar, pero, junto al chico, todo sucedía de forma tan natural que estaba pensando seriamente en que podría acostumbrarse a todo eso. Ahora la idea de tener pareja no se le hacía tan horrorosa.

Siguieron caminando y pronto se erigió ante ellos el Puente de los Susurros. Cuando llegó al pueblo, escuchó sobre la leyenda urbana del lugar. Se decía que si los enamorados iban ahí y susurraban sus deseos de amor eterno, estos se cumplirían. Aquella historia era la excusa perfecta para que la gente lo considerase como un destino obligatorio para visitar con la persona que te gusta. A él le importaban poco las leyendas, su interés radicaba en el paisaje, ya que ese era uno de los pocos lugares que rescataba del pueblo por su concentración de flora y la corriente de agua clara del río. Como su plan siempre había sido, al final de la cita, llevarlo a disfrutar de la vista nocturna, el lugar era una buena solución de emergencia. Quizá ahora podría hacer algo bien y darle a Ollie una pequeña sorpresa que no se saliera de control.

Al llegar al lugar, subieron al puente aún de la mano y no se detuvieron hasta llegar a la mitad de este. Había enredaderas que cubrían los pilares principales, árboles frutales refrescaban las entradas y, debajo, el río de la ciudad fluía con un ritmo constante. A los oídos de ambos llegaba el sonido del movimiento de las aguas junto con el leve silbido del viento. Ollie se arregló el cabello despeinado mientras que Adrien pasaba su brazo derecho por sobre sus hombros. Allí, ambos se quedaron en silencio disfrutando de la hermosa vista que tenían enfrente.

—Todo es muy lindo —susurró Ollie apoyando la cabeza sobre el hombro de Adrien.

—No tanto como tú.

Ollie rió y lo abrazó.

—No tienes idea de lo mucho que me gusta que me digas cosas así.

Esta vez rodeó al chico con ambos brazos. Quería proteger a Ollie ante todo, no dejar que nada ni nadie lo pasara a llevar. Se daba cuenta de que daría su vida entera para que sonriera, por muy pasado de la raya que eso sonase.

—Eres el único al que se las diré.

Ollie alzó la cara y le depositó un suave beso en la mejilla, porque algo le decía que el chico jamás le mentiría con algo así. Solo eso bastaba para dejar satisfecho a Adrien.

—Haría cualquier cosa por ti —insistió—. En serio. Sé que esta cita no fue lo que esperabas y te lo quiero compensar…

—Adrien…

—¡Hazlo por mí! —rogó aprovechando de apretar un poco más el agarre en el chico—. Quiero remediar este desastre, hacer todas esas mierdas románticas de película por ti, Mariposa. Solo dime que quieres, por favor.

Se quedó pensativo, ¿qué quería? Pero si ya le bastaba con tener a Adrien a su lado, no había necesidad de más. De todas formas, pensó un poco, tan solo para darle el gusto.

Quizá sí había algo que deseaba y que solo Adrien podía darle.

—Quiero tatuarme. Pero el diseño debe ser hecho por ti.

Adrien abrió los ojos y él le sonrió de forma traviesa.

Nadie jamás habría pensado que no eran tan distintos después de todo.

Capítulo 25

—¿Tienes miedo?

Esa era una pregunta bastante difícil de contestar, porque dentro de su cabeza había acumulado muchos pensamientos que no le dejaban hallar la respuesta correcta. En ese momento, se sentía como si le estuvieran haciendo una entrevista que podría definir su futuro.

—Creo que sí —admitió aferrándose al brazo del chico que estaba a su lado, como si este fuese una especie de pilar que lo mantendría a salvo si todo se derrumbaba. Los dos pares de ojos que se encontraban a su lado se posaron sobre su semblante asustado y Ollie pensó que ahora sí había quedado en total evidencia.

—Pues no te ves muy convencido.

Adrien lo había llevado a la ciudad para que pudiera ser tatuado. La verdad era que todo el entorno le parecía bastante llamativo. La tienda tenía una pared negra con grafitis de color blanco que rellenaban todo el espacio, había toques de verde gracias a las plantas de grandes hojas que adornaban las esquinas, y los muebles estaban hechos de madera oscura. No era un lugar al que temer, pero eso no impedía que hasta las piernas le temblaran ahora que se encontraban allí.

—Podemos volver otro día, Mariposa.

Alzó la mirada hacia Adrien, quien intentaba calmarlo con una sonrisa. Si estaba nervioso, no se notaba. A veces envidiaba demasiado el semblante serio con el que lograba ocultar de muy buena forma cualquier tipo de miedo existente. Claro, durante su cita había visto otra faceta de su personalidad, un Adrien ansioso y frustrado, algo que ni en sus sueños más locos hubiese imaginado. Sin embargo, aquella había sido una ocasión puntual. Adrien, en el día a día, podía mostrarse mucho más impermeable. Por el contrario, Ollie era de ese grupo de personas a las cuales siempre se les notaba a leguas cuando estaban asustadas…, tal como en ese momento.

—No, no. Ya estamos aquí.

Adrien tomó su mano y pudo sentir cómo intentaba relajarlo con su firme agarre. Él estaba ahí y eso hacía todo mejor o, al menos, más llevadero. Ollie sabía que no sería capaz de soportar sus nervios sin su ayuda, de seguro saldría corriendo como una gallina apenas tuviese la oportunidad de arrepentirse.

En medio de su conversación, y con los dedos aún entrelazados,

escucharon que Félix se acercaba a ellos, lo que significaba que ya era hora de empezar.

—¿Listos? —preguntó Félix y Adrien miró de nuevo a Ollie.

—Puedes arrepentirte, Mariposa, en serio.

Pero, en el fondo, Ollie no quería arrepentirse. Había tenido una semana completa para analizar la situación y pensar en todos los pros y contras que el tatuaje podría traerle. Se trataba de una marca permanente en su cuerpo y eso era algo que no podía decidir a la ligera. Sin embargo, las diversas modificaciones corporales, desde su forma de vestir para acentuar ciertas partes de su cuerpo hasta llevar el cabello de color fantasía, le ayudaban a sentir cierto control sobre su propio ser. Si bien sería el cambio más doloroso que le haría a su cuerpo, llegó a la conclusión de que, a pesar de todo, sí quería hacerlo. No podía seguir huyendo de las cosas que deseaba solo por tener miedo, ese sentimiento ya no debía consumirlo más.

Además, una de las mejores partes de lo que iba a experimentar era que el diseño de su tatuaje había sido hecho por Adrien.

—No —respondió esta vez más convencido—. Quiero hacerlo.

Dicho eso, Félix los guió a una pequeña sala donde había una silla parecida a la de los dentistas, con una luz encima y un pequeño banquillo acolchado al costado. El cuarto contaba con una pared de color rojo intenso, donde estaban colgados varios cuadros con diseños de tatuajes que Ollie se quedó mirando. En especial, se fijó en uno de un tigre bajando por una cascada. Le impresionó la precisión de la técnica con la que el artista había plasmado las sombras. Mientras más lo miraba, más se le hacían conocidos esos trazos.

—Ese lo dibujé yo —admitió Adrien detrás de él, y Ollie entendió de dónde venía aquel *déjà vu*.

—Me lo imaginé, se parece mucho a los que están en tu habitación.

Ollie lo abrazó con ternura.

—Bien —dijo Félix tomando asiento en el banquillo—. ¿Qué te vas a tatuar?

Apenas Ollie le confesó que había decidido hacerse un tatuaje, Adrien lo llevó a su casa para trabajar en el diseño. Pasaron la noche buscando estilos, inspiraciones, mirando los dibujos de Adrien y el portafolio de tatuajes de Félix.

—Definitivamente, quiero algo con color —dijo Ollie mirando una de las ilustraciones de Adrien en la que había utilizado acuarelas—. Me encantaría llevar algo como esto en mi piel.

—Hay un estilo que se llama *watercolor* —contestó Adrien mientras buscaba en su teléfono un ejemplo—. Juegan más con los pigmentos que con las líneas para hacer las formas.

Cuando Ollie vio a lo que se refería, dijo:

—No se parece en nada a tus tatuajes.

—A mí me gusta más el *old school*. Mucho blanco, negro y trazos gruesos.

—¿Crees que me podrías diseñar algo parecido a lo que me enseñaste?

—Claro. Amo los retos. Además, Félix tiene experiencia haciendo tatuajes que parecen pinturas.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero se quedó hipnotizado al ver a Adrien trabajando con el cuaderno de hojas blancas sobre las piernas. Tenía el ceño un poco fruncido y movía el lápiz rápido de un lado a otro. Ollie no se atrevió a moverse, pues pensó que, si hacía ruido, destruiría la magia del momento.

Ahora Adrien estaba sentado a un costado de la silla sosteniendo la mano de Ollie, quien apretaba sus dedos con fuerza aunque la aguja aún ni se le acercaba a la piel. Desde su perspectiva, parecía un hámster asustado. Tenía la camisa abierta, lo que dejaba el lado derecho de su pecho expuesto al aire debido a que el tatuaje iría sobre la clavícula. Sabía que debía calmar a Ollie para que toda la sesión no se volviese una horrible tortura, pero estaba demasiado distraído con la piel blanquecina que ahora estaba expuesta ante él.

¿Por qué debía ser tan bello?

Cuando la máquina para tatuar fue encendida, el sonido de esta llenó el lugar de una vez, como el zumbido de un enorme panal de abejas. Ollie se tensó un poco por eso. Adrien lo notó y se acercó más para que pudiera sentir su cuerpo aunque estuviera con los ojos cerrados. No le gustaba verlo así porque le recordaba al chico indefenso que veía caminando por los pasillos de la escuela mientras todos se burlaban a su costa. Pero si Ollie deseaba tatuarse, él se quedaría a su lado y haría todo lo que estuviese a su alcance para calmar el miedo que traía consigo el primer tatuaje.

—Bien, aquí viene el primer pinchazo —anunció Félix—. Necesito que estés relajado y que no te muevas. Lleva tu mente a otro lado si es necesario.

Ollie asintió y luego respiró varias veces antes de sentir un ardor latente bajo la clavícula derecha. Le dolía y, por un segundo, quiso saltar, pero se mantuvo quieto cómo le habían indicado. Adrien ya le había advertido que los lugares cercanos a los huesos podían ser más dolorosos debido a que contaban con capas de piel más delgadas, no como en la zona de los muslos o brazos, donde estas eran mucho más densas, lo que ayudaba a combatir un poco el dolor de la aguja.

Siguió tratando de controlar su respiración, pensando que eso

lo ayudaría, aunque no mucho cambió. Por inercia, apretó con fuerza la mano de Adrien, quien no había dejado de mirar su reacción desde que la sesión había iniciado.

—Hablemos de algo, Mariposa. Cuéntame cualquier cosa que se te venga a la mente.

Adrien sabía que lo más apropiado para estos casos era distraer a Ollie del dolor que pronto sería mayor, ya que la aguja volvería a pasar sobre la piel lastimada, y la mejor manera para hacerlo era que este le hablase.

—¿Qué quieres que te diga?

—Cualquier cosa, alguna anécdota, lo que sea, tú solo dime.

—Pues… ¡Auch! —Ollie había soltado un alarido, ya que la aguja había tocado un punto sensible, pero se recuperó en cuanto Félix se detuvo a limpiar la tinta—. Cuando era pequeño… mi madre me llevó a clases de ballet…

—¿Ballet? ¿Con el tutú y todo?

—Obviamente —Ollie rio y empezó a sentirse más relajado, aunque no menos adolorido—. No hay ballet sin tutú.

—¿Y aún sabes bailar así?

—Supongo. ¡Ay! —Apretó la mano de Adrien, pero no dejó de hablar—. Ya sabes, recuerdo cómo ponerme en punta y las poses básicas…

Los minutos pasaban y Ollie seguía hablándole a Adrien sobre su experiencia en el estudio de danza. El dolor de la aguja quedó en segundo plano y tan solo sentía dolores punzantes que interrumpían su habla de vez en cuando. Entonces, Adrien subía su mano hasta su cabeza para acariciarle el cabello, y Ollie podía jurar que se sentía como un gatito mimado que estaba siendo calmado por su dueño.

—El tutú siempre fue mi parte favorita de las clases. Me gustaba cómo se veía la tela cuando saltaba y daba vueltas frente al espejo del salón de práctica. Mi madre me hizo el mío y, aunque mis compañeras llevaban unos muchos más caros, para mí era perfecto. Mi padre creía todo lo contrario…

Con el pulgar, Adrien hizo círculos sobre la palma de Ollie, como un intento de alejar aquel sentimiento de pesadez que se le estaba formando en el pecho. Oír sobre el pasado de Ollie era una de esas cosas que podía hacer que se sintiese fatal consigo mismo. Después de todo, sabía que tampoco había tenido una vida fácil y, aunque antes se enfadó con él muchas veces, pues pensaba que solo se dedicaba a llorar, ahora tenía bastante claro que el chico sentado frente a él era demasiado fuerte para este mundo.

—Lo siento. ¿Estoy siendo muy pesado? Hablemos de otra cosa.

Adrien miró por encima de su hombro a Félix, quien llevaba audífonos puestos y no podía escuchar las palabras de Ollie. Se

le hacía demasiado íntimo ese momento ya que, por primera vez, se estaba abriendo ante él como una pequeña flor en primavera. Quería que, al menos, aquellas palabras fuesen solo de los dos, así como lo había sido la conversación que tuvieron sobre su madre.

Devolvió su mirada al chico sobre la silla. Deseaba saber mucho más sobre él.

—¿Y qué pasó con tu padre?

El cuerpo de Ollie siempre se sentía débil cuando ese tema era tocado; ni siquiera cuando hablaba con su madre se libraba de aquel molesto nudo en la garganta que no le dejaba pronunciar las palabras de forma correcta. En cualquier otro momento, hubiese preferido cambiar el tema de una vez para olvidarse de todo, pero a su mente llegaron los recuerdos de Adrien hablándole sobre su madre y de su vida como huérfano, lo que lo volvió incapaz de mantenerse en silencio. Si aquel chico que rehuía constantemente de sus emociones era capaz de hablar sobre sí mismo basándose en la confianza, él también podía hacerlo.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo, Mariposa.

Esta vez, la mano de Adrien se posó en su cara y Ollie soltó un suspiro largo para prepararse. En serio quería a ese chico tatuado, y por eso le diría lo que pasó con quien hace años llamó «padre».

—Nunca nos llevamos bien…

Capítulo 26

Sus padres le habían comprado una mesa pequeña y una silla a juego. Ambos pedazos de madera eran perfectos para su altura a los cuatro años. Se suponía que allí debía hacer sus tareas para el jardín de infantes o, simplemente, dibujar, siguiendo la línea de comportamiento esperada para un niño de su edad. Pero Ollie era distinto, siempre lo fue.

—¿Un poco más de té, Princesa?

Tenía su delgada pierna derecha puesta sobre la otra y estaba concentrado en servirle el té —que consistía en agua de la llave — a su osito de peluche con la tetera vieja que su madre había comprado años atrás y que ahora no ocupaba porque tenía una nueva. Era un juego improvisado, pero que lo hacía muy feliz.

—¿Qué dices? ¿Está muy caliente?

Una vez, escuchó a una amiga de su madre decir que él era lo que se consideraba un afeminado de nacimiento. Siempre destacó por identificarse con las cosas que, supuestamente, solo las chicas debían usar y se interesaba más por el arte que por los deportes. Además de eso, solían confundirlo con una chica debido a su baja estatura, cuerpo delgado, mejillas regordetas y cabello largo, mantenido así por su madre a causa de las súplicas que él hacía de jamás cortarlo.

En la calle siempre felicitaban a sus padres por la bella niña que estaban criando, aunque solo su padre se alteraba y dejaba bien en claro que él era un chico. Y a pesar de que veía estas situaciones en su día a día, aún no las entendía. ¿Era tan malo que la gente pensara que era una niña? Compartía con ellas en el jardín de niños y no le parecían peligrosas. ¿A qué le temía tanto su padre?

—¡Mierda, Ollie, otra vez!

La voz del hombre le hizo derramar el agua sobre su mesita. Ollie siempre se asustaba cuando él gritaba, lo que pasaba casi todos los días. Su padre odiaba sus juegos.

—¡Cuándo será el día en que aprendas!

Con dureza le separó las piernas y tiró al piso todos los juguetes con los que estaba tomando el té. Fue ahí que Ollie comenzó a llorar con fuerza por culpa del susto que le había generado ver a su padre tan descontrolado. Estaba confundido, quería llorar y temblaba.

—Así se sientan los hombres, ¡entiéndelo!

Otra cosa que no entendía. Su padre siempre le decía que tenía que actuar como hombre, mientras que él quería ser una princesa al igual que su osito.

Su parte favorita del día eran las clases de ballet. Las esperaba con ansias y siempre le pedía a su madre que lo llevase más temprano para poder hacer volteretas en el estudio antes de que las demás niñas llegaran. Si bien él era el único chico, las miradas prejuiciosas de las otras madres no mermaban ni un poco la felicidad que le daba bailar como una verdadera princesa. Ollie tan solo se concentraba en ser el mejor durante las lecciones, y su profesora siempre lo felicitaba por su esfuerzo.

—¡Por favor, mami! —pidió un día—. Todas las niñas tienen uno, son muy lindos.

Fue así que su madre le hizo un bello tutú color rosa pastel que llevaba pequeños brillos incrustados en la tela y con el que fue a sus siguientes clases, donde recibió varios elogios por parte de su profesora y compañeras. Quizá, para la mayoría tan solo se trataba de un pedazo de tul sin importancia, pero para Ollie era mucho más que eso.

Cuando lo usaba se sentía cómodo, como si pudiese hacer cualquier cosa. El tutú era una extensión de su cuerpo, liberaba sus movimientos y le daba confianza. Era allí cuando se sentía verdaderamente feliz y su madre lo notaba, por eso le daba en el gusto, aunque su padre estuviese en total desacuerdo. Prefería ver a su hijo riendo con su tutú que llorando en algún rincón debido a que su marido no podía aceptarlo.

Lástima que esa tarde nada salió bien.

—¿Puedo quedarme con el tutú puesto, mami?

Amelia no quería negarse, pero debía hacerlo.

—Ya sabes cuál es el trato, bebé. Irás a tus clases de ballet siempre y cuando tu padre no sepa de ellas. Si te ve con ese tutú, no te dejará volver.

—Pero él siempre llega después de la cena. Puedo quitármelo antes de eso.

Amelia lo miró por el retrovisor y le fue imposible decirle que no a ese lindo puchero y sonrosadas mejillas. Además, el pequeño tenía razón: su marido no llegaría hasta después de la cena debido a que esa noche tenía una comida con los ejecutivos de su trabajo y debía asistir como jefe del área de publicidad. No habría ningún problema con que Ollie siguiese con el tutú puesto si lo guardaban antes de que anocheciera.

—Está bien, pequeñín. Puedes quedarte con el tutú puesto.

Ollie le tiró un beso al aire a modo de agradecimiento y ella sonrió con ternura al verlo tan feliz. Eso era lo único que deseaba para él durante el resto de su vida, pero, a pesar de

sus buenos deseos, no pudo detener la tormenta que se les venía.

Su padre había llegado a casa antes de lo esperado y ambos quedaron sorprendidos cuando bajaron del auto, abrieron la puerta y se dieron cuenta de ello. Ollie llevaba su lindo tutú rosa, lo que dejaba en evidencia que Amelia lo había llevado a las clases de ballet que el hombre le tenía prohibidas.

Aún recuerda que sintió tanto miedo, que corrió por las escaleras mientras era perseguido por su padre. Se encerró en su cuarto con pestillo para que él no pudiese abrir, incluso entró en el armario para protegerse aún más, ocultando su pequeña cabecita entre sus piernas. Recuerda lo mucho que lloró. Su padre golpeó la puerta del cuarto con fuerza durante unos quince minutos hasta que, por fin, lo escuchó alejarse por el pasillo.

A pesar de que creyó que todo había terminado, pronto oyó los gritos del hombre ahora dirigidos a su madre. Por más que Ollie se tapó las orejas con ambas manos, estos quedaron marcados en su memoria y eran evocados como si los hubiese oído el día anterior.

—¡Será un maldito marica por tu culpa!

A los siete años no tenía idea lo que «marica» significaba, aunque podía deducir que era algo muy feo y que, por eso, su padre se enojaba tanto. Ollie no quería ser un marica, claro que no. Tan solo deseaba ser una niña porque así nadie le gritaría o miraría raro por usar un tutú rosa.

Después de varias horas de gritos y golpes sordos en los muebles, Ollie oyó un portazo proveniente de la puerta principal para luego, unos minutos más tarde, distinguir la voz de su madre desde afuera de la habitación.

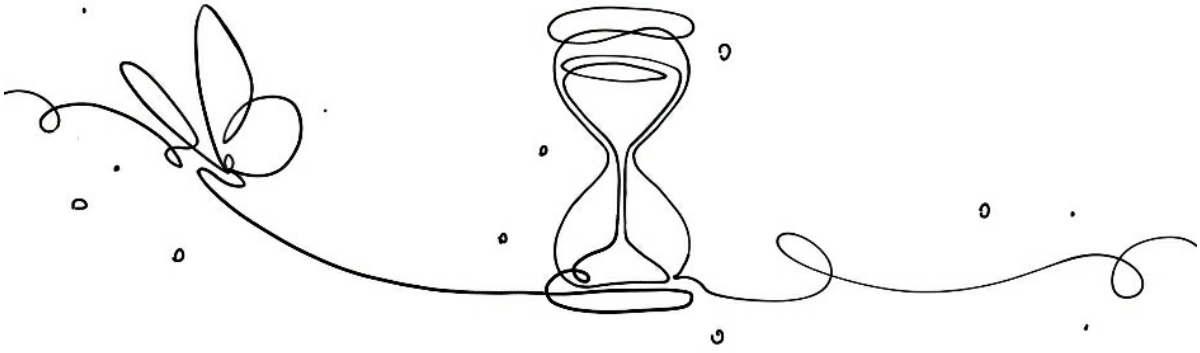
—Bebé, soy yo, ya puedes salir de allí.

Con cuidado, se levantó y abrió el seguro. Apenas vio a Amelia saltó a sus brazos y se aferró a ella como un koala, con las lágrimas deslizándose por sus mejillas. No quería oír más gritos ni peleas, tan solo deseaba estar con su mami y que nada malo volviese a suceder.

—Todo está bien, pequeño —susurraba ella dejando besos en su frente y acariciando su cabello—. Ahora solo somos tú y yo, nadie te tratará así de nuevo.

Después de ese día, Ollie jamás volvió a ver a su padre.





Una pequeña lágrima se escapó de sus ojos y rodó por su mejilla. A Ollie le entristecían demasiado todos esos recuerdos. De vez en cuando, sentía un dolor en el pecho, una angustia provocada por la idea de que su padre los había dejado solo porque no soportaba tener a un hijo afeminado. Era algo con lo que cargaba todos los días y parecía que nunca podría superarlo por completo.

Después de terminar la historia, sintió el pulgar de Adrien sobre su cara, limpiando el llanto con suavidad. Ollie agradecía que estuviese escuchándolo, puesto que no le interesaba contarle sus memorias a nadie más que no fuese ese chico.

—Eres demasiado fuerte, Mariposa. Nunca lo olvides, porque yo te admiro.

Un beso fue depositado en su frente. Ahora se sentía tranquilo porque podía ser él mismo y había encontrado a alguien que lo quería de verdad, con su personalidad demasiado femenina incluida. Quizá no tenía a su padre, pero sí tenía a un chico que le robaba el corazón cada vez que sonreía a su lado.

—¡Listo! —anunció Félix mientras se sacaba los audífonos y detenía la máquina—. Lo limpio y ya podrás verlo.

Ollie soltó un suspiro aliviado, su hombro dolía a causa del tiempo que estuvo quieto y la piel le ardía. Agradecía que ya todo hubiese terminado y que podría ver su primer tatuaje en unos pocos segundos más. Antes de que se levantara de la silla, Félix roció un líquido en la zona de la clavícula, el cual ayudaría a bajar la hinchazón provocada por la aguja, y luego lo limpió por última vez dejando listo el tatuaje.

—Ven, Mariposa. Te guiaré al espejo.

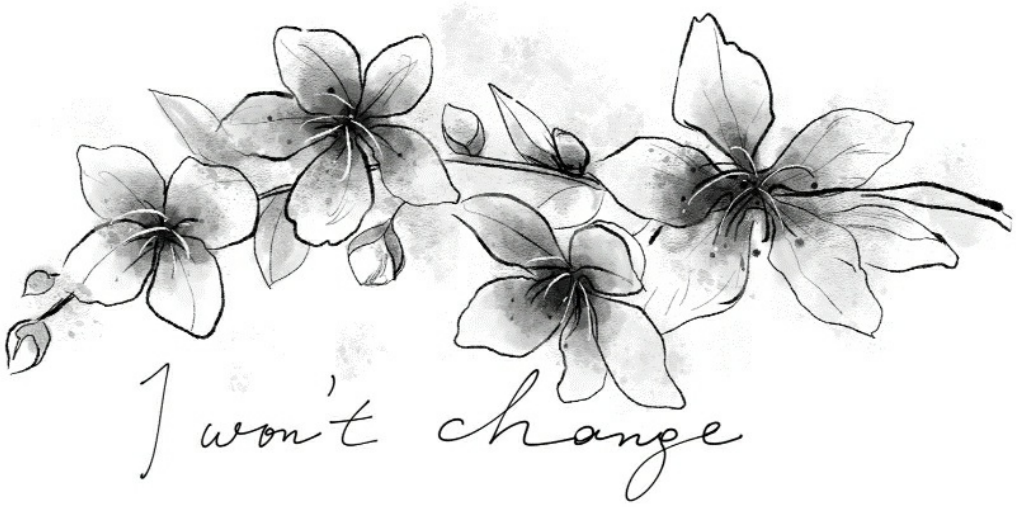
Ollie sostuvo la mano de Adrien y se levantó de la camilla para luego poner ambos pies en el piso. Su corazón latía a mil, ya quería ver la obra de arte que sería parte de su cuerpo por el resto de su vida. Cuando se detuvieron, supo que ya había llegado el momento, y entrelazó sus dedos con los de Adrien para tener un soporte.

Sus párpados se alzaron y lo primero que vio fue a sí mismo y a Adrien frente al espejo. Le tomó unos segundos acostumbrarse a la luz, pero, cuando lo hizo, su vista se dirigió hacia su clavícula, donde se había tatuado el dibujo más bello que alguna vez vio.

—Tú eres delicado, bello y colorido, como una flor. Además, tienes una personalidad única. Eres bellísimo, Mariposa. Por eso he hecho este diseño.

Su tatuaje constaba de una hilera de flores de cerezo que parecían haber sido pintadas con acuarelas sobre algún lienzo. Los tonos rosados se mezclaban de manera armoniosa, pasando por un suave pastel hasta llegar a un magenta vibrante, lo que le

aportaba profundidad y dimensión a cada flor. Las pequeñas salpicaduras de tinta que simulaban gotas de acuarela lograron imitar la textura a la perfección sobre su piel. Bajo estas estaba escrita en cursiva la frase:



Mientras miraba la tinta que adornaba su piel, no podía dejar de pensar en que era justo lo que deseaba y jamás había logrado materializar por sí mismo. Adrien, y Félix también, sobrepasaron cualquiera de sus expectativas.

—Es hermoso —susurró sin poder quitar su mirada de su propia piel.

Adrien lo abrazó por la cintura sin despegar la mirada del reflejo de ambos. Allí se veían tan distintos que llegaba a dar risa la idea de que ambos estaban teniendo sentimientos tan similares y profundos por el otro.

—Solo quiero que siempre estés orgulloso de quién eres, porque eso te hace maravilloso.

Esta vez, fue Ollie quien buscó los labios de Adrien para depositar un beso en ellos, y trató de transmitir en ese gesto todo lo que sentía dentro de sí por el chico. A excepción de su madre, nadie jamás había demostrado que lo quisiera de verdad, sin peros, y aceptando todo lo que él era.

Si existía la felicidad, entonces Ollie pensaba que era eso: encontrar a alguien que te dijera lo maravilloso que eres sin importar qué tan raro puedas ser. Y ahí se dio cuenta de que ahora todo estaba tan claro como el agua.

Se había enamorado de Adrien.

Capítulo 27

—Cuéntame, bebé: ¿cómo te ha tratado ese chico?

Ollie jugaba en la sala de estar con Baekdu y los nuevos juguetes que le había comprado cuando escuchó la pregunta de su madre. Al instante, sus mejillas tomaron el mismo color que su cabello y se sintió demasiado pequeño. No era un tema que se hubiese tocado hasta ese momento, después de que pasara al menos un mes desde que empezara a «estar en algo» con Adrien, por lo que lo tomó por sorpresa.

—¿A qué te refieres, mamá?

Amelia miraba a Ollie desde la silla donde tejía. Había decidido indagar un poco más en lo que ocurría en la vida de Ollie porque, a pesar de que le había dado todas las facilidades para que fuera más independiente durante el último tiempo, ella seguía siendo una madre preocupada que solo deseaba tener una buena relación con su único hijo y la luz de sus ojos.

—A ti y a Adrien, ¿a qué más? —soltó una risita y devolvió la mirada a su tejido—. Te he visto muy feliz. Eso de verdad me alegra.

Ollie asintió con una sonrisa en los labios. Era verdad que, en el último tiempo, se sentía mucho más feliz de lo que nunca fue. Por fin había encontrado a una persona que lo quería sin importar su forma de ser, lo que jamás había creído posible.

Adrien estaba bastante alejado de su prototipo de chico ideal. Con su personalidad tan tosca, Ollie ni siquiera pensó que algún día podrían estar en la misma habitación sin discutir, pero, con el pasar de los días, se había dado cuenta de que solo quería estar a su lado.

—Él es muy bueno conmigo, mamá.

Eso era todo lo que Amelia deseaba escuchar. Siempre había vivido con el miedo de que Ollie nunca pudiese desenvolverse con normalidad, ya que la gente parecía empeñarse en discriminarlo por su forma de ser desde que era un pequeño infante. Ahora, ver que estaba a gusto, sin aquel ceño triste que llevaba en su rostro cuando llegaba del instituto, le hacía pensar que su trabajo estaba hecho, que su hijo era feliz, tal como tantas veces deseó.

—Se ve que Adrien es un buen chico. Parece quererte mucho.

Ollie rio con ternura.

—Lo hace, me lo ha dicho… Él puede ser alguien bastante

complicado, pero me hace sentir bien.

Ollie no podía evitar pensar en cómo las cosas habían cambiado, parecía que todo iba mejorando sin detenerse. Además, su nueva situación le ayudaba a pensar en su futuro y en lo que iba a hacer. Estaban en su último año de instituto, por lo que la fecha para enviar las aplicaciones para ir a la universidad estaba cerca. Ollie había retomado sus averiguaciones sobre becas y revisó las aplicaciones para su graduación anticipada. Si antes deseaba salir corriendo de aquel pueblo, ahora su objetivo se centraba más en sus aspiraciones para el futuro. Y eso había ocurrido gracias a lo valioso que Adrien le hacía sentir.

—¡Dios, qué tarde es! —exclamó su madre con sorpresa cuando vio la hora en el reloj de la pared—. Yo ya me debería ir a tomar el tren.

Amelia le había dicho a Ollie que se iría de viaje durante el fin de semana porque, por su trabajo, debía asistir a una capacitación en la ciudad. Aquello no pasaba a menudo, por lo que no pudo negarse, así que Ollie se quedaría solo en casa durante tres días.

—¿Quieres que te ayude con la maleta? —le preguntó a su madre y esta negó con la cabeza.

—Tan solo quédate con Baekdu. Ya sabes cómo se pone cuando abrimos la puerta principal, quiere salir corriendo a jugar con el perro del vecino.

Amelia subió las escaleras y Ollie siguió jugando con su cachorro en el piso de la sala.

A decir verdad, tenía bastantes cosas planeadas para hacer durante ese fin de semana en que tendría la casa a solas. Ya había invitado a Adrien a dormir, a lo que el chico había respondido que después de una pelea estaría allí. No le había dicho nada de eso a su madre por miedo a que no le dejase estar a solas con él. No era tonto, ahora que tenían algo, era normal que tuviera ciertas objeciones en cuanto al tiempo que podía pasar a solas con Adrien.

El sexo seguía siendo un tema tabú que no estaba muy seguro de cómo abordar.

Sus inquietudes solo aumentaron con el pasar de los días. Como a cualquier otro joven, las hormonas se le alborotaban cada vez que Adrien se apegaba a su cuerpo. Cuando las manos de este bajaban hasta su cintura rodeando con ligereza el comienzo de su trasero, sentía que se derretiría ahí mismo. Jamás se había visto expuesto a algo parecido, por lo que su poca experiencia e inocencia sobre el tema lo hacían ponerse nervioso cuando sentía que las cosas con Adrien avanzaban con rapidez.

Tampoco tenía idea de cómo controlarse.

—Eres demasiado bello para ser real —recalcó Adrien mientras se besaban.

Él le decía cosas que lo sacaban de su zona de confort y, a pesar de que aquello no le molestaba en absoluto, se le hacía difícil saber cómo actuar o qué decir al respecto. No quería parecer un niño pequeño ante los ojos de Adrien, quien de seguro tenía mucha experiencia en esa área. Eso le hacía sentirse inseguro, sobre todo de su cuerpo.

Ollie jamás fue el tipo de chico que podía ir sin camiseta cuando se metía en la piscina o que mostraba un poco más de piel en la calle. Siempre que se miraba al espejo, encontraba nuevos defectos y tenía miedo de que Adrien se fijara en estos si algún decidía mostrarle su cuerpo completo.

—¿Está abajo mi cartera, Ollie? —La voz de su madre venía desde el segundo piso. Ollie alzó la mirada hacia la mesa donde el bolso de cuero sintético yacía olvidado.

—¡Aquí, mamá! —contestó fuerte para que la mujer lo escuchase.

—Perfecto, ya estoy lista.

Unos minutos después, Amelia bajó las escaleras y caminó hasta la entrada arrastrando tras de sí una maleta. A las afueras de la casa se escuchó una bocina.

—Debe ser mi taxi. Tráeme la cartera, Ollie.

Él tomó con un brazo a Baekdu para luego levantarse e ir por el bolso de su madre.

Seguía pensando en Adrien. Pese a que quería pasar con él este fin de semana, no podía negar que le intimidaba bastante que estuviesen completamente solos. ¿Acaso había sido una buena idea invitarlo? Eso lo averiguaría más tarde. Mientras tanto, le entregaba la cartera a su madre y se ubicó a su lado, listo para despedirse.

—Te dejé el número del hotel en el refrigerador —comenzó a enumerar Amelia a la vez que ordenaba los últimos detalles—, hay comida para mañana, aunque el resto de los días tendrás que cocinar. De todas formas, dejé dinero en mi mesa de noche, suficiente como para que compres una pizza para cuando Adrien llegue…

Su madre siguió hablando, pese a que Ollie abrió los ojos de par en par apenas escuchó el nombre de Adrien en medio de la oración. Así que había sido lo bastante obvio como para que su madre se diera cuenta de lo que tenía planeado. Definitivamente, había fracasado como adolescente rebelde.

—No me mires así —dijo Amelia riendo—. No puedo creer que pensaras que no me daría cuenta. No olvides que yo también fui joven y algo atarantada.

Las mejillas de Ollie se tiñeron de color carmesí al asentir con suavidad.

—No haremos nada malo, mamá. Lo prometo.

—Sé que no harán nada malo, Ollie. Tan solo quiero que se cuiden mutuamente y que también se respeten.

La bocina del taxi sonó otra vez y Amelia se colgó el bolso sobre el hombro derecho, lista para su viaje.

—Cuídate mucho, cielo —se despidió—. Cualquier problema, me llamas al celular o al hotel.

—Sí, mamá. Ten un buen viaje.

Recibió un beso de su madre en la mejilla y luego esta salió por la puerta en dirección al automóvil que la esperaba frente a la casa. Ollie volvió a despedirse haciendo un gesto con la mano mientras tomaba la patita de Baekdu para hacer lo mismo. Cuando su madre ya estuvo dentro del taxi y este se puso en marcha hacia el aeropuerto, cerró la puerta y dejó a su cachorro en el suelo.

Oficialmente estaba solo y ya era hora de avisarle a Adrien.

OLLIE:
mi mamá ya se fue.
dijo que podríamos comprar pizza. así que ven rápido o me la comeré solo.

Después de teclear aquello en su teléfono, una sonrisa se le dibujó en el rostro y, dos minutos después, recibió la respuesta que tanto esperaba.

ADRIEN:
llego en 15 minutos.

El fin de semana había comenzado.

Y sería bastante largo.

Capítulo 28

Se estiró en la cama mirando hacia el techo, donde unas luces de colores estaban colgadas en fila para que, cuando la noche cayese, iluminaran la habitación suavemente. Mientras tanto, pensaba en lo mucho que le sorprendía el modo en que el lugar irradiaba la personalidad de Ollie. Pese a que ya había estado allí un par de veces antes, todavía se sentía extraño al encontrarse rodeado de tantas cosas delicadas.

Él era algo así como un punto negro en cuadro rosa. Quién lo diría.

—Ya pedí la pizza, Adrien —escuchó a Ollie decir desde la escalera, avanzando hasta donde él se encontraba—. Llegará en media hora.

Adrien se sentó en la orilla de la cama y lo observó entrar en la habitación. Vestía una camiseta color damasco y pantalones de *jeans* claros que le quedaban ceñidos. El chico se veía hermoso. Ya no podía negarse a sí mismo lo loco que se estaba volviendo por dentro.

—Perfecto, Mariposa.

Cuando Ollie lo invitó a quedarse con él durante el fin de semana, lo primero que se le pasó por la mente fue el día en que compartieron su primer beso en el viejo colchón inflable. Mentiría si dijera que no le ponía un poco nervioso el asunto, aunque ni siquiera consideró negarse a la proposición.

—¿Estás cansado por la pelea?

La pregunta lo hizo sonreír. Ollie siempre era así con él, se preocupaba en todo momento de cómo se encontraba, de si había comido, de si se sentía intranquilo. Durante mucho tiempo, pensó que nunca podría estar con una persona así porque, simplemente, se sofocaría. Digamos que estar tantos años acostumbrado a la soledad lo hacía intolerante a las personas metiches. Pero, con Ollie, todo parecía fluir de forma tan natural que se le hacía imposible no sentirse afortunado cuando le hacía todas estas preguntas. Había olvidado lo que era que alguien se preocupara por ti las veinticuatro horas del día.

—No —contestó—, fue fácil y gané bastante. Tan solo quería venir a verte pronto.

Ollie se acercó hasta él para acariciar su cabello con suavidad y Adrien lo abrazó por la cintura. No mentía cuando decía que solo quería estar con el chico en ese momento… o en cualquier otro.

—Adrien Davis me extrañaba, qué lindo.

Se rio ante la ocurrencia y alzó la cabeza para dejarle un ligero beso en los labios. Tenerlo tan cerca y no hacerlo podría ser considerado como un pecado, al menos para él.

—Es un secreto —le contestó al alejarse—, no le digas a nadie.

—Tu secreto está a salvo conmigo, Adrien.

Se acomodaron sobre la cama para esperar la pizza. Adrien se estiró como estaba en un inicio y Ollie se posicionó igual que un koala: a un costado con la cabeza sobre su pecho, el brazo derecho rodeando su abdomen y una pierna sobre las suyas. En esa postura, Adrien se sentía bien, estaba lleno de serenidad y jamás pensó que Ollie Walsh, a quien vio tan débil por los pasillos de la escuela, sería capaz de brindarle aquella sensación que tanto necesitaba en su vida.

Se preguntaba si se merecía todo eso.

—¿En qué piensas?

Lo último que había estado pasando por la cabeza de Adrien los últimos días era Ollie y nada más que Ollie. Trataba de que no se notara, pero parecía imposible.

—En muchas cosas —respondió pasando su dedo índice por la cara de Ollie y delineando cada detalle—, aunque tú eres la principal.

Escuchó la risita de Ollie y luego sintió que este le tomaba la cara para besarlo con fervor. Si había algo que Adrien adoraba en este maldito mundo, era la forma en que los labios de Ollie se movían sobre los suyos, tan suaves y dulces como una brisa que se cuela entre los árboles. Además, le encantaba la forma en que su corazón se aceleraba con el roce y el hecho de que sus bocas jamás parecían tener suficiente de la otra.

—Eres un… —habló Ollie entre besos— un mentiroso… de primera.

Adrien movió su brazo que yacía bajo el cuerpo de Ollie para que este se acomodara a horcajadas sobre sus piernas. En esa posición tenía un mejor acceso a los labios que lo enloquecían, y se dedicó a devorarlos mientras sus manos recorrían la pequeña y suave espalda ajena.

—No te miento —aclaró, besando lentamente la quijada de Ollie y logrando que este se estremeciera bajo su tacto—. Tú eres todo lo que pienso.

Sin poder evitar la forma en que su cuerpo se comportaba, de la quijada bajó hasta el cuello. Maravillado con la forma en que sus labios calzaban a la perfección sobre la piel un tanto bronceada del chico, comenzó a ejercer presión en busca de dejar una pequeña marca que señalase que había pasado por allí.

—Adrien —soltó Ollie con los ojos cerrados y tragando saliva

—. Adrien.

Su voz era embriagante, Adrien necesitaba más y por eso bajó sus manos con cuidado hasta la cintura del chico, donde sus dedos comenzaron a explorar la piel oculta bajo la camiseta, a la vez que este se estremecía por el toque de sus manos frías. Era excitante, y se volvió aún más cuando a su mente llegó un recuerdo de algo que había sucedido en esa misma habitación, lo cual lo había dejado totalmente caliente.

¿Acaso Ollie traía bragas puestas?

Mentiría si dijera que ese pensamiento no llegaba a su cabeza cuando estaba a solas en su habitación, y eso le hacía sentir un poco mal. Ollie era delicado, puro en su máxima expresión. Pensar así de él, con aquella ropa interior de encaje puesta, le hacía sentir sucio. Sucio y caliente. No quería que sus deseos se interpusieran en lo que tenían, jamás podría obligarlo a hacer nada y, de seguro, no se perdonaría si aquello llegaba a pasar.

—¡Adrien! —gimoteó Ollie cuando sus manos se acercaron al inicio de sus nalgas— Mmm…

Su cordura se estaba yendo a la mierda.

Tenía claro que debía detenerse ahora porque no podría hacerlo después, pero, por más que intentó alejarse, no pudo. Y es que Ollie no dejaba espacio entre ambos, lo besaba con fuerza y lo hacía sentir en el cielo. Sin poder aguantar mucho más, bajó sus dedos con lentitud, disfrutando del recorrido, y apenas llegó a su destino apretó el trasero de Ollie mientras le mordía el labio sin suavidad alguna.

—¡Ah! —gimió con fuerza. Fue la primera vez que Adrien oía aquel sonido instintivo salir de su garganta—. Sigue.

La anticipación se mezclaba con el nerviosismo. No era tonto. Cuando Ollie le dijo que iban a estar solos en su casa supo que las cosas podrían tomar cierto giro. Por eso compró condones y lubricante antes de ir. También había estado buscando información o, más bien, consejos que lo ayudaran a que la experiencia fuera placentera para ambos. Su práctica había sido poca, había tenido sexo una vez con una chica, pero esto era diferente. El deseo de aquel minuto era algo que no había sentido antes y tenía miedo de que su ambición arruinara el momento.

Y parecía que el destino lo sabía, porque en ese momento sonó el timbre, anunciando que la pizza había llegado.

De mala gana se separaron mientras respiraban con dificultad. Ollie estaba con las mejillas rojas y Adrien tenía el cabello desordenado. Intentaron arreglarse un poco, aunque seguían mirándose de reojo. El sonido insistente del timbre los regresó

a la realidad. Adrien fue el encargado de calmar un poco las cosas.

—Iré a recibir la pizza.

Sacó a Ollie de su regazo para salir casi corriendo de la habitación antes de hacerle caso a la voz de su interior que le gritaba que volviese a terminar lo que había empezado. Se preguntaba a sí mismo, mientras bajaba las escaleras, hasta dónde hubiese llegado todo si el timbre no hubiese sonado. Ni siquiera le puso mucha atención al repartidor cuando recibió la comida y le pagó, ya que su mente seguía nublada con pensamientos lujuriosos y el eco de los gemidos de Ollie.

Adrien siempre se consideró un chico bastante regular, para nada insistente cuando se trataba de sexo. Nunca se había visto necesitado o algo por el estilo, pero después de lo ocurrido en la habitación de arriba, se podía decir que se había vuelto adicto a Ollie.

—Me vuelves loco —susurró para sí mismo cuando subía las escaleras con la pizza en mano.

Caminó con lentitud, tratando de controlar su cuerpo, y abrió la puerta de la habitación empujándola con su pierna derecha. Aún llevaba una erección encima y rogaba al cielo que Ollie no se diese cuenta para no hacerlo sentir incómodo. No quería ser el típico idiota que solo podía pensar en la calentura cuando estaba a solas con alguien.

Respirando de manera pausada, alzó la mirada hacia el chico.

—Aquí traigo la pizza, supongo que…

Se le cortó la respiración cuando se dio cuenta de las condiciones en que se encontraba Ollie. Lo había dejado sobre la cama con sus mejillas rosadas y perfectas, vestido… Ahora estaba sin camisa y con los pantalones desabrochados, lo que le permitía ver un pedazo de tela de encaje blanca que traslucía su piel. No estaba preparado para esa imagen ni mucho menos para lo que el chico diría después:

—Adrien, quiero seguir.

En ese momento, Adrien tenía dos opciones: la primera —por cierto, la más sensata— era decirle que era una mala idea y que no quería hacerle daño, porque pensaba que se merecía algo mucho mejor que él para su primera vez. La segunda —que su corazón e instintos le rogaban— era dejar de tratar a Ollie como una muñeca de porcelana y hacerle el amor con todos los sentimientos que tenía acumulados en el pecho. Aunque las dos opciones se oponían, a Adrien no le tomó más de unos segundos elegir una.

Tiró la pizza sobre el escritorio sin delicadeza alguna para luego dar grandes zancadas hacia la cama, donde Ollie lo miraba con ojos expectantes, y devorarle la boca con un beso insensato.

Está de más decir que eligió la segunda opción.

Capítulo 29

Frente a él había una obra de arte, sin duda alguna.

Su mirada recorrió cada rincón del hermoso cuerpo que tenía a su disposición. Podría asegurar que jamás se había sentido más afortunado que cuando vio a Ollie sonriendo de lado con aquellas mejillas sonrosadas que tanto le gustaban. Adrien tenía el pecho acelerado, quería que todo saliera bien porque se tiraría del puente más alto si llegaba a hacerle daño a la bella criatura que ahora iba entregarse por completo a sus brazos.

No lo arruinaría, eso podía jurarlo.

No sabía muy bien cómo todo encajaba, pero con agilidad se quitó la camisa por la cabeza antes de colocarse entre las piernas de Ollie sin dejar de besarlo. Poco importaba si, en ese minuto, el mismísimo cielo caía sobre ellos, él solo se enfocó en la hermosa y suave piel que tenía debajo y en cómo esta se erizaba cada vez que su tacto llegaba hasta lugares sensibles.

—Mmm… —Los balbuceos de Ollie eran interpretados por sus oídos como la música más bella que alguna vez escuchó.

Adrien quería hacer las cosas lento, atesorar todo en su memoria para no olvidarlo jamás, así que comenzó a palpar cada rincón de su cuerpo, descubriendo mucho más de lo que alguna vez pudo ver y disfrutando de la sensación cálida que ahora rebalsaba todo su interior. Observaba su rostro y notaba cómo la mueca de este reflejaba lujuria pura combinada con el brillo más inocente. Adrien necesitaba todo eso, necesitaba a Ollie completo o no podría volver a vivir tranquilo.

Con cuidado, controlando aquella parte bruta suya que deseaba estampar al chico contra la cama, lo acomodó de tal manera que pudiese tener acceso completo a su piel.

Ollie se veía entregado. Aunque Adrien no pudiera saberlo, estaba seguro de que lo dejaría hacer cualquier cosa, porque confiaba en él más que nadie en este mundo.

Durante los días previos, había repasado mucho su cuerpo, sus inseguridades, las partes que deseaba ocultar. Era femenino, pero no tenía pechos. Su anatomía le delataba, sobre todo si recordaba lo que lo acompañaba bajo la cintura. ¿Qué pasaría si a Adrien le daba asco? ¿Estaba listo para el rechazo? La idea lo helaba. Sin embargo, los hechos contradecían los escenarios pesimistas que su cerebro creaba. La naturalidad del tacto apaciguaba el pavor y lograba que la distancia entre ambos se redujera minuto a minuto.

La mano derecha de Adrien se ubicó en el pecho de Ollie y, con una lentitud tortuosa, fue bajando mientras formaba un camino por su abdomen hasta llegar más allá de las caderas, donde la pelvis estaba cubierta aún por los pantalones, aunque podía ver la bella tela de encaje que lo esperaba. Extasiado, y con la garganta algo seca, sonrió antes de repartirle unos besos por la zona íntima. Poco importaba si la ropa seguía en su lugar porque, con ese gesto, había logrado que Ollie arqueara la espalda, deseando mucho más contacto.

—Quieto, Mariposa —le susurró con la voz ronca.

Llevó sus dos manos hasta el cinturón del pantalón de Ollie para bajarlo con falsa seguridad. En realidad, estaba intentando que no se notara el temblor de sus manos causado por el nerviosismo. Unos segundos después, la prenda yacía en algún lugar olvidado de la habitación y, en su lugar, había quedado el sueño de Adrien hecho realidad. No había previsto cuánto le afectaría ver a Ollie con aquellas hermosas mejillas sonrosadas y solo una braga blanca de encaje cubriéndolo. Hasta podía ver cómo la punta de su miembro se escapaba de la ropa interior debido a la erección que traía encima.

¿Acaso se podía ver más caliente en ese minuto?

—No me mires tanto —dijo Ollie avergonzado. Luego trató de cubrirse el cuerpo, pero Adrien lo detuvo aferrando sus dos manos contra la cama con suavidad.

—Ni loco —contrarrestó —. Quiero ver tu cuerpo completo.

Al escuchar eso, Ollie se zafó y lo tomó por el cuello para unir sus labios en un necesitado beso. Sus dientes chocaron ligeramente y sus lenguas ansiaban a la otra. Adrien ahogó varios gemidos en la garganta de Ollie mientras este movía las caderas, haciendo que sus pelvis se envolvieran en un vaivén exquisito.

Cuando se separaron al tiempo después, el pelirosa aprovechó de llevar sus manos hasta el pantalón de Adrien.

—Debo igualar las cosas.

De ese modo, ahora era otro pantalón el que se perdía en algún lugar.

Tan solo la ropa interior les cubría y eso ayudaba a que el roce de sus miembros fuera más duro. Los dedos de Ollie se enredaron en el cabello de Adrien en tanto este besaba con devoción el cuello que se le había expuesto justo enfrente. Ejercía presión de vez en cuando, sobre todo cerca de la clavícula de Ollie, donde ya había dejado manchas rojas a su paso. Era difícil ocultar aquel lado posesivo suyo ahora que veía el cambio de color que se generaba en la piel del chico. Se justificó pensando que debía asegurarse de que, cuando Ollie se

viese al espejo por la mañana, recordase que esa noche lo había hecho suyo.

Cuando los vaivenes ya no fueron suficientes, Ollie alzó las caderas ansiando más contacto, y obtuvo como respuesta la mano de Adrien escurriéndose entre las bragas que llevaba puestas.

—¿Está bien si toco aquí?

Su voz le resonó en el oído. Ollie pensó que, llegado el momento, la vergüenza le ganaría y no se dejaría tocar en esa zona. Podía masturbarse a sí mismo, pero dejar a otra persona hacerlo le parecía algo muy lejano. Y, sin embargo, ahí estaba, ansiando el tacto, queriendo saber qué había más allá.

Adrien, por su lado, ansiaba verse confiado. Quería disimular su torpeza e inexperiencia frente a todo lo nuevo que estaba viviendo. Se empeñó en recordar todo lo que había leído sobre el tema: las zonas erógenas, la importancia de los preliminares y la lubricación. Sus deseos de tocar y besar a Ollie eran instintivos, en eso no se podía equivocar, pero quería que su técnica estuviera a la altura.

Al principio se movió lento, aunque pronto aumentó el ritmo subiendo y bajando sus dedos con rapidez, a la vez que acariciaba la punta del miembro con el pulgar de forma intercalada. Esto hizo que se ganara un montón de gemidos por parte de Ollie, quien estaba al límite, bordeando el éxtasis. Adrien siguió con su trabajo hasta que sintió que el chico se tensaba, a punto de llegar al orgasmo. Dudó en un principio, pues nunca había hecho algo parecido, pero luego intercambió su mano por su boca. Apenas sus labios lo rozaron, Ollie soltó un quejido agudo y terminó en su boca. Adrien se tragó la mayoría del líquido y, cuando alzó la mirada, se dio cuenta de que el chico tenía las mejillas como tomates. Había valido la pena probar algo nuevo.

—Lo siento —susurró demasiado avergonzado y con la voz entrecortada—. Yo jamás… Yo jamás…

Sus labios fueron atrapados en un beso demandante que le dejó bastante claro a ambos que aquello era solo el principio de una larga noche. Adrien tenía fuego en la mirada y tomó la cara de Ollie pasando el pulgar por sus labios, los que ahora se asemejaban a dos cerezas demasiado apetitosas para su bien.

—No he terminado contigo, Mariposa.

Su siguiente objetivo era deshacerse de la última prenda de Ollie. Enganchó sus dedos en la tela de encaje y la tiró hacia abajo siguiendo un camino desde la pelvis, pasando por los muslos y terminando en los pies. Amaba el cuerpo del chico, era pequeño en comparación al suyo, pero demasiado suave y perfecto. Se trataba de un completo contraste con sus músculos y tatuajes, a pesar de que ahora Ollie ya tenía uno en su clavícula.

¿Cuántas veces había pensado que ese chico no podía ser lo que él buscaba? Ahora se decía idiota de solo recordarlo, porque todo había resultado mucho mejor de lo que alguna vez imaginó.

Ollie estaba con la mirada perdida en los brazos que le apresaban. Siempre le había gustado ver los dibujos de tinta que Adrien traía sobre la piel. Quería memorizar cada uno de ellos porque sentía que ese privilegio era solo suyo, y debía aprovecharlo. Era verdad que, de los dos, Adrien siempre había mostrado rasgos más posesivos, pero él también había adquirido distintas maneras de demostrar que el chico le pertenecía.

Adrien decidió que ya era hora de que empezaran a innovar cuando notó que el miembro de Ollie despertaba ante los estímulos. Separó las piernas del chico y bajó su cabeza para dejar en la zona de los muslos varios besos húmedos, como si quisiera devorarle la piel. Una vez que se sintió satisfecho con los gemidos que escuchó, se detuvo.

—¿Quieres seguir?

Ollie sabía a lo que se refería y asintió.

—Podemos detenernos cuando quieras, Mariposa. Solo haremos lo que tú desees.

—Lo sé. Confío en ti.

—Bien. Espera un poco.

Adrien se levantó de la cama y recogió su mochila del suelo para sacar unos condones y lubricante. Hasta el momento, había actuado gracias a sus ansias, pero ahora la inquietud volvía a apoderarse de su cuerpo. No quería lastimar a Ollie. Esperaba poder hacerle sentir bien y que sus recuerdos de este día no se nublaran a causa de su inexperiencia.

Volvió a la cama alcanzando los labios del chico en un beso largo. Con cuidado, le separó las piernas y se colocó el condón, acompañado de lubricante, en los dedos. Aquella había sido una de las recomendaciones que había leído en internet a la hora de buscar ideas para el juego previo.

Ollie se sintió extraño, pero intentó relajarse mientras unos dedos se acercaban a su cavidad. Primero entró uno, la incomodidad y la sorpresa le dejaron sin aire. Luego dos, ahora el ardor se abría paso en su interior. Y al final tres, creyó que gritaría. Tragaba saliva frenéticamente al morder su propio labio para ahogar el dolor.

Pensó que estaba preparado para ese momento, las consideraciones que tuvo al bañarse eran una anticipación para esa noche; sin embargo, ahí estaba, apretando las sábanas con sus dedos para soportar lo que estaba sintiendo. En el fondo sabía que así sería, más que mal, se trataba de su primera vez; tampoco esperaba saltarse las partes molestas, pero su cuerpo no

cooperaba.

—Se pondrá mejor —susurró Adrien dandole un beso en la frente —. Lo prometo.

Ollie asintió. Cerró los ojos y se concentró en las caricias de Adrien, en la forma exquisita en que sus dedos lo palpaban, hasta en la manera en que respiraba… Tan fuerte. No pasó mucho tiempo antes de que Ollie sintiese que necesitaba más y que estaba listo para el paso final.

—Debes decirme si quieres que pare —susurró Adrien mirándolo a los ojos y Ollie asintió.

—Lo prometo.

Con eso, Adrien le estiró aún más las piernas y se posicionó justo en su entrada con su pene erecto, en el cual había colocado un nuevo preservativo, para abrirse paso lentamente en su interior, a la vez que ahogaba un gemido grave y placentero. Ollie cerró los ojos y se llevó una de las manos a la boca para evitar gritar. No pensó que le ardería tanto y tampoco quería asustar a Adrien con su reacción.

El dolor se esparció por su pelvis hasta que lo tuvo por completo dentro suyo, entonces esperó a que Ollie se acostumbrase a la intromisión mientras dejaba pequeños besos justo en el tatuaje de su clavícula, el que él había diseñado.

—Veo que te gusta —soltó una risa al hablar y Adrien asintió.

Se miraron hasta que Ollie estiró su cuello para besarlo con una sonrisa en el rostro. Aquella sensación de que todo estaba cayendo en su lugar, como las piezas de un rompecabezas, le inundaba los poros y se sentía muy feliz de estar junto al chico que quería, piel con piel, sin que nadie pudiese separarlos.

—No quiero hacerte daño —susurró Adrien con la cabeza gacha, lo que estremeció a Ollie.

—Estoy listo. Quiero ser tuyo.

Y como si fuera justo lo que quería escuchar, en sus ojos se encendieron dos llamas. Empezó a moverse dentro de Ollie con suavidad. Se hundía en el chico con devoción, estremecido por la sensación de su miembro siendo apretado por las paredes. Nada lo apuraba, por más que las sensaciones exquisitas le hicieran vibrar entero; prefería cuidar al chico antes que dejarse llevar por su brutalidad.

Ollie, por su parte, se aferraba a sus hombros con fuerza, soportando cada embestida. Pensó que seguiría doliendo, pero cuando Adrien aumentó la velocidad y, en un empuje profundo, llegó a su próstata, soltó un grito repleto del más profundo placer.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado y a Ollie se le dibujó una sonrisa tonta en los labios.

—Más, quiero más… ahí.

Para Adrien sus pedidos eran órdenes, así que tomó las caderas del chico para darse mejor soporte y empezó a penetrarlo más rápido y duro. Los gemidos de ambos llenaron la habitación conforme el sonido de las pieles chocando se hacía más fuerte. Ollie tenía la espalda arqueada intentando disfrutar de todo el placer mientras Adrien seguía embistiéndolo. Él soltó una de sus manos para entrelazar sus dedos apenas Ollie dio señales de estar llegando al límite. Ambos estaban sintiendo demasiado y, quizá por eso, Adrien susurró en su cuello dos palabras que tenía atascadas en el pecho hace un tiempo:

—Te amo.

Ollie gimió con fuerza al escucharlo y se corrió sobre su abdomen de una vez. Había llegado al clímax y el corazón le latía muy rápido. Las manos de ambos seguían entrelazadas mientras Adrien daba unas últimas embestidas y terminaba dentro de su chico con un gruñido de por medio.

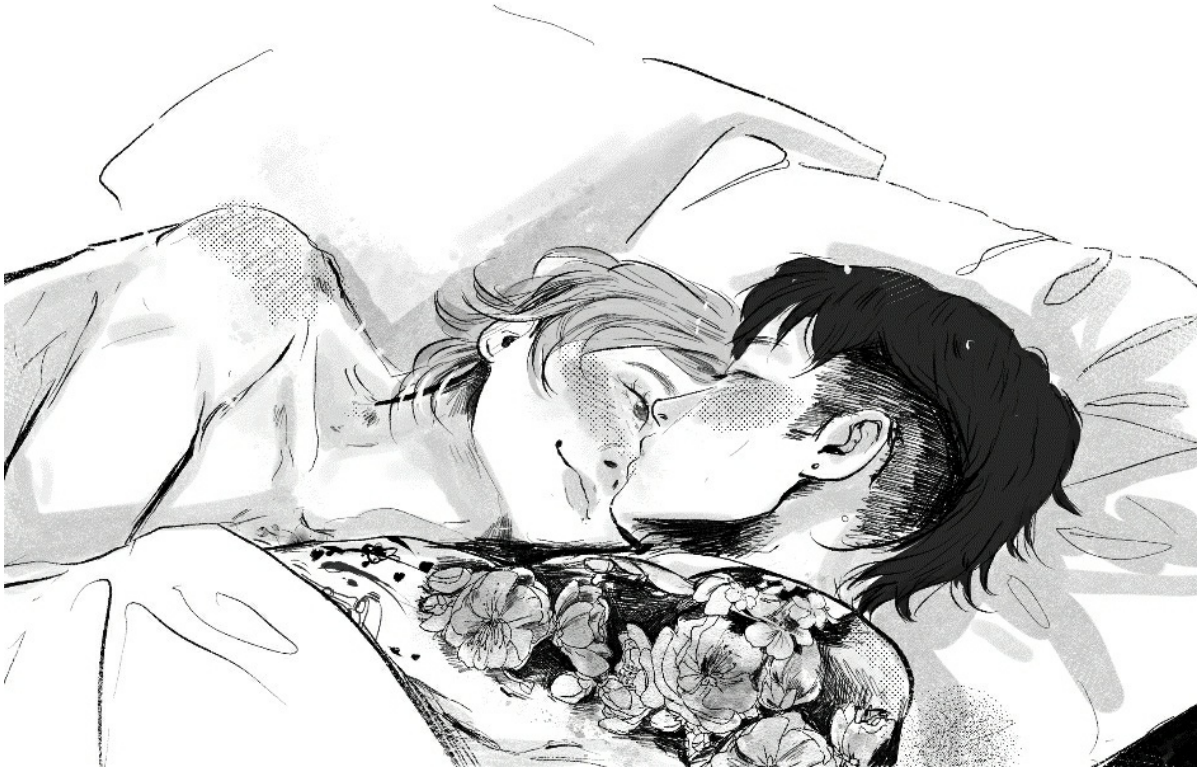
Ambos se quedaron quietos, respirando estrepitosamente. Solo unos segundos después, Adrien se dio cuenta de lo que había dicho y el hecho de que quizá aún era demasiado pronto para confesarlo. Ni siquiera quería levantar la vista porque tenía miedo de haber estropeado todo con esas estúpidas palabras.

Pero Ollie pensaba distinto.

—Yo también te amo, Adrien.

Entonces se alzó con los ojos bien abiertos para observar cómo por la cara de Ollie se deslizaban pequeñas lágrimas, y no pudo evitar tomar el pequeño rostro frente a él para empezar a dejar un montón de besos por todos lados. Ambos rieron, sintiéndose satisfechos con lo que había sucedido.

Esa noche durmieron abrazados, sabiendo que se pertenecían el uno al otro.



Capítulo 30

Los finales felices empiezan siempre de la misma forma. El canto de los pájaros llega a los oídos del protagonista y, cuando intenta abrir los ojos, la luz que entra desde la ventana lo ciega por unos segundos. Una vez acostumbrado puede mirar a su alrededor y darse cuenta de que todo por lo que había luchado estaba allí, justo en la punta de sus dedos.

Adrien sentía que todo era un sueño.

Normalmente, la encargada de sacarlo de los brazos de Morfeo sería su alarma o algún mensaje de Ollie. Nunca fue amigo de las mañanas, dormir hasta tarde era algo que hacía con bastante regularidad si no debía asistir al instituto, en especial después de una noche de pelea en el círculo. En otra situación se hubiese molestado, un ceño fruncido hubiera aparecido en su frente y, de seguro, le gruñiría cual perro a quien lo hubiera despertado.

Pero ese día, Adrien tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Las imágenes de la noche anterior llegaban a su cerebro una tras otra, llenándolo de un calor tranquilizador que venía de la parte más profunda de su pecho. Sonreía como un idiota porque no existía situación más gratificante que tener a la persona que te hacía sentir completo a tu lado, durmiendo cómodamente sobre tu pecho, con el cabello desordenado y su mejilla rozando tu piel. Paraíso, eso era, paraíso en toda su expresión y, por eso, Adrien se sentía el ser más afortunado del planeta.

No pudo evitar abrazar al chico por la espalda para acercarlo un poco más e inhalar su aroma. Cuando se trataba de Ollie, se comportaba de la misma manera en que lo haría un drogadicto que nunca estaba satisfecho con la dosis que consumía.

Intentó ser suave para no interrumpir el sueño de Ollie, pero pronto lo sintió moviéndose sobre su pecho.

—Buenos días, Mariposa.

Se frotó los ojos antes de mirar a Adrien con una sonrisa amplia. Estaban desnudos bajo las sábanas, pero poco les importó al fundirse en un abrazo apretado con el que iniciarían un nuevo día.

—Buenos días —le susurró con la voz un poco ronca por la somnolencia—. ¿Dormiste bien?

Adrien giró su cuerpo sobre la cama para enterrar su cabeza entre la almohada y el cuello de Ollie. ¿Que si había dormido bien? Ni siquiera podía recordar algún otro momento en el que se

sintiese tan jodidamente cómodo y feliz. Ollie no tenía idea de lo que preguntaba y Adrien no tenía idea de cómo contestar sin parecer una maldita colegiala enamorada.

—Perfectamente, Mariposa.

Se dejó mimar por unos pequeños besos en su mejilla. Quería quedarse en ese lugar junto a su chico para siempre, sin que el resto del mundo importase. Adrien era una persona sencilla, incluso después de empezar a ganar su propio dinero, lo seguía siendo. No necesitaba más que al lindo Ollie en su vida para que esta fuese maravillosa. Eso lo había comprobado desde que sumó la valentía suficiente como para intentar algo y seguiría siendo así por el resto del tiempo que le quedara de vida. Estaba seguro de eso.

—Creo que es hora de que desayunemos —susurró Ollie soltando una leve risa—. Hay que comer la pizza que dejamos en el olvido ayer, ¿no crees?

Adrien ni siquiera se había acordado de que la había tirado sobre el escritorio como un verdadero animal. Ahora que Ollie lo había mencionado, su estómago rugía dejando en evidencia su apetito.

Riendo un poco más fuerte que los jugos intestinales del otro chico, Ollie quitó las sábanas de la cama para salir de esta y buscar en su armario un pantalón de pijama antes de ir a la cocina a recalentar la pizza. Adrien estuvo atento a cada movimiento, no solo porque quería que volviese a la cama, sino también porque estaba desnudo y tenía una gloriosa vista hacia el culo más apetecible que alguna vez había visto.

—¡Deja de mirarme, descarado! —chilló Ollie cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—No es culpa mía que tengas un culo maravilloso, Mariposa.

Divertido, Ollie negó con la cabeza y se colocó de un tirón el pijama. Adrien ni siquiera disimuló el bufido que salió de su garganta cuando su chico dejó de estar con la piel descubierta.

—Iré a calentar la pizza, vuelvo enseguida.

Se quedó a solas mirando al techo. Demasiadas cosas pasaban por su cabeza, pero, por primera vez, no se sintió abrumado. Era como si no tuviese tiempo para preocuparse de nada, porque lo único que estaba claro era el hecho de que debía disfrutar de Ollie. Disfrutar de sus besos, de su voz, de su cuerpo, de su esencia, de su risa, de su todo. No había espacio para más, o de eso trataba de convencerse.

En realidad, sí había algo que le estaba molestando desde el día anterior y ahora tomaba protagonismo en sus pensamientos: ¿debería pedirle a Ollie que fuera su pareja?

Adrien era un completo idiota en lo que refería a las

relaciones humanas. Para él, lo que tenía con Ollie era igual de real y formal que una relación de novios, pero jamás se había dado el tiempo de preguntarle al respecto. Pensaba que Ollie estaba bien con la forma en que llevaban las cosas, pero ¿qué pasaba si no era así? Lo conocía y sabía que amaba los gestos románticos y, a decir verdad, Adrien estaba trabajando en ello, aunque estuviese en contra de su propia naturaleza. Así que, no sabía si era el momento indicado para pedirle oficialmente que fuese su novio o si debía dejar las cosas como estaban.

Tan solo deseaba hacerlo feliz, nada más.

Prefirió dejar sus pensamientos de lado y bajar a la cocina para ayudar con la pizza. Se levantó de la cama tomando los pantalones que estaban a la orilla de esta y, para colocárselos, se afirmó de la mesita de noche que había a un costado, removiendo un papel que justo se encontraba encima. Tras colocarse la prenda, se dejó llevar por la curiosidad y descubrió que se trataba del folleto de una universidad. Adrien se extrañó. A pesar de que con Ollie hablaban de muchas cosas, el tema de los estudios superiores no había salido a colación.

—No deberías ser metiche.

Se asustó al escuchar la voz de Ollie, ya que no se había percatado de que había subido las escaleras. De inmediato, dejó el papel de lado, sintiéndose el más entrometido mientras el chico daba pequeños pasos hacia él.

—Venía a decirte que estoy calentando la pizza y que deberías bajar —habló Ollie sentándose sobre la cama—, pero veo que estabas bastante ocupado.

Adrien se encogió de hombros disgustado.

—No me dijiste que querías ir a la universidad…

Ollie había estado esperando tener esa conversación hace semanas, pero el momento nunca llegaba y ahora se encontraba de sopetón con ella. Suspiró cansado y trató de no preocuparse; el tema iba a salir tarde o temprano.

—Es una de mis opciones… Ya sabes, sería bueno tener una carrera profesional. He estado haciendo averiguaciones desde hace un tiempo y me llamó la atención estudiar moda.

Claro que Adrien podía creerlo. Ollie era inteligente y tenía buenas calificaciones, jamás se habría atrevido a cuestionar su intelecto. Pero aún no comprendía bien lo que significaría para ellos que se marchase para estudiar en una universidad fuera del pueblo. ¿Qué tan lejos se iría? Había muchas universidades dentro del país que podría escoger.

Sabía que debía ocultar las dudas que se generaban en su interior, pero le costaba un montón.

—¿Planeas irte muy lejos? —preguntó tratando de disimular el

nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Pues no lo sé, las mejores universidades para estudiar diseño de modas están en la ciudad, aunque también hay un par de instituciones técnicas en el pueblo y los alrededores… Todavía estoy viendo todas las posibilidades.

Adrien no quería ser egoísta, Ollie tenía derecho a seguir sus sueños, a hacer planes que no lo tomasen en cuenta porque era una persona autónoma, pero sentía una presión en el pecho que no le dejaba ver todo con claridad. En el fondo, tenía claro que se estaba comportando como un bebé mimado y no podía esperar que Ollie fuese un bueno para nada sin metas en la vida como él lo era. Ollie sí tenía futuro y no podía quitárselo.

—Ya veo —susurró con voz ronca—. Es genial, yo…

—Espera —lo interrumpió Ollie metiendo la mano al cajón de la mesita de noche y revolviendo todo en su interior—. Creo que viste solo uno.

Le estiró a Adrien un tríptico que se encontraba un tanto arrugado, aunque su contenido aún era legible. Sin poder evitarlo, Adrien abrió aún más los ojos, preguntándose si acaso se trataba de una broma.

Era de una escuela de artes.

—No pude evitar hacer un poco de investigación por ti, lo siento. —Ollie parecía avergonzado y frotaba sus manos con nerviosismo—. Tus dibujos son geniales y allí solo piden un examen de dibujo y tu portafolio. Tan solo pensé que podrías tenerlo en consideración, aunque quizá ya tienes tus propios planes…

No tenía planes, ni siquiera fe en sí mismo, quizá por eso algo se removió en su interior al darse cuenta de que Ollie sí creía en él. Era difícil de explicar, pero Adrien no perdía el tiempo preocupándose del futuro porque el suyo le parecía demasiado incierto. Vivió toda su vida preocupado por el presente, pensando en cómo se las ingeniaría para vivir por su cuenta sin necesitar la ayuda del tío Roman. La universidad nunca estuvo en su mira porque ni siquiera sabía si tendría las agallas para enfrentarse a un proceso de admisión. Y luego estaba el asunto de la matrícula. No creía que fuera un camino que pudiera tomar sin enfrentarse a muchas dificultades, y ya tenía demasiados problemas de los que preocuparse.

—Yo…

Esta vez su intento de hablar fue interrumpido por el sonido del timbre que resonó por las paredes de la casa. Los dos chicos se miraron confundidos, la madre de Ollie no llegaría hasta el día siguiente en la tarde.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Adrien.

—No… Quizá vinieron a dejar un paquete.

En sincronía, se levantaron de la cama y se colocaron sus camisas para cubrir sus torsos desnudos. El timbre sonó un par de veces más hasta que Ollie gritó que ya iba a abrir. No hubo respuesta del otro lado, lo que fue mucho más raro, pero de todas formas bajaron la escalera con rapidez para ver quién era la persona que los molestaba a esa hora.

Ollie tomó las llaves que su madre le había dejado y metió una en el cerrojo para luego girar el pomo de la puerta. Adrien estaba detrás de él y presenció el momento exacto en que abrió, lo que le permitió ver la silueta de un hombre enfundado en un traje de apariencia costosa y con el semblante serio. No lo reconoció y se preguntó si Ollie lo había hecho apenas el tipo habló.

—Oliver…

Y aunque quería preguntarle de quién se trataba, lo único que pudo hacer fue ver cómo Ollie azotaba la puerta en la cara del hombre para luego empezar a temblar de forma frenética. Adrien no entendía qué sucedía, pero no contó con tiempo para hacer conjeturas porque tuvo que sostener entre sus brazos a Ollie, quien parecía estar a punto de desmayarse. Estaba demasiado pálido y con lágrimas descendiendo por sus ojos. Le dio mucho miedo verlo así, tan perturbado.

—¿Qué pasó, Mariposa? ¿Quién es ese tipo?

Ollie apretó su mano con fuerza y sollozó con la cabeza agacha, cual ciervo herido, casi como si le hubiesen dado la noticia de que alguien había muerto. Adrien trataba de calmarlo, pero poco sirvió. Lo único que consiguió después de unos minutos, fueron unas palabras que jamás se le había pasado por la cabeza que oiría, mucho menos de la boca de Ollie.

—Era… era mi padre —susurró el chico, y una vez más se largó a llorar.

Y un muy mal presentimiento lo invadió.

Capítulo 31

Los momentos que le siguieron a la aparición de su padre no estaban claros en su mente. Parecía que una niebla súbita se había apoderado de su cabeza, lo que no le dejaba espacio para ordenar sus pensamientos. Ni siquiera la llegada de su madre, al otro día, y su intento por decirle que todo estaría bien porque ella se encargaría del problema, aplacó su ansiedad.

—Me citó a hablar —le contó Amelia acariciando su cabello—. Sabes que no dejaré que nada malo pase, ¿cierto?

—Lo sé —dijo y luego admitió—: Pero tengo miedo.

El cielo parecía más brillante de lo normal; tuvo que sentarse a un costado del ventanal de la sala de estar para poder observar la noche poblada de estrellas. Todo estaba en silencio, eran las cuatro de la mañana y tanto su madre como Adrien, a quien le había pedido que se quedara a dormir por más días, se encontraban intentando descansar un poco. Ollie debió haber hecho lo mismo, pero se le hacía imposible por culpa del torbellino de pensamientos en el que se había convertido su mente durante el último día.

Su padre había vuelto y quería llevarlo con él.

Al menos, ese era el motivo que Richard le había dado a Amelia para justificar su aparición cuando la llamó desde un número desconocido para exigirle que se vieran en persona. Así se lo explicó su madre apenas regresó a casa. La idea le causaba escalofríos y se ponía rígido de tan solo imaginarlo. Luchó tanto tiempo para poder aceptar su forma de ser sin que le importaran las miradas de odio ni la discriminación constante. Estaba seguro de que su padre le haría retroceder años de esfuerzo y se negaba a darle aquello. Había puesto mucho empeño, le gustaba ser femenino aunque al resto le pareciese inadecuado y, más importante aún, había encontrado a alguien que lo amaba sin importar las particularidades de su personalidad. No quería tirar eso a la basura por un extraño que lo había abandonado diez años atrás al no ser capaz de comportarse como un padre comprensivo.

Abrazó sus piernas y escondió el rostro entre las rodillas para llorar y amortiguar el ruido. Sus ojos ya estaban bastante hinchados por haber estado haciéndolo durante horas. Era como si algo se hubiese activado en su interior, liberando todas aquellas lágrimas que estuvo guardando durante su infancia y que ahora encontraban, otra vez, un motivo para correr lejos de sus ojos.

Le dolía, le dolía todo por culpa del miedo que lo carcomía

por dentro.

—Deberías volver a la cama, Mariposa.

Alzó el rostro y se encontró con la mirada dulce de Adrien siendo iluminada por la luz de la luna. Apoyó su cabeza sobre las rodillas, sin dejar de observarlo, disfrutando de aquella belleza natural de Adrien, aunque llevase el cabello despeinado y las ojeras se le acentuaran en el rostro a causa del cansancio.

—Creí que no te había despertado al bajar —contestó —. Lo siento.

Adrien tomó asiento a su lado. Apenas lo miraba porque parecía estar absorto en contemplar el cielo, y no lo culpaba, era raro encontrar noches tan estrelladas como esa.

—Siempre me doy cuenta cuando sales de la cama —admitió Adrien casi en un susurro—. No puedo seguir durmiendo si no te siento a mi lado, supongo que me he acostumbrado demasiado a ti.

A Ollie se le dibujó una pequeña sonrisa en el rostro, muy corta pero genuina. Todo gracias al chico que tenía justo a su lado y que hacía que su corazón latiera a mil por hora.

—¿Acaso Adrien Davis no puede vivir sin mí? Eso sí que no podría creérmelo.

Las palabras salieron con ligereza de su boca, sin darse cuenta de lo que había dicho en realidad. Había intentado que sonase gracioso, como siempre que bromeaban entre ellos, pero Adrien no lo tomó así. Ahora tenía un semblante serio perdido en algún lugar de la habitación. Por un momento, Ollie pensó que lo había arruinado, que quizá era demasiado pronto para jugar con un tema así, pero cuando escuchó las palabras de Adrien, el corazón casi se le salió del pecho.

—¿Algún problema con eso? Ha sido inevitable para mí.

Las mejillas se le tornaron rosadas a pesar de que él le había hablado con aquel tono tosco que empleaba el noventa por ciento del tiempo.

—¿Es en serio? —le preguntó sin poder creerlo por completo, quizá había entendido mal—. ¿Es en serio, Adrien?

Él por fin se dignó a mirarlo, aunque se sentía débil.

—Hace unos días te dije que te amaba… Supongo que hablo en serio.

Sí, lo había escuchado y también le había dicho que lo amaba. ¿Cómo habían llegado hasta allí?

—Gracias. Yo…

Fue interrumpido por los labios de Adrien, que se movieron suavemente sobre los suyos haciéndole olvidar lo que estaba diciendo.

—Yo te daré todo —le susurró y posó su mano en una de las mejillas de Ollie—, absolutamente todo de mí.

Ollie se asustó al escuchar tales palabras. Adrien estaba demasiado inmerso en su corazón y sería muy difícil sacarlo si las cosas salían mal. Tenía miedo, miedo de ser abandonado de nuevo y esta vez por el chico que amaba con locura. Sentía que nunca sería suficiente, que en algún momento se cansaría de él, así como su propio padre lo había hecho. No podría soportarlo.

—No quiero perderte —dijo escondiendo su cabeza en el hombro del Adrien—. Si te pierdo a ti, ya nada tendrá sentido para mí.

Adrien se sentía de la misma forma. Ollie había llegado a su vida a completar esa parte de su corazón que se hallaba vacía después de haber perdido a su madre hacía tantos años. Jamás se había compenetrado tanto con alguien. Dudaba que eso fuera algo que se pudiese repetir, así que, si lo perdía, no quedaría nada más que llenara aquel vacío.

—No me perderás, porque yo no quiero perderte a ti.

Esa noche, se quedaron abrazados mirando las estrellas. Poco importaba si las cosas se ponían peor después, al menos por unas horas no les preocuparía nada más que estar en los brazos de otro. Y eso bastó, por un momento.

Salió temprano de la casa de Ollie porque tenía que visitar a Félix. Cuando llegó a la parada de autobús, se dispuso a esperar mientras le escribía un mensaje a Ollie para recordarle que lo vería por la tarde. Ese día, ambos faltarían a la escuela porque Ollie había dicho que no sería capaz de sentirse cómodo sabiendo que su madre estaría hablando con su padre en tanto él asistía a clases de matemática. Adrien entendió y le dijo que lo acompañaría hasta que ella regresase. Debían esperar la respuesta de Amelia para estar seguros de si comenzarían con el proceso legal.

A pesar de que estaba bastante distraído, pudo escuchar el motor de un auto deteniéndose frente a él, obstruyendo la parada de autobús. Confundido, alzó la vista y se encontró con un vehículo negro que parecía carísimo o, al menos, no era de los autos que se solían ver por el lugar. Adrien iba a gritarle para que se moviese, pero, antes de que pudiera hacerlo, la ventana del copiloto bajó y pudo ver a quien conducía el automóvil.

¿Acaso era un chiste de mal gusto?

—Pareces ir atrasado a algún lado. —La voz del hombre era grave—. ¿Te llevo?

El extraño iba vestido con un traje gris y anteojos de montura plateada. Su cabello iba perfectamente peinado, al igual que su barba que, aunque era espesa, estaba bien cuidada. A pesar de que poseía un rostro envejecido, el cual le hacía parecer de unos cincuenta años, aquella forma de ojos, almendrada y con pestañas largas y espesas, solo se la había visto a alguien más, lo que delataba la identidad del desconocido.

Era la primera vez que veía tan de cerca al padre de Ollie y parecía que algo había aflorado en su interior, quemándolo todo a su paso. Tuvo que apretar los puños con fuerza para evitar alterarse.

—¿Por qué me subiría a un auto con usted?

El hombre lo miró con seriedad, no estaba ahí para juegos.

—¿Acaso no te interesa saber por qué hago esto? Si eres cercano a mi hijo, de seguro te lo estarás preguntando, porque Amelia no me deja explicar nada.

Había un punto crucial que era verdad. Adrien venía carcomiéndose el cerebro desde que todo había comenzado, preguntándose muchas cosas. ¿Por qué volver ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo? Y esas preguntas no podían ser contestadas por nadie más que el despreciable hombre que tenía justo enfrente.

Quizá era una mala idea, y si Ollie se enteraba podría enfadarse bastante con él, pero había demasiados cabos sueltos que requerían explicación. Así que se levantó, abrió la puerta del auto y se sentó en el asiento del copiloto.

—Espero que lo que tenga que decir sea importante —sentenció cuando se colocó el cinturón, porque no dejaría que aquel hombre lo intimidara—, no estoy para perder tiempo con nadie.

Richard Walsh sonrió de lado al poner en marcha el auto.

—Yo también quiero saber muchas cosas, chico. Podemos ayudarnos mutuamente.

Ambos se miraron unos segundos. Era imposible predecir lo que pasaría, pero Adrien estaba decidido a obtener respuestas que pudiesen ayudar a Ollie.

Al menos, eso intentaría.

Capítulo 32

—¿Te ha hablado de mí alguna vez?

Aunque el silencio se había instaurado entre los dos ocupantes del auto desde el momento en que iniciaron su marcha a través de las calles de la ciudad, Adrien fue incapaz de retener la risa amarga que se le formó en la garganta. La pregunta estaba demasiado fuera de lugar, al igual que la situación.

—Claro que lo hizo, pero nada bueno salió de allí.

Tras eso, se limitó a observar cada rincón del vehículo buscando alguna pista que les pudiese servir a Ollie y su madre. La verdad era que no había mucho ahí más que el olor a cuero de los asientos negros brillantes y una pantalla en el tablero de la radio en donde se reproducía *jazz*, muy apropiado para lo que parecía, al menos ante sus ojos, un auto lujoso. Todo estaba limpio, sin polvo. Notaba que el tipo a su lado era un hombre meticuloso y ordenado, además de que, obviamente, poseía bastante dinero como para ir conduciendo un auto así.

—Sé lo que estás pensando —empezó tratando de simpatizar—: que soy un mal padre por haberme ido durante tanto tiempo. Pero yo no quise abandonar a Oliver… Ollie. Les mandaba dinero cada mes, una suma bastante considerable que volvía a aparecer en mi cuenta al otro día porque Amelia jamás lo aceptó.

—¿Y solo de eso se trata? —preguntó Adrien con el ceño fruncido—. ¿De tomar el papel de víctima después de tanto tiempo? Porque, aunque no soy padre, sé muy bien que los hijos necesitan mucho más que dinero. A Ollie no le faltó lo material, pero sí una figura paterna que lo apoyase sin importar qué.

Vio que Richard apretaba un poco el volante. Al parecer, había dado justo en el blanco.

—No tienes idea, tú no estuviste ahí. ¿Sabes lo malditamente difícil que es ver cómo se burlan de tu propio hijo por ser un afeminado? Intenté protegerlo, intenté que aprendiera a ser normal.

—Pues entonces es más idiota de lo que pensé —sentenció apretando los puños hasta que los nudillos se le colocaron blancos—, porque enseñarle a un niño a gritos y golpes es la fórmula perfecta para el fracaso. Usted no debía enseñarle a ser normal, debía estar ahí para que supiese que todo estaría bien. Ollie sufrió mucho y ahora está sufriendo de nuevo porque el jodido padre que lo abandonó hace años volvió como si nada, como

si todo el daño que le había hecho jamás hubiese sucedido. ¡Mierda! ¿Acaso no puede priorizar a Ollie por un momento?

Su respiración estaba agitada y tuvo que calmarse para no gritar como un loco. En ese momento, a Adrien solo le importaba una cosa, y era que nadie volviese a lastimar a Ollie, aún menos su padre. No importaba contra quién tuviera que enfrentarse para lograrlo, no estaba dispuesto a que su chico pasase por más cosas dolorosas de las que ya había vivido.

—Estás con él, ¿no?

Como Adrien no se esperaba esa pregunta, quedó perplejo por unos segundos. No entendía qué tenía que ver eso con la conversación, pero tampoco iba a ocultar su relación con Ollie.

—¿No cree qué debería preocuparse de otras cosas en vez de preguntarme si estoy en una relación con su hijo? A lo que, por cierto, la respuesta es sí.

Richard negó suavemente con la cabeza e hizo una mueca que Adrien apenas pudo notar. No supo determinar qué le molestaba más, si la confirmación o la actitud orgullosa del chico.

—Me interesa la vida de Ollie…, aunque no esté de acuerdo con cómo la está viviendo.

Aquella fue la gota que rebalsó el vaso e hizo que Adrien se diera cuenta de que ya no podía actuar como una persona civilizada junto a Richard, por más que lo intentase.

—¿Me está jodiendo? —dijo apretando la mandíbula—. ¿Se atreve a cuestionar la forma en que vive después de que lo abandonó durante años? Es un maldito y un maldito con ganas. Ollie es femenino, viste de rosa y, hasta donde yo sé, le gustan los chicos. ¡¿Por qué mierda no lo deja vivir en paz?! ¡Jamás le ha hecho daño a nadie! Son las personas las que han jugado con él y lo han lastimado, ¿eso le parece bien?

—Tú no entiendes nada, ¿cierto? Claro que no si apenas eres un mequetrefe que no tiene idea de lo que es el mundo real. La vida que Ollie lleva siempre será así, nunca dejará de sufrir por lo mismo. Dime, ¿acaso alguien se mete contigo? —Adrien no respondió y Richard volvió a apretar el volante del auto—. Estoy seguro de que no, ya que tu maldita fachada con tatuajes y mierdas en la cara da miedo, pero ese no es el caso de Ollie. No quiero que mi hijo siga viviendo así. Tú mismo dices que lo lastiman por comportarse de aquella forma y yo quiero llevármelo de aquí para que pueda empezar una nueva vida, estudiar en la universidad, alejarse de este maldito lugar que lo consume.

—¿Y lo separará de su madre para que eso suceda? Si conociera un poco a Ollie, sabría que eso lo desgarraría por dentro hasta matarlo. Vive por su madre y también me tiene a mí aquí para defenderlo. No necesita de usted ni de su jodido dinero para la

universidad; lo solucionaremos y será feliz, ¿entendió? Es mejor que vuelva por donde vino porque ya es bastante tarde para dárselas de padre del año. —Con esto último, Adrien se desabrochó el cinturón de seguridad y fulminó con la mirada a Richard—. Detenga el auto, voy a bajar.

Richard soltó un suspiro cansado antes de estacionar a un lado de la acera. El hombre ya no estaba dispuesto a seguir insistiendo con esa conversación, al igual que Adrien, quien se bajó del auto con destreza y lo miró una última vez.

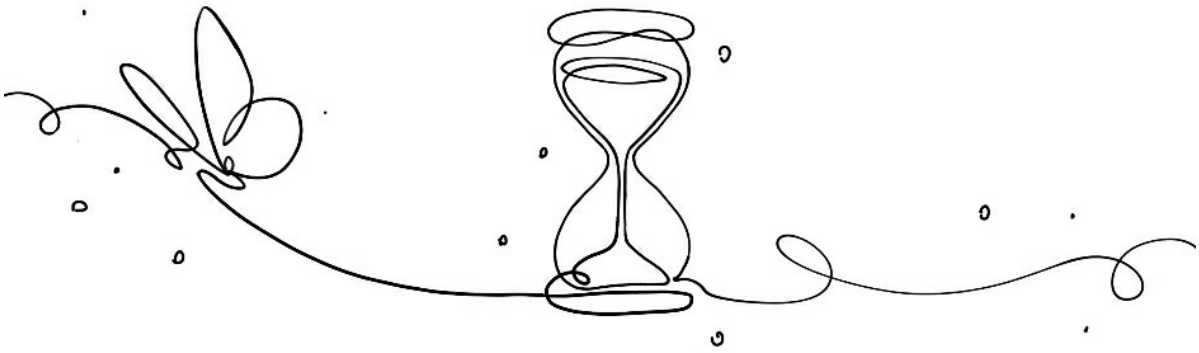
—En el fondo sabes que tengo razón —sentenció Richard como último intento para que Adrien se pusiera de su lado—. Ollie jamás será feliz aquí por más que tú y Amelia lo tengan en una burbuja. Cuando esté solo lo volverán a lastimar y así seguirá siendo día tras día. ¿Eso es vida para ti? ¿Crees que así será feliz?

Algunas de sus palabras, inevitablemente, hicieron eco en Adrien, que no pudo evitar pensar en la vez que golpearon a Ollie en el gimnasio aun cuando había amenazado a Finley y a su pandilla. Si no estuviese pegado a él en todo momento cuando asistían al instituto, de seguro eso se repetiría.

Quiso alejar aquella idea, pero no pudo negar que existía algo de verdad en todo eso. Pero no, por nada del mundo Ollie se iría con él.

—Le sugiero que piense en Ollie y en el daño que usted le hará si lo aleja de su hogar. Arruine su propia vida solo. No lo toque o yo mismo voy a romperle la cara.

Cerró la puerta con fuerza y salió de allí antes de cometer una locura.



No recordaba haber estado tan nervioso en toda su vida, ni siquiera los lengüetazos que Baekdu le propinaba en su mejilla eran capaces de hacerlo sentir un poco mejor. Se encontraba solo

en casa, esperando a su madre y a Adrien. Este último le había mandado un mensaje diciendo que se demoraría un poco más de lo previsto, pero que llegaría lo antes posible. A pesar de que le había dicho que no importaba, la verdad era que lo necesitaba mucho en esos momentos. Con él se sentía seguro, era la única persona que lograba calmar su agitado corazón y siempre sabía qué decir para animarlo. Ni siquiera se había dado cuenta de en qué momento se había vuelto tan dependiente, pero ya no podía cambiarlo.

Dio vueltas en la cama para hacerse bolita mientras Baekdu caminaba encima suyo, como todo cachorro hacía alguna vez con su dueño. Ollie sabía que no podía quedarse así para siempre, sufriendo en silencio por culpa de los recuerdos de su infancia y con las lágrimas amenazando con salir de sus ojos cada cinco minutos. Debía enfrentar los hechos, ser fuerte para apoyar a su madre y no ser una carga por la que todos debían preocuparse.

Pero le costaba, le costaba demasiado.

Le hubiese gustado que la situación no lo afectase de esa forma, que ver a aquel hombre no provocase nada más que desprecio en él, pero estaba profundamente herido. Desde que su padre lo había dejado a los siete años, se preguntaba qué había hecho mal o por qué no podía dejar de ser así. Hubo años durante los cuales se obligaba a jugar con autitos pensando que, con eso, su padre volvería a cruzar el umbral de la entrada. Perdió la esperanza a los trece, cuando pasó por una fuerte depresión que lo carcomió por años. Pensó que había logrado superarlo, pero ahora parecía que todo ese esfuerzo se había ido a la basura, porque su progenitor había vuelto a aparecer y quería sacarlo de su hogar como si de una maldita mascota se tratase.

Era demasiado injusto.

Mientras seguía con la mirada perdida y divagaba en sus pensamientos, escuchó que la puerta del primer piso era abierta, luego cerrada. Al igual que un resorte, se levantó de la cama, impaciente. Fue entonces cuando vio a su madre sentada en el sofá de la sala con la cabeza gacha y las manos cubriéndole el rostro.

Tragó saliva asustado. Algo malo había sucedido, de eso estaba seguro. Por un segundo, pensó en devolverse a su cuarto para esconderse de las malas noticias y esperar a Adrien para que este lo ayudase a enfrentarlo, pero se lo prohibió. Debía ayudar a su madre con lo que fuese necesario.

Caminó hacia ella a paso lento y se sentó a un costado del sillón antes de posar su brazo sobre la espalda de la mujer. Podía sentir los pequeños sollozos que emanaban de la garganta de Amelia y, a pesar de que no deseaba preguntar, lo hizo:

—¿Qué pasó, mamá?

La mujer levantó la mirada con los ojos cristalinos. Llevaba

el semblante de una mujer aterrada de que pudiesen quitarle lo más importante de su vida, rota en su más pura expresión. Ollie no tenía idea de qué hacer, mucho menos cuando escuchó lo que su madre tenía para decir.

—No quiere negociar. Quiere comenzar el proceso legal de inmediato. Por más que le rogué, no pude detenerlo.

Ollie tembló. ¿Qué pasaría si, finalmente, era obligado a irse con su padre? Para él, aquel hombre solo era un desconocido, alguien que formó parte de su vida y luego se fue sin dejar rastro. No había un lazo entre ellos ni nada parecido. ¿Cómo podría vivir con alguien a quien no conocía?

—¿Puedo… Puedo hacer algo? —la pregunta se escuchó más como un ruego. Su madre le puso una mano en la mejilla, como solía hacer cuando era pequeño y tenía pesadillas. Algo que su padre nunca había hecho.

—No. Solo debes dar tu opinión cuando sea necesario. No sé cuánto tiempo lleve todo esto, pero el abogado de tu padre parece tener contactos que lo pueden ayudar para que todo sea más rápido.

Ollie cerró los ojos con fuerza.

—No entiendo, no entiendo. ¿Por qué ahora?

Su madre tomó su mano intentando mantener la poca compostura que le quedaba.

—Sabe que pronto serás adulto. Solo puede intervenir ahora.

Se quedó quieto, como si eso fuese a ayudarlo a desaparecer.

—¿Por qué no pudo amarme cómo tú?

Los ojos de Amelia se abrieron con sorpresa. No se iba a colocar a sí misma en un pedestal. Cometió errores que, si no hubiera remediado, podrían haberle costado la vida a su hijo. Amelia sabía que ella y Richard habían comenzado la misma carrera, pero tomaron rutas distintas para llegar a la meta. Ahora había llegado el momento de defender sus decisiones.

Así que abrazó a la persona por la que cambió su vida.

—A veces el amor que sentimos por alguien nos lleva a creer que el daño que hacemos tiene una justificación.

Capítulo 33

Miedo era algo que sentía con frecuencia, sobre todo durante el último año. Si pensaba en su juventud, aquella emoción era casi inexistente. No había muchas situaciones que la hicieran sentir ansiosa o paralizada. Por el contrario, era buena actuando bajo presión y sabía mantener la calma en situaciones de emergencia. Era algo que le ayudaba mucho en su carrera como enfermera y que creyó que transferiría a su maternidad. Pero estaba muy equivocada.

Cuando Ollie dio sus primeros pasos, sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Muy bien, cariño. Ven con mamá.

Sonreía, no quería que notara su temor. Sí, Ollie era un bebé, pero siempre supo que los adultos no le daban el crédito suficiente a la perspicacia de los niños. Por consiguiente, cuando nació su hijo, aprendió a esconder sus debilidades. Su miedo a que dejara de respirar mientras dormía, la ansiedad que le producía llevarlo a lugares nuevos con peligros que no podía anticipar, la forma en que sentía que el piso temblaba bajo sus pies cuando su pequeño se lastimaba, todo eso lo guardaba muy adentro, lejos de él.

Los pasos de Ollie eran tímidos. Sus piernas temblaban, pero parecía que estaba decidido a mantener el equilibrio y así llegar hasta su madre. Amelia tenía los brazos abiertos y lo alentaba en cada centímetro que avanzaba.

—¡Sigue así! ¡Tú puedes, Ollie!

Cuando el cuerpo de su hijo estuvo en sus brazos, Amelia sintió lo mismo que el primer día que lo vio: un amor incondicional, la sensación de que, sin importar nada, iba a proteger a ese niño.

Antes de la cena, cuando Richard llegó del trabajo, Amelia le mostró lo que Ollie podía hacer. El hombre estaba emocionado, levantó a su hijo y dio vueltas logrando que la risa del niño se escuchase por toda la casa.

—¡No lo puedo creer! Esto significa que pronto podré enseñarle a jugar fútbol, o quizá béisbol, es bueno tirando lejos la comida cuando no le gusta.

—Podríamos inscribirlo a clases cuando sea mayor.

—Claro que sí, quiero que aprenda todos los deportes posibles. Será una estrella.

Eran comentarios infantiles que miraban hacia un futuro que parecía ya estar dibujado para un niño que todavía no entendía lo que significaba existir. Amelia no sabía lo mucho que la perseguirían esas ideas, cuánto le costaría dejar de lado todo lo que alguna vez creyó que sería su vida.

Ollie lloraba con fuerza, sus mejillas estaban rojas y su cabello despeinado. Amelia no estaba acostumbrada a verlo tan frustrado. En la cotidianidad, era un niño dócil y obediente con sus padres. A los cinco años, aquello era considerado un logro y muchas veces recibió felicitaciones por el comportamiento de su hijo. Sin embargo, durante el último mes, aquella tranquilidad fue interrumpida. El momento en que Amelia debía vestirlo se había convertido en una pesadilla.

—Vamos, cariño. ¿No te gusta esta camiseta? Es azul, tiene autos. ¿No es genial?

El niño seguía llorando como si no hubiese un mañana. No entendía. ¿Acaso era una sensibilidad por la tela? ¿Tendría que hablar con un especialista? Amelia trataba de buscar soluciones que la sacaran de ese aprieto, pero apenas podía concentrarse con los sollozos de Ollie de fondo.

Buscaba otras opciones y se las ofrecía al niño como una ofrenda, pero no había cambio alguno. Rebuscó en el armario hasta que casi estuvo vacío. Lo único que quedó tras su intento de encontrar algo que al niño le gustara fue una camiseta rosa que se le había quedado a una de sus sobrinas la última vez que estuvieron de visita. Frustrada, Amelia tomó la prenda y, antes de que pudiera guardarla de nuevo, sintió la manita de Ollie en su hombro.

—Quiero.

Las palabras eran claras, lo que le sorprendió porque, Ollie a veces era tan tímido, que no se le entendía muy bien lo que decía.

—¿Qué quieres, mi vida?

La pequeña manito apretó la camiseta rosada. ¿Alguna vez había visto los ojos de su hijo brillando con tanta intensidad?

—Esta no es tu ropa, Ollie. Es de tu prima Alexis, ¿recuerdas?

Pero el niño seguía sosteniendo el pedazo de tela.

—Quiero.

Había demasiada determinación en un cuerpo tan pequeño. Amelia se preguntaba de dónde venía todo eso. Estaba confundida y, sin embargo, quiso ver qué significaba. Por eso, vistió a Ollie con la camisa. Apenas estuvo libre, el pequeño corrió hasta el espejo de la habitación y en su rostro se dibujó una sonrisa gigante.

¿Una camiseta podía hacer tan feliz a un niño?

Escuchó pasos en el pasillo y, unos segundos después, Richard

entró a la habitación para avisarles que ya estaba listo el desayuno. No tomó mucho para que su mirada se posara en Ollie.

—¿Y esa ropa?

—Es de mi sobrina. Ollie me pidió que se la pusiera y, mira, ya no llora.

Richard frunció el ceño.

—Pero es un chico.

—Lo sé. Pero es solo una camiseta, ¿no?

Su marido se acercó a Ollie y se puso en cuclillas frente a él. Su hijo seguía sonriendo, complacido con cómo se le veía la prenda.

—Oliver —dijo Richard—. Esa camiseta no es tuya. Tú tienes tu ropa.

El chico dejó de sonreír.

—Me gusta —susurró.

—No, Oliver. Estas cosas son de niñas. Tú eres un niño, un hombre, como papá.

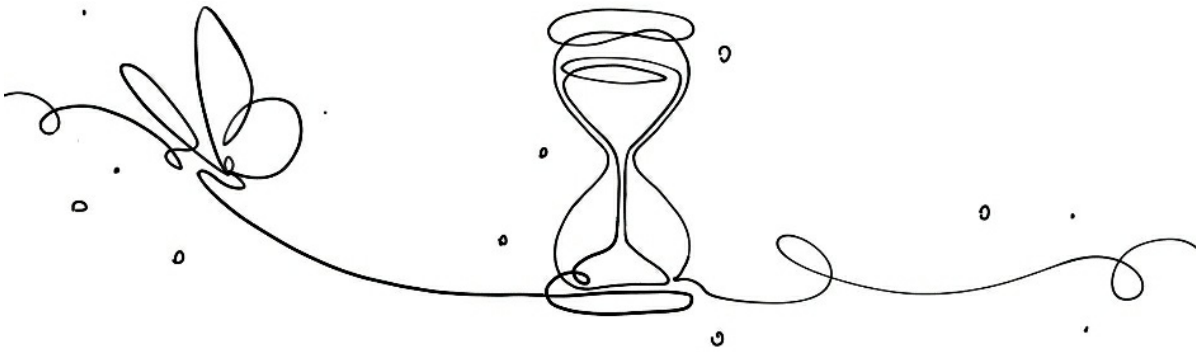
Ollie volteó a ver a su madre en busca de apoyo. Richard tomó sus manos y utilizó el mismo tono que empleaba en las pocas ocasiones en que el chico se metía en problemas.

—Vas a dejar que mamá te cambie ropa y no quiero que llores, ¿entendido?

El pequeño asintió de manera débil.

—Ese es mi hijo —dijo Richard sonriendo, luego se dirigió a Amelia—. ¿Puedes cambiarle la ropa, por favor?

Asintió. Cuando su marido dejó la habitación, Ollie se acercó apenado y puso sus manos hacia arriba para que su mamá le quitara la camiseta. Ella sintió una punzada de dolor. La sonrisa brillante que había atestiguado en el rostro de su hijo ahora se había esfumado.



—Creo que fuiste muy duro con Ollie ayer.

Tuvo que reunir cierta valentía para iniciar la conversación. Esperó a que fuera la hora de la cena y que su hijo ya estuviera dormido para hacerlo. En la mesa se encontraban ellos dos; Richard, en la cabecera, haciéndose el desentendido. Pero Amelia no lo iba a dejar pasar.

—¿A qué te refieres?

—A que, si quería usar una camiseta rosa, debíamos dejar que lo hiciera.

Richard dejó de lado los cubiertos que estaba ocupando y juntó sus manos para apoyar su barbilla en ellas.

—No es ropa que un niño deba usar.

—Es solo ropa —Amelia insistió.

—¿Quieres que la gente se burle de nuestro hijo cuando salga a la calle? Sabes bien cómo miran en este pueblo a quienes son así.

Amelia calló.

—Además, ¿qué pasa si adquiere la manía de querer vestirse así siempre? ¿Cuando tenga que ir al jardín de infantes y te pida que le coloques una falda?

—Exageras —respondió—. ¡Hablamos de una camiseta!

—Debemos enseñarle desde pequeño la forma en que el mundo funciona. Y, lo siento, Amelia, no estoy dispuesto a que mi hijo sea el hazmerreír del pueblo. Además, lo entendió cuando le dije, es un chico listo.

—Pero su rostro…

—¿Qué pasa con eso?

—Estaba… triste y dolido. Nunca lo había visto así.

—Claro que no. ¿De qué estás hablando, mujer? Un niño pequeño no se pone triste por esas cosas.

Con eso, el hombre dio por terminada la conversación y siguió con su cena. Amelia volvió al silencio, movía la comida de su plato de un lado a otro, perdida en pensamientos en los que el rostro de Ollie era el protagonista. Conocía el pueblo en que vivían, sabía que Richard no se equivocaba y, si era sincera, ella también prefería vestirlo de forma normal para que nadie quisiera hacerle daño.

Pero jamás olvidó ese rostro.

Caminaban por el centro del pueblo con las manos entrelazadas, madre e hijo. Habían hecho varias compras para abastecer su alacena por el resto de la semana. Ollie siempre la acompañaba en esos pequeños quehaceres y no se quejaba de lo mucho que caminaban. Por esta razón, ese día Amelia decidió que ambos merecían una recompensa por su arduo trabajo.

—¿Quieres un helado, Ollie?

El niño asintió con una sonrisa.

Llegaron al puesto de los helados y pidieron sus sabores favoritos, fresa para Ollie y chocolate para Amelia. Ocuparon una banca en la calle para poder dejar las bolsas y disfrutar de su premio.

—¿Te gustó, cariño?

—Sí, mami.

Pronto terminaron sus postres, pero se quedaron ahí un poco más, disfrutando de la brisa que les acariciaba la espalda. Ollie fue el primero en levantarse y ojeó los locales que tenía enfrente.

—¿Puedo acercarme a ver?

—Sí, pero no te alejes mucho. Te estaré observando.

El niño asintió y se fue. Amelia lo miraba encantada. El tiempo pasaba rápido, extrañaba los días en que había un bebé en sus brazos que dormía sin ninguna preocupación en el mundo. Sin embargo, disfrutaba de las etapas. Se fijaba en todas las nuevas cosas que Ollie aprendía y las atesoraba.

En momentos así, el deseo de volver a admirar esa sonrisa brillante se apoderaba de sus pensamientos. ¿Cómo podría lograrlo sin ir contra su marido? ¿Sin poner en una situación de peligro a su hijo? Tenía que darse por vencida, dejarlo en el pasado y olvidar.

Aunque parecía que Ollie no la dejaría.

Vio a su hijo frente a una vitrina dando vueltas y sonriendo. Conocía aquel brillo muy bien. Se incorporó de inmediato, sin importarle dejar sus bolsas de compras atrás, y caminó hasta Ollie.

—¿Hijo?

Ollie no la escuchó, seguía ensimismado girando y riendo. Cuando se fijó en la vitrina, se dio cuenta de que estaban frente a una academia de ballet y que, en ese momento, había niñas de la edad de Ollie ensayando. Ahora entendía que aquellos giros eran una copia de los movimientos que hacían las bailarinas.

El pequeño se detuvo y miró a su madre.

—Bailan como las princesas.

Amelia asintió.

—Sí, están bailando ballet.

—A mí me gustaría bailar como una princesa, mami.

Ansiedad. Otra vez la ansiedad consumía su ser. Podía ver con claridad cómo el futuro que ella y Richard habían querido para Ollie se volvía más distante, dejando atrás nada más que incertidumbre y miedo.

Creyó que podría detenerlo, como su marido le había dicho, podían asegurarle un futuro brillante y sin problemas. Le daría

todo para que fuese feliz, menos aquello.

Tomó la mano de su hijo, lista para soltar un discurso.

Pero no pudo.

No con la sonrisa de Ollie en su rostro, no al sentir cómo su manita apretaba la suya con confianza y amor. No podía quitarle la felicidad a su hijo.

Solo quedaba un camino que seguir.

—¿Entremos a ver, Ollie?



—¡Será un maldito marica por tu culpa!

El corazón le latía a mil. Ollie había huido despavorido y Richard estaba furioso, pateó las sillas de la mesa y tiró un florero contra la pared. Pudo ver de reojo su estado reflejado en el espejo. Tenía el cabello despeinado y el maquillaje corrido. No recordaba cuánto tiempo llevaban peleando. Sabía que había

obrado mal al ocultarle las clases de ballet, pero no podía seguir lastimando a Ollie. Quería que fuese un niño feliz, que pudiese sonreír sin miedo. Si por eso debía ir en contra de su marido, lo haría una y mil veces.

—¡Es lo que le gusta! ¡Si vieras su sonrisa cuando baila!

—¡Tiene que verse como un niño normal!

—¡Es un niño normal!

—¿Normal? ¡Usa vestido por el amor de Dios! ¿Sabes lo que le hacen a la gente así en las calles? ¿Quieres que acabe muerto?

—¡¿Cómo puedes decir eso de tu hijo?!

Era cruel. Richard. El mundo.

—No voy a tolerarlo más —sentenció su marido—. No voy a quedarme viendo cómo arruinas a nuestro hijo. Si esto no cambia ahora mismo, me iré. Es tu elección.

Las manos de Amelia temblaban, pero se mantuvo firme. Su propio miedo no definiría la vida de su hijo. Estaría a su lado, lo apoyaría y, sin importar qué tipo de persona terminara siendo, Ollie seguiría siendo su mundo.

—Elijo que mi hijo sea feliz —sentenció.

Y hasta el día de hoy no se arrepentía de su decisión.

Capítulo 34

Los nervios lo consumían al tomar la mano de Adrien para entrelazar los dedos de ambos. Frente a él, Amelia caminaba alrededor de la sala de espera, tratando de calmar sus propios nervios. Sentía que iba a devolver su desayuno por culpa de la enorme presión que yacía sobre sus hombros y quizá, solo quizá, terminaría corriendo apenas viese una puerta abierta que diese hacia la libertad, lejos de aquella horrenda y fría consulta.

Hace una semana, su madre le explicó cómo sería el proceso. Lo primero que Richard pidió fue una evaluación psicológica para Ollie. No era la primera vez que se enfrentaba a un escenario en el cual examinarían su psiquis; sin embargo, ninguna de aquellas experiencias había sido grata en absoluto. No lograba sentirse cómodo para hablar, lo que terminaba con los profesionales asumiendo mucho sobre su personalidad, en especial cosas malas. Dudaba que esta situación fuese diferente.

—Estás temblando, Mariposa. Debes calmarte un poco.

La voz de Adrien lo devolvió a la realidad. Se recompuso para asentir, el chico tenía razón y lo sabía. Eran las dudas que se generaban en su cerebro las que no lo dejaban relajarse ni un segundo antes de conocer a la psicóloga. ¿Qué pasaría si decía algo que no era correcto?, ¿si ella solo le daba más razones al tribunal para mandarlo con su padre? ¿Qué sería de su relación con su madre si debía irse? La mente de Ollie era un torbellino de cuestionamientos sin respuestas y, a causa de eso, era incapaz de calmarse.

—Todo estará bien, Mariposa —sentenció Adrien con voz grave, como si pudiese leerle la mente—. Recuerda que la psicóloga determinará lo que es mejor para ti y le enviará un informe al tribunal. En solo minutos sabrá que estás bien con tu madre y que no necesitas a Richard.

Ollie asintió rendido. Adrien Davis era el único idiota que podía ser un altanero de primera y hacerlo sentir bien en medio de una crisis nerviosa. Se acercó al chico para dejar caer su cabeza en el hombro de este y así estar más cómodo durante la espera. Soltó un suspiro tratando de liberar toda la presión que lo estaba consumiendo, y Adrien apretó el agarre de sus manos con cariño.

—Eres tonto —susurró Adrien dejando un beso en su cabello—. Todo saldrá bien, lo prometo.

Y cuando Ollie iba a responder, una mujer esbelta, con gafas

doradas y un chaleco blanco compañado de unos pantalones negros, se les acercó interrumpiendo la conversación. Su mirada era intimidante y seria. Tal vez por ese motivo, cuando la desconocida le sonrió, se descolocó.

—¿Quién es Oliver Walsh? —preguntó y Ollie se hundió en el asiento.

—Eh… Soy yo.

—Ya puedes acompañarme —respondió ella sin dejar de sonreír—. ¿Tienes sed? Puedo prepararte un té o un vaso de agua antes de empezar.

—No, gracias.

—Bien. Si cambias de opinión, solo tienes que decirme. ¿Vamos?

Se puso de pie y sintió la mano de Adrien dándole un último ánimo.

—Te esperaré aquí.

Luego Amelia se acercó.

—Buena suerte, hijo.

Se recordó a sí mismo que la sesión solo duraría una hora y, después de eso, podría volver a casa. Era un lapso de tiempo corto, un lapso de tiempo que podía tolerar. Solo debía mantener la compostura.

La psicóloga le indicó el pasillo y caminaron lado a lado hasta llegar a la consulta. De a poco, el corazón le comenzó a latir a un ritmo muy acelerado, y tuvo miedo de desmayarse antes de siquiera comenzar con la sesión. La falta de sueño por haberse quedado conversando con su madre hasta las tres de la madrugada también hizo estragos en su mente. Se recordaba a cada momento que todo eso lo hacía por ella, para que nadie pudiese separarlos, y de allí era que sacaba fuerzas para animarse. Aunque le costase, iba a asegurarse de quedarse con su madre porque, por más que su familia fuese pequeña y bastante disfuncional, para Ollie era perfecta.

La oficina era algo estrecha. Las paredes tenían un color ahuesado y había un par de diplomas repartidos en ellas. Había un sillón para una persona en un lado, una mesa de centro con un florero lleno de flores falsas y un sofá verde justo debajo de una ventana. Era un lugar mucho más acogedor de lo que se esperaba.

Ella le pidió que tomara asiento e hizo caso, evitando la mirada de la desconocida. Aún tenía miedo, pues no quería equivocarse.

—Muy bien —inició la mujer sentándose en el sillón frente a él, con un lápiz y una agenda negra en su regazo—. Me presento, soy Angela Rey, tu psicóloga de ahora en adelante. ¿Está bien si te llamo Oliver?

Ollie tragó saliva.

—Prefiero Ollie.

—Ollie será entonces. —Ella anotaba en una agenda como si fuese un dato de suma importancia—. Supongo que sabes a qué has venido, ¿no?

—Necesitan hacerme una evaluación psicológica… Al menos eso me dijo mi madre.

—Exacto —su voz era amena, le recordaba un poco a Amelia cuando hablaba con pacientes—. La idea es que me cuentes un poco de tu día a día. Quiero saber qué te gusta hacer, cómo te va en el instituto, ese tipo de cosas. Así que, comencemos, Ollie.

La conversación empezó a fluir lentamente. Angela hacía preguntas sobre su día a día y sus intereses. A pesar de que no era muy complicado hablar de estos temas, le respondía con cautela. Aún no olvidaba dónde estaba ni que se había preparado más para un interrogatorio que para un diálogo fluido.

Fue unos veinte minutos después que las preguntas importantes comenzaron a llegar.

—¿Hace cuánto que tus padres están separados?

—Nueve o diez años…, demasiado tiempo.

La mujer anotó una vez más y Ollie comenzó a tamborilear sus dedos sobre el sofá en busca de un poco de calma para poder responder las demás preguntas.

—Ya veo. ¿Y durante ese tiempo has podido ver a tu padre?

—No, hace unos días fue la primera vez que lo vi después de la separación.

La mujer asintió y volvió a escribir.

—¿Tú madre te ha prohibido verlo en algún momento? —Ollie negó con la cabeza de inmediato.

—No. Ella jamás me negó nada, él fue quien desapareció sin dejar rastro.

—¿Ella te lo dijo? ¿Qué recuerdas de esa situación?

Ollie frunció levemente el ceño porque no entendía a qué venían tantas preguntas sobre si su madre le ocultaba algo acerca del abandono de su progenitor, tampoco hasta dónde quería llegar con todo eso siendo que era obvio que su padre fue quien lo abandonó de pequeño, no Amelia.

—¿Por qué ella me prohibiría verlo? —respondió bastante cabreado con todo—. No ganaría nada, solo me haría daño y mi madre no sería capaz. Fue mi padre quien se alejó de nosotros porque yo no era el hijo con el que soñó, por eso desde pequeño me prohibió ser femenino. Ya verá usted que terminé siendo todo lo que él detesta. ¿Cree que me dejará vivir tranquilo si me voy con él?

Esta vez la mujer lo miró y se acomodó las gafas sobre el

puente de la nariz. Por un segundo, Ollie pensó que se había pasado con sus palabras, pero la voz de su interrogadora le hizo ver que ese no era el problema.

—Parte de este proceso consiste en que debo corroborar toda la información que tu padre le entregó al tribunal. Ha presentado pruebas de que le mandaba cheques a tu madre todos los meses sin falta y que ella nunca los recibió, tan solo los devolvía en el correo. ¿Ella te mencionó algo de eso?

Ollie quedó atónito, con la boca ligeramente abierta, mientras escuchaba cada palabra e intentaba procesarlas. No, él había mentido. Amelia le habría dicho si su padre hubiese hecho algo parecido, ¿no? Además, si bien durante un tiempo tuvieron algunas dificultades, ya se encontraban con mayor estabilidad. No necesitaban el dinero de su padre para salir adelante.

—No me dijo nada —contestó esta vez mirándose las manos—. ¿Acaso ustedes están seguros de que esos registros son reales? Fácilmente pudo falsificarlos para ganar el caso, él sabe cómo funcionan estas cosas.

—Espérame aquí un momento.

La mujer se levantó para sacar una carpeta de un archivador que estaba a su costado. Ollie se encontraba hundido en el asiento como un niño asustado mientras la veía dejar un montón de papeles sobre la mesa. Tragó saliva de manera sonora antes de acercarse y, cuando estuvo cerca, se dio cuenta de que se trataba de un montón de transacciones bancarias, todas para su madre, que luego eran devueltas al remitente.

No podía ser, no podía…

—¿Alguna vez tu madre te entregó las cartas que tu padre te mandó?

Silencio. Todo su cuerpo quedó estático.

—¿Disculpe?

—Tu padre te mandó varias cartas durante estos años —aclaró la mujer y sacó otro sobre que venía junto con los papeles para acercarlo hasta sus manos—. Todas están aquí. ¿Has leído alguna?

Mucha información y poco tiempo para procesarla de forma apropiada. La quijada se le abrió y el pulso se aceleró aún más. ¿Cómo era posible que le hubiese ocultado algo como eso? No, debía ser un error, un terrible error.

—Mi madre —tartamudeó distante apenas recuperó el habla—. Ella…

Quizá la psicóloga, al notar el ligero temblor de sus dedos o la palidez de sus mejillas, decidió apiadarse de él, porque intentó tranquilizarlo con las siguientes palabras:

—No es necesario que leas todo esto ahora ni conmigo aquí. Sé que necesitas privacidad para procesar todo esto. Puedes llevarte

las cartas para leerlas y sacar tus propias conclusiones después. Por ahora, seguiremos con la sesión, ¿te parece?

Asintió abstraído, aunque las cartas no salieron de su mente por más que Angela tratara de avanzar con la entrevista como si nada hubiese ocurrido. Ella le preguntó por la convivencia con su madre, cómo le iba en la escuela y también cómo se sentía respecto a la figura paternal de la que había carecido durante sus años de infancia.

Ni siquiera cuando le preguntó por la violencia que había sufrido durante su vida, se inmutó. Respondía a todo de forma monótona, al igual que un robot, y miraba un reloj que encontró colgado en la pared deseando que las manecillas se movieran mucho más rápido para alejarse corriendo de allí.

Lo que sentía no era miedo, sino angustia, de la más pura, la que no te dejaba pensar de forma correcta, y eso era peligroso.

—Hemos terminado —señaló Angela después de casi una hora de preguntas y Ollie asintió agradecido—. Toma las cartas, ya puedes ir a casa.

Casa…

Ollie no quería ir a casa.

Salió de la habitación y siguió el mismo pasillo por el que había llegado hasta allí. Si antes se había encontrado en ese lugar devorado por el miedo, ahora Ollie era un torbellino de sentimientos que se expresaban a través de un rostro sin vida. Guardó las cartas en su bolso y un montón de dudas dentro de su pecho.

¿Por qué su madre le ocultaría que su padre había intentado comunicarse con él? Recordaba que durante años había esperado noticias de él; no hace mucho tiempo se había dado por vencido. Su madre lo sabía, pero siempre lo consolaba diciendo que no necesitaban de él y que estarían bien los dos. ¿Acaso era para protegerlo o lo había hecho por su propio resentimiento? ¿Se suponía que ahora su padre era el bueno?

Amelia lo estaba esperando afuera y, por primera vez, pensó en que quería espacio, al menos por un tiempo. La escuchó preguntar si todo había ido bien. No respondió. No quería hablar. Pasó de largo, en busca de una salida, un escape de la situación.

Cuando logró divisar a Adrien sentado en el mismo lugar en que lo había dejado, algo en su cerebro se activó. Lo necesitaba tanto. Ollie se consideraba demasiado débil, muy fácil de romper, pero cuando estaba con él podía creer que era capaz de conquistar el mundo entero si se lo proponía. Ya se estaba volviendo adicto a esa sensación.

Se quedó quieto unos segundos, observándolo de lejos. Tenía el perfil iluminado por un rayo de luz que entraba por la ventana

frente a él y ese ceño fruncido tan conocido para Ollie, que diría que se trataba de su expresión normal. Quiso disfrutar de esa obra de arte unos segundos más, pero el chico se dio cuenta de su presencia y ambos se quedaron mirando con detención.

Ollie corrió a sus brazos.

Sentía que no podía con tantas cosas que lo atacaban de repente y, cuando se enrolló en el cuello de su chico, le fue inevitable no comenzar a soltar lágrimas de frustración. Definitivamente era débil, un maldito pedazo de porcelana que se había caído al suelo y ahora se encontraba hecho pedazos. Ni siquiera las grandes manos de Adrien sosteniéndolo por la cintura eran capaces de calmar su propio autodesprecio.

—¿Qué pasó? —preguntó Adrien después de que derramó las lágrimas suficientes para volver a hablar de forma normal.

—No quiero ir a mi casa —le dijo con la voz entrecortada—. Por favor, llévame a donde sea menos allá.

Al escuchar eso y al verlo tan herido, Adrien supo exactamente a dónde debía llevarlo.

Capítulo 35

Por fuera, Adrien podía lucir rudo, casi impenetrable para quienes solo se cruzaban con él por la calle. Los tatuajes, las expansiones y la ropa oscura no hacían otra cosa que acentuar los rasgos duros que lo caracterizaban, dejando la impresión de que era un chico despiadado e incapaz de sentir algo además de rabia. Esa era su forma de alejar al mundo de su interior, el mecanismo de defensa que utilizaba para no mostrarse débil y que así nadie tuviese pena de él ni de su vida.

Pero en el fondo, era un cobarde. Siempre lo fue.

Corría lejos de los problemas como si hubiera nacido para ello. Le aterrorizaba la idea de revivir el pasado y, usualmente, se alejaba tanto de las personas que llegaba a olvidarse de los demás. Había podido vivir así durante los últimos años porque, durante el período más importante para un niño, no había experimentado el cariño de un hogar. ¿Qué pasaba cuando no existía nadie que se preocupase por ti? Fácil, te volvías desconfiado, casi paranoico. Adrien huía lejos de las muestras de cariño porque para él todo eso era demasiado falso, muy forzoso. No había razones para entregarle su corazón a alguien ni para encariñarse de más.

Eso pensaba hasta que conoció a un chico de pelo rosa que, en el instante en que apareció, le hizo cuestionarse su estilo de vida. Debía agradecerle a Ollie Walsh por eso. Y como ese chico le había ayudado a volver a sus raíces, recordar a su madre y abrirse una vez más al mundo, debía hacer todo por él ahora que se encontraba en una situación difícil.

De modo que tomaron el tren con destino a la ciudad. Adrien llevaría a Ollie al lugar que visitaba siempre que se sentía exhausto por los desafíos de su día a día, a la espera de que lo ayudase a sentirse mejor consigo mismo a medida que la tormenta que se encontraba en interior se calmaba. O al menos, eso pretendía.

Ollie no había dicho nada después de abandonar la consulta y aquello lo tenía bastante preocupado, pues no sabía cuándo sería el momento indicado para hablar con él o preguntarle qué sentía. Adrien era bastante primitivo cuando se trataba de sentimientos ajenos, así que intentó hacer lo mejor que pudo al rodearlo por la cintura con su brazo mientras viajaban. La mirada de Ollie iba perdida en el paisaje de la ventana y Adrien se preguntaba qué había sucedido en la entrevista para que ahora estuviera de esa

manera.

—¿Mariposa, te sientes muy mal?

A cambio, solo recibió una mirada triste que pronto regresó a la ventana. No quería presionarlo, así que volvió a quedarse en silencio, pero lo mantuvo cerca de su cuerpo. Esperaba que, cuando llegasen a su destino, pudiese hacerlo sentir más tranquilo para poder hablar con él, ya que necesitaba saber qué le pasaba.

Transcurrieron unos veinte minutos más de viaje y Adrien supo que ya estaban cerca. Salieron del tren y se dirigieron a la salida para perderse por las calles. Entrelazó sus dedos con los de Ollie para guiarlo. Había pasado demasiado tiempo desde que caminó por última vez por aquel sector, y muchas cosas habían cambiado. Esperaba que su sentido de la orientación no le fallase esta vez, porque no quería perderse y sumar otra preocupación a los hombros de ambos. De todas formas, Adrien siguió caminando a paso firme, pasando frente a edificios viejos, mientras miraba, de vez en cuando, furtivamente a Ollie para asegurarse de que estuviese bien. Le tomó al menos unas tres calles más reconocer por completo el lugar donde se encontraban para así llegar a su destino. Un escalofrío le recorrió el cuerpo apenas estuvieron ante el lugar que había abandonado en sus recuerdos hacía años ya.

—¡Auch! —se quejó Ollie cuando se detuvo, porque estaba tan distraído que no notó que debía dejar de caminar, lo que provocó que chocara con la espalda de Adrien. Enseguida, Adrien se dio vuelta y le acarició la mejilla, como un intento de consolarlo.

—Lo siento —se disculpó—, es que acabamos de llegar.

Al recobrar sus sentidos, Ollie alzó la mirada. Apenas identificó dónde estaban, el corazón se le encogió de golpe y luego fijó sus ojos en Adrien. De todos los lugares a los que pudieron haberse dirigido, aquel era el único que jamás se le había cruzado por la cabeza. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Adrien lo había llevado hasta allí? ¿Acaso…?

Pero no pudo seguir pensando debido a la voz de su chico.

—Vamos, Mariposa.

Y, con eso, Adrien tiró de sus dedos para que entrasen al lugar y caminaran un poco más. Ollie miraba todo demasiado retraído, sin tener idea de qué decir. Más de una vez intentó articular alguna frase y fue cortado por su propia respiración. Intentó calmarse al fijarse en los detalles del paisaje. Jamás había estado en un lugar así, aunque siempre pensó que sus miedos se habían fundado en escenarios muy parecidos al que ahora los rodeaba. Aún se preguntaba qué significaba todo eso, pero decidió confiar en Adrien y apretar sus manos mientras lo seguía a paso rápido.

Caminaron un rato en silencio, pues Adrien estaba perdido en sus propios pensamientos. ¿Hace cuanto no regresaba? Años. Había dejado de hacerlo, y ahora podía sentir el peso de los recuerdos sobre sus hombros. Aún no era capaz de mirar a Ollie y lo prefirió así; de seguro la palidez ya se le estaba notando, al igual que el ligero temblor de su labio inferior. Se repetía que lo hacía por su chico. En ese minuto, él era quien necesitaba toda la fortaleza y esperaba que, con lo que tenía que decir, fuese suficiente.

—Adrien… —le escuchó decir, mas aún no llegaba el momento.

—Falta poco —interrumpió—, espera.

Y, en menos de dos minutos, Adrien detuvo su andar para posicionarse frente a un pequeño pedazo de mármol. De forma instantánea, Ollie abrazó su hombro, ocultando un poco su cara, casi con miedo. Le acarició los dedos en un intento de transmitirle que todo estaba bien, que era algo que deseaba hacer hacía mucho tiempo, lo que funcionó. Ollie lo miró a los ojos, aún nervioso, pero no se alejó de su lado. Ni siquiera cuando se quedaron frente a la tumba de su madre.

—Sé que esto no es real —comenzó en un susurro y a Ollie se le colocaron los ojos brillosos—, no sé cómo funciona la muerte ni mucho menos los espíritus, pero quería que la conocieras… De seguro te hubiese amado tanto como yo lo hago.

Ollie presintió a dónde se dirigían apenas vio el letrero del cementerio en la entrada. Estaba nervioso porque esa era una parte de la vida de Adrien que este siempre evitaba tocar, casi como si ya tuviera suficiente con el hecho de haberle contado sobre la muerte de su madre y su vida en el orfanato. Ollie había decidido no presionarlo, si Adrien iba a hablar, sería por su cuenta.

Por eso no estaba preparado para encontrarse ahí ese día.

—Debes creer que estoy loco por traerte aquí, pero tengo mis razones, Mariposa —la voz de Adrien era calmada, pero sus músculos tensos debajo de la camiseta negra evidenciaban sus nervios—. Yo… Yo necesitaba mostrarte el lugar que siempre me tranquiliza en los momentos difíciles. Ya ni recuerdo cuántas veces me escapé del orfanato para venir aquí sin importar que después me ganase un castigo. Tampoco recuerdo cuándo fue el momento exacto en que sentí tanta vergüenza de lo que me había convertido que dejé de visitar este lugar. —Ollie posó su pequeña mano en la cara de Adrien y este se lo agradeció con una leve sonrisa—. Cuando las cosas se ponían demasiado difíciles, venía a conversar con ella, por muy estúpido que eso suene… Me ayudaba a poner las cosas en perspectiva y a extrañarla un poco menos.

—Adrien…, no sé qué decir.

—Solo escúchame, ¿sí? —aquella petición sonó más como un ruego

y Ollie asintió con el corazón abierto, listo para dejar que Adrien dejase salir todo lo que tenía preparado y recibirlo—. Quiero que sepas que sé por todo lo que estás pasando ahora, y que haría lo que fuera para evitar que pasaras por esto, pero no puedo… Debes estar dolido porque están volviendo a ti recuerdos que creías enterrados y no sabes cuánto entiendo eso. —Una risa melancólica salió de sus labios antes de seguir hablando—. Yo siempre fui de los que corría para no recordar, para hacer como si nada hubiese pasado, pero la única verdad es que eso no sirve de nada, solo te hace daño y te hunde en un puto mar de tristeza. No sé cómo explicarlo de forma exacta, pero, por lo menos yo, estuve tan perdido en esa mierda que no fui capaz de venir a visitar a mi propia madre durante años. Yo no quiero que te pase lo mismo, Mariposa.

—No es tu culpa —habló con un tono afligido—. Adrien, no creas que ella te odiaría por eso.

—Sé que, donde sea que esté, no me odia. Pero yo me odio a mí mismo por ser un cobarde que creía que, si no hablaba sobre su pasado, este desaparecería por arte de magia.

Ollie no sabía qué más decir, pero, en el fondo, entendía a cuál punto quería llegar Adrien. El pasado le estaba pisando los talones desde que su padre había vuelto a presentarse en su vida sin permiso alguno. Aquello había sido algo imposible de controlar y, quizá, por ese motivo, todo le estaba afectando tanto.

—No sé qué hacer —admitió en voz baja—. Tengo miedo de lo que pueda pasar y de las cosas que desconozco.

—¿Eso tiene que ver con la entrevista? —preguntó Adrien apenas tuvo la oportunidad— Tenía la intuición de que algo había sucedido cuando me pediste que no te llevase a tu casa e ignoraste a Amelia. ¿Qué está mal, Ollie?

Y fue ahí que él se sintió pequeño, jodidamente pequeño, y débil. Intentaba ser más duro, alguien que no se rompiera con una simple brisa, pero siempre fallaba, como en ese momento. Dejó caer su cara en el pecho de Adrien y las lágrimas empezaron a recorrer su rostro sin que pudiera detenerlas por más que lo intentase. Jamás podría ser como su chico, siempre iba a estar roto de alguna u otra manera.

—Hay… Hay cartas —logró pronunciar entre el llanto, mientras la mano de Adrien recorría su espalda de arriba hacia abajo—. Él me mandó cartas y mamá nunca me las entregó. No quiero leerlas, no quiero tener nada que ver con ellas, Adrien.

Con esa simple confesión, sus lágrimas se multiplicaron y Adrien lo rodeó con sus brazos para ser el soporte que necesitaba. Ni siquiera se fijaron en cómo los minutos pasaban. En ese momento, solo eran los dos entendiendo que, pasara lo que

pasara, nada los separaría; al menos eso era lo que Adrien necesitaba dejarle en claro.

—Sé que lo que diga no servirá de mucho en este momento —susurró contra su cabello con ternura—, pero te apoyaré sin importar nada. Si no quieres leer las cartas no te obligaré a hacerlo, hasta te ayudaré a quemarlas si te parece correcto. Sin embargo, en el fondo creo que eso no te ayudará y, quizá, más adelante quieras saber qué fue lo que escribió. Además, no sería una traición a tu madre ni nada por el estilo, estoy seguro de que ella tenía sus razones para actuar del modo en que actuó y puede que debas pedirle una explicación. Lo que trato de decir es que, debes pensar bien antes de decidir qué hacer y, sin importar cómo resulte, yo estaré aquí, porque tú eres todo lo que me importa en este mundo.

Ollie alzó el rostro y tomó el de Adrien entre sus manos para dejarle un beso lleno de agradecimiento y confianza en los labios. Se preguntaba qué había hecho para que su camino lo llevase a alguien tan maravilloso como Adrien y, a la vez, se prometió que también estaría ahí para el chico si en algún minuto era él quien necesitaba su apoyo.

Al terminar el beso, se fundieron en un abrazo duradero y, mientras Ollie era alzado levemente, su mirada se dirigió a la tumba frente a ellos donde el nombre Annie Davis estaba tallado en el mármol blanco. Una pequeña sonrisa se le escapó de los labios antes de cerrar los ojos y enviar un mensaje al cielo:

«Su hijo es el mejor hombre que ha pisado esta tierra».

Capítulo 36

Ollie aún no se sentía listo para enfrentar a su madre, por lo que solo le mandó un mensaje precisando que esa noche se quedaría en el departamento de Adrien. Luego de unos minutos, recibió un texto que decía: «Cuídate mucho». Tras eso, guardó el aparato en sus pantalones en un intento de que las emociones no se le revolvieran en el interior una vez más.

Pudo sentir la mirada de Adrien apenas cerró la puerta de la habitación detrás de sí y, por unos segundos, quiso desaparecer, al menos para no verse siempre tan débil frente a él. Se recostaron sobre la cama y no tardó mucho tiempo antes de que Ollie dejase caer su cabeza en el pecho de su chico para intentar encontrar algo de sueño reparador. Las manos de Adrien viajaron hasta su cabeza, donde le acarició el cabello. Aunque era una de sus cosas preferidas, no la pudo disfrutar en su totalidad.

—Sigues tenso, Mariposa.

Las palabras que Adrien le había dedicado en el cementerio habían logrado que una parte de sí se sintiera más tranquila, pero eso no bastaba para aliviar todas las emociones que lo ahogaban desde hace días. Como un niño pequeño, ocultó su cabeza entre el hombro y el cuello de Adrien, esperando que su aroma masculino, que tanto adoraba, lo ayudase a sentir algo de paz.

Unos brazos tatuados lo rodearon y lo apegaron más a su cuerpo. Ollie se sentía tan cómodo que no quería moverse ni un centímetro. No supo cuánto tiempo estuvo así ni si el cansancio le había afectado el cerebro, pero lo invadió la necesidad de mover su cara para acercarse a la oreja de Adrien y ronronear:

—Hazme olvidar por hoy.

Él no entendió a lo que se refería hasta que sintió los labios de Ollie paseando con lentitud por su cuello. La electricidad le hizo temblar, congeló su corazón e hizo vibrar su interior. Adrien era bastante impulsivo y ante una proposición como esa no se habría hecho de rogar, pero las circunstancias eran distintas y Ollie se encontraba herido. No era momento de pensar con su lado perverso.

—Mariposa, no estoy seguro…

Pero Ollie atrapó sus labios para no dejarle pensar en las consecuencias. Adrien era débil cuando se trataba de las cosas que hacía su chico para descolocarlo; no existía manera en que su sano juicio pudiese controlar los impulsos descabellados que lo invadían cada vez que sus pieles se rozaban con suavidad. Quería

ser un buen novio, un caballero, pero se le hacía demasiado difícil.

De todas formas, cuando se separaron, tomó su rostro con ternura para hacerle una pregunta sencilla:

—¿Tú estás seguro? No estás bien, no quiero hacerte daño.

Ollie sonrío.

—Tú jamás me harías daño.

La intimidad aún era un terreno lleno de cosas por explorar. Seguían dando pequeños pasos, haciendo las preguntas necesarias para que ambos pudieran disfrutar del proceso. Las últimas veces que habían compartido aquella cercanía, Adrien grabó varios detalles en su mente: la reacción de Ollie a las caricias en su pecho, la presión de su nuca en el hombro al intentar una nueva posición, las piernas enrolladas en su cintura. Y eso solo era una pizca de todo.



Nuevamente, sus labios se unieron bajo la luz que emanaba de la ampolleta del techo. Adrien sabía que no tenía escapatoria. Había un chico precioso en sus brazos y, por más que quisiera creer que era capaz de controlar sus malditos impulsos, la verdad era que no había manera en que pudiera apaciguar las ganas que tenía de recorrer todo el cuerpo de Ollie con sus manos.

Sus dedos viajaron de forma traviesa hasta la cintura de Ollie y, tomándolo con delicadeza, lo dejó sobre su regazo. Este fue levantado con tanta facilidad que soltó una risita.

Sus labios chocaban haciendo ruidos obscenos, lo que subía de a poco la temperatura de la habitación. La tela de la ropa friccionaba entre ambos, y Ollie le cruzó los brazos por el cuello para darse soporte.

—Eres lo único que me mantiene a flote —susurró en el oído de Adrien, logrando que este temblase un poco—, lo único que me hace no perder la razón.

Lo decía en serio, nunca se atrevería a mentir sobre ello. No hacía otra cosa que desear estar con Adrien, concentrándose en entrelazar su alma con la del chico. Eso era todo lo que necesitaba para alejar cada uno de los malos pensamientos que lo ahogaban y hacían miserable; pensar en quien lo hacía sentir como alguien que era amado.

En Adrien, *su* Adrien.

Él apegó mucho más sus cuerpos a la vez que su mano derecha viajaba por la espalda de Ollie palpando cada rincón, como si intentase reconocer los centímetros de piel. Podía escuchar las últimas palabras dichas por su amado, repitiéndose en su mente como si no hubiese un mañana, y se sintió afortunado de que ese chico, de ojos preciosos que se perdían cada vez que sonreía, fuera suyo. Completamente suyo.

—No te dejaré ir —le prometió alzando su mano y enredando sus dedos en el cabello de Ollie—, jamás lo haré. Te amo.

Lo demás pasó rápido.

Se sacaron prenda por prenda y las dejaron esparcidas por el piso. Ollie se preocupó de apretar cada uno de los músculos de Adrien, disfrutando de los gruñidos que este soltaba cada vez que movía sus caderas en círculos sobre su pelvis, en busca de sentir la erección bajo la tela de sus bragas.

La imagen que Adrien tenía enfrente era erótica y excitante. Le encantaba ver a Ollie con ropa interior de encaje, adoraba cómo su piel se mimetizaba con la tela y la forma en que sus dedos podían jugar con ella.

Era demasiado para él, Ollie siempre era demasiado para él.

Los movimientos siguieron, los roces ya no satisfacían del todo las sensaciones que dentro de su cuerpo se aglomeraban. Con cuidado, Adrien bajó sus manos hasta la ropa interior de Ollie para apretar sus nalgas sin vergüenza alguna. Él se arqueó sonriendo satisfecho. Quería mucho más de aquellas grandes manos que aprisionaban su piel al igual que una trampa mortal. Los sentimientos se propagaban, invadiendo cada rincón de su mente. Nada más existía. El espacio de razonamiento era limitado y estaba reservado solo para Adrien.

Él detuvo las caricias y, con cuidado, comenzó a retirarle la ropa interior de encaje para descubrir una erección rosada que saltó hacia él de forma necesitada. Le encantaba brindarle placer a su chico, por eso, cuando lo tuvo desnudo sobre él, lo tomó por la espalda para que rodasen sobre la cama y él quedara encima. Ollie lo miraba con una sonrisa y Adrien, sin previo aviso, bajó

hasta la pelvis de este y metió el miembro en su boca para succionarlo.

Ollie soltó un chillido de placer:

—¡Adrien!

El chico lo interpretó como una señal. Lamió toda la extensión del sexo de Ollie mientras que este se retorcía. Tenía la respiración acelerada y Adrien no pudo evitar aprovecharse de eso y jugar con su lengua justo en la punta. Ollie se aferró con dificultad al hombro de Adrien, intentando que este acelerase el ritmo de la mamada.

Sonrió con malicia.

—¿Qué pasa, Mariposa? —le preguntó con voz ronca y juguetona apenas detuvo su actuar—. ¿No te gusta lo que hago?

—Adrien… —respondió Ollie entre gemidos, con el alma en un hilo—. Más… Quiero más.

—No te entiendo. Dime qué quieres.

No podía creer que Adrien estuviese jugando de esa manera con su cuerpo, aunque, muy en el fondo, estaba disfrutando del tono. Cómo deseaba no haber tirado las almohadas durante el ajetreo al desnudarse, así estaría mordiendo una, porque ya no aguantaba la sensación de los dedos que jugaban con su glande, lo que lo tenía en las nubes.

—Más… Más rápido…

Las palabras salieron de forma turbulenta por su garganta y Adrien sonrió satisfecho. Luego se concentró en chupar y lamer de forma rápida el miembro erecto de Ollie en busca de un ritmo que lo volviera loco. Era difícil mantener la mente fija en lo que estaba haciendo, sobre todo si el chico que se encontraba bajo su cuerpo gemía eróticamente y se enroscaba en éxtasis. Necesitaba demasiado del peso de aquel cuerpo sobre el suyo, pero prefirió seguir con su tarea, complaciendo a Ollie como si no hubiese un mañana.

Con muslos tensos, la espalda curvada y gemidos escandalosos, Ollie llegó al orgasmo y dejó su esencia en la garganta de Adrien, quien la tragó como si fuera el elixir más exquisito. Avergonzado por su comportamiento, buscó los labios de su chico y los recompensó con delicadeza, casi derritiéndose sobre su piel. Aunque Adrien estaba satisfecho con su rendimiento, deseaba continuar. Era difícil sentirse saciado con Ollie.

—Mío, mío, mío —susurró bajando su rostro hasta la clavícula tatuada de Ollie y dejando besos a diestra y siniestra.

—Tuyo, solamente tuyo.

Aprovechando lo relajado que Ollie se encontraba, estiró su brazo hasta la mesa de noche, donde tenía todo lo que necesitaba para seguir. Sus dedos recorrieron el pecho del chico y bajaron

por su vientre hasta tantear con suavidad la entrada que le esperaba. Con sus dedos, se tomó su tiempo y fue al ritmo de Ollie. Pronto lo vio sudado, rogando para que algo más grande penetrara su interior. Cuando creyó que estaba listo, le levantó las piernas mientras masajeaba su propio miembro y se colocaba un preservativo.

—Adrien… —gimió Ollie en forma de ruego y él sonrió victorioso.

—Ven aquí.

Le tomó las caderas y apretó los dedos contra su piel. Entró despacio, no había prisa, disfrutó de cada parte de él y de cómo su espalda era arañada por sus lindas uñas pintadas. Un grito fue ahogado con un beso cuando empujó todo hacia adentro. Los movimientos comenzaron cuando estuvo seguro de que todo estaba bien, y sonrió mientras meneaba la pelvis de atrás hacia adelante, entrando y saliendo, tomándolo todo y más.

Ollie estaba perdido en algún lugar en medio del éxtasis, sobrecogido por las sensaciones y demasiado entregado como para detenerse. El sonido del cuerpo de Adrien chocando contra el suyo era indecente, pero le gustaba demasiado. Se aferraba a todo lo que le pudiese dar algún soporte para recibir cada embestida. En el rostro tenía dibujada una sonrisa porque no importaba mucho si le ardía cada rincón desde su pelvis hacia abajo, el placer podía amortiguar cualquier clase de dolor.

Además, estaban juntos. Nada era más importante que eso.

—Ollie —lo llamó Adrien saboreando cada letra de su nombre, como si estuviera tratando de apropiarse de él.

—Adrien, Adrien…

Las embestidas eran más rápidas, más profundas, llegaban al punto indicado para hacerlo sentir como gelatina. Cómo pudo, alzó las caderas todavía más y buscó entrelazar sus dedos con los de Adrien. Tras dos movimientos, mientras ambos se miraban a los ojos, Ollie se corrió sobre su propio abdomen soltando un sonoro gemido.

—Te amo —le susurró Adrien al proporcionar las últimas embestidas.

Cayeron cansados, el uno frente al otro, intentando que sus respiraciones volviesen a la normalidad. Se sonrieron mutuamente a medida que el sueño comenzó a apoderarse de sus cuerpos exhaustos. Los dedos de Adrien dibujaban círculos sobre el pecho de Ollie mientras este descansaba la cabeza sobre sus propias palmas, listo para cerrar los ojos después de un agotador día lleno de emociones.

—Siempre estaré para ti, Mariposa. No lo olvides.

Quizá, la bella voz de Adrien era lo que necesitaba para

armarse de valor y hacer, de una vez por todas, lo que había estado aplazando durante todo el día.

Sin contestarle, se levantó de la cama y se dirigió al escritorio, donde había dejado las cartas que le había entregado la psicóloga en la consulta. Con ellas en mano, volvió a recostarse en la cama y fue recibido por los brazos de Adrien, quien lo estrechó contra su pecho. Allí todo estaba bien, ese era su lugar favorito y el único en el que sería capaz de leer todo lo que se ocultaba en las cartas de su padre.

—No te vayas nunca —le pidió Ollie mientras abría la primera carta.

—No lo haré —contestó Adrien.

Ollie se quedó leyendo por el resto de la noche.

Capítulo 37

Querido hijo:

Todavía eres muy pequeño para entender la mayoría del contenido de esta carta. Sin embargo, escribirte es el único medio que tengo para lograr que entiendas qué me llevó a alejarme de tu vida hasta que me quieras en ella de vuelta.

Lo único que deseo para ti es una vida normal, con los altibajos que nos aquejan a todos, pero que son parte de nuestro crecimiento. Por ahora no comprendes cómo afectarán tu futuro las diversas decisiones que puedas tomar. Como tu padre, mi deber es protegerte y, por ello, necesito rectificar tu camino, aunque eso signifique ir en contra de tu madre. Todo lo que he hecho, lo que he dicho y mi partida se deben a que no puedo apoyarte en el camino que estás eligiendo. En esta vida todo es blanco o negro; los matices nunca tienen un buen final. Eres un varón y debes comportarte como tal, porque es el curso natural de las cosas. Tu insistencia en desviarte de este camino solo te llevará a la ruina, y tengo miedo de que nunca seas realmente feliz. La gente así no lo es.

Intenté que tu madre entendiera esto, ella misma también es un factor importante en el daño que se te está generando, pero no quiso escuchar. Nunca quiere escuchar. Por esto te escribo a ti directamente, porque, si aún tengo la oportunidad de cambiar tu futuro, la voy a tomar. A fin de cuentas, sigo siendo tu padre aunque nos hayamos distanciado, y quiero que sepas que eres bienvenido en mi hogar, pero bajo la simple condición de que te dediques a llevar una vida normal. Por tu futuro, tu felicidad y tu seguridad.

Se despide,

Tu padre

Oliver:

Mientras más lo pienso, más enojo se acumula en mi interior. Tu madre es la culpable de todo lo que está pasando y tú debes estar al corriente de esto. Sé que, en el fondo, crees que ella

te está ayudando, pero en realidad solo hace que te hundas más en un estilo de vida que no traerá nada bueno para ti.

¿Quieres saber qué les pasa a los hombres afeminados? Como algo está mal en su cabeza, no son bienvenidos en este mundo, y eso incluye al pueblo en que todavía vives con tu madre. Estoy seguro de que este no es tu caso, solo te encuentras confundido y eso se puede remediar. Pero, para que esto suceda, necesito que me hagas caso.

Ocupé todos los tonos posibles y lo sabes. Intenté día tras día enmendar lo que estaba haciendo tu madre con su actitud permisiva. No quiero que te conviertas en un degenerado, mi orgullo no me lo perdonaría. Por ello, quiero decirte que aún estás a tiempo de cambiar, la juventud está de tu lado. Puedes elegir el camino de la felicidad, o un camino lleno de tristeza y soledad, porque no habrá nadie que te apoye en ello.

Elige con precaución.

Atentamente,

Tu padre

Querido Oliver:

El día que naciste fue uno de los mejores de mi vida. Al mirarte a los ojos por primera vez, pude entender que ahora un pequeño ser humano dependía de mí y, en realidad, la idea me aterraba al mismo tiempo que me hacía sentir completo. Cuando seas padre entenderás que la parte más difícil de nuestro trabajo es ponernos firmes frente a los errores que nuestros hijos están cometiendo. Por eso, hijo mío, quiero que sepas que yo también he sufrido en este proceso, porque me duele imaginar la vida que llevarás una vez que salgas al mundo, un mundo real, cruel, que te hará saber lo mal que estás. ¿Es que acaso no quieres evitar el sufrimiento? Porque eso es lo que obtendrás. ¿Acaso no serviría arrepentirse antes de que sea demasiado tarde? Aún eres pequeño, tienes diez años, quizá mis palabras no te hagan sentido del todo, pero conforme pase el tiempo, te darás cuenta de que siempre quise lo mejor para ti.

Mi esperanza es que, al igual que yo, crezcas para trabajar honradamente, formar una familia y ser el hombre de tu hogar. Es ahí donde puedes encontrar la verdadera felicidad, tu lugar en el mundo.

El cambio está en ti.

Se despide,

Tu padre

Querido hijo:

Hoy es tu cumpleaños número trece y ya hace mucho que no nos vemos. Ahora, más que familia, somos dos extraños que tienen la oportunidad de conocerse de nuevo. He hablado un par de veces con tu madre durante estos años, pero noto que no existe ningún cambio ni arrepentimiento de su parte.

En el fondo, también la entiendo. Sé que actué mal y hubo muchas cosas que no debí haber dicho y hecho, pero quiero que sepas que siempre tuve en mente la construcción de un futuro seguro para ti y para ella. Ahora que ya eres mayor, espero que puedas entenderme.

Las puertas de mi hogar siguen abiertas para ti. Quiero que tengas la oportunidad de experimentar nuevas cosas ahora que tengo un trabajo que me permite darte mucho más de lo que alguna vez imaginé. ¿Quizá te gustaría algún videojuego? No tengo idea cuáles son las cosas que le interesan a los chicos hoy en día, por lo que espero tu respuesta para que me digas exactamente lo que deseas. Supongo que ya consideras que estás muy grande para los juguetes, yo también creía que era todo un adulto a esta edad.

Ten un buen día, Oliver, añoro noticias tuyas.

Con cariño,

Tu padre

Querido Oliver:

Han pasado casi dos años desde la última vez que te escribí. El trabajo me mantiene ocupado; sin embargo, sigues en mi mente como siempre. ¿Cómo estás? ¿Cómo va la escuela? Me pregunto si tú también piensas en este viejo.

Cada vez es más difícil hablarte como tu padre, creo que no dimensioné lo que nuestro distanciamiento significaría realmente. Separación, en realidad, eso debería decir. Nuestra separación. No me sorprendería que me odies, en cualquier caso,

yo soy quien está lejos, ¿no?

Pensando en esto, creo que he llegado a una resolución. Ya no puedo seguir esperando a que tú vengas a mí, yo debo ir por ti y mostrarte lo que una vida a mi lado podría ofrecerte. En la ciudad tendrás una oportunidad de crecer enormemente. Ahora que estás cerca de cursar tu último año de instituto, debes pensar en la universidad y en lo que desees hacer con tu vida después de eso. Yo puedo darte las herramientas necesarias. Ahora que eres mayor comprenderás la importancia de tener estabilidad económica y eso yo puedo proporcionártelo.

Sé que será complicado, pero quiero mostrarte que nuestra relación puede empezar de nuevo. Siempre serás mi hijo.

Te quiere,

Tu padre

Capítulo 38

Amelia estaba desconcertada y bastante nerviosa. El mensaje que Ollie le había enviado el día anterior —en el que le avisaba que pasaría la noche con su novio— le había hecho pensar lo peor. De inmediato creyó que algo malo había sucedido durante la sesión con la psicóloga y que, quizá, no quería volver a casa debido a eso; sin embargo, fue lo suficientemente cobarde como para no preguntar. Se decía que la adultez te entregaba herramientas para enfrentar de manera más madura los problemas, pero la verdad era que las personas mayores eran, muchas veces, quienes cometían los peores errores.

Se quedó en la sala de estar tratando de ordenar todos sus pensamientos mientras buscaba con anhelo una salida para todos los problemas que se le venían encima. Todo este proceso, que jamás pensó que le tocaría vivir, estaba sucediendo demasiado rápido. Creyó que el pasado estaba enterrado, lejos de ella y su familia. ¿Cómo podía mantener la calma si parecía que caminaba sobre una fina capa de hielo que la tragaría sin piedad apenas se equivocara? Conocía muy bien a Richard y tenía claro, que cuando este quería salirse con la suya, siempre lo lograba. No podía dejar que aquello sucediera, no cuando era Ollie quien estaba en juego.

Mientras meneaba un pie con nerviosismo, percibió el momento exacto en que la puerta principal fue abierta. Giró la cabeza de forma automática para ver a Baekdu, que había estado descansando a su lado en el sofá durante todo ese tiempo, correr hasta la entrada para darle la bienvenida al visitante. Desde donde se encontraba, pudo divisar que entraba por la puerta una cabellera rosa desordenada, que se agachó de inmediato para jugar con el animal que le recibía.

Sonrió porque su corazón se sentía un poco más relajado al ver a su hijo allí, sano y salvo.

No pasó más de un minuto para que se levantara del sofá y se acercara, pero, cuando sus ojos se encontraron con los de Ollie, supo que algo estaba mal y se detuvo a mitad de camino.

¿Por qué lloraba?

El chico apartó la mirada y tomó en sus brazos a Baekdu, dispuesto a subir las escaleras y dejar atrás a su madre. El cuerpo entero le tembló, los secretos hacían un zumbido en su cerebro a pesar de que intentaba convencerse de que era imposible que Ollie se hubiese enterado de alguno de ellos. Se suponía que

los años habían hecho lo suyo para borrar todo rastro que pudiera dañar a la única persona que amaba con su vida. No debía preocuparse, no debía.

Porque era imposible que Ollie lo hubiese averiguado, ¿no?

—¿Estás bien, Ollie?

El chico, que ya había subido dos escalones con su mascota en brazos, se quedó quieto de golpe tras la pregunta. Entonces Amelia fue invadida por el miedo más asfixiante que una madre puede experimentar: el temor a que su propio hijo pudiese odiarla, a los secretos que la carcomían, a no ser lo suficientemente fuerte para enfrentar sus errores.

Apenas Ollie se dio vuelta, lo supo: su miedo se había hecho realidad.

—¿Cuándo pensabas decirme que mi padre había intentado contactarse conmigo?

Amelia se quedó dónde estaba, a la espera de que todo fuese un sueño y que su hijo no se hubiera dado cuenta del error que había cometido. Tragó saliva bajo la mirada acusadora de Ollie e intentó hallar las palabras correctas. Porque tenía sus motivos, aunque nunca se había dado el tiempo de confesarlos.

—Lo siento tanto —comenzó y le tembló la voz—. No debí ocultarlo, pero temía que te hiciera daño. Yo no podía verte asustado de nuevo…

Era verdad, cada palabra que salía de la boca de Amelia era verdad. El miedo era la única razón por la que le ocultó las cartas. Las palabras del hombre eran duras, hirientes, las había escuchado tantas veces antes de que se fuera y no quería someterlo a aquello. Solo le tomó leer las primeras para tomar la decisión de no mostrárselas nunca. Le aterraba pensar que pudiese manipular a Ollie para volverlo un niño infeliz, un niño que debía ocultar su verdadero ser para agradarle a su padre. Ella había consentido durante años ese comportamiento con su silencio, pero no quería que su único hijo pasase por eso de nuevo.

—Es que no entiendes lo que hiciste, mamá —le reprochó Ollie—. ¿En verdad crees que estoy molesto porque no me entregaste las cartas de mi padre o porque no me dijiste que trató de buscarme para poner excusas sobre lo que hizo? Pues no, no tiene nada que ver con eso porque ni siquiera los mil pretextos que me dio en esos malditos papeles podrían justificar el hecho de que me abandonó durante diez malditos años.

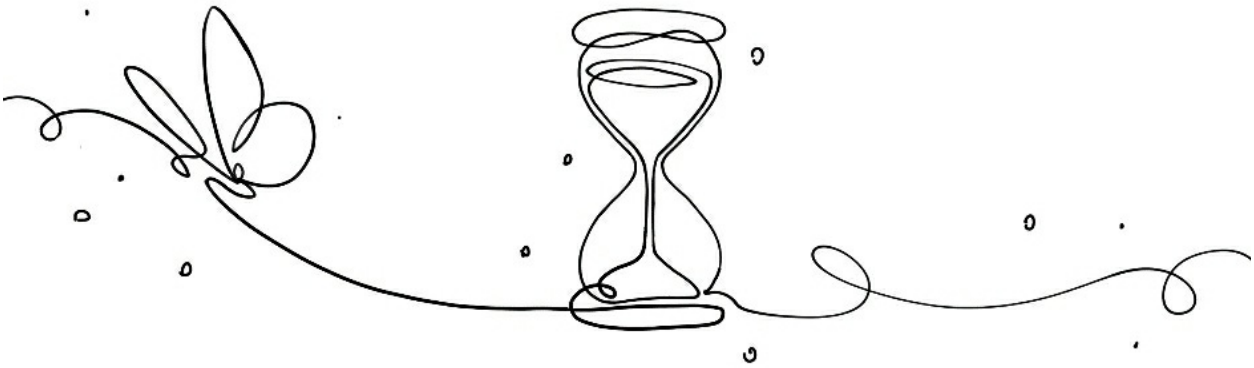
A pesar de que aquello debió haber apaciguado un poco los sentimientos de Amelia, ella solo podía fijarse en los ojos cristalinos de Ollie, quien se veía demasiado indefenso con Baekdu en brazos, como si el cachorro fuera su único soporte en ese momento.

—¿Entonces? —preguntó y Ollie negó con la cabeza.

—El problema es que, por no confiar en mí, le diste una ventaja a ese hombre, ¿entiendes? Y yo no quiero irme a vivir junto a un desconocido que acaba de recordar que es mi padre. ¡No quiero!

Con eso dicho, Ollie subió las escaleras y, tras un portazo que retumbó por toda la casa, se encerró en su habitación, dejando a su madre perpleja y sin saber qué hacer para remediar el gran error que había cometido.

Definitivamente, a veces los adultos cometían los peores errores.



—¿Todo bien?

Esa fue la primera pregunta que Ollie recibió cuando abrió la puerta y vio a Adrien esperando su salida.

A veces imaginaba cómo serían las cosas si fuese un chico normal. ¿Acaso sus padres seguirían juntos? ¿En vez de estar con Adrien, tendría una novia, más tarde una esposa e hijos, como su padre deseaba? Luego, su mente divagaba mucho más allá ¿Acaso en algún otro universo, siendo quien era, su padre podría aceptarlo sin prejuicios y darse cuenta de lo feliz que era?

Nunca lo sabría.

—Eso creo —contestó alzando los hombros—. No hablé mucho con mi madre ayer, solo me encerré en mi habitación hasta hoy. Supongo que necesitaba estar enojado para no sentirme peor después.

En realidad, eso último se le había ocurrido a Adrien cuando estaban leyendo las cartas. El chico le había recomendado que liberase cualquier tipo de enfado que tuviera con su madre para

que, más adelante, aquello no quedase guardado en su interior y estallara por algo mínimo. Ollie consideró que sus palabras eran acertadas y, a pesar de que no quería estar molesto con ella debido a que entendía el porqué de su actuar, prefirió dejar salir todo de una vez para que lo pudiesen dejar atrás lo más pronto posible. Debían enfrentar lo que se venía juntos y sin discusiones de por medio, como la pequeña familia que siempre habían sido.

—Me alegra que mi consejo sirviera de algo —dijo Adrien con una sonrisa en los labios mientras se acercaba para besar su mejilla—. Ya verás que todo esto terminará pronto.

Ollie asintió y, con eso dicho, iniciaron su recorrido hacia el instituto. A pesar de que habían estado viviendo un período intermitente en el que los problemas se abalanzaron sobre ellos, los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina, al igual que las aplicaciones para la universidad. No podían dejar que algo más los distrajera de sus obligaciones, sobre todo en ese punto de la vida.

—Mariposa. —Adrien tenía algo importante que decir.

Ollie lo miró. Ya habían llegado al patio central de la escuela después de una larga caminata a pie, y venía casi colgando del brazo derecho de Adrien cuando este se detuvo en seco. Confundido, buscó qué andaba mal, porque su chico llevaba un semblante serio y mordía ligeramente su labio.

—¿Qué tienes, Adrien?

Le hubiese gustado decir un montón de cosas, como el hecho de que, en el fondo, quería aplicar a la escuela que Ollie le había recomendado para estudiar arte, o también que deseaba que, cuando se graduasen del instituto e iniciaran sus estudios superiores, se consiguieran un pequeño departamento donde pudiesen vivir cómodamente y estar al lado del otro todo el tiempo que deseasen.

Muchas ideas más flotaban por su mente, pero no logró expresar ninguna de ellas porque algo pasó en ese momento que lo aturdió: recibió un golpe en la cabeza.

Fue Ollie quien vio el momento exacto en que alguien, desde atrás, corría hacia ellos y, con una especie de piedra forrada en plástico, golpeó con fuerza a Adrien, quien cayó al suelo. Su tiempo de reacción fue de unos segundos porque, al principio, solo pudo soltar un grito de terror al ser testigo de cómo los rodeaba un trío de chicos enmascarados.

No se detuvo a pensar, su cuerpo se movió por sí solo hacia Adrien, a quien le seguían propinando golpes en el piso. Empleó toda su fuerza en un empujón que sorprendió a los desconocidos. Fue su oportunidad para empezar a dar puñetazos dirigidos a quien tuviera más cerca. Era como si sus extremidades recordaran por sí solas la voz de Adrien dándole indicaciones sobre cómo propinar

un buen golpe. En su mente, ahora él estaba en el *ring*, intentando que su arrebato de valentía fuera suficiente para terminar con aquella pesadilla.

—¡Basta! —gritaba desesperado—. ¡Déjenlo, por favor déjenlo!

El problema fue que pronto los golpes que antes eran para su chico ahora estaban llegando a su rostro. La rabia no fue combustible suficiente para poder dar frente a sus atacantes. Sus piernas cedieron y cayó de bruces. Se quedó en el piso, a un costado de Adrien, recibiendo las múltiples patadas que le llegaban por un costado y los puñetazos que entraban por el otro. Ollie lloraba porque el dolor que sentía era como si sus entrañas estuvieran siendo extirpadas sin anestesia, y el ardor provocado por los hematomas y la sangre le hacía perder el poco aire que podía acumular en los pulmones.

Pero, en medio del tumulto, tomó la mano de Adrien y no la soltó.

Eran tres tipos contra dos chicos indefensos, y uno de ellos estaba inconsciente. Era en situaciones como esa que Ollie no podía entender el nivel de maldad que existía en algunas personas, porque aquello no era otra cosa que un crimen de odio. Eso lo supo apenas reconoció una voz en medio de los golpes.

—Tú te lo buscaste, marica.

De lo que más se arrepentía, era de haber arrastrado a Adrien consigo, hacerlo parte de la mierda que vivía día a día. No era justo que la única persona que le había mostrado algo de empatía y cariño sufriera de lo mismo solo por el hecho de estar a su lado. ¿Acaso se trataba del karma de una vida pasada? ¿Qué había hecho mal para merecer todo aquello? Solo quería que dejaran ir a Adrien.

—Por favor —susurraba con los ojos llenos de lágrimas y la boca ensangrentada por una de las patadas que había recibido justo allí—, dejen… déjenlo…

Pero nadie le hizo caso. Nadie fue a salvarlo, porque la única persona que se tomaría la molestia de defenderlo de esa situación, yacía a su lado siendo brutalmente golpeado, al igual que él.

Estaban perdidos y Ollie lo sabía.

Los golpes se detuvieron minutos después, cuando el dolor ya se había hecho insoportable. A pesar de que no era capaz de ver con claridad, pudo distinguir una sombra a su lado. Luego fue tomado por el pelo, lo que lo hizo chillar de dolor, hasta quedar frente a frente con una de las máscaras de los agresores.

—Nadie se ríe de mí, puta. Ni tú, ni Davis.

Su mente estaba llena de una cosa y esa era Adrien. Si tan solo lo escucharan, si tan solo dejaran en paz al chico, él se

rendiría. Podía soportarlo, ya lo había hecho muchas veces. Pero ver a alguien más sufriendo por su culpa era el peor castigo de todos.

—¡Ollie!

Quizá ya se había vuelto loco por culpa de los golpes, porque no podía creer que esa era la voz de Sophia. Pensó que se trataba de una broma y estuvo a punto de reír, pero la voz se hizo presente de nuevo, mucho más fuerte. Había olvidado por completo a su amiga.

—¡Suéltenlos ahora! ¡Vengo con el director!

Parecía que los enmascarados no esperaban esas palabras porque, apenas las escucharon, los soltaron y salieron corriendo.

Ollie cayó sobre el piso una vez más, mirando el cielo, respirando de manera entrecortada. Estaba cansado, sus párpados pesaban. La voz de Sophia desaparecía de a poco, perdiéndose en el aire hasta que solo era un eco.

No tenía fuerza para darle las gracias.

Lo último que vio, fue a Adrien.

Capítulo 39

Cuando abrió los ojos notó que estaba recostado, aunque no recordaba cómo había llegado hasta allí. Su cuerpo yacía sobre una camilla que se le hacía familiar. Le tomó un tiempo entender que se trataba de la enfermería del instituto, y que Adrien estaba a su lado en una camilla conjunta. Este último, al advertir que había despertado, se levantó y tomó su mano.

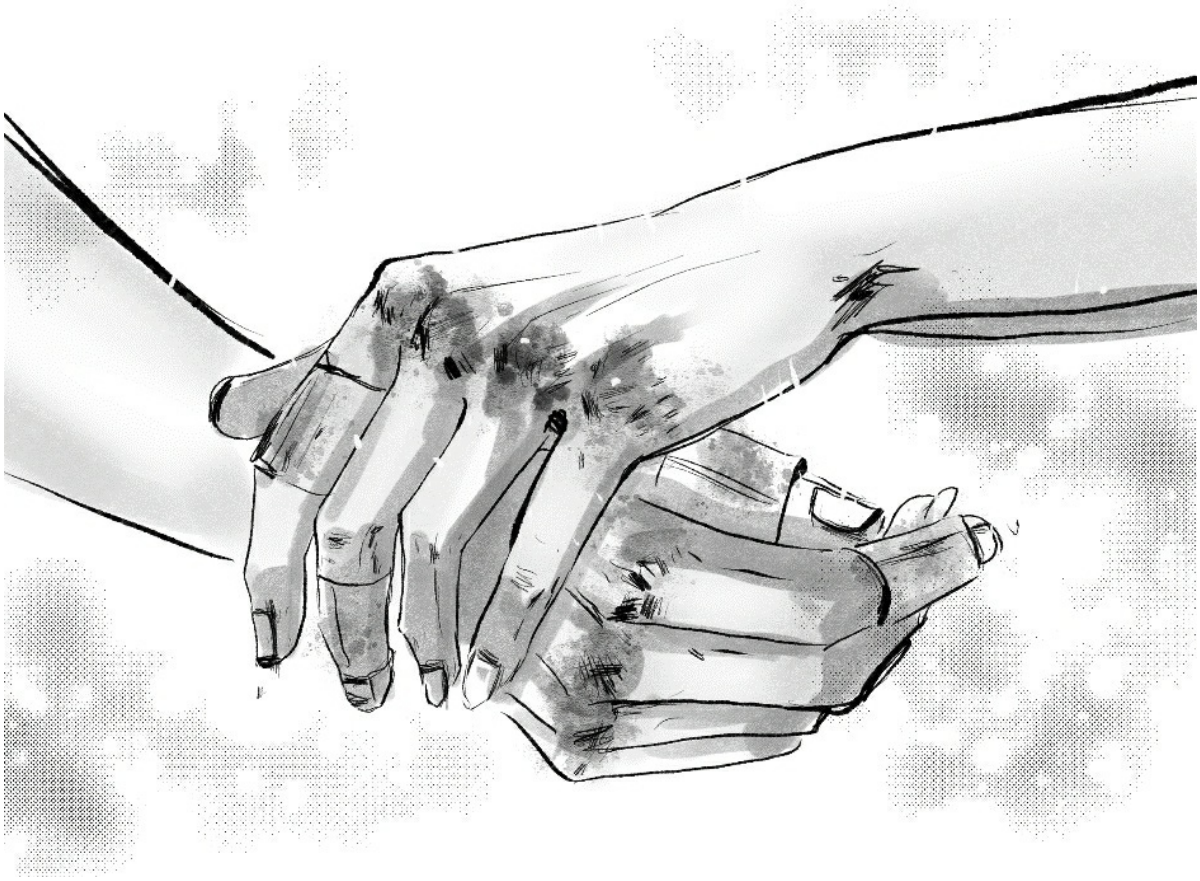
—¿Cómo te sientes?

—Adolorido —respondió Ollie, los recuerdos de la pelea comenzaban a reproducirse lentamente en su mente—. ¿Cómo estás tú?

Adrien señaló la venda en su cabeza.

—También.

No pudieron seguir hablando, ya que la enfermera se abrió paso en la sala. La mujer lo saludó y le explicó que lo habían dejado dormir, pero que ya era su turno de ser examinado. Luego cerró la cortina de la camilla de Ollie con tal de tener más privacidad al momento de revisarlo. Fue así como descubrieron que la mayor parte de su abdomen estaba cubierta de hematomas, aunque, afortunadamente, no tenía nada roto en esa zona. Su brazo derecho no tuvo la misma suerte, ya que, al caer sobre este, se provocó un esguince que lo obligaría a usar cabestrillo por unas semanas. Tenía raspones en los puños y dos uñas rotas. La enfermera también le comunicó que se había contactado con sus tutores y que estos pronto llegarían.



Cuando Ollie contempló sus nudillos magullados y el estado de sus uñas, sorpresivamente, sintió cierto orgullo. Aunque odiaba la sangre y era la primera vez que golpeaba algo más que el saco de boxeo, le parecía un logro, pues había dado todo de sí para proteger a quien amaba.

Con la revisión terminada, la mujer reabrió la cortina y Adrien volvió a su lado. Fue ahí que notó que no se encontraban solos. Sophia también estaba allí.

Decir que su amiga estaba enojada no era correcto, pues estaba furiosa, tenía una expresión aterradora. Casi le recordaba al mismísimo Adrien cuando se enojaba.

—Este instituto es una mierda —declaró Sophia—. ¡Pudieron haberlos matado! ¿Acaso nadie iba a hacer nada?

Ollie recordaba otras ocasiones en que cosas parecidas habían pasado. Quizá no a este nivel y no contra alguien que no fuese su persona, pero casi siempre seguía el mismo camino. No creía que en esta ocasión hubiese un resultado distinto.

Pero Sophia no iba a dejar las cosas pasar.

—No tenía idea de que la situación fuera tan grave. Debí hacer algo antes para protegerte, soy una estúpida.

—No es tu culpa —dijo Ollie, pues no quería que se sintiera responsable.

—Los denunciaré. Esto no se va a quedar así.

Ollie se tensó. ¿Involucrar a la policía? ¿Acaso eso no le daría una ventaja a su padre si es que iban a juicio? Sin pensarlo, tomó la mano de Sophia, quien lo miró sorprendida.

—No, por favor. Mi padre quiere llevarme con él. Si se entera de esto…

—Ollie, no podemos dejar que estas cosas sigan pasando.

—Sophia —Adrien la interrumpió—. Por favor, hazle caso.

Algo confundida asintió. Sentía un agujero en el estómago al pensar en qué hubiese pasado de no haber escuchado a unas chicas de su clase murmurando sobre el altercado. Se habían salvado por los pelos de una tragedia y eso la tenía ansiosa.

—Bien —suspiró—. Tenemos una conversación pendiente. Me refiero a los dos.

Los aludidos asintieron.

Se recostó en la camilla mirando el techo. Sentía la mano de Adrien sobre la suya. Debería sentirse tranquilo ahora que lo malo había pasado, pero se encontraba perdido en un mar de culpabilidad. Era en momentos como ese que una tormenta de pensamientos se abría paso y lo único que deseaba Ollie era apagar su mente.

El peso de las posibilidades era lo peor. Se imaginaba cómo sería su vida si desde el comienzo hubiese sido un chico normal que cumplía con todo lo que se esperaba de él. ¿Hubiese tenido la oportunidad de ser popular en la escuela? ¿Tendría muchos amigos?, ¿quizá muchas novias? Aquellos estándares lo perseguían y es que, por más que lo intentara, cumplirlos significaba dejar morir una parte de sí. Pero poco importaba su dolor cuando su forma de vestir disgustaba al mundo, al igual que su manera de hablar y sentir las cosas.

«No puedes ser femenino». «No puedes sentarte así». «No te puede gustar un chico».

«No». «No». «No».

¿Pero qué estaba mal realmente? Nunca llegó a entender cuál era el problema de que le gustara pintarse las uñas y usar ropa de chica. Nunca le hizo daño a nadie, nunca buscó hacer el mal en el mundo. ¿Es que acaso no lo podían dejar vivir su vida en paz? Porque he ahí el mayor problema: además de criticarlo por su forma de ser, se llevaba las peores humillaciones de parte de personas con las que ni siquiera había compartido un saludo.

La corrección física era el punto culmine. Su alma merecía una reprimenda y se la darían las veces que fuera necesario. Se lo dijeron esta vez y muchas antes, que se lo había buscado, que era

su responsabilidad.

¿Cuánto más tendría que aguantar?

Estaba cansado, desganado, quebrado. Intentó muchas veces seguir adelante a pesar de que todo se veía de color negro. Una parte de él lo hacía por Amelia, porque ella siempre lo había apoyado sin importar qué, le entregó todo el amor que una madre podía darle a un hijo y siempre estaría agradecido por ello. Otra parte lo hacía porque quería demostrarle al mundo que, pese a que intentaban derribarlo una y otra vez, él se levantaría con la frente en alto para ser feliz, sobre todo ahora que tenía una persona a su lado que le entregaba todo el amor que alguna vez buscó.

Pero estaba tan dañado, tan lastimado, que se estaba dando por vencido. ¿Cómo seguiría luchando si ni siquiera era capaz de encontrar la fuerza para hacerlo? Antes podía hallarla escondida en el fondo de sí, donde también eran controlados sus peores miedos, pero ahora ya no la veía. Era como si se hubiese esfumado por completo, dejándolo a la deriva, sin ganas de seguir avanzando ni de intentarlo.

Y ahora, había arrastrado a Adrien consigo. El hecho de que ambos hubiesen sido víctimas de la golpiza le abrió los ojos. Delante suyo había una verdad aterradora, y era que su llegada a la vida de Adrien era la causa de lo sucedido. Quizá nunca debió buscarlo para agradecerle. Su deseo de cercanía había tenido consecuencias y no sabía si sería capaz de seguir viviendo con ellas. Quería pedirle perdón a gritos, explicarle que no quería que nada de eso ocurriera.

Sin embargo, ahí estaba Adrien a su lado, preocupado por su bienestar, intentando asegurarse de que estuviera bien. Ollie se sentía como una carga, algo que las personas que lo rodeaban debían llevar a cuestas una y otra vez. No era justo y no quería seguir buscando pretextos para convencerse de que podía con todo ello. Era demasiado y ya no podía más.

Lo único que deseaba hacer en esos momentos, era dormir y fingir que aquella culpa que sentía no lo estaba carcomiendo. Era una solución patética, lo sabía, pero necesitaba abstraerse de lo que estaba pasando. De modo que abrazó la oscuridad que lo rodeaba y se dejó ir. El cansancio ayudó. Pronto sus pensamientos comenzaron a ser más lentos, poniendo fin a la tormenta, al menos por un rato.

Le costó abrir los ojos. Sus párpados se sentían pesados, como si su cuerpo estuviera tratando de decirle que aún no quería poner fin a su descanso. ¿Cuánto tiempo había pasado? El día había avanzado, por la ventana de la enfermería entraba una luz naranja que anunciaba el atardecer. No había rastros de Adrien o Sophia, pero podía ver los pies de dos personas donde terminaba la tela

de la cortina. Le tomó unos segundos, pero pronto los reconoció.

—Esto era lo que querías lograr, ¿no? Que nuestro hijo fuera víctima de otra paliza.

Oh, la voz de su padre era inconfundible a pesar de que solo lo había escuchado una vez tras diez años de ausencia.

—¿Nuestro hijo? —le cuestionó su madre—. ¿Ahora es *nuestro* hijo?

—Que no haya podido acercarme antes es culpa tuya, Amelia. Debes aceptarlo.

—Basta. Hablemos afuera, despertarás a Ollie.

—¿Ahora hablaremos? No has querido escucharme nunca.

—¿Acaso no sabes cuándo parar? Ya fue suficiente con que hablaras con el director a mis espaldas, dijeras que también eres tutor de Ollie y te presentaras aquí como si nada. ¿No te da vergüenza?

—Tenía que hacer algo y no me arrepiento. Seguramente tú no me hubieras avisado de nada.

—Richard…

—No sé cómo puedes vivir sabiendo lo que Oliver tiene que pasar.

—¡No debiste haberte ido sin dejar rastro en primer lugar! Fuiste un bastardo y ahora intentas culparme porque quieres que Ollie se vaya contigo. ¿Crees que él te ve como su padre? ¡Eres un extraño!

Sintió que las palabras le golpeaban el pecho. La discusión era como un reloj que lo devolvía a su infancia, tiempo en que las peleas de ambos formaban parte de su rutina. El enojo impregnado en cada palabra, la manera en que las voces subían su volumen. Casi podía sentir que se convertía en un pequeño niño de siete años con miedo a la separación de sus padres porque sabía que *él* era el culpable.

—Sé los errores que cometí —respondió su padre—, sé que fui un hijo de puta que no soportó la situación, pero de lo único que siempre tuve miedo, fue de que Ollie resultase lastimado. ¡Y eso es justo lo que ha sucedido cientos de veces bajo tus narices!

—¡No es algo que pueda controlar! —objetó su madre con cansancio—. No es culpa de Ollie ni su forma de ser, es culpa de la mierda que piensan las demás personas y el hecho de que no quieren dejarlo vivir en paz.

—Entonces, ¿te das cuenta de que él jamás podría ser feliz aquí? No lo dejarán vivir tranquilo, necesita un nuevo comienzo ahora que asistirá a la universidad, y yo puedo darle eso.

Ollie temblaba. No quería, aunque sonase como algo razonable.

—¿Crees que alejarlo de su madre que lo conoce de toda la vida le hará bien? Pues estás equivocado, será peor.

Richard soltó un suspiro frustrado.

—Veo que tu plan es esperar que nuestro hijo se mejore de esta maldita paliza, meterlo al mismo instituto de mierda y esperar a que lo vuelvan a dejar en el suelo quizá con qué otras heridas… Amelia, la situación es insostenible y lo sabes.

Escuchó los sollozos de su madre. Su pecho ardía en frustración.

—Yo no quiero que le hagan daño —dijo ella—. Pero no puedes llevártelo. Tú no lo entiendes.

—¿Sabes qué sí entiendo, Amelia? Que hoy Oliver fue atacado por un grupo de psicópatas a los que no le temblaron los puños al dejar a nuestro hijo tirado en el piso. También sé que Ollie no fue el único herido, ese tal Adrien terminó con un golpe en la cabeza, ¿o me dirás que eso fue un simple efecto colateral de la situación? Esto se te está yendo de las manos y si no reaccionas a tiempo, terminaremos perdiendo al chico.

Culpa. Culpa. Culpa. Donde miraba sólo había culpa y el rostro de Adrien persiguiéndole.

—«Ese tal Adrien» es el novio de Ollie —acotó su madre—, y si aún no eres capaz de decirlo con todas sus letras, mejor dejemos esta conversación para los tribunales.

Ollie acalló las voces a la vez que se hundía en la camilla pensando en solo una cosa: Adrien.

En ese momento, la cortina se abrió y se encontró de cara con sus padres. Decir que no estaba listo para esa conversación era infravalorar su nerviosismo, así que no dijo nada y se mantuvo viendo el piso.

—Ollie —le habló su madre poniéndole la mano en la mejilla—. Cariño, ¿cómo estás? Estaba muy preocupada.

—Estoy bien. Con mucho dolor, pero bien.

Por el rabillo del ojo, vio a su padre posicionado contra la pared con los brazos cruzados. Su presencia se le hacía extraña, como si se tratara de un espectro que venía a visitarlo.

—Eso es lo importante —siguió Amelia.

Pero Richard no estaba de acuerdo.

—¿No estás cansado de esto?

—¡Richard!

—Es una pregunta válida —insistió su padre—. Es por situaciones como esta que estoy aquí. Y bien, ¿no estás cansado, Oliver?

¿Validez? ¿Ahora importaba la validez? ¿Era válido salir de la vida de tu único hijo porque no podías tolerar ver en quién se convertiría? Validez. Era divertido pensarlo. La vida de Ollie estaba plagada de gente juzgando la validez de sus decisiones. La necesidad detrás de su comportamiento. Como si su ser pudiese ser

colocado en una balanza y que, dependiendo del resultado, pudiese renunciar a quién era para adecuarse a la sociedad. Validez. ¿Era válida su existencia?

—Estoy muy cansado. —Admitirlo en voz alta levantaba cierto peso de su espalda. Eso le dió fuerzas para seguir hablando—. Estoy cansado de que la gente crea que tiene las respuestas sobre cómo tengo que vivir. Eso te incluye a ti.

Pensó en Adrien, en la forma en que enfrentaría una situación así. De seguro, no dejaría que nadie le dijera qué hacer. El Adrien que conocía no daría su brazo a torcer. Deseaba ser como él, al menos por unos segundos.

—Puedo entender por qué estás aquí —continuó—, pero estás tan ensimismado en lo que crees que es correcto que ni siquiera estás dispuesto a escuchar lo que tengo para decir.

Richard se mantuvo en silencio y Ollie aprovechó para terminar:

—Por favor, no quiero verte más.

Pensó que su petición no sería acatada, pero el hombre dio una última mirada hacia Amelia antes de salir de la enfermería, no sin antes decir:

—Esta conversación no ha terminado.

Con su padre fuera de la habitación, Ollie se permitió derrumbarse un poco. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, y sintió el abrazo de su madre alrededor de su cuerpo. Pasaron varios minutos antes de que se calmara. Ella le ofreció agua y le dijo que se irían a casa a descansar.

Sin embargo, aún seguía con una duda.

—¿Has visto a Adrien? —preguntó— Estaba aquí antes de que me durmiera. Sophia también.

Su madre alzó una ceja.

—No, cariño. Cuando llegué solo estaba la enfermera.

Fue en ese momento que sonó el teléfono de Ollie, informando que le había llegado un mensaje. Sacó el aparato de su bolsillo y vio el nombre de Adrien en la pantalla. Seguramente se trataba de una explicación por haberse ido sin despedirse. No se le pasó por la cabeza otro escenario. No cuando pensaba en su chico.

«Lo siento, Mariposa».

Cuando intentó responder, notó que la foto de perfil de Adrien ya no aparecía y que sus mensajes no eran recibidos. Sintió un vacío en el estómago, sus manos temblaban, ¿o era el piso? No podía distinguirlo. La decepción era palpable, pesada, lo inundaba todo.

Algo dentro de Ollie supo que se trataba de una despedida.

Capítulo 40

El camino se le hacía demasiado largo y absurdo. No era capaz de llevar la cuenta de cuántas veces había dado esos mismos pasos hacia el mismo destino desde que había recibido ese fatídico mensaje, ni cuántas veces tuvo que aguantar sus propias lágrimas para llegar a tocar la puerta de la forma más digna posible, aunque no podía hacer mucho para ayudar a su imagen. Las ojeras, los ojos hinchados y su labio tembloroso hablaban por sí mismos. Se sentía como se veía: patético. Pero, sin importar eso, ahí estaba él, en busca de algo que había perdido, sin la menor idea de si lograría recuperarlo.

Se sentía extraviado en el silencio.

Porque eso era lo que había recibido durante las dos semanas posteriores a la paliza, un silencio sepulcral tan profundo que lo vaciaba, lo hacía sentir miserable, y lo devolvía al punto donde no tenía a nadie con quien poder hablar, a quien recurrir, en quien apoyarse. Alguna vez llegó a pensar que aquella época, por fin, había terminado para siempre; sin embargo, en ocasiones tenía pesadillas en las que volvía a ser el chico solitario y odiado por el mundo. Despertaba sudando frío, tratando de cerrar los ojos para recordar que la soledad había terminado gracias a que ya tenía a alguien que lo amaba por ser quien era y no por quién debería ser; eso lo ayudaba a conciliar de nuevo el sueño. Ahora se daba cuenta de que el problema era que ya no se trataba de una simple pesadilla.

Cinco pasos más y llegaría a su destino, sin escudos para proteger su magullado corazón. Soltó un suspiro pesado antes de posar su dedo índice sobre el timbre y, cuando escuchó el sonido de este en el interior, dio un paso hacia atrás cerrando los ojos. Ya era casi un ritual. Deseaba con todas sus fuerzas que esta vez las cosas fuesen diferentes, que por fin pudiese despertar de la horrible pesadilla en la que estaba atrapado. Necesitaba que las cosas cambiaran, que esta vez *él* abriese la puerta.

Pero eso nunca sucedía.

—Hola, Ollie —lo saludó Sophia con una sonrisa cansada pero sincera—. Algo me decía que serías tú.

Era ahí cuando la esperanza abandonaba su cuerpo y el ciclo se repetía una vez más. Pudo ver en los ojos de su amiga que la lástima que sentía por él la hacía sentir miserable, pero Ollie no tenía opción. Necesitaba saber dónde estaba, cómo se

encontraba, escuchar su voz antes de colapsar.

Y ese final estaba muy cerca…

—De verdad, perdón por insistir tanto —susurró mirando sus pies—. Solo me preguntaba si él ya había vuelto a casa…

Entonces, Sophia siempre le decía lo que no quería escuchar:

—Lo siento, Ollie. Aún no ha vuelto.

Le dolía el pecho. ¿Qué había hecho mal?

—¿Estás segura? ¿No te ha llamado? Quizá pueda verlo en otro lugar, necesito hablar con él.

Pero Sophia negó con la cabeza, al igual que el día anterior, que hace tres días y hace una semana. Lo que significaba solo una cosa, y Ollie podía entenderla a la perfección antes de siquiera escuchar la voz de la chica.

—Lo siento mucho, Ollie. No tengo noticias de Adrien.

¿Qué importaba cuántas veces se lo repitiese si él siempre volvía a tocar el timbre? ¿Qué importaba si su pobre corazón ya casi no podía con ello? ¿Qué importaba si ya había perdido hasta el más mínimo ápice de dignidad al ir a buscarlo día tras día? Nada. Porque Ollie seguía igual de enamorado, incluso sin saber adónde había ido su Adrien.

—Lamento seguir molestándote —se disculpó, esta vez a modo de despedida—. Si sabes algo, avísame, ¿sí?

Por su parte, ella siempre parecía dispuesta a cooperar.

—Serás el primero a quien le diga.

Fingió una sonrisa, agradecido, e hizo un gesto con la mano para despedirse. Mientras, Sophia observaba la silueta de Ollie dándose la vuelta y caminando lejos del lugar que tanto lo lastimaba. El hecho de verle en esas condiciones, de sentir el dolor en su voz, hizo que cerrase la puerta con fuerza. Se escuchó el golpe en todo el departamento.

Esto no podía seguir así.

Se dirigió hasta la última puerta del pasillo y, sin dar aviso, la abrió de par en par. Sophia ya estaba muy cansada; era ella quien había tenido que mentir durante todo este tiempo mientras veía a Ollie directamente a los ojos. Odiaba hacerlo, trataba de convencerse de que lo hacía por lealtad, porque se lo habían pedido de manera expresa y tajante, pero ni siquiera eso podía borrar la impresión que le dejaba la mirada del pobre chico cada vez que contestaba sus dudas con excusas baratas.

Todo había llegado demasiado lejos. Por eso dijo fuerte y claro:

—¡Esto debe terminar ahora mismo, Adrien Davis! Estás siendo un maldito imbécil.

Sentado sobre la cama, Adrien, con apariencia fantasmal producto de las ojeras y la poca exposición al sol, se daba

cuenta de que ya no estaba solo en su habitación. Se había convertido en la pintura de un personaje miserable, un espejismo triste y solitario que quitaba el aliento, un cobarde que estaba escondiéndose del mundo para no ser juzgado.

Alzó la mirada con los puños cerrados cuando vio a Sophia entrar. ¿Cuántas veces le había pedido que tan solo le dijese a Ollie que se había ido sin dar explicaciones?

—No te metas —sentenció con amargura—. Este no es asunto tuyo ni de nadie, así que no me digas estupideces y vete de mi habitación, porque no te he invitado.

Sophia no entendía, nada de lo que estaba sucediendo tenía pies ni cabeza. Nunca se entrometía en los asuntos de su amigo, ya que estaba bastante segura de que él podía solucionar todo por su cuenta, pero esta vez la situación era distinta. No era capaz de discernir en qué momento las cosas habían llegado hasta ese punto, cuándo fue que el Adrien que conocía se había convertido en el peor de los cobardes. ¿Qué había pasado entre él y Ollie para que llegase al extremo de esconderse en su habitación para no verlo?

—Es fácil, demasiado fácil decirlo cuando no eres tú quien tiene que abrir la maldita puerta y ver a Ollie destrozado —soltó en un intento desesperado de hacerlo entrar en razón—. Ha venido más de quince veces a tocar el timbre durante la última semana y, por si no lo sabes, las semanas solo tienen siete días. ¡Date cuenta de lo que estás creando!

Una punzada de dolor impactó su corazón, el cual se encontraba tendiendo de un fino hilo, corriendo peligro de caerse al abismo y hacerse añicos.

Claro que sabía que Ollie había tocado a su puerta más de quince veces y también sabía que estaba sufriendo por su culpa, por sus acciones. Pero Adrien estaba seguro de sus actos. Debía seguir adelante con aquella locura por el bien de Ollie, y eso era lo único que importaba.

—Sal de mi habitación, Sophia —exigió tajante—. No vuelvas a hablar del tema.

Estaba decidido a no dar marcha atrás.

Se recostó sobre la cama y empezó a ojear un libro, mientras que, desde el marco de la puerta, Sophia lo fulminaba con la mirada, totalmente decepcionada y dolida.

—Nunca pensé que podrías llegar a ser tan desconsiderado. ¿Sabes lo que es que alguien que amas te deje de hablar de un día para otro sin explicaciones o la oportunidad de decir algo? Es horrible, Adrien. Te hace sentir tan solo.

Veía los ojos rojos de la chica, las palabras salían temblorosas de su garganta. Sophia se pasó la mano por la cara

con fuerza, intentando frenar las lágrimas que amenazaban con salir.

—Creí que lo entendías. Me viste sufrir y pasar por lo mismo que le estás haciendo a Ollie. Es una locura.

En el fondo, Sophia era consciente del riesgo que conllevaban sus palabras. Su amistad con ambos chicos era importante. Adrien le había brindado un espacio seguro lejos de los problemas de su hogar cuando más lo necesitaba. Conocía la bondad que su amigo trataba de esconder tras una fachada tosca. Por eso, si se dejaba llevar por la lógica, debió haber escogido guardar silencio y no meterse en las decisiones de este; sin embargo, para ella, parte importante de una amistad también era decirle a tus amigos cuando estaban tomando una mala decisión, por más que doliera, por más que eso implicase un distanciamiento.

Y estaba claro que Adrien, esta vez, se equivocaba. Ollie no podía pasar por lo mismo que ella había vivido, no si podía hacer algo para evitarlo.

—Te lo advertí, idiota —dijo rendida—. Con esto lo vas a perder para siempre, ¿sabes? Ollie te amaba por quién tú eras… Pero cuando lastimas tanto a una persona, esta queda con heridas de por vida, las que terminan mermando cualquier cariño que hubiese podido existir. ¡No quiero que eso suceda! Yo los he visto, ¡están enamorados! Sea lo que sea que esté sucediendo, podrán superarlo si lo hacen juntos. Por favor, Adrien, búscalo.

La piel de Adrien ardió de rabia y quiso gritar todo lo que tenía atorado dentro de su ser. Sophia le hablaba con una autoridad que se había dado a sí misma, como si él no supiese lo que se venía, como si no supiese que estaba rompiendo el corazón de la única persona que amaba, como si no supiese que, después de esto, perdería a Ollie para siempre…

Como si ese no fuese el plan.

—No lo dejes ir, Adrien —fue lo último que dijo Sophia antes de cerrar la puerta e irse.

Adrien miraba las hojas del libro que tenía en las manos, pero su mente estaba en otro lado, al igual que su alma. Todo le dolía y era un dolor que conocía muy bien. Lo había sentido cuando le dijeron que su madre había fallecido y nunca creyó que volvería a experimentar algo tan destructivo como aquello en su vida. ¿De qué servía erigir un muro a tu alrededor para protegerte del mundo si, apenas alguien lo atravesaba, terminabas hecho escombros? Y lloró, gritó y lloró, justo como cuando se enteró de la muerte de su madre. Lloró porque lo había tenido todo y se estaba quedando con nada.

Estaba solo con sus pensamientos, había vuelto a estarlo para que la única persona que había cambiado su mundo pudiese tener un futuro brillante. Porque solo podía soportar aquella tortura si

sabía que estaba asegurando el bienestar del amor de su vida para siempre.

Al hacer el trato, solo había tenido en mira la felicidad del único chico que se merecía el universo entero como recompensa. Porque, al verlo malherido sobre la camilla de la enfermería, se había dado cuenta de que solo existía una forma de protegerlo y, si debía renunciar a él para nunca más verlo en esas condiciones, entonces no había nada más que discutir.

Y esperaba, rogándole al cielo, al universo y las estrellas, que algún día lo perdonase.

Capítulo 41

—Espero no molestar.

Adrien vio al hombre acercarse, pero no dijo nada. No estaba de ánimos para pelear cuando solo podía pensar en la salud de Ollie. Por eso, el hecho de que Richard Walsh estuviese en el pasillo, fuera de la enfermería del instituto, era la menor de sus preocupaciones.

—¿Podemos hablar?

Su instinto le decía que debía negarse, que no era el momento; sin embargo, no contaba con que el tío Roman, que había llegado gracias a la llamada que hicieron a sus tutores, interviniera.

—Te espero en la salida —dijo, dando a entender que les daría espacio. Por primera vez, el hecho de que su tío no se metiera en su vida personal le molestaba.

Tras la salida de Roman, el hombre se cruzó de brazos con un semblante serio sin quitarle la mirada de encima. Luego su voz grave se posicionó en el lugar.

—Veo que estás bien a pesar de lo que pasó. Eso es bueno.

Quizá se debía a que Adrien era una de las personas más desconfiadas del mundo, pero por ningún segundo creyó que el padre de Ollie quisiera, simplemente, charlar con él sobre su estado de salud.

—¿Qué necesita? —preguntó con frialdad y Richard rio por lo bajo.

—No se te escapa nada a ti, ¿no?

—Será mejor que hable rápido —amenazó de una vez al hombre—. No tengo interés en usted.

—Lo sé —admitió Richard—, lo sé. Pero necesito discutir un asunto importante contigo. Supongo que cualquier cosa que tenga que ver con Ollie te importa. Digo, son novios, ¿no?

Aunque Adrien se sorprendió, su expresión se mantuvo impenetrable. Fuera lo que fuera que Richard trajese entre manos, parecía ser algo serio y, por lo mismo, no debía bajar la guardia.

—Pensé que ya habíamos tenido una conversación sobre Ollie. ¿No bastó con que lo mandase al diablo aquella vez?

—Pues no. A decir verdad, te di el beneficio de la duda. Quería saber si cambiarías de opinión una vez que te dieras cuenta del peligro que está corriendo Oliver al quedarse en esta ciudad. Aunque no pretendía que lo vivieran de esta forma.

Adrien se mantuvo firme.

—Si cree que con esto usted ha ganado, se equivoca. Amelia y Ollie se quedarán juntos, ¿entendió?

—Creo que tú no me entiendes a mí, Adrien. No espero que esto me beneficie en ningún sentido, lo que verdaderamente me importa es demostrarte que la gente de este pueblo no tiene respeto por Oliver, que lo detestan al punto de dejarlo inconsciente en la acera y no solo a él…, a ti también.

Adrien negó con la cabeza.

—Lo que me pase a mí no le interesa, solo importa Ollie.

—Quizá tienes razón. Pero me surgen dudas. ¿No ves acaso el nivel de violencia al que llegaron? ¿No te das cuenta de que Oliver no puede seguir viviendo así?

La última pregunta cruzó su pecho como una flecha, casi dejándolo sin respiración.

—Ollie está bien, eso es lo primordial.

El padre de Ollie puso su mano sobre el hombro de Adrien.

—Cierto —concordó—. Aunque, en realidad, lo que te vengo a decir tiene que ver con lo que pasará una vez que lleguemos a juicio.

Adrien lo miró y se mordió el labio inferior intentando pensar con la cabeza fría.

—Vaya al grano.

—Estos procesos son muy predecibles. Si bien deben tener en cuenta la opinión de Oliver, la verdad es que no me pueden negar una relación con él a menos que se pruebe que pongo su vida en peligro, lo cual dudo que suceda. Por el contrario, su salud mental y física sí ha peligrado bajo el cuidado de Amelia. Tengo los reportes escolares y médicos para probarlo. La balanza está de mi lado.

Quiso gritar porque todo era demasiado injusto. No quería perder a Ollie.

—Aprovechará lo que pasó ahora para conseguir lo que quiere —lo acusó—, ¿no le da vergüenza?

El hombre negó con la cabeza.

—No, Adrien, te equivocas. No he hecho nada además de recabar información para luego proporcionarle pruebas al tribunal. Estoy lo bastante seguro de mí mismo como para pararme frente a esas personas y exponer mi caso.

El problema era que Adrien no sabía si creerle; no cuando ese era el mismo hombre que había abandonado a su propio hijo durante diez años y que ahora volvía de la nada a quitárselo a su madre.

—Lo diré así —continuó—: Amelia cometió un error y fue dejar que Oliver manejara su vida como si él supiera lo que es bueno para su futuro. Debieron irse de aquí conmigo, haberme escuchado

cuando les dije que esto tendría consecuencias. ¿O me negarás lo mucho que mi hijo ha sufrido en este pueblo?

Lo que Richard decía solo lograba confundirlo aún más.

—No quiero alejar a Oliver de su madre, solo busco que no vuelvan a hacerle daño. Si volví fue porque me enteré de lo que estaba sucediendo con él en el instituto y supe que debía acercarme para ofrecerle ayuda. La gente que lo rodea no lo dejará en paz, los mismos chicos que les hicieron esto lo volverán a hacer; es un círculo vicioso. Yo solo quiero sacar a mi hijo de esto.

—¿Y por qué ahora? —cuestionó Adrien—. ¿Por qué ahora que tan solo le queda un año para ser mayor de edad?

—Porque solo hay dos razones por las que no se iría conmigo aunque tenga una orden judicial que lo disponga: la primera es el miedo a dejar a su madre sola, lo que superará con el tiempo al ver que no tengo motivo alguno para alejarlos. No les quitaré el contacto o algo parecido, como él cree. Si tan solo me escuchara, sabría que esa nunca ha sido mi intención.

—¿Y la segunda?

—Creo que tú sabes quién es la segunda razón por la que Oliver sería capaz de desacatar al tribunal para no irse conmigo, Adrien. Siempre lo has sabido.

Lo sabía. Lo leía en la mirada de Richard y lo confirmaba al rememorar el tiempo que había compartido con Ollie.

Era él. Ollie no se iría con su padre por él.

Por ese motivo Richard había ido a hablarle, el hombre buscaba que lo ayudase a que Ollie se fuera para siempre. Le rogaba que lo despojara de su segunda razón para quedarse.

A Adrien le dolía la cabeza y creyó que iba a vomitar.

—Sé que lo que sientes por Ollie es real. Por eso quiero que entiendas por qué te estoy pidiendo esto. Solo deseo darle una mejor vida, lejos de la gente que le ha hecho daño para que, por fin, tenga un nuevo comienzo. En la capital podrá ir a la universidad, conocerá a otras personas, creará nuevos lazos y experiencias; allá son más comprensivos, entenderán. Quiero eso para Ollie y así entregarle todo lo que no pude durante estos diez años, porque es lo que se merece por derecho. Sin embargo, sé que eso no sucederá si él sabe que tú estás aquí. No se irá a ningún lado sin ti, lo pude notar a simple vista. Por favor, ayúdame a darle una mejor vida.

Si había una cosa que podía ser llamada una «debilidad» para Adrien, esa sería nada más y nada menos que Ollie Walsh. A pesar de que creía que nunca podría enamorarse, lo hizo, y profundamente. Por su Mariposa, un ser tan especial, sería capaz de saltar del barranco más alto solo para hacerlo sonreír. No

importaba si tenía que enfrentarse a un ejército entero con tal de resguardar al chico, incluso caminaría sobre brasas ardientes para jamás verlo sufrir otra vez. Lo amaba más que a nada y más que a todo, por eso solo tenía una cosa que responderle.

Adrien Davis haría cualquier cosa por Ollie Walsh.

—Escúcheme bien —dijo quitando la mano de Richard, la cual seguía sobre su hombro—, porque lo diré una vez y, si no cumple con estos requisitos, lo lamentará de por vida. Sería capaz de perseguirlo por mil infiernos si me entero de que ha lastimado a Ollie de alguna forma, ¿entiende?

El hombre asintió. Por primera vez lo veía intimidado.

—Va a tenerle lista una habitación rosa pastel decorada con muchas mierdas rosas porque es su puto color favorito. Si es necesario, llamará a una decoradora para que deje ese lugar como el castillo de una princesa, con muebles blancos y luz clara, porque él odiaría una habitación oscura. También lo dejará vestirse cómo quiera y hasta le dará su maldita tarjeta de crédito para que gaste un montón de dinero en suéteres rosados y pantalones cortos. Si quiere usar un vestido para salir, va a dejarlo porque él es quien decide qué usar, no usted ni los demás. Tendrá que tragarse los estereotipos para solo velar por su felicidad. Por eso, cuando lo vea bajar por la escalera, le dirá fuerte y claro: «Te ves muy bien». Usted no tiene idea de cuánto adora los cumplidos, así que mínimo le hará unos cien al día si es necesario para que se sienta hermoso y amado. ¡Y ni siquiera se le ocurra alejarlo de Baekdu porque esa maldita bola de pelos y pulgas es preciada para él! Se lo llevará también y le tendrá una puta casa para perros que parezca mansión, ¿ya? ¡Y no olvide los regalos de cumpleaños y Navidad! Serán esmaltes de uñas de todos los colores existentes, con brillos, estrellas, qué sé yo. Él ama pintarse las uñas y siempre llevará un nuevo color cuando lo vea, así que también dígale lo lindas que le quedaron.

»Debe tener claro que Ollie es especial, ¡un puto ángel caído del cielo! Tan único y maravilloso que es irrepetible. Tendrá que ayudarle a sentirse cómodo con lo que es, demostrarle que, a pesar de que usted fue un hijo de puta durante diez años, puede ser su padre ahora. Reconstruirá el corazón de su hijo dándole una vida de ensueño, consintiéndole todo y tratándolo como una joya. Ollie será feliz, usted lo hará feliz o juro… Yo juro…

Mientras hablaba, Adrien no había notado que las lágrimas habían comenzado a rodar por su cara, una por una, liberando el dolor. Con fuerza, se pasó la mano por los ojos en un intento de mantenerse fuerte; no por él, sino por Ollie. Debía dejar lo que sentía de lado, ahora solo importaba asegurar el futuro de su amado.

—Si es que no hace una de estas cosas o lo termina alejando de

su madre, créame que lo sabré e iré adónde sea para patearle su viejo culo hasta que no recuerde ni como se llama. ¿He sido claro?

Aunque Richard parecía sorprendido ante la petición del chico, finalmente, no dudó. Le creyó al ver el semblante decisivo que tenía encima.

—Es una promesa —contestó—. ¿Tenemos un trato?

Cuando la mano fue estirada en su dirección, supo que todo se terminaría allí, ya no habría vuelta atrás ni arrepentimientos. Dejaría ir a Ollie por su bien, para que conociese otra vida en la que no fuese juzgado, en la que nadie lo golpease por ser femenino. Adrien se alejaría porque era lo correcto, a pesar de que sentía que le estaba vendiendo su alma al diablo.

—Es un trato —concretó y le dio la mano a Richard.

¿Escucharon eso? El corazón de Adrien acababa de marchitarse porque su mariposa se iría para siempre.

Capítulo 42

Miraba el techo, perdido en sus pensamientos. Los *prints* que había colgado arriba de sus cuadros ahora tenían los bordes sueltos por culpa de la cinta adhesiva de mala calidad que había ocupado. No pasaría mucho antes de que *The Dying Swan* le cayera en la cara, aunque quizá primero sería la impresión que tenía de *Tibetan Girl*. La única que parecía que no iba a moverse en absoluto era la de *The Messenger* de Nizovtsev. Esa pintura, que le gustaba pero que no era de sus favoritas, lo había vuelto loco durante los últimos días. Y no, no era el cuadro en sí. Era el hecho de que su mente había decidido cambiar a la entidad alada por Ollie. La melancolía reflejada en la figura del ángel de mirada perdida y en busca de algo, era un retrato preciso de todas las veces que vio al chico alejándose de su departamento desde su ventana, y eso lo tenía de los nervios. Si ya sentía que su decisión de alejarse lo estaba quebrando por dentro, aquello se estaba volviendo un recordatorio del sufrimiento que estaba causando. Aun así, fue incapaz de quitar la imagen por su cuenta.

Durante meses su vida había sido pacífica. Pasaba tanto tiempo con Ollie que de a poco había empezado a dejar atrás algunas preocupaciones de su día a día. Disfrutaba más, por así decirlo. Jugaban con Baekdu, veían películas en compañía de Amelia y comían todos juntos. No estaba acostumbrado a eso, pero lo hacía sentir parte de algo.

Ahora había vuelto a sus andares solitarios, a la rutina en que se había implantado durante años. Casi no salía del departamento y Ollie ya no iba a tocar la puerta. Sophia también dejó de visitarlo. No la culpaba. Habían peleado muchas veces y entendía que estuviese harta. Pero, ¿cómo explicarle que nada era más importante para él que el bienestar de Ollie? Solo por eso sacrificó estar a su lado.

No podía dudar. Si lo hacía ahora, no lograría su objetivo.

Sintió el zumbido de su teléfono. La pantalla se iluminó con un mensaje de su tío, y Adrien enterró su cabeza en la almohada sobre la que estaba recostado. Después de que había ido a buscarlo a la enfermería, no volvieron a estar en contacto. El hombre había intentado hablarle de lo ocurrido, pero Adrien se cerró por completo. No tenía energía para dar explicaciones.

Se había comportado como un cretino, tenía que admitirlo, así que leyó el mensaje sabiendo que, esta vez, no podía ignorarlo.

TÍO ROMAN:
Necesito que vengas al taller.
Tenemos que hablar.

Allí estaba su sentencia.

Aquella tarde, el taller de su tío estaba más vacío de lo normal. El hombre había estado trabajando en un comedor de madera de cedro que ocupaba cada rincón de la pequeña tienda. Ahora que ese encargo había sido entregado, parecía que el taller había ganado espacio.

Adrien dejó su mochila en un colgador y se acercó hasta la mesa de su tío, donde este estaba concentrado en el libro de contabilidad.

—Veo que terminaste el comedor —dijo Adrien tomando asiento a su lado.

—Sí. Ahora podré aceptar unos pedidos que tenía pendientes.

Vio que en la mesa de trabajo había un álbum de fotos bastante viejo. Las esquinas estaban dobladas y los bordes de las páginas amarillentas.

—Ábrelo —le dijo su tío, que había notado su curiosidad—. Dejé marcada una página para ti.

Cuando tomó el álbum supo a qué se refería. Había dejado un pequeño pedazo de papel entre una de las páginas. Cuando lo abrió, vio dos fotos de una niña de unos cinco o seis años vestida con una jardinera, una camiseta roja y zapatillas blancas. También llevaba coletas. La fotografía había sido tomada en una casa de campo. Nada de lo que había en la imagen le resultaba familiar.

—Es tu madre.

Adrien abrió los ojos, sorprendido. ¿Aquella niña era su madre? No había visto fotos así antes de su fallecimiento. Ni siquiera sabía qué había sucedido con las cosas que estaban en su casa una vez que lo llevaron al orfanato.

Acarició la fotografía. Su madre era tan solo una pequeña, como él lo había sido cuando la vida decidió separarlos.

—La encontré en un baúl antiguo —siguió el tío Roman—. Solían hacer fiestas enormes en casa de nuestros abuelos, así que nos veíamos casi todos los veranos. Una vez que fallecieron, perdimos el contacto.

—¿Puedo quedármela?

—Claro que sí. Por eso te la mostré.

No tenía muchos recuerdos físicos de su madre. Lo único que pudo rescatar para llevar al orfanato fue la bufanda que usaba

siempre en el hospital y un par de guantes que ahora estaban guardados en una caja de madera en su cuarto.

—Gracias —lo decía en serio.

El tío Roman cerró el libro de contabilidad y se sentó derecho. Había tenido la leve esperanza de que la fotografía fuese el único motivo por el que le había llamado; sin embargo, sabía que se equivocaba.



—No me gusta meterme en tu vida —comenzó Roman—. Eres un chico competente y responsable. Nunca te quejas de nada, nunca me pides nada. Sé que para ti no soy más que un intruso en tu vida y que te las has arreglado bastante bien por tu cuenta, lo que no es mentira. Pero no quiero que la situación siga así.

La voz de su tío no parecía reprocharle nada y, quizá, por ese motivo, Adrien se sentía tan incómodo.

—No soy bueno hablando y lo sabes. He notado que estás muy raro últimamente. No es primera vez que me llaman del instituto diciendo que te metiste en una pelea, pero siento que esta vez fue distinto. ¿Tiene que ver con el otro chico que salió golpeado?

Su tío era un hombre de pocas palabras, pero no se le escapaba nada de lo que pasaba a su alrededor.

—Sí —admitió por primera vez.

El tío Roman asintió.

—No necesito que me digas cada detalle de tu vida, Adrien. Entiendo que esas cosas te cuestan, y cómo no, con todo lo que has pasado. —El hombre soltó un suspiro cansado—. Solo… me gustaría que pudieses apoyarte más en mí. Somos familia, ¿no?

El concepto de familia era algo que perseguía a Adrien. Siempre creyó que lo había perdido junto con su madre, y es que ¿cómo habría una familia para él sin ella? Pero ahí estaba su tío, un hombre que lo había sacado de la mala situación en la que había caído y le había dado cobijo en su hogar. Estaba en deuda con él y ese era el mayor problema. Porque era incapaz de aceptar lo que le ofrecía así, sin más. Hería su orgullo y, a veces, Adrien pensaba que eso era lo único que le quedaba.

—También sé que no quieres hablar de tu futuro y me imagino el porqué —continuó—. Había pensado en no intervenir, no quería obligarte a nada. Sin embargo, considero importante que si vas a escoger algo, lo que sea que quieras hacer, eso te apasione y que no abandones la posibilidad por temas de dinero.

Su tío tomó el álbum de fotos y dio vuelta las páginas para luego dejarlo frente a Adrien una vez más. Las fotos que veía eran de un Roman mucho más joven, con una camisa blanca y pantalones oscuros parado frente a lo que parecía un taller de muebles mucho más antiguo que su tienda actual.

—Esa era la tienda de mi padre. Desde joven me metí en problemas, no me iba bien en la escuela, solo era bueno para el boxeo. Lastimosamente, eso no duró mucho después de que me lesioné. Fue ahí que el viejo me dijo que tenía que hacer algo con mi vida, así que me metió a trabajar con él. Al principio me enfadé, pensaba que era aburrido. Empecé a buscar otros trabajos para irme de ahí, hasta que, una tarde, mi padre llegó con una estantería del siglo diecinueve y me dijo que si la terminaba, me dejaría ir y no me molestaría más. Creo que había notado de lejos lo que me gustaba antes de que yo mismo me diera cuenta, porque después de eso nunca más se me ocurrió dejar la tienda.

Ahora los dedos paseaban por la foto de su tío.

—Lo tuyo no son los muebles —condenó con precisión, lo que tomó por sorpresa a Adrien—. Pero te he visto haciendo bocetos

aquí en la tienda. Eres bueno en eso.

—Pero no me hará ganar dinero…

—¿No? Pensé que eras más ingenioso, Adrien. Si yo pensara así, de seguro mi tienda ya estaría cerrada. Siempre hay formas, solo tienes que ver un poco más allá.

Por su mente pasó Ollie diciéndole que tenía el talento suficiente para ir a la universidad o a una academia de arte. Adrien lo encontraba tan lejano y, si era sincero, no era solo el tema del dinero y el poco campo laboral. En su interior tenía claro que la razón por la que ni siquiera pensaba intentarlo era porque dudaba de su propia capacidad.

¿Por qué no podía confiar un poco más en sí mismo?

—Siempre estaré para lo que necesites, Adrien —dijo su tío—. Por favor, si necesitas algo solo déjame ayudarte. Ya has hecho mucho solo.

La vulnerabilidad que sentía esta vez era distinta. No era asfixiante. ¿Podía no ser asfixiante? Eso era algo nuevo.

—Gracias, tío.

El hombre le revolvió el cabello con cariño.

—Aún eres un chico. Los chicos necesitan cosas. Así es la vida. No lo olvides.

Después de la muerte de su madre, había aparecido una voz en su interior que se ponía a gritar cada vez que quería estirar su mano para pedir ayuda. «¡No! ¡No puedes hacerlo! ¡No confíes en nadie!». Esa voz le había acompañado hasta este punto y pensó que no podría deshacerse nunca de ella. Pero Adrien ya no quería escucharla.

Capítulo 43

Cada vez que miró por la ventana durante los días siguientes, el clima le pareció tan gris como su interior. Se preguntaba si la naturaleza era capaz de leer su mente, porque el pronóstico estaba igual de deprimente que él y no tenía idea de si aquello era algo bueno o una razón más por la que, con el tiempo, se terminaría volviendo infeliz para siempre. Ni siquiera los tiernos besos de cachorro que Baekdu dejaba en su mejilla podían sanar aquella amargura que traía dentro de sí.

Había dejado de insistir con ver a Adrien y tan solo se dejó caer sobre su cama para enterrarse allí por días enteros en los que miraba hacia el techo de su habitación, cuestionándose qué era lo que había salido mal y cómo algo tan sólido y perfecto había desaparecido de su vida como por arte de magia.

Pero el tiempo no daba tregua. Ya les había llegado una carta notificando la fecha de la primera audiencia del juicio. Su madre le explicó que en materias como esa trataban de que los procesos fueran mucho más rápidos y que, por ahora, su participación no sería necesaria. Aun así, el estómago le daba vueltas, al igual que su mente. Tenía miedo de que se cumpliera el augurio de su padre y todo terminase a su favor. Ni siquiera podía imaginarse teniendo una relación normal con él. Solo le quedaba resignarse y rogarle al universo para que la balanza de la justicia se inclinase hacia su madre. Lo único que deseaba en ese minuto, era quedarse al lado de la mujer que había sido su pilar durante toda su vida, porque no se sentía capaz de seguir adelante sin la compañía de, al menos, una persona que le quisiera.

Siempre pensó que, cuando uno anhelaba algo con todo el corazón, no debía rendirse, sino luchar, porque esa era la única forma en que los sueños se podrían volver realidad. Luchó durante muchos años para lograr aceptarse, lo que había funcionado al menos hasta ahora. Por eso, había intentado luchar por Adrien de igual manera, y hasta con más fuerza, pero ninguno de sus intentos sirvió para conseguirle una audiencia con el chico, quien se negaba a dirigirle la palabra. Una parte de él lo entendía, porque nadie podría vivir protegiendo a una persona día y noche sin cansarse, pero había otra parte que gritaba desesperada que aún existía una oportunidad para arreglarlo todo.

Sus somnolientos pensamientos fueron interrumpidos por la vibración de su teléfono sobre la mesita de noche y, sin siquiera haber mirado la pantalla del aparato, supo que se trataba de su

madre.

Amelia se había acostumbrado, desde el día de la golpiza, a llamarlo apenas su horario de trabajo terminaba para saber cómo estaba y avisarle que dentro de poco estaría en casa. Al principio se sentía algo sofocado con las atenciones, pero, últimamente, aquello era lo único que evitaba que se sintiera impasible. De inmediato, deslizó el dedo para contestar e intentó que su voz no sonase afligida al hablar.

—Hola, mamá. ¿Cómo va todo?

Podía escuchar los tacones de su madre contra el cemento y los ruidos de la ciudad a su alrededor. Ya casi había olvidado lo que se sentía estar afuera como una persona normal. Las únicas veces en las que dejaba su casa era para ir hasta el departamento de Adrien y preguntar si este se encontraba allí y, a decir verdad, se preocupaba más de mantener la compostura que del paisaje que lo rodeaba.

¿En eso se había convertido?

—Hola, cariño. Todo bien, bastante trabajo. ¿Tú cómo has estado? ¿Necesitas que te lleve algo para acompañar la cena?

No supo por qué quería llorar al escuchar la tierna y dulce voz de su madre, pero terminó haciéndolo bajito para no asustarla. Estaba demasiado sensible y alterable. El juicio les pisaba los talones, Adrien había desaparecido de su vida y ya no tenía ganas de seguir luchando. Todo se estaba cayendo a pedazos frente a sus ojos y sabía que no era lo suficientemente valiente como para enfrentarse a eso él solo.

—¿Ollie? Bebé, escúchame.

No quería que ella se preocupara, pero tampoco podía dejar de llorar. Los sollozos salían de su garganta como si hubiesen estado acumulándose durante mucho tiempo para luego ser liberados todos de una vez. Le ardía el aguantarse los quejidos, el nudo en su garganta solo crecía. Estaba harto de ser tan débil.

—Lo siento —susurró—. Yo estoy intentando, de verdad que lo hago…

Ni siquiera podía articular una frase sin soltar un par de lágrimas en el camino. Cerró los ojos, deseando que el mundo quedase en pausa por unos segundos para poder juntar fuerzas y combatir lo que se venía. ¿Era mucho pedir?

—Ollie, mi bebé Ollie —la voz de su madre era dulce y casi pudo imaginarla regalándole esa sonrisa tan cordial que siempre tenía para él en los momentos más difíciles—. ¿Es que acaso aún no entiendes que no tienes que esforzarte tanto en intentarlo?

Aquella voz siempre lo había ayudado a encontrar algo de paz, pero, en ese momento y con esa pregunta que no terminaba de comprender, no surtía el mismo efecto.

—¿De qué hablas, mamá?

Pudo escuchar que ella soltaba una suave risa antes de comenzar a hablar:

—Toda la vida has sido igual, das todo de ti para poder sobrellevar cada uno de los obstáculos que aparecen en tu camino. Pero, querido, es tanto lo que has luchado, que ahora estás agotado y crees que no podrás con lo que está sucediendo. Ya es hora de que dejes de exigirte tanto, has hecho un excelente trabajo desde que eras apenas un niño y nunca te has otorgado un descanso. Desde que naciste y te tuve por primera vez en mis brazos, supe lo especial que eras. Irradiabas una luz que embobaba a medio mundo y transmitías una belleza poco común que captaba la atención de cualquiera que te mirase. No sé si son instintos maternales, pero enseguida supe que estabas destinado a grandes cosas; es una corazonada que sigue dentro de mí y que cada vez late con más fuerza, hijo.

No se había dado cuenta de que las lágrimas habían dejado de drenarse y ahora escuchaba absorto el discurso de su madre.

—Te vi crecer encantada. Ni siquiera cuando te ponías mis tacones para simular que ibas de compras me pareció que fuera algo inapropiado para un niño. Cometí el grave error de hacerle caso a lo que las personas que me rodeaban decían e intenté apagar aquella luz tan especial que tenías. No te dejaba usar ni hacer lo que querías a menos que fuese en secreto, porque comenzó a crecer dentro mí el miedo a que este mundo tan hostil en el que vivimos te hiciese daño por ser diferente, pero sabía que jamás lograría que fueses feliz si seguía manteniéndote en la oscuridad. Así estuvimos durante unos años hasta que tu padre se fue. Ese día prometí apoyarte. Como no podía seguir tratándote como a un pedazo de cristal, dejé de hacerlo. Me costó mucho, pero logré tener la confianza suficiente como para dejar que buscaras una vida que realmente te hiciera sentir pleno y, a pesar de que sabía que sería difícil, yo estaría a tu lado para ayudarte en lo que fuese necesario.

»Por eso, mi pequeño, quiero que sepas que siempre me demostraste lo fuerte que eras. Si caías, te levantabas de inmediato; si te criticaban, eras capaz de dar un paso atrás y luego volver a salir al mundo cuántas veces fuese necesario; si todo parecía complicado, sonreías y seguías adelante. Eso no lo hace cualquiera, solo puede lograrlo alguien que tiene el coraje suficiente para afrontar los desafíos más terribles del destino. Eres único, Ollie, en serio que lo eres.

Recordaba todo eso y también la hermosa sonrisa que su madre le regalaba cada vez que lo veía bailar con su tutú. Esa era la única razón por la que había podido soportar todo eso. Aunque entonces era solo un niño, había podido llegar a donde estaba

ahora gracias a su madre.

—Sé que ahora tienes el corazón roto y que crees que ya no cuentas con la fortaleza necesaria para salir adelante. La primera vez que sientes aquel dolor siempre parece que estás agonizado y que no hay nada peor, pero créeme que lo superarás. No es algo de horas o días, es un trabajo duro, pero estoy segura de que tú, mi hijo, eres capaz de afrontarlo. Para mí, eres un ejemplo a seguir y estoy orgullosa de que el destino me regalase a un joven como tú. Siento que, si te comportaras como los demás, jamás hubiese aprendido tanto. Tú eres mi guía, a pesar de que eres mi bebé. Gracias a ti he sabido cómo superar los altibajos que la vida me ha puesto enfrente y sé que, de los dos, tú eres el más fuerte, porque no me necesitas tanto como yo te necesito a ti.

Se sintió como un tonto. Le costaba creer en sus palabras, ya que siempre había pensado en sí mismo como un chiquillo necesitado que, sin apoyo, se desmoronaría igual que una casa de naipes. Su madre se engañaba al no ver nada de eso.

—Mamá, no —susurró contra el teléfono—. Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! Que tú no te des cuenta es muy distinto. Si no fueras tan fuerte, como yo sé que lo eres, lo más probable es que ni siquiera estaríamos hablando, ¿entiendes?

De verdad quería creerlo, pero le costaba demasiado.

—Solo quiero que deje de doler —pidió.

—No puedo hacer que deje de doler. Solo quiero que tengas claro que saldrás de esto y que yo estaré ahí para ti. Además, sé que no es lo que quieres escuchar, pero lo diré de todas formas: siento que esto es un malentendido y que pronto todos los problemas que tenemos van a terminar. Mis corazonadas nunca fallan, eso lo sabes.

Se secó las lágrimas y susurró un «sí». Ya debía dejar de lamentarse, si se mantenía así moriría de tristeza y no era esa la forma en que quería terminar. Tomaría las palabras de su madre y trataría de cambiar su situación. Aquella era la última luz de esperanza que parecía filtrarse en su interior, por lo que iba a aprovecharla. Debían enfrentar un juicio y había decidido que, por ahora, tendría que olvidarse de Adrien, aunque eso pareciera imposible.

—Eso espero, mamá —dijo secándose las lágrimas—. Creo que iré a cepillar a Baekdu. La cena está lista, ¿quieres que te espere?

—No, Ollie. Tu vieja madre puede comer sola. Tú descansa, ¿sí?

—Sí, mamá. Nos vemos.

—Nos vemos, pequeño. No olvides que te amo.

—Yo también, mamá, yo también.

Un poco más animado, se levantó a cepillar a su perro. Si bien

no todo era fácil y tendría que encontrar las fuerzas para seguir luchando, lo haría por su madre; quería demostrar que era tan fuerte como ella creía. Tan solo esperaba que aquella corazonada que la mujer tenía se hiciese realidad y que todo fuese un malentendido.

En serio, lo deseaba.

Por su lado, Amelia dejaba su celular en uno de los bolsillos de su chaqueta para luego dirigirse a casa. No solía demorarse mucho, pero la caminata fue entorpecida por el aparato, que quedó atorado entre el cierre defectuoso que hace días le estaba dando dolores de cabeza. Soltó un suspiro cansado, ya debía cambiar la vieja prenda o le seguiría provocando problemas.

—Dios, no ahora —se quejó antes de detener su marcha e intentar arreglarlo.

Le tomó unos minutos, pero lo consiguió. Ahora su teléfono se encontraba bien resguardado y la luz verde para cruzar le había dado la señal para seguir su camino.

A pesar de que no había hecho nada imprudente, quizá las cosas hubieran sido distintas si tan solo hubiese visto el auto que se avecinaba a tal velocidad que no fue capaz de detenerse en la luz roja; si hubiese tenido el tiempo suficiente para hacerse un lado y evitar el impacto.

Esas posibilidades pasaron por su mente en una milésima de segundo cuando la luz del coche la cegó y oyó el ruido ensordecedor de la bocina, la última jugada para evitar la tragedia.

Creyó que iba a morir.

Dolor. Mareo. Olor a humo. Su cuerpo impactó contra el asfalto, pero no tan fuerte como para quitarle la vida. Se sentía conmocionada y, solo después de unos segundos, tuvo la fuerza para levantar la mirada y averiguar qué había sucedido.

El auto que iba a exceso de velocidad se encontraba contra un poste, con el capó destruido. Algo le decía que había logrado esquivarlo, pero se extrañó porque no se había movido ni un centímetro debido al *shock*.

Intentó ponerse de pie y solo pudo lograrlo con la ayuda de un hombre que la tomó del brazo. Aún no podía pronunciar palabra alguna, pero podía escuchar con claridad todo lo que decía el desconocido.

—¿Está usted bien? Oh, mierda, qué tragedia. ¿Qué le duele? Llamaremos a una ambulancia para usted y el chico que la salvó. No debe preocuparse.

Ella se detuvo y lo miró asustada.

—¿Chico?

El hombre asintió.

—Si no fuera por ese chico, el auto la hubiese arrollado. Créame, fue heroico, yo lo vi todo. Usted cayó a un costado y él recibió el impacto. Voló por los aires y aterrizó detrás del coche. No se preocupe, hay más gente asistiéndolo.

Se sintió abrumada ante la nueva información y alzó la mirada hacia el tumulto de gente que se había formado unos metros lejos de ella. Le pidió al desconocido que la llevase hasta allí y, a pesar de que le dolía el cuerpo, se abrió paso entre los espectadores.

Si bien sabía que debía alegrarse y dar gracias al cielo por estar viva y poder ir a casa con su hijo, había algo en su corazón que lo hacía sentirse fatal. De seguro era el hecho de que ella había podido ver a su salvador unos segundos antes del impacto, y lo único que deseaba era que todo fuese una cruel broma o una ilusión.

Pero no lo era.

Se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar.

La vida era todo menos justa.

—¡Adrien! —gritó y se agachó al lado del cuerpo del chico, cuya cabeza sangraba—. ¡Dios, no puede ser, Adrien!

Mientras las lágrimas caían sobre su pecho, Adrien abrió un poco los ojos para ver a Amelia. Ni siquiera allí, mitad inconsciente, se arrepentía de lo que había hecho. Jamás se hubiera perdonado si aquella mujer hubiese muerto ante sus ojos. No iba a dejar que Ollie sufriese más de lo que él mismo ya le había hecho sufrir.

Así que susurró:

—Dígale que lo siento.

Y cerró los ojos.

Capítulo 44

Cuando uno cree que todo está bien y que lo peor ya ha pasado, siempre sucede algo que lo trae de vuelta a la realidad, sin miramientos ni un poco de piedad; todo cambia tan rápido, que ni siquiera hay tiempo suficiente para cuestionarse por qué las cosas son así y si alguna vez el destino cruel dejaría que uno fuese feliz. Ollie se sentía de esa forma.

Desde hace horas se encontraba en ese estado donde todo sucede de forma borrosa. Recordaba haber estado cepillando a Baekdu cuando el teléfono sonó. En un principio, pensó que su madre le preguntaría si llevaba algún postre para la cena, de esos que compraba en la pastelería favorita de ambos, pero apenas escuchó su voz temblorosa, se dio cuenta de que las cosas iban mal, muy mal.

—No sé de dónde salió, no sé por qué lo hizo —sollozaba mientras las lágrimas caían contra el micrófono del móvil—. Él impidió que me atropellaran… Adrien saltó en frente.

Amelia le dijo a qué hospital lo habían ingresado y Ollie no esperó a recibir más información antes de salir corriendo por la puerta, sin siquiera preocuparse del frío abrumador que la noche traía sobre la ciudad.

Su mente estaba llena, en cada rincón encontraba el rostro de Adrien. Tenía miedo, el mismo miedo que lo inundó cuando lo vio inconsciente después de que los hubieran atacado en la escuela. Era el terror que sentía una persona cuando sabía que podía perder a quien amaba en ese preciso instante. Ollie siempre había deseado jamás volver a sentir algo parecido, porque la presión de su pecho lo ahogaba al punto de sentir que, si no corría rápido, se desmayaría antes de llegar al hospital.

Así que corrió, corrió y corrió.

Su brújula interna fue la que hizo el trabajo de llevarlo hasta el lugar; ni siquiera recordaba qué calles había tomado para llegar y poco le importaba. Cuando vio las enormes puertas del hospital, las abrió de par en par y se dirigió a una enfermera para que le informara sobre Adrien y su madre.

—Los acaban de ingresar, debes esperar un rato antes de verlos. ¿Quieres un vaso de agua con azúcar mientras tanto?

Negó con la cabeza. Solo quería verlos.

Las salas de espera de los hospitales eran un verdadero infierno, sobre todo en la sala de emergencias. Todo el mundo tenía cara de preocupación y algunos, de profunda tristeza. Estar

en un lugar así era la peor manera de calmar la histeria de Ollie, porque parecía que el sentimiento se acrecentaba y volvía en colectivo. El hecho de que el tiempo pasara lentamente en las manillas del reloj tampoco lo ayudaba.

Dos horas después de que llegase, su madre apareció. Un parche blanco le cubría la mejilla y cojeaba un poco al caminar. Rápidamente, la ayudó a sentarse en una de las sillas y se agachó frente a ella para acariciarle una de las manos. Se sentía mejor al verla a salvo, sin nada grave de por medio, pero la angustia aún no abandonaba su cuerpo.

—¿Qué pasó? —preguntó, porque seguía sin tener claro cómo había ocurrido el accidente.

—Me salvó —contestó su madre—, ni siquiera se detuvo a pensarlo.

Escuchó el relato de la mujer con atención y aun así le quedaron dudas. ¿Qué hacía Adrien cerca del trabajo de su madre? ¿Es que acaso no se había dado cuenta de que podía perder la vida lanzándose hacia el automóvil como si nada? ¿Por qué se sacrificaría después de que lo había abandonado con un mensaje?

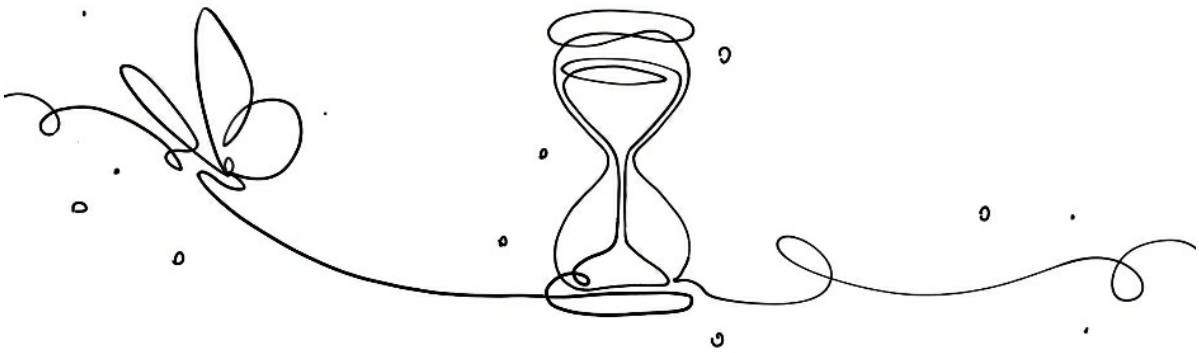
Su madre había preguntado por Adrien a las enfermeras que la atendieron, quienes le dijeron que había sido ingresado a cirugía porque se había fracturado varios huesos. Ollie se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. No quería llorar, solo quería que todo saliera bien y así poder ver a Adrien una vez más.

—¿Por qué hizo esto? —La pregunta era más para el universo, pero su madre la contestó de todas formas.

—Porque te ama, cariño. Sabe que tú sufrirías si me pasara algo. Solo por amor se cometen locuras así.

Se acurrucó sobre las piernas de su madre, casi como cuando era un pequeño que le temía a los monstruos de la oscuridad. Allí, mientras la mujer le acariciaba con cuidado el cabello, cerró los ojos con fuerza. Deseaba que Adrien estuviera bien, verlo frente a él con esa sonrisa socarrona que siempre llevaba y poder tomar su mano.

Deseaba mucho y tenía miedo de que no se cumpliera.



—¿Puedes dejar de actuar como un maldito idiota suicida, Adrien? Esto ya es demasiado.

Escuchó a Félix hablando por sobre los gritos de la gente y frunció el ceño en su dirección para que dejara de entrometerse en sus asuntos.

—¿Quién mierda te dijo dónde estaba? —gruñó al vendar sus manos llenas de heridas, las que había acumulado a lo largo de las últimas semanas.

—Sophia está preocupada y yo también. Además, me han mandado miles de mensajes diciendo que no me pierda esta pelea porque Remedy va a enfrentarse a dos contrincantes a la vez por iniciativa propia. ¿Es que acaso ya te volviste loco?

«Definitivamente», pensó, aunque no se lo dijo a su amigo.

—¡Hey, Remedy! —lo llamó McKing—. ¿Te falta mucho? Ya vamos a comenzar.

Él negó y, rápidamente, terminó de colocarse el vendaje para luego ponerse de pie y marcharse. Sin embargo, fue detenido por Félix, quien lo tomó por el brazo con fuerza.

—No hagas esto, Adrien. No es la manera.

Lo sabía, pero el problema era que no conocía otro modo de llevar a cuestas lo que sentía. Jamás había sido tan infeliz, y la única forma de hacer que ese sentimiento se esfumara era participando en una pelea. En el círculo solo importaba el dolor físico y ese era mucho más fácil de tolerar que el que se había proporcionado él mismo al alejar de su lado al chico que amaba.

Se liberó del agarre de Félix diciendo:

—Vete a casa.

Se abrió paso entre la multitud mientras la mirada de su amigo aún estaba en su espalda. No esperaba que lo entendiese, pero sí deseaba que, al menos, dejase que se autodestruyera en paz, porque era lo único que le quedaba ahora que había renunciado a lo más importante en su vida.

Se ajustó las vendas mirando a sus contrincantes. Eran dos

gigantes con los que nunca había peleado, pero sabía que tenían experiencia. Parecían bastante divertidos con la situación. Para él estaba bien, si podían destruirlo, mucho mejor.

Se posicionaron dentro del círculo y escuchó a la gente vitorear su nombre. Su ego parecía congelado, ya nada le importaba.

Ni se tomó la molestia de analizar, aquello formaba parte del pasado, lo importante era ganar y llevar dinero a casa. Ahora solo deseaba ahogar su tristeza con un montón de golpes; para eso no debía actuar de forma inteligente. Se puso en posición frente a los dos chicos y, a la señal del réferi, comenzó la masacre.

Se podría decir que acertó algunos golpes, pero la mayor parte del tiempo fue un saco de boxeo para sus oponentes. Quizá, la cosa hubiese sido distinta si se hubiese aprovechado de todos los puntos débiles que había descubierto en ambos, pero así estaba bien. El dolor alejaba la tristeza; los golpes que recibía, la imagen de Ollie. Era una técnica peligrosa, pero la única que le quedaba para enfrentar lo que estaba sintiendo. Además, su corazón estaba hecho añicos y jamás volvería a ser el mismo. No sin su chico.

Siempre supo lo autodestructivo que podía llegar a ser, y ahora lo estaba demostrando. No era capaz de enfrentar la situación, por eso, se estaba deshaciendo de sí mismo. Era esa una de las razones por las que siempre había pensado que era un cobarde. Definitivamente, el único chico valiente que alguna vez conoció fue Ollie. Creyó que había aprendido algo de él mientras estaban juntos. Otra vez se había equivocado.

La pelea terminó con él en el suelo, escupiendo sangre y con su cuerpo hecho polvo. Se quedó ahí unos minutos hasta que escuchó al público irse y, solo entonces, intentó levantarse.

Miró el lugar de punta a punta y se dio cuenta de que Félix ya no estaba por ningún lado. Era mejor que él también se alejase de su lado, como ya le había pedido anteriormente. En ese minuto, se sentía como un tornado que destruía todo a su paso y no quería que ninguno de sus amigos sufriera los efectos colaterales de su destructivo ser.

Se puso su mochila al hombro para recorrer un largo camino a casa, perdido en la luz de los faroles que iluminaban la ciudad nocturna. Sí, su técnica de reemplazar el dolor emocional con el físico daba resultado durante, al menos, los primeros quince minutos después de que terminaba la pelea, pero luego todo volvía a ser igual y se sentía miserable una vez más.

Paso tras paso, su cuerpo se sentía más pesado y, su mente en blanco, que se había esforzado por obtener durante el sangriento ritual, volvía a llenarse con muchos recuerdos que eran más

dolorosos que caminar por la noche con el cuerpo magullado.

Ollie sonriendo. Ollie sonrojado. Ollie dando pequeños pasos detrás de él. Ollie con su cabello rosa al viento. Ollie durmiendo. Ollie jugando con los dedos de su mano. Ollie dando golpes al saco de boxeo. Ollie sudado. Ollie de perfil. Ollie leyendo. Ollie dándole un tierno beso en la mejilla y después en los labios.

Ollie. Ollie. Ollie.

Su Mariposa.

Estaba jodido, tristemente jodido. Antes no creía en el amor romántico, para él eso jamás funcionaba por más que las personas lo intentaran una y otra vez. Una pérdida de tiempo, así lo definió durante años antes de darse cuenta de lo equivocado que estaba. El amor romántico sí existía, pero solo se podía encontrar una vez en la vida a la persona correcta con la que compartir una conexión tan especial como la de ellos dos. Aunque Ollie era la persona correcta, lo había dejado ir, porque el estar juntos significaba que este jamás podría mejorar su vida.

No iba a amarrarlo, no debía hacerlo. Él iría a la universidad y viviría con su padre para construir una nueva vida lejos de la gente que le había hecho tanto daño. Así sería feliz, y para garantizar su felicidad haría hasta lo imposible.

Siguió caminando hasta que perdió el rumbo. Sabía que no estaba ni cerca de llegar a casa, pero poco le importaba. Prefería seguir dando paso tras paso hasta que sus pies no dieran más, al menos así llegaría demacrado al departamento, caería dormido y no soñaría con Ollie.

Se detuvo frente a un semáforo en rojo. Las calles aún se encontraban transitadas a pesar de que la noche ya había caído. No se había percatado de dónde estaba hasta que miró a un costado y se encontró frente al hospital en donde trabaja Amelia. No era la primera vez que le pasaba algo parecido; solía deambular, sin darse cuenta, por los lugares que le recordaban a Ollie. Hace unos días, había terminado en el restaurante de comida china.

Sintió la necesidad imperiosa de buscar a la mujer para hablar con ella. Preguntarle cómo estaba su hijo y pedir perdón por lo que había hecho. Sin embargo, terminó ignorando aquella plegaría que nacía de su interior y se detuvo a esperar la luz verde para cruzar la calle y marcharse. Ya había tomado una decisión y lo había hecho por Ollie, porque lo amaba. No podía retractarse, no ahora.

En medio de su monólogo interno, reconoció una voz que le hizo temblar las piernas. Había más personas alrededor hablando, debía estar confundido. Quiso convencerse de que era una ilusión, un producto de su delirio, pero allí estaba. La única

persona que le recordaba tanto a Ollie.

—No, Ollie. Tu vieja madre puede comer sola.

Amelia caminaba justo en su dirección. Las piernas le temblaron y pegó la mirada al piso de inmediato. Quizá había tenido la intención de hablarle hace un minuto, pero ahora se daba cuenta de que era una locura. No quería que ella lo viese, pues no sabía cómo iba enfrentarla después de lo que había hecho. Ella siempre había sido amable con él y le había abierto las puertas de su casa sin siquiera mirarlo mal por estar cubierto de tatuajes y *piercings*. Esa mujer había pasado a ser una de las pocas personas a las que apreciaba y, en el fondo, sabía que la había decepcionado.

No, definitivamente no estaba listo para mirarla a los ojos.

—Dios, no ahora.

Volvió a escucharla y miró hacia atrás de soslayo. La mujer trataba de arreglar su chaqueta mientras la luz seguía en rojo. Adrien se dio cuenta de que esta pronto cambiaría su color y decidió que, apenas sucediera, correría para alejarse lo más rápido posible. Esa sería su oportunidad.

Pero nada ocurrió como lo imaginaba.

Alzó su mirada y divisó un automóvil acercándose a toda velocidad. La madre de Ollie ahora estaba a su lado. La luz dio verde. El vehículo siguió avanzando. La mujer comenzó a caminar sin darse cuenta de ello. El conductor tocó la bocina, pero ya era demasiado tarde, la iba a alcanzar. Solo quedaban unos segundos antes de que se produjera el impacto y por su mente solo pasó una sola idea…

Y dio todo. Todo lo que tenía. Su propia vida.

Empujó a Amelia y recibió el golpe. El dolor era mucho más intenso que los golpes recibidos durante la pelea y apenas pudo soportarlo. Salió disparado por la fuerza del impacto y cayó sobre el asfalto. Su espalda fue la más afectada, aunque creyó que todos sus órganos se le saldrían disparados por la boca.

Dolía, dolía mucho, pero, a pesar de eso, no se arrepentía. Miró hacia el lado y vio que Amelia estaba lejos del accidente gracias al empujón que le había propinado. Estaba a salvo. Lo logró. Sintió alegría y dolor combinados. Su cuerpo entumecido comenzó a perder fuerzas. No quería cerrar los ojos porque no sabía si volvería a despertar.

La gente lo rodeó y algunos trataron de decirle que todo estaría bien. No les creyó. Después de unos minutos, pudo sentir que alguien se arrodillaba a su lado. Era Amelia, quien le preguntaba por qué lo había hecho. Hubiese querido que la respuesta fuera sencilla, pero no lo era y no podía perder tiempo tratando de explicarle.

Tenía algo importante que decir:
—Dígale que lo siento.
Cerró los ojos. Solo podía ver la bella sonrisa de Ollie.

Capítulo 45

Flotaba.

El agua lo rodeaba y flotaba con el sol encima de su cabeza. Aquella serenidad le resultaba inquietante. No había nada que pudiera molestarlo, solo estaba él, el agua y el sol. ¿Eso estaba bien? ¿No tener preocupaciones o problemas? Adrien se preguntó cuándo fue la última vez que se sintió así o si alguna vez lo había sentido en absoluto.

Siguió flotando.

Cerró los ojos y, cuando los abrió, estaba en los brazos de su madre. Identificaba ese recuerdo. La mano de ella sobre la suya guiando el trazo de un lápiz de color amarillo. Dibujaban una flor, una dalia para ser exactos. Las habían visto en el pequeño jardín del parque y, cuando volvieron a casa, le pidió que le ayudara a plasmarlas en el papel.

—¿Te gustaron mucho las flores? —preguntó la mujer con una sonrisa en sus labios.

—Son muy lindas.

Luego una tercera voz interrumpió la conversación.

—Soy alérgico a las rosas.

Adrien se volteó, pero no había nadie más en el lugar, solo él y su madre. Tampoco recordaba que alguno de los dos hubiera dicho algo sobre rosas.

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

Su madre parecía inalterada, como si no hubiese escuchado lo mismo que él hace tan solo unos segundos

—Quiero ser pintor.

—¿Pintor? ¿Estás seguro de que podrás con un trabajo tan duro? —su tono era divertido, le gustaba hablar con él de esa forma—. Tendrás que pintar miles de flores al día.

—Yo sí puedo —contestó—. Lo haré.

—Claro que sí. Y yo te apoyaré siempre.

El abrazo de su madre era cálido y el pelo oscuro que caía sobre sus hombros le hacía cosquillas en las mejillas. Aquel era uno de sus recuerdos más importantes. Muchas veces pensó en que le gustaría revivir ese momento en un ciclo infinito, sobre todo cuando su vida parecía tan oscura que dudaba volver a encontrar aquel brillo que le entregaba el amor materno.

—Tus dibujos son geniales.

Otra vez la voz interrumpió la calma que los rodeaba.

¿Quién era? ¿Por qué no le dejaba disfrutar la compañía de su madre?

Ahora el sonido del agua marcaba presencia en la estancia.

Miró hacia abajo, sus pies estaban cubiertos por un manto celeste, al igual que los de su madre. Sin embargo, ella seguía direccionando su mano, ayudándole a pintar uno de los pétalos de la dalia, como si nada sucediera. Se dio cuenta de que el agua subía lentamente, empezó a temer que los cubriera por completo y que luego no pudiesen respirar.

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, estaba en una habitación de hospital.

—¿Por qué no me dibujas algo lindo, cariño?

Su madre estaba en una camilla frente a él. La enfermedad aún no había logrado hacer desaparecer la sonrisa que le dedicaba a Adrien de manera constante. Era pequeño, no tenía idea de lo que sucedía, pero ahora era consciente de los esfuerzos de su madre por aparentar que estaba bien.

—Sí, mamá.

Ella se había asegurado de tener en el hospital una maleta especial con todos los materiales que su hijo ocupaba a la hora de dibujar. Miraba al chico con atención durante todo el proceso. Se perdía en la forma en que Adrien ceñía sus cejas cuando alguna parte se le dificultaba más que las demás.

El dibujo que hizo ese día fue uno en el que él y su madre se hallaban acostados sobre un campo de flores. Estuvo toda la tarde concentrado en terminarlo. Cuando las enfermeras entraban a la habitación, elogiaban su trabajo, pero apenas les hacía caso. Quería terminarlo pronto porque su madre se lo había encargado.

—No tienes que presionarte, Adrien —le dijo ella después de unas horas—. Está bien si sigues mañana.

Recordaba haber asentido y dejado de lado lo que estaba haciendo. Sin embargo, ahora Adrien era incapaz de parar. Quería terminar el dibujo.

—No me falta mucho.

—Pero es tarde. Deberías descansar.

—Puedo terminarlo.

—Adrien, tenemos tiempo.

Pero no era verdad. El agua había vuelto y llenaba la habitación sin piedad. Tiempo era lo que menos tenían.

—Mamá, déjame terminar.

Esta vez quien contestó no fue su madre, sino la voz.

—Me gustaría ser tan valiente como tú.

Resonó al igual que un eco, como si lo estuviera llamando. ¿Quién era? ¿Por qué no podía recordar? Sentía que había olvidado algo muy importante y el miedo lo llenó.

El agua ahora cubría su pecho, su madre aún sonreía.

—Está bien, Adrien. Hay tiempo.

Cerró los ojos. Quería creerle.

Esta vez lo sacudieron. Era su madre intentando despertarlo. Tenía un mechón blanco colgando de su frente, había más arrugas alrededor de sus ojos. Su memoria fallaba. Ella no se veía así, ¿no? Aún era joven cuando él era pequeño. Estaba confundido.

—Levántate, Adrien. Vamos a llegar tarde.

Seguían en la casa en la que había vivido de pequeño, justo en la habitación que alguna vez había sido suya, pero ahora él ya era grande. No entendía lo que estaba pasando. Aquel escenario no había ocurrido, era imposible. Su madre no podía estar allí.

—No puedo creer que te quedaras dormido —siguió la mujer—. Te esperaré en el auto.

Salió de la habitación y Adrien se quedó congelado mirando hacia la puerta. No sabía hasta qué punto estaba hundido en su imaginación; sin embargo, se dio cuenta de que, esta vez, no había agua, lo que lo tranquilizó un poco.

Se levantó y caminó por el lugar como si lo conociera a la perfección. Una vez vestido, salió por la puerta principal y vio a su madre haciéndole señas desde el auto.

—¡Vamos, hijo!

Se pusieron en marcha. ¿Hacia dónde? No preguntó. Estaba embelesado con la versión envejecida de su madre. ¿Así se hubiera visto de no haber muerto? ¿Esta sería su vida? Tenía tantas preguntas, pero no vocalizó nada. Tenía miedo de que la ilusión se rompiera.

—¿Ya recibiste una respuesta de la universidad?

La interrogante lo tomó por sorpresa. Negó antes de que pudiera siquiera pensar en la respuesta.

—No creo que se demore mucho. Tu portafolio era muy bueno y dijiste que te fue bien en el examen. Serían unos idiotas si no te aceptaran.

—Mamá…

—¿Sí, Adrien?

Quería decir tanto y, aún así, las palabras no encontraban una salida. Sabía que no era más que un sueño, un espejismo de lo que deseaba. Y, a pesar de que era consciente de ello, quería hablar con su madre, abrazarla, sostenerla para que no se fuera de su lado. Se había sentido tan solo sin ella y no quería renunciar a su presencia, por más fantasiosa que fuera.

—Nada —respondió finalmente—. Cuando reciba la respuesta serás la primera en saber.

La mujer le sonrió y luego volvió su vista al camino.

—Haré como que te creo. Los dos sabemos que le cuentas todo a

alguien más antes que a mí.

El auto se detuvo frente a una casa cuyo jardín estaba lleno de flores. Creyó que se había adentrado en el *Campo de amapolas* de Monet. Parecía un lugar escondido, pero sintió que ya había estado allí antes.

Una mujer abrió la puerta de la casa.

—¡Por fin llegan!

Otra vez aquella sensación de familiaridad. Necesitaba recordar lo que había olvidado.

—Perdón por la demora —dijo su madre una vez que se bajaron del auto para acercarse a la desconocida—. ¿Puedes creer que Adrien se quedó dormido?

—¿En serio? Yo sabía que había algo extraño. Normalmente, Adrien viene muy temprano los domingos, cuando aún no hay nada listo para comer.

—¡Lo sé! Creo que está nervioso por los exámenes de ingreso.

—Ni me digas. Yo he tenido que lidiar con mi propio torbellino.

—No sé qué haremos con ellos, Amelia.

Amelia. Claro que era Amelia, ¿cómo podía haberla olvidado? Vio a ambas mujeres conversar como si fuesen amigas de toda la vida y el corazón se le encogió. Aquel mundo onírico le estaba otorgando una vista que pensó que no presenciaría nunca.

Pero aún faltaba algo.

—¿Ya llegaron?

Esa voz, la voz que antes había reclamado su atención, estaba ahí.

Su vista se dirigió a la escalera, en donde se topó con la persona más bella que alguna vez vio. Vestía un vestido de color lila, calcetas blancas y zapatos de charol negro. Su cabello estaba peinado con una trenza y el fleco le caía sobre la frente con gracia. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios brillantes.

Claro, ahí estaba lo que le faltaba. Lo que le daba sentido a todo.

Ollie.

—Hola, Adrien.

Sintió el agua en los pies, pero no le importó.

—Hola, Mariposa.

El chico se acercó y le dio un abrazo que le recompuso el alma. Desde ese ángulo, podía ver la forma en que su madre los miraba con cariño. La garganta le ardió y de sus ojos las lágrimas comenzaron a caer como dos torrentes. Apretó a Ollie contra su cuerpo.

—¿Qué pasa? —le preguntó el chico.

—Nada —respondió—. Me alegra tenerlos a todos aquí.

El agua celeste subía por sus piernas, podía ver que ahora estaba llena de pétalos de flores.

El sueño estaba llegando a su fin.

Estaba bien, Adrien ya no necesitaba dormir.



Le costó abrir los ojos. Se sentía somnoliento por todos los medicamentos que le estaban administrando. Tenía una máscara de oxígeno puesta y una aguja con suero insertada en el brazo. También le dolía mucho la espalda, al igual que la cabeza.

Esta vez, sí reconoció dónde estaba, era el mismo lugar donde

pasó tanto tiempo durante su infancia. Yacía en una camilla y un techo blanco le cubría la cabeza. Era como si acabara de despertar de un sueño, aunque apenas podía recordar de qué trataba. Un mareo lo envolvió y, antes de que pudiera moverse, una mujer vestida con el uniforme del hospital entró a la habitación.

—Por fin, bello durmiente —le dijo la desconocida en tono jovial—. Hemos estado esperando a que despertaras.

No entendía, su memoria le fallaba. Lo último que recordaba era estar caminando por la calle sin ganas de llegar a su departamento. Veía borrosas todas las demás imágenes que su cerebro intentaba transmitirle, las veía borrosas. A causa de esa confusión, intentó levantarse, pero la enfermera se lo impidió.

—Tranquilo —dijo—. Debes estar confundido, lo que es normal. Sufriste un accidente, por eso estás aquí. Ahora todo irá mejor, aunque debes descansar.

No se sentía cómodo, pero como no tenía la fuerza suficiente para llevarle la contraria, se dejó caer sobre la camilla. Los ojos se le comenzaron a cerrar de nuevo, tenía sueño, quería dormir hasta que se le aliviara el dolor de espalda.

—Muy bien, así es. —La enfermera le acomodó la almohada y sonrió—. Tú solo duerme. Tu amigo y yo estaremos al pendiente de ti.

¿Amigo? ¿Félix?

De inmediato, abrió los ojos y comenzó a revisar con atención la habitación hasta que, justo al lado derecho de la camilla, halló a su objetivo. Había un pequeño sofá individual con una persona sentada. Pese a que no podía ver muy bien, sí distinguió dos cosas: la primera era que dormía profundamente bajo una vieja manta; la segunda, mucho más importante, es que tenía una despeinada cabellera color rosa, la que parecía algo desteñida.

Ollie estaba a su lado.

—Hace tres días que no se mueve de aquí —le informó la enfermera—. Le he dicho que se vaya a dormir a su casa, pero se rehúsa. No quiere dejarte solo, es un chico testarudo.

No pudo exteriorizarlo, pero sonrió. Estaba feliz de que estuviera ahí porque era la única persona a la que le interesaba ver en ese momento. Además, el saber que lo había estado cuidando durante tres días lo hacía sentir como el más afortunado. Algo bueno debió hacer para merecer aquello por parte del lindo cabeza de chicle, quien ahora dormía con su mejilla apoyada en uno de los brazos del sofá.

La enfermera salió de la habitación para ir en busca del doctor a cargo y Adrien fue testigo del momento exacto en que el

ruido de la puerta despertó a Ollie. Este saltó en su asiento, hizo una mueca somnolienta y luego miró hacia todos lados hasta terminar en la camilla. Los ojos de ambos se encontraron y, por un segundo, no importó nada más que sus miradas fundiéndose después de que ambos hubiesen creído que eso jamás volvería a suceder.

Los segundos pasaron y Ollie se acercó para tomar una de las manos de Adrien, que ahora se encontraba hinchada a causa del tratamiento al que lo estaban sometiendo.

Sonrió. De cerca, se veía mucho más bello de lo que ya era, a pesar de que ahora tenía el cabello despeinado y la textura del sofá marcada en una de sus mejillas. Nada de eso importaba cuando lo tenía enfrente, sonriéndole como solo él sabía hacer.

—Por fin —susurró—. Tenía tanto miedo de que no despertaras.

Ollie acarició su cara y Adrien creyó que estaba en el paraíso.

—Eres un tonto —siguió Ollie y las lágrimas cayeron por sus ojos—. ¡Pudiste haber muerto y no te importó! Yo… Yo te doy las gracias por salvar a mi madre, jamás podré pagártelo, pero no sé… No sé qué hubiese hecho si…

Adrien solo pudo apretar su mano para indicarle que no era necesario que dijera nada más, y Ollie lo entendió. No podía hablar porque seguía muy aturdido. Tenía miedo de que todo fuera un producto de su imaginación, pues su mente aún estaba nublada y sus pensamientos se amontonaban sin orden.

Quería pedirle disculpas por haberse alejado sin darle una explicación y confesarle que no había pasado un día en que no le doliera el no poder hablarle. Al mismo tiempo, tenía miedo de arruinarlo todo, de ser un obstáculo en su camino. Deseaba explicarle que todo lo que había hecho tenía como objetivo brindarle un futuro brillante, alejado de esta maldita ciudad. Que daría lo que fuera por asegurar su felicidad, aunque eso significase que él mismo fuera infeliz.

Quería decir eso y mucho más, pero casi no tenía energía, sentía que pronto volvería a cerrar sus ojos. Así que, por el momento, solo Ollie era dueño de las palabras.

—Sé que te alejaste de mí por algo y, aunque no lo creas, te entiendo. No obstante, ahora quiero que sepas que no me moveré de aquí hasta que te recuperes, ¿oíste? Voy a quedarme, sin importar nada. Debo pagar mi deuda contigo. Salvaste a mi madre y pusiste en peligro tu vida. Me quedaré hasta que vuelvas a ser el mismo dolor de culo de siempre, después me iré, si eso es lo que deseas.

Adrien quería decir que no deseaba eso, pero entendió que aquel era el resultado de sus planes. A pesar de que deseaba

tener a Ollie a su lado para siempre, después de recuperarse tendría que alejarlo de su vida. Por su bien. Porque quería que fuese feliz.

Pero, por ahora, ese simple apretón de manos bastaba. Eso, y lo que dijo Ollie antes de que se quedase dormido:

—Te amaré siempre, Adrien.

Capítulo 46

Estaba sentado en el patio de su casa junto a las flores, dejando que la luz del sol se asentara en su piel. Podía escuchar a los pájaros y a un gato maullando sobre el techo del vecino. Se concentró en los sonidos. Quería vaciar su mente, alejar los pensamientos, disfrutar de ese pequeño momento de tranquilidad.

Ollie no podía negar que estaba cansado.

La ansiedad había marcado presencia de manera constante y agobiante durante los últimos días. Sentía que su pecho se contraía, como si una mano invisible quisiese aplastar su corazón, impidiéndole seguir respirando. Parecía que sus pensamientos se habían convertido en un remolino de preocupaciones que giraba sin cesar, destruyendo todo a su paso.

Las noches eran lo peor. La oscuridad y el silencio amplificaban sus miedos. La falta de sueño solo alimentaba el caos en su interior. Necesitaba que el mundo parara, al menos un segundo.

La poca paz que había encontrado fue interrumpida por el sonido de un auto deteniéndose frente a la casa. Por unos segundos, cerró los ojos con fuerza, esperando que su intuición se equivocara. Para su mala suerte, no fue así. Pronto escuchó que alguien abría la puerta del coche y luego unos pasos acercándose a su casa.

Cuando se puso de pie y miró hacia afuera, se encontró con el rostro de su padre.

Pudo sentir los latidos de su corazón acelerándose.

—Tenemos una conversación pendiente —dijo Richard, sin siquiera saludarlo.

Su madre se encontraba en el trabajo, solo estaban él y Baekdu en casa. La última vez que vio al hombre fue en la enfermería del instituto, cuando le dijo que no quería verlo más. En el fondo, sabía que aquellas palabras no lo alejarían para siempre y que pronto regresaría. Pensó que, cuando eso sucediera, volvería a gritarle que se fuera, pero se dio cuenta de que ya no tenía energía para eso.

Abrió la puerta y lo dejó pasar.

Se sentaron en la mesa de la cocina, con dos tazas de té separándolos. La cercanía de Richard era algo que parecía fuera de lugar, como si alguien hubiera puesto la pieza incorrecta del

rompecabezas. Ya casi no recordaba los pocos momentos que habían pasado juntos. ¿Cómo alguien tan importante podía pasar a ser un completo desconocido?

—¿Cómo se encuentra Adrien?

La pregunta le sorprendió y encendió el fuego del enojo dentro suyo. No se suponía que la conversación empezara de esa forma. Creyó que escucharía la recriminación hacia su persona, las mismas palabras que le dirigía desde que había entrado de nuevo en su vida. Era muy difícil imaginar que a su padre le importaba en lo más mínimo su exnovio.

—¿A qué se debe la preocupación? —Su voz estaba llena de desconfianza, tenía que estar con la guardia arriba.

—Tu madre me dijo que estaba en el hospital. Me siento apenado por ello.

El sentimiento de ira era algo que no experimentaba con frecuencia, a pesar de que tenía los motivos suficientes para ello, pues lo sentía ajeno a él. Era difícil que los actos de una persona llegaran a avivar su exasperación, tendía a sufrir en silencio y a llevar a cuestas el peso del daño causado. Pero esta vez era diferente. Quería gritar, explotar.

—No necesitamos tu pena —sentenció—. Desde que llegaste solo han sucedido cosas malas.

Pudo ver la incomodidad de Richard en su rostro cuando pronunció esas palabras.

—No puedo controlar un accidente.

—Pero, quizá, todo sería distinto si no hubieras vuelto. Como no te quedó de la última vez, te lo repito: no tengo deseos de verte.

No quería parecer un niño haciendo un berrinche, pero le era imposible contenerse. Tener a su padre tan cerca no lo tranquilizaba, por el contrario, lo colocaba en una posición de indefensión de la que solo podía salir rebelándose.

Quería irse a su habitación, ya que estaba seguro de que la conversación no llegaría a ningún lado.

—Si no tienes nada importante que decir, será mejor que te vayas.

—He venido a disculparme —dijo Richard y Ollie abrió los ojos de par en par.

—¿Disculparte?

—Sí. He estado pensando en lo que dijiste la última vez que nos vimos. Creo que tienes razón, no te he escuchado. Ni ahora ni antes cuando me marché.

Ollie apretó la taza entre sus manos para sentir el calor. El tono de su padre era calmo, incluso podía sentir cierto arrepentimiento. Lo miró de reojo, intentando descifrar su

expresión. La pregunta que debía responder estaba clara: ¿podía confiar en el hombre que lo abandonó cuando más lo necesitaba?

—Sé que mis acciones no han sido las que esperabas —admitió—, pero tenía que hacer algo para protegerte.

—Aceptarme es la mejor forma de protegerme. Mamá lo supo desde el principio.

¿Estaba enojado? Sí lo estaba.

—Yo no creía que eso fuera lo correcto.

—Lo sé —contestó Ollie—. Leí tus cartas. Entiendo que querías protegerme, pero al final fuiste tú quien me hizo más daño.

Richard guardó silencio.

Las emociones no desaparecen. Si no les haces caso, se acumulan en tu interior. El problema es que todo cuenta con un límite. Al igual que un vaso de vidrio, Ollie podía sentir las grietas dentro de sí.

—Me gritabas, me empujabas, me obligabas a hacer cosas que no quería y luego me diste un ultimátum: o dejaba de ser yo mismo o te ibas. ¿Qué clase de elección es esa? Me negué, te fuiste. —Su voz subía en volumen con cada palabra que dejaba su garganta. Sus dedos seguían apretando la taza, las yemas estaban blancas—. ¿Era tan horrible verme con un vestido?, ¿tan asqueroso que preferiste dejarme?

Los ojos de su padre reflejaban enojo. Aquella expresión sí la conocía.

—¡No lo entiendes! —gritó Richard—. ¡Te hieren y aún no entiendes!

—¡Y no lo entenderé! —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Las grietas se agrandaban, el agua comenzaba a derramarse—. Aunque me des mil motivos, aunque me digas que era por mi bien o porque me amabas. No importa tu intención, sino lo que hiciste, lo que *me* hiciste. ¿Acaso no lo ves? Si te hubiera hecho caso, no estaría aquí, no lo hubiera aguantado.

Soltó la taza para limpiarse las lágrimas.

No podía contar todas las veces que pensó que su existencia tenía un precio muy caro, mas sí rememoraba la sensación, el deseo de darse por vencido, el no poder ver ninguna otra salida. En sus momentos más bajos, creyó que sería una buena idea, que ayudaría a su madre, que ya no sufriría. Fue difícil salir de aquella espiral de pensamientos, pero lo había logrado. Ese era su mayor orgullo.

—Todo este tiempo me han pasado cosas horribles a manos de gente que cree lo mismo que tú. Al final del día, siempre me han dicho que es mi culpa por vivir de la forma en que vivo. ¿Y qué hay de ellos? ¿No se les culpa por hacer daño? ¿Por qué me responsabilizan por sus actos? Yo elegí vivir y no puedo hacerlo

de otra forma, no puedo.

—Oliv… Ollie…

—Sé que querías enseñarme a ser como tú, pero no quiero serlo si eso significa comportarme de la manera en que tú lo hiciste.

Recordó los días en que su padre parecía adorarlo, cuando lo tomaba en brazos y lo alzaba con facilidad. Cuando jugaban en el jardín y lo llevaba en su espalda.

—Nunca seré quien esperas que sea. No voy a retroceder ahora cuando hay gente que me ama como soy, sin condiciones. Yo tampoco tengo todas las respuestas sobre mi identidad y eso es algo que, si quieres ser parte de mi vida, vas a tener que aceptar.

Richard levantó la mirada. Respiraba más rápido, sus hombros estaban tensos, su boca era una línea y su ceño fruncido, con el que normalmente contaba, había desaparecido para dejar detrás una mirada perdida. Se preguntaba si era apresurado asumir que sus palabras habían asestado un golpe en el interior del hombre.

—Quiero que sepas que me arrepiento de haberme alejado de ti —dijo—. Fue la peor decisión que he tomado. De verdad, deseo estar a tu lado.

En el tono de voz de su padre encontró algo nuevo: desesperación.

—Si eso era lo que querías, primero debiste preguntarme si yo te quería de vuelta y hacerlo de manera paulatina, no intentar obligarme.

—Creí que no me escucharías.

—Es porque no me conoces.

La distancia física que los separaba no era de más de un metro; sin embargo, la verdadera separación era kilométrica. Sabía que estaba en sus manos la decisión de abrir un sendero para que volvieran a encontrarse, el problema era que no tenía idea de si tendría la fuerza suficiente para ello. Se sentía dolido, rechazado y, por sobre todo, abandonado. Aquel hombre que estaba justo enfrente debió haber sido parte de su infancia, un lugar seguro al que recurrir, mas ahora solo parecía una sombra del pasado que lo perseguía con insistencia.

Temía arrepentirse si le daba otra oportunidad.

—Me equivoqué, Ollie. Sé que hice las cosas mal y no puedo deshacer el daño que he causado. Solo puedo seguir adelante y pedir que me dejes ser parte de tu futuro.

¿Por qué no podía, simplemente, odiar a su padre? Eso sería más sencillo. Odiarlo. Detestarlo. Desear no volver a verlo. Quizá sí era verdad, en cierto grado, pero no eran los únicos sentimientos que lo acompañaban. Una parte, que mantenía oculta muy adentro, estaba gritando en ese momento. Era el niño que

alguna vez fue, quien lloraba porque extrañaba a su padre, quien le preguntaba a Amelia si era culpa suya que los hubiese dejado.

—Tengo una pregunta —susurró, lo que captó la atención de su padre.

—Puedes hacer las que quieras.

—¿Estás dispuesto a conocerme? Sin peticiones, sin ultimátums. ¿Te interesa saber quién soy?

Vio que el hombre meditaba sobre lo que acababa de escuchar. Sus dedos aferrados a la taza le hicieron reconocerse a sí mismo hace tan solo unos minutos. Su madre le dijo alguna vez que se parecía más a su padre. Le surgía la duda de cómo se verían desde la perspectiva de otra persona: ¿aún conservaba su parecido con su padre o ya no había nada que delatara su parentesco? Esa forma ansiosa de sujetar la taza parecía indicar lo primero.

—Durante mucho tiempo pensé que ya lo hacía —contestó finalmente—. Cuando me fui, tenía la certeza de que te conocía lo suficiente como para saber que estabas cometiendo un error. Viví en ese delirio por años, aferrado a mis acciones, porque si admitía mi equivocación, eso significaría que había hecho algo imperdonable. Es gracioso que solo hasta ahora soy capaz de decirlo en voz alta. Estaba tan obsesionado con probar que tenía razón, que olvidé lo más importante: tú.

Se miraron a los ojos. Ollie sabía que estaba escuchando la verdad.

—Quiero conocerte —siguió Richard—, si me lo permites. Puede que no entienda todo de una vez, pero ya no me interpondré en tus decisiones. Solo quiero estar a tu lado.

El hombre se puso de pie.

—Serás tú quien decida desde ahora. Entraré a los espacios en que me lo permitas y espero hacer un buen trabajo en ello. Hablaré con tu madre, detendré todo el proceso.

Ollie también se puso de pie.

—Gracias —contestó. Su pecho se sentía más liviano.

Se quedó mirando la espalda del hombre mientras este salía de su casa. Pensó que se aferraría a su deseo de alejar a su padre de su vida para siempre, que se lo gritaría a modo de despedida. Sería lo lógico. Durante su infancia, el recuerdo del hombre se había convertido en un monstruo que lo perseguía en sus pensamientos y aparecía cuando menos lo esperaba.

¿Pero qué pasa cuando quieres al monstruo que se esconde en tu armario? ¿Lo dejas entrar o cierras la puerta para siempre?

Hoy no respondería esa pregunta, quizá mañana tampoco. Solo quedaba aguardar por el día en que pudiera dar con la respuesta.

Capítulo 47

—¡Muy bien, hora de levantarse! ¡Hoy es un día muy importante!

Las cortinas de su cuarto fueron corridas sin piedad alguna y el sol mañanero se posó en su rostro. Se retorció para todos lados sobre la cama soltando quejidos, y pronto sintió algo baboso en su cara. Rendido, abrió los ojos para encontrarse con la peluda cara de un crecido Baekdu que lo miraba meneando la cola de felicidad.

Sonrió, le gustaba despertar de esa forma.

—No era necesario que me despertaran —dijo—, había puesto la alarma.

Se sentó sobre la cama y le dio unas suaves caricias en la barriga al cachorro antes de alzar la mirada hacia la persona que tenía enfrente.

—Pero hoy es un gran día, cariño —insistió su madre sonriendo.

Lo sabía. Ese día era importante porque, por fin, Adrien saldría del hospital.

El último mes había sido tan raro como complicado. Hubo mucha terapia de por medio para devolverle la movilidad del cuerpo y, durante ese proceso, Ollie lo acompañó a todas las sesiones de rehabilitación que le fueron programadas. Además, lo visitaba casi todos los días, incluso estudiaba a su lado para los exámenes de fin de año y almorzó un par de veces en su habitación con su tío y Sophia. Aquella se había convertido en su rutina para que el chico no se sintiese solo dentro de las paredes de ese lánguido hospital, lo que había funcionado hasta entonces, el último día en que Adrien estaría confinado.

Estaba feliz por él, claro que sí. Sabía que ya se encontraba mejor y, a pesar de que tendría que caminar con muletas por un tiempo debido a sus fracturas, podría valerse por sí mismo. Estaba muy feliz, pero, dentro de sí, una pequeña preocupación lo había aquejado durante el último tiempo y no quería que eso arruinase el día.

—¿Y qué esperas? —preguntó su madre para recuperar su atención —. Ya vístete. ¡Es hora de ir por Adrien!

Ollie sonrió. Era hora de ir por Adrien.

Desde la ventana de su habitación, miraba el pequeño jardín que se encontraba afuera. Le gustaba esa vista, sobre todo ahora que las flores eran iluminadas por el sol de forma esplendorosa. Tomó la libreta y el lápiz que tenía a un costado, y comenzó a

trazar líneas basándose en aquel paisaje. Ese sería el último dibujo que haría sentado sobre esa camilla. Esperaba que quedase lo bastante bien como para poder colgarlo en su departamento.

Escuchó que la puerta era abierta, seguido de la jovial voz de la enfermera Minna.

—Buenos días, campeón. ¿Cómo te sientes en el gran día?

Alzó la mirada y sonrió.

—Mejor que ayer. Gracias por preguntar.

No podía creer que un mes ya había pasado. Cuando el doctor le informó sobre el período de rehabilitación, en el cual quedaría internado en el hospital, se sintió bastante perdido. Era mucho tiempo viviendo en un espacio que no era suyo, rodeado de gente a la que no conocía. Además, la factura saldría muy cara. Como siempre, el tío Roman no dejó que desobedeciera las indicaciones médicas y le aclaró que se encargaría de todos los gastos; Adrien solo debía preocuparse de mejorarse.

—¿Vendrá Ollie por ti? —preguntó Minna mientras le dejaba la bandeja de su último desayuno como residente sobre su regazo. Notó que la mujer había agregado un chocolate de despedida al lado de su cereal y jugo de naranja—. Quiero despedirme de él también.

—Ese es el plan —contestó—, a menos de que ya esté harto de hacerse cargo de un atropellado.

Minna rio antes de decir:

—Claro que debe estar agotado, ¡si eres un gruñón de primera! Pero ese chico te ama tanto que nunca se irá de tu lado, Adrien.

No pudo evitar sonrojarse ante aquellas palabras, y eso que no era la primera vez que la oía decir algo parecido. A pesar de que su situación con Ollie era bastante difusa, y que ambos habían acordado permanecer distantes en cuanto a lo sentimental, Minna no se dejaba engañar por esa fachada. Ella siempre decía que eran el uno para el otro y que solo estaban perdiendo el tiempo al actuar como si no sintiesen nada cada vez que rozaban sus manos.

Adrien se hizo el desentendido.

—Eres una chismosa, Minna. Qué buena suerte la mía, ya me voy de aquí.

—Me extrañarás, mocoso. Nadie te acomodará la almohada como yo.

Ambos rieron, luego Adrien volvió a concentrarse en el dibujo que estaba creando. Aquel se había convertido en su pasatiempo predilecto para que su estadía no se le hiciera tan tediosa. Juraba haber terminado más de cien dibujos durante todo ese tiempo, y usaba las locaciones del mismo hospital para inspirarse. Bueno, eso y a su musa personal.

Porque siempre dibujaba a Ollie.

Le era difícil tolerar el tipo de trato que ahora mantenían, así que desahogaba su frustración dibujándolo día y noche. Desde retratos de su rostro hasta de cuerpo entero, en blanco y negro y en colores, con carboncillo y acuarelas. Ollie era la musa perfecta, podía plasmarlo en cualquier material y obtener un resultado hermoso. No sabía cómo explicarlo, pero si había algo que disfrutaba hacer, era dibujar al chico que amaba desempeñando cualquier tipo de actividad. Sobre el papel demostraba el amor que encerraba dentro de sí, aquella era su única salida para no volverse loco al tenerlo tan cerca y no poder besarlo.

Iba a estar eternamente agradecido por su compañía durante aquel tortuoso proceso, sobre todo durante las primeras terapias que tanto lo sacaron de quicio. Era difícil para él verse imposibilitado de hacer muchas de las actividades de su vida diaria, desde mover los brazos hasta ir al baño solo. Tuvo que aprender a hacer todo eso de nuevo, lo que fue un martirio, pero allí siempre estuvo Ollie, conteniéndolo y ayudándolo a realizar cada ejercicio por más difícil que pareciese. Eso era algo que no cualquiera hubiera hecho, menos por él.

Otras visitas que recibió durante su hospitalización fueron las de su tío Roman, Félix y Sophia. La primera vez que su amiga fue a verlo se abalanzó para abrazarlo y comenzó a llorar con fuerza. Entre el llanto le dijo que, cuando se enteró del accidente, se había arrepentido de que su última conversación hubiese sido una pelea; que ella seguía teniendo razón, pero la posibilidad de perder a su amigo le destrozó el corazón. Félix estuvo mucho más sereno cuando lo vio por primera vez en la camilla, aunque, cuando estuvieron solos, le prohibió que volviera a hacerse daño. Era obvio que sus amigos lo querían y Adrien se los agradeció. Debía ser más atento con ellos de ahora en adelante.

A pesar de que solían visitarlo los fines de semana, ninguno podía quedarse tanto tiempo como Ollie, quien no se despegaba de su lado. Pero tenerlo tan cerca también lo hacía sufrir por dentro. Ambos sabían que aquello tenía una fecha límite y que esta había llegado. Ollie fue quien dijo que lo dejaría en paz cuando se recuperara y, a pesar de que aún no estaba en perfectas condiciones, ya estaba listo para volver a vivir como un individuo autosuficiente. Ahora cada uno se haría a un lado, era un acuerdo entre ambos que estaba bastante claro. Aquel era el último día en que estarían juntos. Quizá por eso estaba tan triste.

Intentó darse ánimos al dibujar. No quería que Ollie lo viera así. Debía ser fuerte, era lo mínimo que podía hacer antes de alejarse para siempre.

Minna, que ya había terminado de ordenar, se giró cuando

escuchó el teléfono de la habitación sonar. Al contestar, el cambio en su rostro fue palpable; su ceño fruncido le dio a entender que lo que sea que hubiese escuchado al otro lado de la línea no era algo positivo. Dio las gracias y luego cortó mientras lo miraba.

—Tienes una visita —informó confundida—. Me acaban de decir que hay un hombre preguntando si puede entrar a verte. Se llama Richard.

Imaginaba que tarde o temprano se volverían a encontrar.

—Es un conocido. Hazlo pasar.

Minna asintió y salió de la habitación. La espera duró unos minutos antes de que la puerta fuese abierta y entrara una figura familiar. Adrien estaba confundido, no sabía qué hacía ese hombre visitándolo.

—Buenos días, Adrien —lo saludó y él asintió.

—Buenos días, Richard.

No lo había visto desde aquella vez que hablaron afuera de la enfermería del instituto. Fue desde ese momento que se alejó de Ollie para que este se fuese con su padre y comenzara una nueva vida. No entendía qué hacía él allí si había seguido el trato al pie de la letra, a pesar del sufrimiento que había causado por ello.

—Has mejorado bastante —dijo sonriendo—. Es bueno verte así, igual de fuerte que siempre.

Era extraño que Richard estuviera tan relajado. Siempre le había parecido un hombre imponente y jamás se lo hubiese imaginado hablándole como si fueran amigos.

—Sí, supongo que así debe ser.

Ambos se quedaron callados unos segundos antes de que Richard comenzase a pasear por la habitación. Parecía como si estuviera organizando las ideas que tenía en su cabeza, y eso ponía un poco nervioso a Adrien.

—¿Necesita algo? —le preguntó, esta vez más serio—. De todas las personas que podrían visitarme el día de hoy, usted es la última en la que hubiera pensado.

El hombre soltó una risa triste y respondió:

—Lo sé, pero, aunque no lo creas, tengo una buena razón para haber venido. Se trata, más bien, de una despedida.

Adrien alzó una ceja. Ahora entendía aún menos.

—¿Perdón?

—Vengo a despedirme. Vuelvo a la ciudad hoy por la tarde.

Aquello era algo bastante inesperado, y lo primero que se le cruzó por la mente fue su adorado Ollie.

—¿Se llevará a Ollie? —preguntó de inmediato, y el hombre negó con la cabeza.

—No. Supongo que sabes que el juicio se ha suspendido, ¿no?

—Ollie me dijo que ya no se realizaría la audiencia, pero no más.

—Con eso es suficiente. El juicio se suspendió y no se volverá a retomar. He bajado la demanda.

Adrien abrió los ojos de par en par. No estaba preparado para escuchar algo así, menos cuando le iban a dar el alta en un par de horas.

—¿Y a qué se debe ese cambio? —Le era imposible no fruncir el ceño y que su voz no sonara dura—. ¿Es que acaso no quiere reconstruir su relación con Ollie como me había dicho? ¿Era todo mentira?

—No, Adrien, no lo era —respondió Richard mirándolo fijamente —. He bajado la demanda porque me di cuenta de lo equivocado que estaba al querer obtener las cosas de esa manera, y porque me arrepiento mucho de haberte pedido que te alejaras de mi hijo cuando tú también solo buscas velar por su bienestar. Te pido disculpas, a pesar de que sé que eso no te devolverá el tiempo que perdiste, pero quiero recompensarte por todo lo que sacrificaste. Por eso también me hice cargo de tu cuenta del hospital; ya está saldada y no debes preocuparte.

Adrien estaba demasiado sorprendido como para contestar. Ni siquiera estaba seguro de cómo comenzar. ¿Qué era lo que estaba sucediendo?

—Pero no te equivoques, no estoy renunciando a Ollie. Seguiré tu consejo y le preparé su habitación en mi casa tal y como dijiste. Él verá en qué momento la ocupa, sobre todo si quiere ir a una universidad que quede en la ciudad. A pesar de que sigo creyendo que este no es el lugar más idóneo para que siga su vida, dejaré que él lo decida y sé que tú lo cuidarás mientras eso sucede.

Adrien soltó una risa triste.

—Creo que en estas condiciones no puedo hacer mucho por él, ¿no le parece?

Richard negó con la cabeza.

—Ya has hecho suficiente, Adrien. Tu acto de valentía me dejó sin palabras, e hizo que me diera cuenta de que tu amor por mi hijo es algo que nunca llegaré a entender del todo, pero que sí es real aquí y donde sea. Además, salvaste la vida de Amelia y te lo debemos recompensar durante el resto de tus días. Por eso quiero comenzar con esto, para que con el tiempo aceptes mis disculpas.

El Adrien del pasado hubiese mandado a ese hombre a la mierda en ese preciso instante y, quizá, hasta lo hubiese golpeado en la cara sin remordimiento alguno. Pero el Adrien de ahora, que había

aprendido mucho durante el último tiempo y que se había enamorado, tenía una opinión muy diferente. Él sí creía en el perdón.

—Solo esfuércese en ser el mejor padre para Ollie —respondió—, él se lo merece.

Richard asintió y colocó la mano sobre su hombro de forma paternal.

—Eres un buen chico, Adrien. Lo siento por no darme cuenta de ello antes.

Le sonrió a medias.

—Todos cometemos errores, Richard.

Con la conversación llegada a su fin, el hombre se despidió deseándole lo mejor y se encaminó hacia la puerta. Pero, antes de salir de la habitación, dijo una última cosa:

—Que mi error no te aleje más de Ollie. Ustedes deben estar juntos.

Esta vez, Adrien sonrió de verdad.

—Haré lo que pueda.

Capítulo 48

Miró por la ventana durante todo el viaje. Jugaba con sus dedos con nerviosismo y, de vez en cuando, se mordía el labio inferior. Le dolía un poco el estómago, quería que esa sensación tan molesta terminara de una vez, pero era inevitable. Ya estaban llegando al hospital y su madre orillaba el auto para entrar al estacionamiento de visitas.

—Estoy tan feliz por Adrien —dijo ella sonriendo—. Debe ser un verdadero fastidio no poder estar en tu casa cuando más lo necesitas.

—Se ha acostumbrado —aclaró Ollie—. Al principio le costó, pero después entendió que estaba ahí por su bien.

Como siempre sucedía cuando el pequeño Ollie se encontraba raro, su madre lo notó de inmediato. Estacionaron y, cuando estuvieron listos para bajar del vehículo, Amelia preguntó:

—¿Qué sucede, Ollie?

Él, que ya iba a abrir la puerta del copiloto, se detuvo y se quedó mirando sus pies.

Ni siquiera sabía cómo explicar lo que sentía. Tenía un montón de sensaciones dando vueltas en su interior y no las podía definir. Era un revoltijo extraño entre felicidad, tristeza y miedo. ¿Cómo podría poner en una palabra todo eso sin sonar como un loco?

—No sé —respondió rendido—, de verdad que no lo sé, mamá.

Su madre lo miró comprensiva y estiró la mano para acariciarle el cabello.

—Supongo que sientes incertidumbre sobre lo que pasará con ustedes después de este día, ¿o me equivoco?

Ollie sonrió. A Amelia jamás se le escapaba algo.

—Es una estupidez, lo sé. Lo mío con Adrien terminó y en un mes eso no iba a cambiar… Supongo que solo quiero que este día se acabe pronto. Sé lo que viene y que dolerá.

—Pues la verdad es que sí, podrías hacer eso… o podrías intentarlo una vez más.

Ollie negó. Claro que no. Durante el último mes, se había prometido que solo se acercaría con otras intenciones a Adrien si él le dejaba hacerlo. Pero no fue así. El chico no quería que volvieran a estar juntos o, al menos, eso era lo que le había dado a entender con su forma de actuar. Las cosas estaban claras, ya no podía seguir nadando contra la corriente.

—Él no quiere, mamá. No puedo obligarlo a hacer algo que no quiere.

Amelia rio sin disimulo.

—Ustedes, niños, se complican mucho. Siempre tratan de ocultar todo lo que sienten y por eso están donde están. ¿Que él no quiere estar contigo? Si así fuera, no hubiese soportado tu constante presencia durante un mes entero. Créeme, Ollie, seré vieja, pero sí sé cómo funciona el amor, y ustedes dos siguen tan enamorados como el primer día que los vi regalándose miradas en casa.

Se sonrojó y empezó a cuestionarse si podía ser cierto que Adrien sí quisiera estar a su lado. Tendría sentido, pero le ganaba el miedo a terminar haciéndose ilusiones. Nuevamente, estaba entre la espada y la pared, decidiendo si era hora de arriesgarse o dejar que las cosas siguieran su curso natural. Lo malo era que ya se había arriesgado una vez solo para salir herido.

Su madre notó su silencio y agregó:

—No pienses tanto. Solo ve y haz lo que sientas que debes hacer. Les daré tiempo a solas y subiré después, ¿bien?

—Bien.

No tenía mucho más que perder.

Abrió la puerta del auto y bajó. Aún no sabía qué haría exactamente, pero deseaba que el universo le diese alguna señal para poder arreglar las cosas. Se despidió de su madre moviendo la mano y ella le regaló una sonrisa.

Había unos minutos de caminata entre el estacionamiento y el hospital, pero se sentía tan nervioso, que lo había considerado el camino más largo que podía haber tomado. Aun así, no encontraba las palabras correctas para preguntarle a Adrien lo que pasaría con ambos. Un «¿qué mierda hacemos ahora?» no le sonaba muy convincente.

Siguió su camino mientras recordaba el último mes de su vida. A pesar de que los diversos cuidados que Adrien requería significaban un esfuerzo anímico y físico extra para los dos, jamás se había sentido tan bien acompañando a alguien. Se dedicaban a realizar los ejercicios asignados por el doctor, asistir a rehabilitación y a jugar cartas cuando tenían tiempo libre.

Para Ollie, estar con Adrien nunca había sido complicado, y lo supo desde la cita impregnada de mala suerte que había conquistado su corazón. Eran distintos, tan distintos que cualquiera se preguntaría cómo era que habían terminado juntos. Pero, quizá, todos esos detalles que parecían separarlos, los unían aún más. Le gustaba estar con Adrien porque le gustaba él.

Era mucho más simple de lo que alguna vez pensó y solo ahora se daba cuenta de ello.

Entró al hospital y subió al cuarto piso. Pasó por la recepción, donde varias enfermeras que ya lo conocían lo saludaron con alegría y él les sonrió. Sería la última vez que las vería y sentía mucha gratitud hacia ellas, pues siempre estaban pendientes de lo que él y Adrien necesitaban. Quizá, más adelante volvería a visitarlas para dejarles regalos a todas.

Se acercó a la enfermera en jefe y pidió el libro de visitas para anotarse antes de pasar a la habitación de Adrien. Al abrir el cuaderno viejo y púrpura que conocía de memoria, sintió que le tocaban el hombro y, por inercia, se giró para encontrarse con Minna, la enfermera que estaba a cargo de la recuperación de Adrien.

—Supongo que vienes por el chiquillo ese —dijo fingiendo que no soportaba a Adrien—. ¡Gracias al cielo ya no tendré que preocuparme de ustedes dos!

Ollie sonrió y le dio un abrazo de despedida. Sin Minna, a Ollie jamás le hubiesen permitido poder visitar a Adrien tan seguido. Se habían visto tan solo una vez antes de que ella abogara con el doctor que lo mejor para Adrien era que tuviese la compañía de Ollie. En cuanto se atrevió a preguntarle por qué lo había ayudado si ni siquiera habían hablado, ella le contestó:

—Creo que el hecho de que no quieras apartarte de su lado significa que no hay mejor persona para cuidarlo que tú.

Extrañaría a Minna y sus constantes bromas. También sabía que, en el fondo, ella los extrañaría a ambos, pese a que, más de una vez, le provocaron dolor de cabeza al intentar escabullirse hacia el jardín que a Adrien tanto le gustaba. Cuando eso sucedía, ella siempre terminaba haciendo la vista gorda y les daba veinte minutos antes de llevarlos a ambos de la oreja hasta la habitación.

—Muchas gracias por todo, Minna —susurró cuando terminaron de abrazarse.

—Nada de gracias. Solo cuídense para que nunca más estén confinados en un hospital durante tanto tiempo porque a alguno de los dos se le ocurrió probar suerte saltando hacia un auto.

—Cuenta con ello —rio.

Se dio vuelta para terminar de anotarse en el libro de visitas y, apenas abrió la hoja de la habitación de Adrien, notó que ya había otro nombre escrito. Eso era muy raro, porque Félix y Sophia ya le habían dicho que no podrían acompañarlo, y Roman debía realizar la entrega de un pedido muy importante. Después se dio cuenta de que el visitante tenía su mismo apellido, lo que era más raro aún.

¿Qué hacía su padre visitando a Adrien?

Extrañado, anotó su nombre justo debajo. Suspiró y sintió que, de nuevo, el miedo emergía de su estómago. La visita de Richard era un acontecimiento muy extraño y las cosas extrañas muy pocas veces eran buenas. A pesar de que tenía ese mal presentimiento rondando su cabeza, cerró el cuaderno y se dispuso a ir a ver a Adrien. La única forma que le quedaba para despejar sus dudas era preguntándole directamente a él.

En apenas unos segundos estuvo frente a la habitación D-14. Esa sería la última vez que entraría y la nostalgia lo invadió. Por muy extraño que sonase, había tenido buenos momentos en esa habitación y, a pesar de que prefería que Adrien estuviese en el que sí era su hogar, iba a extrañar el lugar. Dejando esas emociones de lado, posó la mano en la perilla y la giró. Tras un leve empujón, ya estaba dentro de la habitación, pero lo que vio allí fue todo menos lo que esperaba.

Vacía. Estaba completamente vacía.

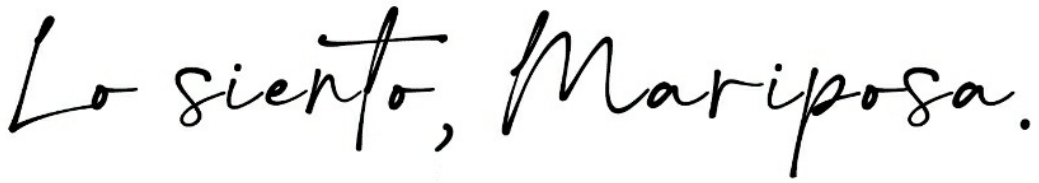
Las pertenencias de Adrien ya no estaban sobre la mesita junto a la camilla y esta última estaba ordenada, como si nadie hubiese estado nunca en el lugar. La sensación de *déjà vu* recorrió su cuerpo, recordándole la vez que Adrien había salido de su vida. Asustado, buscó por todos lados algún rastro del chico. Fue entonces que se dio cuenta de que, sobre las sábanas blancas de la camilla, había un trozo de papel que llevaba escrito su nombre.

Debía ser una broma, una cruel broma que le hacía sentir que le habían clavado un maldito puñal en el pecho que estaba acabando con su corazón.

Necesitó valor para acercarse hasta la nota y, cuando la tomó entre sus dedos, sintió de todo menos calma. Conocía la letra, era de Adrien sin duda alguna, y tuvo miedo de leer. Sus manos le temblaban. No quería, pero debía hacerlo. Dio vuelta la nota.

Estaba claro el mensaje.

Una lágrima rodó por su mejilla cuando supo que todo había llegado a su final.



La última vez que ocurrió algo similar, al mensaje le sucedió una despedida amarga, tan amarga que lo cambió todo entre ellos.

Ahora, no había más oportunidades, todo había acabado.

Y fue ahí, justo cuando terminó de leer la nota, que sintió que le volvía el alma al cuerpo.

Muchas veces las historias de amor no terminan como uno desea. A veces alguien debe alejarse, dejar ir ese amor por el bien de alguno de los involucrados. No siempre hay finales felices, de vez en cuando, solo te encuentras con un final y ya. La vida nos da lecciones y uno debe aprender a apreciarlas, buscar una oportunidad para volver a sentir aquella conexión especial. No era fácil, y Ollie se había esforzado durante toda su vida por eso. Había tenido caídas, recibido golpes y tomado malas decisiones. Sin embargo, al final aprendió a amarse por quién era y experimentó lo que era ser amado.

Por eso, esta vez sí habría un final feliz.

—Y de verdad lo siento, Mariposa.

La voz venía desde su espalda, así que se giró enseguida para encontrarse con el dueño de esta. Lo vio en todo su esplendor, con la luz del sol chocando contra su piel mientras sostenía su cuerpo con dos muletas. Estaban frente a frente. Ollie recordó que, la primera vez que lo miró a los ojos, se dio cuenta de que era una persona que llevaba mucho dolor en su espalda, justo como él también lo hacía. Eran dos almas dañadas que se encontraron y que, por fin, estaban listas para dejar todo el sufrimiento atrás.

—La primera vez que escribí ese mensaje, me fui sin explicarte por qué lo hacía. La verdad es que soy un cobarde, me sentía incapaz de enfrentarte y darte una explicación, porque me podría haber arrepentido de mi decisión y no debía hacerlo. Me alejé porque creí que por mí te quedarías en esta ciudad, y pensé que la única manera de que fueras feliz sería comenzando de cero en un lugar nuevo, una vez que tu padre ganase tu custodia. Mi único objetivo era que estuvieses bien, no quería que nadie más volviese a hacerte daño. Cuando nos golpearon en el instituto me sentí como un maldito bueno para nada porque no fui capaz de protegerte como tantas veces te lo prometí. Eso me persiguió y fue la razón por la que me alejé. En mi lógica, si me terminabas odiando, te irías con tu padre sin sentirte atado a mí, tendrías una vida nueva y serías feliz. Para mí, eso era todo lo que importaba…, pero me equivoqué, de verdad lo hice.

Ollie había dejado de llorar. Siempre lo hacía cuando las situaciones lo superaban, pero ahora, escuchando a Adrien, sentía que, de a poco, cada pieza estaba cayendo en su lugar y que no debía soltar lágrimas por ello.

—Nos hice daño a ambos. Te hice sufrir y yo sufrí también. Tuve al amor de mi vida entre mis brazos y lo empujé fuera de ella sin piedad. Por eso te pido perdón ahora. Quiero que sepas

que jamás me había enamorado tan profundamente. Sería capaz de hacer cualquier cosa por ti, Ollie. Dime que suba un risco para gritar tu nombre y lo haré; pide que salte del edificio más alto y no dudaré ni un segundo; pídeme todo lo que quieras, haré todo solo por ver tu sonrisa, no importa lo que sea. Una vez te dije que te daría todo de mí y es la verdad. Todo lo que soy, lo que fui y lo que seré, es tuyo. Eso es lo que tengo para ofrecer si me aceptas una vez más en tu vida.

A medida que hablaba, Ollie comenzó a acercarse a Adrien. Las cosas habían cambiado, ya no eran los chicos de antes. La primera vez que hablaron jamás imaginaron que llegarían hasta allí. Adrien lo salvó una primera vez, Ollie se lo agradeció, el destino se encargó de juntarlos porque eran lo que el otro necesitaba en su vida.

—Cuando desperté de la operación, tú me dijiste algo y no pude contestarte. Me susurraste que siempre me amarías y me sentí como el chico más afortunado del planeta, a pesar de que estaba muerto de dolor. Quería responderte, pero no pude. Tuve miedo de decirlo después porque parecía que al terminar el mes nos alejaríamos para siempre, justo como lo había planeado para asegurar tu felicidad. Mientras los días pasaban y la fecha se acercaba, me sentía más y más miserable. Tenía las palabras atoradas en mi garganta y no era capaz de decirte nada, pero ahora quiero hacerlo. Necesito que sepas que yo también te amaré siempre, Mariposa.

Solo unos centímetros los separaban, así que Ollie tomó la cara de Adrien entre sus manos. Hace mucho no lo hacía y, a pesar de ello, se sentía igual que la última vez, porque su rostro calzaba en sus pequeñas manos como si hubiese nacido para sostenerlo en ellas.

—La pregunta es, ¿tú aún me amas a mí, Ollie?

Su respuesta no fue una frase, sino un gesto. Ollie se puso de puntitas para hacer que los labios de ambos se encontraran. Durante el beso sonreía, sonreía de verdad, porque justo allí se encontraba su lugar feliz. Adrien se había equivocado al pensar que sin él podría seguir adelante sin remordimientos, ya que no había nada que lo hiciera más dichoso que tener al chico que amaba entre sus brazos.

—Tú eres mi felicidad, Adrien.

Él sonrió y contestó.

—Y tú la mía, Mariposa.

Opuestos. Eso eran. Rosado y negro. Suave y áspero. Uñas pintadas y tatuajes. Dulce y agrio. Ollie y Adrien. Formaban la combinación más extraña, pero no importaba. Ollie era quien le había enseñado a Adrien a amar otra vez, y Adrien era quien le demostró a Ollie que no debía cambiar quién era para ser amado.

Muchos dirían que estaban destinados al desastre, y la verdad era que todavía les faltaba mucho que aprender, pero lo importante era que lo harían juntos.

Tal como debía ser.

Adrien se apegó aún más a Ollie, con una mano en su cintura y otra en su rostro, para hundirse en los labios de este con anhelo y agradecimiento.

Un beso podría significar muchas cosas. La chispa del amor naciente, una promesa silenciosa, una declaración de amor eterno, la reconciliación después de una pelea, un adiós definitivo o el simple y puro acto de cariño incondicional.

Un beso también podía ser agridulce.

Esta vez, se trataba de un nuevo comienzo.



Epílogo

Una vez más, miró su reflejo en el espejo. A ese ejercicio, siempre intimidante, le acompañaba la misma interrogante que había inundado su infancia y por la que pensó que jamás podría ser feliz: ¿quién estaba del otro lado?

Había dos opciones. La primera, un espejismo. Una figura que le perseguía hasta el día de hoy, cuando la duda se hacía presente. Esta se construía a través de los quizás, los «si hubiera sido así», los «tal vez». Situaciones hipotéticas que rechazó cuando tomó las decisiones más importantes. Posibilidades que le atormentaban, no porque las deseaba, sino porque otros lo hacían. Aquellos mundos paralelos no desaparecieron por completo, ni siquiera con el pasar de los años, porque no dependían de lo que creía, sino de las expectativas sociales que nacieron una vez que en sus documentos oficiales fue marcada la M. Fue difícil entender que se trataba de una farsa, una actuación que no pudo ejecutar. Supo que no era su culpa con el tiempo, cuando empezó a sanar las heridas, cuando conoció a personas que batallaban con lo mismo. Fue duro, pero ahí estaba. Seguía de pie.

La segunda era la verdad. Bueno, una verdad. Su verdad. La que resonaba con su interior, la que hacía sentido. Durante mucho tiempo creyó que necesitaba una explicación para poder elegir ese camino en particular. Que debía exponer razones de peso a quienes le rodeaban para ser quien quería ser. Sin embargo, aunque motivos existían, no eran necesarios. No para verse al espejo y sentir que por fin aquella imagen era la que quería ver desde que tuvo conciencia. Aquella sensación, poderosa y gratificante, era suya. Suya y de nadie más.

Ollie se sentía linde.

En seis años, algunas cosas habían cambiado. Su cabello rosa ahora estaba más largo, pasaba de sus hombros. Tenía varios *piercings* en las orejas —ya había perdido la cuenta—, los que adornaba con joyería, uno de sus nuevos pasatiempos. También, nuevos tatuajes coloreaban su piel. Otras cosas no cambiaron en absoluto: sus uñas llevaban diseños diversos que alternaba con regularidad, la comodidad al usar vestidos solo aumentaba y aún adoraba experimentar con maquillaje. Pero eso era lo superficial, los cambios más grandes los vivió en silencio, en su interior. El dejar el instituto y entrar a la universidad había sido un primer paso para ello.

La carta de aceptación llegó durante el verano tras su

graduación. La abrió junto a su madre.

—Me aceptaron —dijo en un susurro, sin poder creerlo—. ¡Me aceptaron!

Había salido del instituto de manera anticipada, tal como lo había planeado, pero eso no redujo su carga académica. Estuvo estudiando con tanto ahínco para los exámenes de admisión, que más de una vez se enfermó. Sin embargo, los frutos fueron revelados cuando se dio cuenta de que había logrado entrar a la universidad que deseaba con una beca completa.

—Estoy muy orgullosa, Ollie. —Su madre lloraba y es que, aunque ambos deseaban aquella respuesta, la carta también implicaba que Ollie se iría a la ciudad.

Durante los meses previos a aquel momento, había tomado la decisión de dejar que su padre le ayudara en lo económico. El hombre había aceptado su petición de volver a su vida de manera paulatina, respetando sus tiempos, dándose la oportunidad de reconectar y conocerse. Pero había dejado claro que quería contribuir de alguna forma en su educación, ya que contaba con los medios para ello. Fue así como llegaron al acuerdo de que él pagaría por su estadía en la ciudad durante sus estudios. De igual forma, y para su sorpresa, el hombre le mostró fotografías de una habitación de ensueño que había preparado en su casa, la que estaba a su disposición. Si bien Ollie aún no se sentía cómodo para ello, agradeció el gesto. Su padre también estaba cambiando.

Aunque se llevaría a Baekdu, Amelia se debía quedar en el pueblo. Tenía una buena posición en el hospital y no creía que su currículum fuera suficiente para conseguir algo parecido en la ciudad. A pesar de que su madre se había mostrado feliz ante la idea de la independización de Ollie, en el fondo estaba aterrorizada. Ahora habría kilómetros de distancia entre ellos y no podría estar a su lado en caso de que algo sucediera.

Eso la estaba carcomiendo y Ollie lo notaba, pues la conocía.

—Estaré bien —le dijo el día que se fue, al despedirse antes de tomar el tren—. Gracias a ti y todo lo que me has dado.

Fue ahí que Amelia se quebró en lo que parecía ser la primera vez en años, y abrazó a Ollie con la fuerza suficiente para transmitir todo el amor que sentía. Madre e hije se secaron las lágrimas, entendiendo que aquella no era una despedida, ya que nada podría romper aquel lazo que habían construido.

Se estaba terminando de arreglar cuando vio la hora en su teléfono. Si no se apuraba llegaría tarde.

La universidad era un lugar intimidante, pero mucho más inclusivo. Sus primeros días habían estado llenos de ansiedad, paseaba por los pasillos intentando encontrar sus clases y, una

vez que entraba al salón, parecía que todos ya se habían conocido. Pensó que el resto de su año académico sería solitario; sin embargo, pronto se dio cuenta de que muchas personas se encontraban en su misma posición.

—¿Te interesa la asociación? —le preguntó un chico de segundo año de Telecomunicaciones el día en que se quedó mirando el afiche de la Asociación LGBTIQA+ de la universidad. Estaban en busca de nuevos miembros.

La verdad es que no lo había pensado, solo le sorprendía que existiera una agrupación de ese estilo. Pero asintió.

—Sígueme. Hoy nos reuniremos para dar la bienvenida a los novatos.

Ese fue el primer paso a un nuevo mundo. No había experimentado lo que era ser parte de una comunidad hasta que puso un pie en aquel viejo salón y le recibieron personas que habían tenido vivencias parecidas a las suyas. Fue ahí que la información llegó a su cerebro y derribó un montón de paredes que se habían construido en su mente. Se dio cuenta de que existían palabras que podía subsumir su experiencia y que, a pesar de esto, eran eso, palabras. La existencia humana era mucho más compleja que el concepto de un diccionario, pero eran esos términos los que ayudaban a las personas a encontrarse y sentirse menos solas. Su caso no fue la excepción.

Fue en ese contexto que comenzó a identificarse como una persona no binaria que usa pronombres neutros.

Si algo tenía claro desde su infancia, es que las ideas de hombre y mujer no hacían clic en su cerebro. No entendía las expectativas, los roles de género y todas las reglas sociales que se enfocaban en separar de manera binaria al mundo. Esa fue la razón por la que empezó a pensar que algo no funcionaba en su interior. ¿Cómo era tan fácil para otras personas mientras para él aquello parecía una tortura?

Fue en la misma asociación que conoció a otra persona no binaria, quien, al contrario de Ollie, se inclinaba más hacia lo masculino. Su nombre era Arlo y fue a su lado que comenzó a integrarse más en la comunidad, incluso fuera del espacio universitario. Acudieron a conversatorios, galerías de arte y marchas. Se dio cuenta de que existían muchos espacios seguros a su disposición y lloró. Se preguntaba qué tan distinta hubiera sido su vida si hubiese conocido todo eso antes, pero era contraproducente.

Sus mismos compañeros de asociación fueron quienes le dijeron que podría intentar ir a terapia. Ollie les contó sobre las experiencias que había tenido en su infancia y su miedo a que se repitieran. Le dijeron que ya no debía preocuparse por ello, ahora existían profesionales que se dedicaban a trabajar con

personas LGBTIQA+.

Le costó confiar, pero finalmente lo hizo y fue una de las mejores decisiones de su vida. No solo pudo comenzar a explorar su identidad mucho más gracias a eso, sino que empezó a identificar y a trabajar en otros traumas. La terapia había salvado su vida también.

Cuando llegó al bar, fue directo a la barra. Había visto a una persona con un corte pixie sentada en uno de los taburetes. Se acercó con certeza y apoyó la mano en su hombro.

—Amo ese corte —dijo y se sentó al lado.

Sophia le sonrió.

—Un cambio era necesario.

Hace un mes que no la veía. Desde el instituto, su amistad se había afianzado, tanto así que ahora se consideraban más familia que simples amigos. La chica trabajaba como fotógrafa profesional y tendía a viajar de forma constante por su trabajo.

—Te extrañé mucho —dijo Sophia depositando la cara en su hombro—. Si supieras todo lo que pasó en el viaje.

Empezaron a hablar mientras pedían sus tragos. Sophia seguía siendo la misma chica del instituto, encantadora y expresiva, aunque ahora con un aire maduro. Fue ese mismo carisma el que le ayudó a solidificar su carrera como fotógrafa. A Ollie aún le sorprendía todas las conexiones que su amiga podía hacer casi sin esfuerzo, y no podía negar que sentía mucho orgullo por ella.

Siguieron bebiendo y poniéndose al día hasta que dieron las once.

—Creo que ya es hora de decir adiós —dijo Sophia dándole un abrazo—. Tienes que mandarme el correo con la planificación para la sesión que haremos la próxima semana.

—Estoy terminando unas piezas que quiero que estén. Apenas esté listo, te lo envío.

—Como digas, CEO.

Se rieron al mismo tiempo.

Al entrar a la carrera de diseño de vestuario tenía un objetivo, y era crear su propia marca de ropa sin género e inclusiva, llamada Omni Attire. Ese fue su proyecto de titulación y en lo que trabajaba en la actualidad. A pesar de que era una empresa pequeña, obtuvo una buena recepción de parte del público, más de la que esperaba. Ya había lanzado su tercera colección y ahora estaba preparando la cuarta, que Sophia fotografiaría.

Se despidieron en el paradero. Aunque Sophia vivía cerca de su departamento, se iría en la dirección contraria para visitar a su novia, una bailarina de ballet que conoció cuando la contrataron para fotografiar un recital.

Una vez dentro del bus, Ollie se acomodó en un asiento para

mirar el paisaje que desaparecía con velocidad. Sus pies vibraban, las luces fluorescentes iluminaban las calles. No había mucha gente alrededor, seguramente por lo tarde que era.

El estruendo metálico y el silbido de los frenos le anunció que ya había llegado a su destino. Cuando las puertas se abrieron y sintió el viento helado en su cara, se arrepintió de no haber salido con una bufanda. Apretó la chaqueta que llevaba contra su cuerpo, y bajó del bus en camino a su departamento.

Pero una parte de Ollie no quería llegar aún. Faltaba algo.

Por eso dejó caer su cuerpo sobre una de las bancas que se encontraban en el patio del edificio. Hacía frío, mas no le importó. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras miraba el cielo nocturno. Quizá, una de las pocas cosas que extrañaba del pueblo era que allí podía ver más estrellas que en la ciudad. Le dio risa que aún hubiera cosas que añoraba de ese lugar. No podía borrar lo malo que había vivido, pero las cosas buenas que le sucedieron le llevaron hasta donde estaba.

Siguió viendo hacia arriba, esperando reunir el valor suficiente para subir.

Y luego sintió que le ponían una bufanda en el cuello.

—Te vas a congelar aquí, Mariposa.

Aprender a esperar fue algo que había tenido que hacer después de graduarse del instituto. Esperar la vibración del teléfono para leer un mensaje. Esperar la llegada de la noche para hacer una llamada. Esperar dos semanas para tomar un tren. Esperar un año para poner fin a la distancia. Adrien no era una persona paciente, pero durante un año completo dio lo mejor de sí con tal de parecerlo.

—¿Entonces irás a la universidad? —Le preguntó Félix un día que estaban en el estudio de tatuajes.

—Sí —admitió—. Aunque tengo que hacer un portafolio. Trabajaré en ello durante este año.

Hablar de eso con el tío Roman había sido más fácil de lo esperado. Habían estado en el taller comiendo comida china, la cual habían pedido a domicilio para recuperar fuerzas después del trabajo. Adrien entendió que ya no podía retrasar más la conversación, no ahora que ya había terminado el instituto y parecía que no tenía planes a futuro.

Pero los tenía. Bueno, *ahora* los tenía.

—¿Recuerdas cuando me contaste cómo empezaste a dedicarte a los muebles?

—Sí. ¿Qué pasa con eso?

—He estado pensando en mi futuro. Ya sabes que me gusta dibujar, pero nunca había pensado hacer nada con ello, hasta ahora —dijo, lo que captó la atención del hombre—. He decidido

que sí quiero ir a la universidad y estudiar artes. Sé que no suena muy inteligente, económicamente hablando, pero…

El tío Roman lo interrumpió.

—Si es lo que te apasiona, entonces no me importa nada más. Te apoyaré en lo que decidas, ya te lo había dicho. —Luego el hombre siguió comiendo como si nada hubiera pasado.

Adrien se echó a reír ahí mismo.

Sintió la mano de su amigo en el hombro, lo cual lo sacó de su trance.

—Te irá bien —dijo Félix—. ¿Qué hay de Ollie?

—Entrará a la universidad cuando termine el verano.

—¿Aquí?

—Sí.

—Tiene sentido. Tienes cara de que te rompieron el corazón, hasta pensé que habían roto.

No podía negarlo, se sentía miserable. Después de un verano en que compartió todo su tiempo con Ollie, pronto se abriría una brecha enorme entre ambos. Estaba orgulloso de su ingreso a la universidad y se enfocó en ese sentimiento, pero no podía seguir engañándose. Tener a Ollie lejos por un año iba a ser una tortura.

Igual estaba siendo un tanto melodramático, ¿no? Se verían en la ciudad cada dos semanas y durante vacaciones. Una vez que Adrien fuera aceptado en la universidad, él también viviría en la ciudad, así que solo era cuestión de tiempo. Sin embargo, aunque al pensar de manera lógica podía ver que se estaba comportando como un niño pequeño, sus emociones seguían aflorando.

Le daba vergüenza. Quería mostrarse como alguien fuerte en quien Ollie pudiese apoyarse. Llegó a la conclusión de que debía esconder aquella parte patética de su ser antes de que se diera cuenta.

Unos días antes de que Ollie se marchara a la ciudad, mientras estaban recostados en la cama de Adrien, la verdad se destapó.

—¿Sigues triste?

Se sorprendió con la pregunta. Pensó que lo había ocultado bien, había acompañado a Ollie en sus preparaciones con una sonrisa en los labios, hasta le había regalado una maleta para que viajara con más comodidad. ¿Qué lo delató? ¿Su rostro? ¿Algo que dijo? ¿Cómo había sido tan idiota?

—Yo también estoy triste —siguió Ollie, quien tomó su mano derecha y entrelazó sus dedos—. Me gustaría que me dijeras cuando te sientes así, Adrien. Quiero estar ahí para ti.

Aquello era lo que él quería decir. Había fingido para no preocuparle, pero no había sido suficiente.

—Lo siento —susurró—. Solo… Te voy a extrañar mucho.

Ollie dejó un beso en su mejilla.

—Y yo a ti —contestó—. Quizá por eso he estado pensando en que deberíamos vivir juntos una vez que ambos estemos estudiando en la ciudad.

Las palabras eran suaves; sin embargo, causaron un impacto enorme en Adrien.

—¿Lo dices enserio?

Ollie asintió. Había decisión en su mirada, aunque sus mejillas estuvieran rosadas.

Adrien le rodeó con sus brazos y escondió su cara en el pecho de Ollie. Lo habían desenmascarado y aún así se sentía pleno. Aquella persona que estaba sosteniendo era su más grande debilidad.

—Prometo que te haré feliz —dijo Adrien—. Comeremos mucha comida deliciosa y te ayudaré con todo lo que quieras hacer.

La risa de Ollie resonó en la habitación.

—¡Ya me haces feliz, tonto!

Adrien aprovechó el año que pasaron viviendo lejos del otro para prepararse y juntar dinero. Dejó de pelear en el círculo, sabía que Ollie se ponía mal cuando le tocaba ir a una pelea y no deseaba causarle más preocupaciones. Por eso, volvió a los trabajos de medio tiempo. Lo bueno fue que sus diseños comenzaron a tener mucha popularidad entre la clientela de Félix, por lo que aumentó el número de clientes que le encargaban trabajos que, posteriormente, su amigo tatuaba.

El resto del tiempo, se entregó por completo a mejorar su técnica y la confección de su portafolio. Iba con frecuencia a exposiciones de arte, en un intento de absorber todo lo que pudiera servirle para cuando llegara el momento de aplicar. Conforme pasaron los meses, las noches en vela aumentaron, al igual que sus dudas. Era difícil mantenerse confiado siendo una persona tan autocrítica.

—Eso es autosabotaje, amigo —le dijo Sophia el día que lo encontró en medio de una crisis al intentar seleccionar las piezas finales que presentaría, las que llenaban su habitación.

—Tiene que ser perfecto.

—Claro que no —contrarrestó la chica con el ceño fruncido—. Tiene que mostrar quién eres y lo que sabes. Punto.

Ese día, cuando habló con Ollie por videollamada y le contó lo que Sophia había dicho, esperaba encontrar apoyo en su frustración. Sin embargo, Ollie no planeaba darle el gusto.

—Es cierto —dijo—. Creo que te estás poniendo objetivos inalcanzables. Sé que tienes miedo de que te rechacen, pero si eso pasa, lo puedes intentar de nuevo y las veces que sean necesarias. Lo importante es que hagas algo que tenga sentido

para ti, Adrien.

—No puedo discutir contigo.

—Lo sé. Así que hazme caso.

No supo si realmente cambió algo dentro de sí después de esa conversación, pero las palabras de Ollie se repitieron en su mente hasta el día del examen de admisión. Quizá por eso, cuando fue la hora de la verdad, pudo sentirse más relajado mientras dibujaba, a pesar de que podía escuchar un montón de lápices moviéndose al mismo tiempo que el suyo dentro del salón.

Habían sido días largos, pero cuando todo terminó se sintió ligero. Tomó el primer tren hacia la ciudad y corrió a los brazos de Ollie.

—Alumnos de primer año, bienvenidos a su primera clase de Dibujo I.

El profesor se paseaba entre los atriles explicando en qué consistiría la asignatura. Adrien tenía la vista perdida en el hombre. Se sentía fuera de lugar, como un error, a pesar de que había trabajado sin descanso para llegar hasta allí. Se pasó así su primer día de clases, entre pensamientos negativos y el desprecio por sí mismo. Cuando terminó su última cátedra, arrastró los pies hasta la salida, sintiéndose un fraude.

—¡Adrien!

Vio a Ollie, Sophia y Félix en la salida. Le pareció un espejismo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó cuando estuvo frente a ellos.

—Teníamos que celebrar tu primer día —contestó Sophia—. ¡Vamos a comer y beber hasta hartarnos!

Era fácil perderse en el síndrome del impostor que lo acosaba. Lo bueno era que tenía personas a su lado que podían devolverlo a la realidad.

Sintió la mano de Ollie entrelazando sus dedos.

—Te he visto decaído desde hace días —confesó—. Pensé que sería bueno que te distrajeras.

Nada se le escapaba. A modo de agradecimiento, le besó la mejilla y se acercó a su oído para susurrarle:

—Te adoro, Mariposa.

Durante sus años de estudio, aquella sensación de no merecer estar donde estaba afloró en los momentos menos oportunos. No obstante, con el tiempo aprendió a ignorar aquella voz y a concentrarse en lo importante. En las cosas que sus manos podían crear.

Lo mejor de todo, era poder despertar al lado de Ollie cada mañana.

La convivencia había sido mucho más fácil de lo que creyó. Se acoplaron a las rutinas del otro con rapidez, se acompañaban en

los momentos difíciles, y pasaban sus días libres haciendo nada en su pequeño apartamento. Era sencillo estar con Ollie. Se sentía bien a su lado. Pensó que habían alcanzado un nivel de entendimiento perfecto; sin embargo, las personas nunca dejan de cambiar y siempre pueden descubrir cosas nuevas.

—Yo… creo que soy una persona no binaria.

Así comenzó una conversación para la que Adrien no se sentía preparado en absoluto. En medio de la cocina, mientras preparaban el desayuno.

—Sigo siendo yo —la voz de Ollie temblaba—. No quiero que esto afecte nuestra relación, pero tampoco planeo ocultarlo. Quería que fueras el primero en enterarse porque me gustaría intentar usar otros pronombres… Aunque sé que es complicado lo que estoy pidiendo, quiero ser fiel a lo que siento.

—Bien —contestó—. Espérame un poco, vuelvo enseguida.

Fue a la habitación que compartían, tomó uno de sus cuadernos de dibujo y un lápiz, y comenzó a escribir con rapidez. En unos minutos, ya había llenado una plana entera, y aún no terminaba. Escuchó los pasos de Ollie y luego la puerta. Se había asomado para ver lo que estaba haciendo. A pesar de que aún no había terminado, sabía que no podía alargar más la espera.

Se puso de pie y le entregó el cuaderno.

—Estos son todos los apodos que te he dicho alguna vez y los cumplidos que te hago normalmente —comenzó su explicación con la voz acelerada—. Necesito que taches lo que ya no puedo usar y agregues los que te gustarían. Si quieres que cambie el género de alguna palabra, también anótalo, por favor. Ah, y si prefieres un nuevo nombre, también me debes decir qué apodos te gustarían y esas cosas.

Las lágrimas de Ollie mancharon la hoja.

—Te amo tanto, Adrien.

—Y yo a ti. Gracias por confiar en mí. Nada cambiará en nuestra relación, porque tú siempre serás la persona a quien más amo en el mundo. Te apoyaré en lo que necesites, porque quiero verte brillar y alcanzar todo tu potencial. No lo olvides nunca.

Ollie depositó un beso corto en sus labios que parecía decir que confiaba en él. Una persona era mucho más que su exterior, eso lo había aprendido hace tiempo. No importaba el género, Ollie era Ollie, su Ollie.

En ese momento, la mano de su pareja tomó el lápiz y encerró en un círculo el primer apodo que había escrito.

—Este definitivamente se queda —dijo y Adrien sonrió.

—Como tú digas, Mariposa.

Ser artista no era un camino fácil. Le tomó mucho trabajo y esfuerzo cumplir su meta de tener una exhibición solista en una

galería. Fue uno de sus profesores quien le ayudó a llegar a ese punto. Hizo una colección de pinturas exclusiva que detallaba su propia historia. Consistía en una línea de tiempo en donde el sujeto de la obra vivía momentos de transformación constante. No sabía si era algo que llegaría al público, pero desde que era joven había tenido aquella visión para sus primeras piezas de exposición, por lo que siguió su instinto. Su obra más aclamada por la crítica fue una en que usó a su madre como musa. La pintura consistía en una mujer arrastrada por el agua y que depositaba a un bebé en la arena. Era la pintura que te recibía al entrar, y a mucha gente le pareció increíble.

Después de eso, su vida se volvió un poco más caótica. Mientras su exprofesor le decía que debía seguir pintando, lo invitaron a formar parte de otras exhibiciones en otras ciudades, incluso fuera del país. A pesar del aumento en su carga laboral, se sentía contento. Parecía que había tomado la decisión correcta y después de años por fin podía verlo.

De vuelta al presente, acababa de finalizar una gira de prensa que había consumido los últimos tres meses de su vida. Estar lejos de casa por tanto tiempo era algo que apenas soportaba. Por eso, cuando le dijeron que había terminado antes de lo previsto, se subió al primer tren que lo llevara de vuelta a su hogar, al lado de la persona que amaba.

Cuando vio a Ollie en la banca, el corazón se le aceleró al igual que cuando eran adolescentes. Habían pasado años y aún sentía aquella necesidad de sentir su cercanía, de tenerle entre sus brazos y no dejarle ir. Se acercó a paso rápido y se quitó la bufanda que llevaba puesta para colocarla en el cuello de Ollie.

—Te vas a congelar aquí, Mariposa.

Ollie le regaló una de esas sonrisas que adoraba.

—No quería entrar. ¿No ibas a llegar mañana?

—Me desocupé antes —admitió—. Quería verte.

—¿Me extrañaste, Adrien Davis?

—Te extraño hasta cuando estoy contigo.

Tomó a Ollie entre sus brazos y buscó sus labios.

Sí, ahí era donde pertenecía. Había tenido suerte de que esa mariposa se posara en su ventana. Esperaba poder seguir viéndola volar y ganar más colores en sus alas.

Adrien estaría ahí, junto a Ollie, en cada paso del camino.

Agradecimientos

Volver al mundo de esta historia ha sido una de las mejores cosas que me ha pasado en los últimos años. *Agridulce* fue una idea que tuve aún siendo muy joven y no me había dado cuenta de que abarcaba temas con los que yo me encontraría en mi vida personal más adelante. Ollie es un personaje que me enseñó mucho de mí mismx, incluso antes de que siquiera pudiese hacerme las preguntas adecuadas para calmar aquel sentimiento de que algo no cuadraba en mi interior, por eso, quiero que viva para siempre en esta historia llena de amor.

Tengo demasiadas personas a las que agradecer, partiendo por la editorial que vio el potencial en mí como autor y en *Agridulce* como historia, el equipo de Latidos Editorial.

A Catalina Toloza (que nunca dejará de ser Catita para mí), por darme la oportunidad de cumplir un sueño que se veía imposible. Conté con tu apoyo y paciencia cuando pasaba por uno de los momentos más oscuros de mi vida. Espero que este libro te enorgullezca, porque no existiría sin tu confianza, cariño y trabajo. Gracias Wattpad por dejarme conocer a esta maravillosa persona.

A mi editora Lili, por su guía constante y meticulosa. Su trabajo permitió que *Agridulce* alcanzara todo el potencial que tenía, lo que era una de mis metas cuando me propusieron que la historia se convirtiera en un libro físico.

A mi familia, quienes son mi red de apoyo incondicional. Primero a mi hermana Alexis, quien tuvo la primicia de este proyecto y se ha convertido en mi admiradora número uno desde entonces. Muchas gracias, Lalita, por creer en mí y hacerme barras siempre que lo necesito. Segundo, a mi hermano Pablo, quien siempre me demuestra su cariño y apoyo cuando lo necesito. Tercero, a mis padres, Pablo y Jessica, que me dijeron que sin importar las metas que tuviera, sin importar lo que quisiera hacer, sin importar mis decisiones, siempre estarían ahí para mí y yo jamás lo he olvidado. Por último, a mi Papi, por su cariño incondicional y todas las mamaderas que me tuvo que preparar durante mi infancia, te extraño cada día.

A mis amigos Vanessa (Nane), Josesito y Tiare, quienes desde la universidad son un pilar fundamental en mi vida y han confiado en mis capacidades mucho más de lo que yo lo he hecho.

¡Amigos, escribí un libro!

A mis mascotas Frida, Oliver y Gata I, por existir.

Por último, y no menos importante, a los lectores de esta historia. Espero que encuentren consuelo en estas páginas. El mundo es un lugar enorme y todxs tenemos derecho de vivir en él. **Gracias por la espera.** Ojalá leernos de nuevo.

La confección de un libro es un trabajo delicado. Estas son las personas que formaron el equipo que se dedicó a su cuidadosa materialización.

Catalina Toloza, la Directora de Arte, gracias a su fina sensibilidad, interpretó y plasmó en conmovedoras ilustraciones a los personajes, escenas y emociones que habitan en estas páginas.

Josefa Ibacache, la Productora general, cuidó la coordinación y la logística, enlazando los distintos aspectos de la producción, lo que permitió el crecimiento, alcance y distribución de la obra.

Lili Ormeño, la Editora, acompañó al autor y a sus personajes en la exploración de los límites de su vulnerabilidad, para amplificar la diversidad de sentimientos expresados a lo largo de la historia.

Natasha Arenas, la Correctora de estilo, afinó los últimos detalles de esta pieza, pulió sus frases y párrafos, y se aseguró de que el contenido brillara al ser leído.

Carolina González, la encargada de Marketing y Gestión, digitalizó esta obra, presentó a los personajes y fomentó la anticipación para que la publicación fuera recibida con un abrazo cálido de parte de los lectores.

Latidos Editorial confeccionó una cuarta y adorada pieza en 2024